



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

686 Re



INSTRUCCIONES
AL
PUEBLO CRISTIANO



INSTRUCCIONES AL PUEBLO CRISTIANO

POR

JOSE IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

OBRA APROBADA

POR

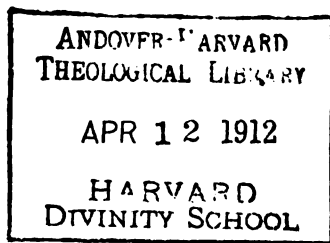
LA AUTORIDAD ECLESIASTICA DE ROMA

TOMO PRIMERO

QUE CONTIENE LAS INSTRUCCIONES CONCERNIENTES
A LA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA,
A SABER, EL CREO Y LOS MANDAMIENTOS.



ROMA
IMPRENTA POLIGLOTA
DE PROPAGANDA FIDE
1875



H 40,819

El Autor se reserva el derecho de propiedad.

A LOS JOVENES ALUMNOS

DEL COLEGIO PIO-LATINO-AMERICANO

ARGENTINOS, BOLIVIANOS, BRASILEROS, CHILENOS,
CENTRO-AMERICANOS, DOMINICANOS, ECUATORIANOS,
MEJICANOS, NEO-GRANADINOS, PARAGUAYOS, PERUANOS,
URUGUAYOS Y VENEZOLANOS.

Deseoso de facilitaros la predicacion de la Doctrina Cristiana en los primeros dias del dificil apostolado que os aguarda de vuelta á vuestra patria, la América, nuestra madre comun, he redactado el pequeño trabajo que os ofrezco. Admitidlo como nueva muestra del interes que tomo por vosotros, en quienes diviso una esperanza lisonjera del verdadero progreso de aquellos países : progreso causado por la fé de Jesucristo, único, sólido y durable que puede existir para los pueblos. A ese progreso es al que estais llamados vosotros á cooperar,

predicando y enseñando la doctrina de Jesucristo que lleva el gérmen que lo produce. Predicadla como apóstoles infatigables, á pesar de las contradicciones y persecuciones que se os susciten; predicadla con el ejemplo y con la palabra del modo que lo hicieron los primeros Padres de la Religion en esas mismas regiones.

La América convertida al cristianismo por las fatigas y oraciones fervorosas de Santo Toribio, San Luis Beltran, San Francisco Solano y Santa Rosa de Lima; la América fecundizada para Jesucristo con los sudores y ruegos de los bienaventurados Pedro Claver, Ignacio Acevedo, Martin de Porres, Sebastian de Aparicio, Juan de Masías y Mariana de Jesus; y esa misma América, en fin, que vió asombrada los prodigios de celo y caridad con que la ilustraron Bartolomé de Las Casas, Bernardo de Alburquerque, Luis Valdivia, Francisco de

Bolaños, Ansieta, Lizarraga, Mendoza, José Antonio de San Alberto, Manuel de Alday, Melchor Venegas é infinitos otros hombres apostólicos, pueda ver en vosotros la continuacion de esa serie hermosísima de inclitos varones que, al pasar por la tierra, dejaron marcada con sus santas obras la huella luminosa que á nosotros, todavía pobres viajeros, dirige, y alienta en nuestro camino á la patria eterna. Oiga Dios mis votos, queridos jóvenes, y á todos nos colme de sus gracias.

Vuestro afectísimo
J. I. V. EYZAGUIRRE

INSTRUCCION PRELIMINAR.

SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.
NATURALEZA Y OBJETO DE LAS INSTRUCCIONES
QUE SOBRE ELLA CONTIENE ESTA OBRA.

Enseñando nuestro Señor Jesucristo la doctrina que trajo de lo alto, decia á los hombres con sencillez y claridad celestial, que era vida eterna para los que la creyesen (1), y luz que guiaria por el camino del cielo á cuantos la abrazasen y practicasen (2). Por esta razon el divino Salvador, inflamado por el deseo ardiente de que todos los hombres se salvaran, la predicó con celo tan infatigable, que el santo Evangelio nos lo deja contemplar constantemente agitado en el ejercicio de la predicacion: *Praedicans et evangelizans regnum Dei*, nos dice San Lucas (3), predicando y enseñando el reino de Dios. Deseoso de que su ejemplo fuese imitado por sus apóstoles y discípulos, les inspiró con su palabra y con su ejemplo esta misma

(1) Juan. Cap. 17.

(2) Ib. Cap. 8.

(3) Cap. 8.

conducta, y su último encargo, ántes de subir al cielo, fué que predicasen el Evangelio á toda criatura (1). No podia obrar de otra manera el divino Salvador, que en su doctrina celestial ponía en manos de sus ministros uno de los medios mas eficaces que dió á su Iglesia, para derramar la luz de la santa fé sobre todos los hombres. Esta fé se adquiere por lo que escuchamos, dice el Apóstol (2): *Fides ex auditu*; ¿y cómo podrán oír los que la necesitan, sinó hay quién predique?

En su santa doctrina administró el Salvador la medicina que urgentemente necesitaba el linaje humano para sanar de las dolencias que le afligian. Enviado á la tierra como médico (3), sanó las llagas de los contritos de corazon con el bálsamo celestial de sus palabras derramado en su predicacion; y la ignorancia así como los vicios y todas las demas dolencias de sus pobres criaturas fueron curadas con tan soberana medicina. La ignorancia, he dicho; y los apóstoles nos ofrecen por cierto una prueba concluyente de la transformacion que opera en las almas el conocimiento de las verdades del Evangelio. ¡Cuán diferentes encontramos á estos hombres cuando, conocedores ya de la doctrina

(1) Marcos. Cap. 16.

(2) Ad Rom. Cap. 10.

(3) Lucas. Cap. 4.

de Jesucristo, decian al divino Salvador : « Tú eres el Maestro que tienes la palabra de vida eterna (1), » qué diferentes, repito, de los que, duros para entender las santas verdades que salian de boca de su Maestro, las calificaban de increíbles y difíciles de entenderse (2) ! También los vicios : y prueba evidente nos ofrecen de ésto la conversion de Mateo, de la Magdalena y de tantos otros pecadores, cuyo corazon tocó el Hijo de Dios con su gracia soberana, y curó y transformó en un instante. ¿ Y cuál de los vicios, esas verdaderas dolencias que afligen al hombre en su espíritu y en su corazon de una manera harto mas dolorosa que las enfermedades que puede sufrir su cuerpo, cuál, digo, no encontró remedio en la amorosa palabra del Hijo de Dios ? Inveterada era la avaricia de Mateo, y no obstante fué suficiente para sanarla el *Sequere me*, « Sígueme, » que le dijo Jesucristo : públicas eran tambien las usuras de Zaqueo, hasta el extremo que los judios se escandalizaban viendo al Salvador comer en su casa, así como en la de Mateo y en las de otros públicos pecadores como éstos ; mas bastó para sanar á Zaqueo que Jesus le dirigiese pocas palabras, significándole su resolucion de visitar su casa. No hay dolencia del alma, que resista

(1) Juan. Cap. 6.

(2) Ibidem.

á la gracia que lleva á los corazones la doctrina de Jesucristo, y con razon hemos afirmado, que la ignorancia y todos los vicios, que son las verdaderas y mas funestas que pueden sufrir los hombres, tienen en ella la eficaz medicina que las cura.

« *Sed verbum Dei non est alligatum*; la palabra del Señor no está ligada, » nos dice San Pablo (1); y por eso vió todo el mundo los prodigios que obró cuando, predicada por los apóstoles, transformó la tierra completamente. La transformó, he dicho, porque enferma y profundamente corrompida por los pecados como se encontraba, fué por su medio del todo sanada y rejuvenecida. Cuando los apóstoles, obedeciendo el precepto de su divino Maestro, se esparcieron por toda la tierra, no encontraron en todas partes sinó rastros inmundos de los vicios mas repugnantes que dominaban sobre el linaje humano: aun mas, hallaron no pocas veces á esos mismos vicios santificados por el paganismo, y convertido lo que era contrario á la razon, y aun contrario á la naturaleza, en sacrificio que se inmolaba en los altares de las falsas divinidades. No pocos escritores paganos de aquellos tiempos nos dan idea de tales sacrificios con detalles tan minuciosos como repugnantes; y aun cuando éstos

(1) II. á Timoteo. Cap. 2.

nada hubiesen dicho, vivos y en pié estan para publicarlos infinitos templos del paganismo con sus altares, aposentos y retretes, donde se consumaban las acciones mas impúdicas en honor de Vénus, de Baco, de Astarte y de tantos otros ídolos, que los paganos suponian protectores de tales infamias. En el oriente así como en el occidente, en Asia como en Europa y en todas las regiones de la tierra sucedia esto mismo. Si en Asia, cuna de la antigua civilizacion, los hombres cometian las mas repugnantes liviandades para honrar á Astarte y Chamos, los apóstoles que anunciaron el cristianismo por primera vez á la América recién descubierta, encontraron todavía humeante la sangre humana derramada en los sacrificios ofrecidos á Vitzzilipulzi y al genio del mal. Así es que en todas partes la tierra se presentaba manchada, los vicios triunfantes, la moral abatida, los entendimientos obscurecidos, el corazon corrompido, y todo el hombre degradado. Ved ahí porqué Jesucristo, al mandar á los ministros de su divina palabra á predicarla sobre una tierra cubierta de tales vicios, « Os envio, les decia, como corderos en medio de los lobos: *Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos* (1). » Mas al mismo tiempo, significándoles la fuerza de gracia y de virtud que encerraba esa misma doctrina, « Nada

(1) Lúcas. Cap. 10.

temais, les añadía : sereis llevados á la presencia de los jueces ; se os arrastrará á los tribunales ; delante de éstos se os convertirá en blanco de sus odios : mas no temais, porque pondré palabras en vuestra boca, de modo que no sereis vosotros los que habéis, sinó el Espíritu de mi Padre el que hable por vosotros (1) ; » advirtiéndoles de ese modo, que en su santa doctrina les dejaba el elemento poderosísimo, que los elevaria sobre toda persecucion, sobre toda contradiccion y sobre todo temor ; advirtiéndoles, repito, que en el santo Evangelio les daba un verdadero escudo de fortaleza celestial ; y advirtiéndoles, en fin, que nada podrian todos los hombres del mundo con toda su fuerza unida para combatirlos, porque su palabra tenia poder celestial para triunfar de todos. « Nada temais : *Dabo vobis os et sapientiam* ; os daré palabra, y os daré sabiduría : en mi doctrina os dejo todo eso, y todos vuestros contrarios no podrán ni contradeciros, ni venceros. »

Sin duda que esta promesa del divino Fundador de la religion cristiana debe llenar de esfuerzo á los campeones, que en su nombre y con mision divina predicán el sagrado Evangelio en todas las regiones y á todas las gentes de la tierra ; porque buscando la gloria y la extension del santo nombre de Dios, encuen-

(1) Mateo. Cap. 40.

tran en la doctrina misma que predicán, el apoyo y los consuelos celestiales, que tanto necesitan para llenar ese altísimo ministerio. Sin duda procurarán, repito, como los primeros apóstoles ejercitar esa predicación llenos de la caridad y del espíritu del Salvador, anunciando con sus sermones la verdad, la mansedumbre y todas las virtudes, de que fué ejemplo el divino Jesús, y con sus obras retratar, como nos enseña San Pablo, en ellos mismos esas virtudes, al ménos en toda la parte que fuese posible. Ninguno es débil, decía San Agustín (1), cuando se inspira en Jesucristo nuestro Señor, y procura con su gracia vivir animado por las máximas de su santa doctrina. Y el predicador evangélico, y todo cristiano, en general, que se alimente de la palabra de Dios, se verá lleno de fortaleza para llevar adelante las obras del Señor, que hubiese emprendido inflamado por el deseo de que sea glorificada y alabada su eterna majestad por todas sus criaturas.

Jesucristo mismo quiso darnos el modelo de nuestros sermones en los suyos llenos de sencillez, de claridad y de fervor; y este modelo celestial era el que tenía delante de su entendimiento el apóstol San Pablo cuando decía: « Nosotros predicamos á Jesucristo, y nó con

(1) De verbo Dei.

la elocuencia de la sabiduría humana, ni con los discursos sublimes de la ciencia de este mundo, sinó con la sencillez de palabras, y con la demostracion clara de la verdad que nos inspira la doctrina del mismo Jesucristo. Y aun cuando los judios nos pidan milagros para creerla, y los griegos busquen en nuestros discursos la sabiduría de este mundo, nosotros oponemos á unos y á otros la sencillez y la virtud de Jesucristo. Porque no nos mandó Dios á predicar su Evangelio con sabiduría de palabras, que es la ciencia de los hombres, sinó á Cristo, que es la sabiduría de Dios y la virtud de Dios. Porque las cosas despreciables segun el mundo eligió el Señor para confundir lo fuerte, y lo que parece vil é insignificante á los ojos de los hombres para destruir aquello que los mismos hombres respetaban como grande, fuerte y elevado (1). » De modo que esa sencillez quiso el Señor fuese como el distintivo de su divina palabra, y que sus apóstoles, encargados de anunciarla, la mirasen y apreciaran como carácter peculiar de sus sermones. La ciencia humana se ostentaba en los hermosos y sublimes discursos de los filósofos de la Academia, y en las disertaciones de los legisladores del Areópago: se ostentaba en las célebres oraciones del Foro romano que,

(1) De los Capp. 1. y 2. de la Carta I. á los Corintios.

despues de tantos siglos, se leen y elogian todavía como muestras de la sabiduría y elocuencia de algunos oradores paganos. Mas la ciencia de todos éstos era de aquella naturaleza que no habla al corazon, ni convence al entendimiento, ni inspira las virtudes, ni comunica al hombre las luces eternas, que le preparan para entrar al reino de los cielos, arrancándolo de las miserias que le circundan, y limpiándolo y purificándolo á fin de hacerlo capaz de los goces que Dios allí nos reserva. La sabiduría y elocuencia de este mundo es aquella que las santas Escrituras llaman vana repetidas veces, y el Apóstol condena como estorbo para encontrar y conocer la verdad. Por esta razon los sermones mas sencillos, y en los que brilla con toda su verdad y claridad la doctrina del Evangelio, son los que obran con mayor eficacia sobre los corazones humanos.

Mas cuando particularmente hemos de cuidar que esa sencillez brille en nuestros sermones, es cuando predicamos la doctrina á los pobres é ignorantes, á quienes Jesucristo llamaba párvulos, y á los que cuando predicaba el apóstol San Pablo decia hacerse como los niños, con el fin que entendiesen mejor aquello que queria decirles. Esto es tan necesario á los ministros de Dios, que su predicacion hecha de otro modo será estéril y sin fruto, porque su auditorio no la

*

entenderá, ni podrá por consiguiente aprovecharla. A no pocos podrá acontecer lo que á uno de los Padres de la Iglesia que, predicando una vez en Antioquia, se dejó arrebatarse por su elocuencia natural, y en el calor de su discurso se elevó de manera, que los rudos é ignorantes de su auditorio nada entendieron de aquella predicacion, hermosa y florida para los literatos y para los ilustrados. Mas una pobre y sencilla mujer, acercándose á él, « Compadeceos, padre mio, le dijo, de las mujeres que somos tambien tus ovejas; predicad para nosotras la doctrina que nos consuele y nos enseñe en el camino de Dios. » Palabras que causaron un eco profundo en el ánimo del predicador, y le hicieron medir mucho los arrebatos de su florida elocuencia en lo sucesivo.

Nadie crea por eso, que yo pretenda que los discursos, en que predicamos al pueblo la doctrina celestial de Jesucristo, deben ser desaliñados y descuidados: no pretendo yo eso; y si lo pretendiese, obraria en contradiccion á lo que nos recomienda San Pablo (1): *Formam habe sanorum verborum*; es decir, que predicquemos con palabras bien formadas. Pero sí digo, que el predicador debe usar de tal lenguaje en sus sermones, que puedan con facilidad entenderlo y aprovecharlo sus oyentes.

(1) II. á Timoteo. Cap. 4.

Y en ésto cabalmente consiste la verdadera elocuencia del predicador del Evangelio, dice San Agustin (1), en hablar de tal modo, que así los sábios, como los ignorantes y rudos, puedan entender y sacar fruto de los sermones. Hermosa es la sentencia de este gran Doctor sobre la materia: « Si el Eterno Padre, dice, mandó á su Verbo consustancial y eterno, que se acomodase á nuestra capacidad, para revelarnos las verdades que contiene su sagrada doctrina, ¿porqué ha de rebajar á ningun maestro ni doctor usar de tales palabras, para explicarlas á los rudos é ignorantes, de manera que puedan entenderlas (2)? » El ministro de Dios que desempeña el sagrado oficio de la predicacion, no podrá llenarlo de un modo conveniente, sinó áadaptando sus palabras á la capacidad de sus oyentes. Todas esas figuras de una retórica mundana; todo ese lenguaje hinchado, compuesto de frases tan obscuras para la inteligencia, como inadecuadas para comunicar á las almas la divina gracia; toda esa erudicion indigesta, de que aparecen colmados ciertos sermones; y finalmente, todo ese estilo tan falto de naturalidad, como sobrado de estudiada afectacion; todo eso no está en armonía con la sencillez que nos enseñan los

(1) De catechiz. rudibus.

(2) Ibid.

sermones contenidos en el santo Evangelio. Para predicar de esta manera debemos estar animados sincéramente de un vivo deseo de no agradar mas que á Dios con nuestros sermones, de manera que la tierra, los hombres, sus alabanzas y sus glorias desaparezcan del ministro de la divina palabra convencido, que en el desempeño de su elevada mision no ha de buscar captarse la benevolencia de los hombres, sinó solamente el agrado de Dios. Esto era lo que á San Pablo estimulaba á esa santa sencillez, pureza y verdad, que brilla en la doctrina que nos transmite en sus cartas, imágen de sus admirables é infatigables predicciones. « ¿Trabajo acaso, dice, por la causa de los hombres, ó por la de Dios? ¿O pretendo agradar á los hombres ó á Dios (1)? » Dios ha de ser el único objeto de los trabajos y de las fatigas del predicador del Evangelio, y por consiguiente, nada debe llevar delante de su alma, sinó agradarle ganándole las almas de El apartadas, las unas por la ignorancia, las otras por los vicios, y muchas por la indiferencia, consiguiente necesario de ambos. Es éste, repito, el único propósito que debe animarnos, cuando nos ocupamos de la predicacion de la doctrina de Jesucristo; y quien se propusiese subir por los escalones del sa-

(1) A los Galat. Cap. 12.

grado púlpito á los honores y á las dignidades, ó adquirir un gran nombre como orador elocuente y profundo, ese no ganará almas para Dios, y sus fatigas quedarán perdidas entre el rumor de los aplausos y los movimientos de la vanidad. Procurando derramar la luz de la doctrina y de la divina gracia sobre los pobres, ignorantes, rudos y pecadores, agradamos á Dios, servimos su causa, y estrechamos con el Hijo de Dios aquella íntima relacion que nos declara cuando, señalándonos la turba de pobres, de niños y de rústicos que escuchaban su predicacion, « Ved ahí, dice, á mi madre y á mis hermanos (1). »

En las instrucciones que contiene este libro, hemos procurado que la verdad de la divina palabra aparezca con toda la sencillez y claridad, que la hagan perceptible aun de los mas groseros é ignorantes. Por esta razon nuestros discursos son desaliñados, y no tienen aquellos atractivos que le habrian captado la voluntad de los sábios y de los literatos: mas yo no los dirijo á éstos. Parto el pan para satisfacer el hambre de los párvulos, y doy comida á los que desfallecen por falta de alimento; pero comida que nutre y robustece, porque es la que nos concede el mismo Jesucristo, y nada lleva de esos condimentos, con

(1) Márcos. Cap. 3.

que suelen á veces ofrecerla los hombres que la revisten y adornan con las marchitas flores de la elocuencia humana. Marchitas digo con San Gregorio el Grande, porque todo lo que pertenece al hombre, aparece pequeño y defectuoso delante de la belleza y majestad de la palabra del Señor. Para explicarla he aducido la autoridad de los Padres y santos Doctores de la Iglesia que cito con frecuencia, y especialmente la del Angélico Doctor Santo Tomás. San Gregorio Nacianceno decia que habia recogido en sus escritos la médula de lo que leyó en las obras de los Padres, porque en efecto éstos explicaron la santa doctrina del Salvador del mundo, y llenos del Espíritu de Dios nos hicieron óbvio cuanto sin el auxilio de sus luces encontraríamos indudablemente obscuro y difícil de entenderse en las santas Escrituras. « Y la doctrina de los Padres no debemos torcerla ni ajustarla de modo, que pretendamos hacerla servir á aquello que queremos decir, sinó diciendo con ellos lo que sintieron, y ajustando nuestros discursos á lo que ellos en los suyos quisieron enseñarnos (1). » En la luz de aquel candelero que mandó Dios colocar á la entrada del lugar santo, y que sus sacerdotes mantuviesen con aceite de olivas, pero no extraído machacando ó rompiendo éstas

(1) Ven. ilmo señor Lanuza, Introd. á sus Serm. Tom. I.

á golpes en el mortero, sinó aprensándolas con suavidad (1), de modo que exprimiesen su sustancia, ved ahí significado el modo cómo debemos aprovechar nosotros la autoridad de los Padres y Doctores de la Iglesia, para mantener é ilustrar por su medio la palabra del Señor, que es la santa doctrina de nuestra fé.

Advertí que me servia especialmente de los escritos de Santo Tomás, porque siguiendo el predicador á este gran maestro, á quien la Iglesia católica llama Doctor Angélico, no solo por lo sublime de su ciencia, sinó por lo aventajado de su santidad, y especialmente por la pureza verdaderamente angelical de su alma y de su cuerpo, no puede incurrir en ningun error, ni temer tropezar jamas en doctrina que sea contraria á la de Jesucristo. El Sumo Pontífice Juan XXII llamó infusa por Dios, *divinitus infusam*, la doctrina de Santo Tomás; *veridicam et catholicam*, verdadera y católica dijo de ella Urbano V, y San Pio V no dudó afirmar que era regla cierta de fé cristiana: *certissimam christianae doctrinae regulam*. En fin, el Papa Inocencio VI le señala el primer lugar despues de las santas Escrituras canónicas en las siguientes palabras: *Huius Doctoris sapientia prae ceteris, excepta canonica, proprietatem habet verborum, modum*

(1) Exod. Cap. 27.

dicendorum et sententiarum; ita quod nunquam, qui eam tenuit, inveniatur a tramite veritatis deviasse, et qui eam impugnavit, semper fuit de veritate suspectus. Clemente VIII lo llamó fiel intérprete de la voluntad de Dios, y que escribió en muy breve tiempo un gran número de libros no tan solo sobre todas las materias de la teología escolástica, moral, expositiva y especulativa, sinó también de lógica, física, jurisprudencia, orden doméstico, político, monárquico y administrativo, y todo ésto con admirable orden y claridad: *et sine ullo prorsus errore*, y sin encontrarse en sus escritos error alguno. Sobre esta misma senda marcharon, al hacer declaraciones análogas, otros Sumos Pontífices, y al escribir el actual, nuestro SSmo Padre Pio IX, una carta dirigida á ciertos obispos de Francia, que «ninguno, dice, podría llegar á ser verdadero teólogo, sin haber estudiado mucho la Suma de Santo Tomás (1).» ¡Y ojalá que el estudio de la doctrina admirable de esta gran columna de la Iglesia católica se extendiese y propagase mas y mas entre todos los que estamos llamados á predicar el Evangelio al pueblo del Señor! ¡Ojalá nos sirviesen los escritos del Doctor Angélico de luz para alumbrarnos en medio de todos esos errores y tinieblas, que á veces se levantan

(1) Ad Archiepisc. Lugdunen. 1853.

tan en los espíritus , y estamos nosotros los sacerdotes llamados á disipar ! Marcharíamos con seguridad, explicaríamos del modo debido la sagrada doctrina de nuestra fé, y la ilustraríamos en el entendimiento y en el corazon de los fieles , á quienes se la predicamos , y los buenos principios se propagarian y radiarian en todos.

Si en vez de los conceptos elevados que recogen algunos predicadores de ciertos autores modernos, que escriben ó predicán en las grandes Catedrales de Francia para personas mas instruidas que aquellas, á quienes nosotros ordinariamente predicamos en América, se limitasen á explicar la doctrina sagrada siguiendo la huella abierta por los Padres de la Iglesia en sus obras admirables, y que nos han dado despues algunos predicadores en forma de discursos sencillos y muy claros , ¡ oh cuánto mas instruidos en las obligaciones , que nos impone la fé, estarian esos pobres y rústicos hermanos nuestros, que apenas conocen á Dios, y quizá, muchos no lo conocen ! A éstos son á los que dirijo mis instrucciones sobre las cuatro partes de la doctrina cristiana : á estos pobres son á los que tengo presentes, cuando allí explico las verdades que Dios nos reveló por su misericordia infinita, los mandamientos que nos ordenó observar, las oraciones con que

desea le hablemos, y los sacramentos con que se ha dignado soberanamente enriquecernos. A los rústicos é ignorantes son á los que tengo delante de mi vista, tales como los he conocido en las ciudades, pueblos y campiñas de Chile, Perú, Repúblicas del Plata, Brasil, Ecuador, Méjico, Bolivia y nueva Granada; y para los rústicos é ignorantes, que rodean cada dia á sus párrocos, pidiendo el pan de la divina palabra, es para quienes he preparado estas sencillas instrucciones doctrinales.

Como la obligacion, que pesa sobre los párrocos, de predicar á sus feligreses por lo ménos los dias festivos, es tan estrecha; al fin del cuarto tomo encontrarán éstos una tabla, que les presenta la instruccion que podrán elegir para cumplir aquella obligacion con provecho de sus parroquianos. Ademas con este objeto el tomo tercero está dedicado á tratar sobre algunos puntos, que se desprenden de los santos Evangelios de cada domingo. Ya sea exponiendo el sagrado texto, ya tratando sobre algunas virtudes que ofrece á nuestra meditacion el mismo Evangelio, siempre se ha procurado exponer la materia con la posible sencillez. En estas instrucciones se ha querido tambien prevenir á los fieles contra las máximas funestas, que hoy tienden á corromper la sociedad, anegándola en el materialismo

y ateismo práctico. La circunstancia de que estas ideas cunden aun en los pueblos mas oscuros, llevadas por ciertos mercaderes, que no trafican tanto con especies materiales, sinó mas bien con la moral, la fé y la religion de los individuos, nos ha hecho creer necesarias tales instrucciones.

Las que contiene el cuarto volúmen, finalmente, se refieren á la vida, á la pasion y á los gloriosos triunfos de nuestro Señor Jesucristo; así como á la santísima Virgen Maria Madre de Dios, y á las festividades de algunos Santos mas celebrados en América. Todas estas instrucciones son breves, atendido que debiendo decirlas el párroco en la Misa, y celebrándose ésta ordinariamente muy tarde, para dar lugar á que concurran los fieles; y que éstos deben despues volverse á sus casas, que estan á veces dos, tres y aun mas leguas distantes de la parroquia, el predicador no puede extenderse mucho en sus sermones.

Verdad es que algunas de estas instrucciones son mucho mas largas. La razon es, porque el autor ya las habia predicado, circulaban impresas, y pareció por eso natural conservarlas como ántes habian sido publicadas.

Tal es la naturaleza y el objeto de esta obra que, si algun mérito tiene, es la intencion de su autor, que no es otra sinó facilitar la pre-

dicacion de la divina palabra á los párrocos de la América latina ; y muy especialmente á esa juventud, esperanza de la Iglesia en el nuevo mundo, que se forma en el Colegio Latino-Americano de Roma. A su fundacion cooperó él con todos sus esfuerzos comisionado por nuestro SSmo Padre Pio IX, y á sus alumnos que tanto ama ha dedicado su libro. ¡ Ojalá ! que por este medio se propague en aquellas vastísimas regiones el conocimiento de Dios y de su único Hijo nuestro Señor Jesucristo entre los pobres ignorantes que, llamados á la posesion del reino de los cielos, viven expuestos á perderlo por las tinieblas densísimas que les rodean. Quiera el Señor bendecir este pequeño trabajo para que se logre su fin.



INSTRUCCION PRIMERA

EXPLICACION DEL ARTÍCULO PRIMERO DEL CREDO.

*Credo in Deum Patrem omnipotentem Creatorem
coeli et terrae.*

(Ex Symbolo Apostolorum)

Este es, hermanos míos, el documento mas noble que recibió el hombre de la grandeza de su ser y de su inmortalidad feliz; documento que lo eleva sobre su condicion perecedera, y le da derecho para llamarse hijo de Dios. Se abre delante de nuestros ojos otra vida, otra creacion donde la tierra desaparece, las pasiones no existen, Dios se comunica íntimamente con sus criaturas y las hace depositarias de los misterios mas altos de su ser y de sus perfecciones inefables.

Ya no son los Profetas los que nos hablan de parte de Dios, y nos refieren algo de aquellos secretos que, ni el ojo vió, ni el oído escuchó, ni el entendimiento del hombre puede explicar tales cuales son. Ni son tampoco los Patriarcas los que nos ilustran, con verdades aprendidas en visiones del cielo; sino Dios mismo es quien habla á los hombres, para descubrirles las verdades que guian por el camino de la vida eterna (1). Tal es el origen de la doctrina que la fé nos manda creer y confesar, y nosotros debemos creer y confesar

(1) S. Juan Capitulo 10.

so pena de no ser cristianos. Todas ellas se encuentran reunidas en el Símbolo de nuestra fé, que vulgarmente conocemos con el nombre de « Credo ». Este en cada uno de sus artículos, contiene una ó algunas de las verdades fundamentales de la fé cristiana, verdades que necesita creer y confesar todo el que desee conseguir su eterna salvacion.

Al emprender nosotros su explicacion humillemos ántes profundamente nuestro entendimiento, nuestra voluntad y nuestra razon. Nuestro entendimiento para someterlo á la voz de Dios que le habla; nuestra voluntad para amar esas mismas verdades y ponerlas sobre nuestro corazon, como sello de amor y de salud; y nuestra razon, para no invéstigar los secretos que Dios quiso ocultar á la perspicacia de nuestra vista. En medio de la reverencia profunda que Dios, cuya sabiduría brilla en cada uno de sus misterios, inspira en nuestra alma, « ¡ O profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios ! » hemos de esclamar con san Pablo « ¡ Cuán incomprensibles son, Dios mio, tus juicios, e impenetrables tus caminos ! ¡ Quién entendió la mente del Señor ? ¡ O quién fué su consejero ? » Sea nuestra conducta como la de aquellos discípulos del Salvador que, sin tratar de escudriñar los secretos de su Maestro, « Creo, le decian ; pero ayuda vos mismo nuestra incredulidad. »

Mas tratemos al mismo tiempo de ilustrar esa fé. La ilustra quien escucha con atencion todo lo que se dirige á grabarla mas profundamente en su corazon, á estenderla mas ámpliamente en su voluntad, y á practicarla mas escrupulosamente con sus acciones. De nuestra ignorancia en orden a la fé, nacen ordinariamente las faltas que cometemos contra la misma fé. I por eso el Apóstol condena esa ignorancia, cuando nos dice :

« los que ignoran seran tambien ignorados (1). » Quiera el Señor que nosotros aprovechando sus gracias, nos acerquemos á El, por el claro conocimiento de su verdad. En sus manos estan todos los entendimientos y todos los corazones : quiera El, ilustrar el nuestro de modo que pueda su divina palabra dar en nosotros frutos de vida eterna. « Creo en Dios Padre todo poderoso Criador del cielo y de la tierra ; » ved ahí el tema de la presente doctrina.

Despues de la caida de Adan, padre comun del linaje humano, Dios dejó á éste sumido en tinieblas y como abandonado a sí mismo. Verdad es que en medio de aquellas tinieblas algunos hombres conocian á Dios y le amaban con un corazon perfecto. Entre otros Noé le busca con sencillez, evita la corrupcion y vive inmaculado en medio de generaciones perversas : Job ama las virtudes y se complace en practicarlas con severidad, y Melquisedec ofrece con celo y fervor sus sacrificios al Dios verdadero. Mas todos éstos recibian luces directas de Dios mismo que los dirigia por entre las sombras de la ignorancia y de los errores. Quiso al fin la divina providencia elejir una familia en cuyo seno viviese esa fé que aquellos individuos conocian por beneficio especial de la bondad de Dios. Fué, hermanos mios, Abraham, y despues su posteridad, el que conservó intacto el sagrado depósito de la fé que profesamos. Por esto Abraham, Isaac, Jacob y las doce tribus que formaron el famoso pueblo de Israel eran, por esa fé, como la luz que señala los objetos en medio de la oscuridad, ó como la antorcha que dirige en medio de densísimas tinieblas. Porque, en efecto, solo ahí se conservaba la fé que ilustra y conduce al hombre hácia su

(1) Qui ignorat ignorabitur. Epist. 1 ad Corinth. c. 14.

felicidad eterna ; mientras que todos los otros vivientes de la tierra erraban su camino, y perecian en el hondo abismo de los vicios mas groseros y repugnantes. Por que, en efecto, fijad vuestra vista sobre Israel, estendedla luego sobre todos los otros pueblos de la tierra, y bien comprendereis hasta dónde podremos llamarle con propiedad luz en medio de tinieblas, y antorcha luminosa en el seno de una profunda oscuridad.

Israel conoce y adora al Dios verdadero : de ese Dios ha recibido la fé que le inspira y los preceptos que obedece. A ese Dios se dirijen los sacrificios que le ofrece con los ritos y ceremonias prescriptas por los profetas. El templo de Jerusalem le inspira un respeto profundo ; en su recinto Dios ilustró la mente de sus santos ; desde allí se eleva hasta el cielo el humo de los incensarios ; y sobre sus altares las víctimas ofrecidas aplacan la ira del Señor, excitada por los pecados de los hombres. Aquella fé y esos preceptos le ordenan amor y respeto a Dios, caridad y justicia para el prójimo, virtudes perfectas, vida pura ; y en fin, les hace distinguirse por su fé, por sus costumbres y aun por sus opiniones de todas las naciones, y de todos los hombres de la tierra.

Los paganos al contrario sumidos en vergonzosa ignorancia, desconociendo el Dios verdadero, carecian de las virtudes que Dios solo concede a quien le conoce y se las pide. Confundian las virtudes con los vicios, adoraban las personificaciones de éstos ; y sus sacrificios, sus sacerdotes, sus víctimas y sus ritos revelaban tiniebla y extravio, ignorancia y corrupcion. Sus leyes, naciendo de fuentes tan impuras, participaban de esa misma impureza. ¡ Ah católicos ! recordadlo : esos grandes lejisladores de Roma y de la Grecia ¿ en cuántos errores no incurrieron ? ¿ cuántos vicios no apro-

baron ? ¿ y cuántas costumbres execrables no revistieron, por decirlo así, del noble esplendor que acompaña á las heroicas virtudes ?

Jesucristo Dios y hombre apareció sobre la tierra para enseñar la verdad, para aclararla con nuevas luces que iba á derramar, y para confirmar con su palabra divina lo que en su nombre habian enseñado los profetas. « Yo soi, dijo, luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas. » Y como luz verdadera que ilumina á todo hombre que habita en este mundo, desterró del entendimiento humano toda ignorancia, todo motivo de error, toda duda, y todo género de incertidumbre predicando las verdades de nuestra santa fé. Se cumplió plenamente lo que del Cristo hijo de Dios habian predicho sus profetas. « El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz (1), » y los que aguardaban la muerte sentados en los bordes del abismo fueron iluminados. Los Apóstoles que oyeron de boca de Cristo esas verdades, para trasmitirlas intactas á todas las generaciones de la tierra, las reunieron en el Símbolo de la fé, que conocemos todos los católicos, con el nombre de « Credo. » La tradicion y la historia eclesiástica nos refieren que reunidos en el Concilio primero de Jerusalem, y ántes de esparcirse sobre la tierra para llevar á las jentes la noticia de su salud eterna, compusieron este Símbolo que habia de ser como la espresion universal de una fé destinada á reunir á todos los pueblos de la tierra en una sola familia (2). ¡ Qué gozo, her-

(1) *Populus qui ambulabat in tenebris vidit lucem magnam.* Isai. Cap. 9.

(2) *Apostoli certam regulam fidei tradiderunt, quam secundum numerum apostolorum duodecim sententiis comprehensam, symbolum vocaverunt; per quam credentes catholicam tenerent veritatem, et haeticam convincerent pravitatem.* S. August. Serm. 181 De tempore. S. Thomas 2.^a 2.^{ae} Quaest. 1.^a Art. 6. de Symbolo.

manos mios, tan puro e inefable el que inspira á los que militamos en la tierra bajo este Simbolo encontrarlo en Asia, en Africa, en Europa y América ! Esta es sin duda aquella prodijiosa señal que elevó el Señor para congregar á todas las gentes dispersas sobre la tierra (1). *Creo* — esta palabra encierra la solemne espresion de nuestra fé. Cree nuestra alma, y la conciencia persuadida de la verdad de aquello que cree, declara que profesa y sostiene cuanto en el Credo se encierra. Ved ahí los actos que encierra esta palabra *Creo*. Declara el cristiano la firmeza de su fé, por que no la recibió de Dios para ocultarla en el fondo de su alma, sinó para declararla con celo y con esfuerzo delante de todos los hombres, y para edificacion y ejemplo de todos. *Creo* dice, y creyendo profeso esta misma fé como la regla invariable que Dios me dió, para dirigir mi conducta mientras viva sobre la tierra. *Creo*, y creyendo sostengo que solamente esta fé es verdadera, y la única que franquea á los hombres el paso para la vida eterna.

Para que pueda el hombre decir con verdad que cree, su alma y sus obras deben unirse en todos los actos que inspira la fé. Creer con el espíritu y el corazón es creer con fé sobrenatural, es decir con fé inspirada por Dios, que viene de Dios, y cuyo autor es solamente Dios. Esta es la que llamamos fé divina, por que tiene su oríjen en Dios, y es El quien puede concederla á sus criaturas ; divina, por que Dios que no puede engañarse ni engañarnos la reveló á los hombres ; y divina, en fin, porque nos hace creer de una manera tan firme e inconstable cuál nunca podemos nteer cuando creemos á los hombres que se engañan, y engañan á los otros fácilmente. Por eso cuando cree-

(1) *Isaias* Cap. 5.

mos la palabra de los hombres, alguna vez dudamos, nuestra razon desconfia, por que en el fondo de nuestra conciencia vive el convencimiento de que todo hombre miente (1). Buscamos por eso nuevas seguridades que sirvan como de garantía á su palabra, y parece que apesar de todas cuantas se nos ofrecen, aun no quedásemos satisfechos, y procurásemos otras nuevas. David comprende mui bien la diferencia que existe entre creer á Dios y creer al hombre: « *Crei,* » decia, *credidi*. Ved ahí al hombre que simplemente cree; mas ved luego al hombre que eleva hasta el cielo su alma. « *Crei,* » y como mi fé me llevó hasta Dios y encontré en El la verdad por eso hablé sin temor de equivocarme. « *Credidi, propter quod locutus sum.* » No tasteis, hermanos mios, la seguridad del que cree á Dios; notad ahora la incertidumbre del que cree al hombre. « *Ego dixi in excessu meo: Omnis homo mendax* (2). Dije en medio de los trasportes de mi alma, todo hombre es mentiroso. » En suma el cristiano al decir « *Creo,* » cree a Dios por que cree su palabra; cree en Dios que adora y confiesa en sus misterios, y cree por Dios, esto es, movido por su santa caridad.

La fé con que creemos es sencilla, por que creemos todo lo que la Iglesia nos propone sin entrar en averiguaciones cuyo objeto sea escudriñar la naturaleza ó las causas de las verdades que creemos. Es sencilla, por que jamas debemos admitir duda alguna sobre la existencia de esas mismas verdades que profesamos; y es sencilla finalmente, porque adorando todos los misterios que se nos proponen, con el entendimiento, y el amor que profesamos a Dios, nos conformamos con creerlos y confesarlos sin pasar ni aun levemente mas

(1) Salmo 115.

(2) Continuacion del Salmo antes citado.

allá. Es además profundísima la fé, pues lo son todos los misterios que nos ordena creer. Nuestra razón y nuestro entendimiento desfallecen cuando pretendemos elevarnos, por decirlo así, hasta el trono de Dios, y arrancarle temerariamente sus secretos inefables. « Ni el ojo vió, ni el oído oyó, » esclama con san Pablo el cristiano creyente, sujetando su entendimiento, su razón y su voluntad á la fé.

Debe ser además firme é incontrastable la fé con que hemos de creer. Pero aun cuando se trata de misterios oscuros y profundos que la razón humana no es suficiente por sí sola para conocer, ni para probar, por que exceden infinitamente su capacidad, no juzguemos, sin embargo, que se nos ordena creer con facilidad y sin cautela de ninguna especie. Nó, no es así, la fé propuesta por la Iglesia, aun cuando nos enseñe misterios oscuros, nos dá pruebas tan claras y fuertes de su verdad, que se hacen evidentes á pesar de esa oscuridad impenetrable en que estan envueltos. Por eso es que percibiéndolos David, en arrobamientos de su espíritu exclamaba delante del Señor: « *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis;* » « Mi Dios, tus verdades son sobremanera creíbles (1). » Por que, en efecto, desde que los cielos y la tierra la probaron, hicieron evidente su verdad para los hombres que debían profesarla. Los cielos, he dicho, de donde vino el Hijo de Dios a predicarla, manifestando con obras y palabras, con milagros y doctrina que era realmente Dios, y como Dios era verdad suma; y verdaderas también, por consiguiente, todas sus palabras. Los cielos dando á los Apóstoles que la predicaron el poder de obrar milagros para autorizar esa misma fé: y siendo

(1) Salmo 92.

el milagro un suceso que excede todas las fuerzas de la naturaleza y de todas las criaturas, claro es que ninguna otra virtud que la de Dios puede obrarlo. Y siendo Dios, verdad por excelencia ó mas bien la suprema e infinita verdad, no es posible que obre milagros para aprobar ninguna falsedad. Abrid, hermanos míos, los libros sagrados del Evangelio, así como los hechos de los Apóstoles; y os referiran un gran numero de milagros obrados por Dios para confirmar su santa fé. Abrid la historia de la Iglesia, esos anales de la misericordia y bondad divina desplegadas en la propagacion de la fé cristiana; y ella os contará infinitos milagros obrados en nombre de Jesucristo por sus discípulos, ministros celosos de su santa palabra entre los hombres. Los cielos, en fin, inspirando fortaleza á los confesores de esa fé, y por la virtud divina que les comunica haciéndolos superiores á todo el poder del hombre, á todo el despecho del hombre, y superiores, lo que es mas, á los efectos de su propia flaqueza, cuando se trata de confesar y sostener esa fé. Recordad, hermanos míos, once millones de Mártires que durante diez y nueve siglos han sellado con su sangre la verdad de la fé católica y publicado, muriendo en medio de los tormentos mas crueles, que les asistia fortaleza divina, que habia en su alma virtud celestial que les hacia superiores á la crueldad de sus enemigos, y comprendereis desde luego que la mano de Dios, es la que brillando en medio de esa ruda prueba que sufria la fé, se dignaba hacerla aparecer vestida de brillo celestial.

La tierra dió tambien testimonio de la divinidad de la fé, sirviendo de instrumento al brazo del Señor. Las naciones, los pueblos y los individuos que corren á ponerse á la sombra de la Cruz; los hombres, digo, que abrazan la fé cristiana, renunciando espontáneamente

sus antiguas creencias que les autorizaban para vivir á su albedrio, y se someten á esta fé que hace guerra al vicio, prohíbe la venganza, y manda perdonar generosamente las injurias. ¿No es éste un verdadero milagro que prueba la divinidad de la fé cristiana? Un hecho singular en la historia quiero yo aducir tratando este punto; pero hecho que muestra esa influencia decisiva que la fé de Jesucristo ejerció sobre la conciencia del hombre, desde que fué conocida. El mundo habia visto aparecer de cuando en cuando grandes Soberanos, y famosos jenerales que triunfaban de sus enemigos por la fuerza brutal. Sus triunfos producian en la muchedumbre la admiracion y no pocas veces, el entusiasmo llevado hasta el exceso. Desde provincias remotas emprendian viaje familias enteras, para venir a conocer al héroe; se distribuian con ese motivo injerentes sumas que acreditaban la liberalidad de aquel; se disponian juegos alegres, luchas, teatros, convites; el pueblo daba rienda suelta á sus malas inclinaciones, y la repeticion de semejantes ocurrencias, daba esplendor á las ciudades, y las hacia preferibles especialmente para los que, abundando en riquezas, podian disfrutar en ellas, todos los goces de la sensualidad. Ved ahí hechos que nos recuerdan tantos de esos antiguos monumentos cuyas ruinas contemplamos en Roma, en Smirna, en Antioquia y en muchas otras capitales de Asia y de Europa. La fé cristiana inspiró al hombre ideas enteramente distintas, los vicios y todo cuanto podia fomentarlos, se hicieron repugnantes á los que abrazaron la fé: huyeron pressurosamente de los lugares donde reinaba la concupiscencia: y en medio de las grandes capitales donde los sentidos gozan mil impresiones que les son gratas. « ¿Quién me diera, repetian de corazon, quién me diera alas como de pa-

loma para ausentarme de aquí (1)! » Conoce el cristiano el precio infinito de su virtud y quiere salvarla á costa de cualquier sacrificio; por eso renuncia riqueza, familia, honores y dignidades; por eso huye de la sociedad, por que su aire le corrompe; por eso se sepulta en los desiertos, y sin mas testigos, que Dios y su conciencia, se entrega á los ejercicios que le inspira su piedad ardiente y fervorosa. Ved ahí, católicos, el hecho que os indicaba: hecho evidente y que nos revela resoluciones heroicas inspiradas por esa virtud que solamente la fé cristiana puede enseñar al hombre. Resoluciones que dejan ver triunfante nuestra propia flaqueza, de todas las pasiones, de todas las inclinaciones, y de todo aquello, en fin, que la ata mas y mas á la tierra.

Mas apesar, hermanos mios, de tantos y tan solemnes testimonios que publican la divinidad de nuestra fé, ésta soportando la persecusion de los tiranos, la persecusion de los malos creyentes, la persecusion de los falsos filósofos y la persecusion de pretendidos reformadores; ha hecho brillar mas y mas su divinidad, y la celestial virtud que la sostiene. Condenando los tiranos á los fieles al martirio, hicieron conocer que dió el Señor perfecta caridad á los cristianos, y que esa caridad encendida, abrazada y fuerte, á todo es superior. La herejia, combatiendo los dogmas, dividiendo la conciencia de los creyentes, é invocando el poder humano contra la obra de Dios, hace aparecer con nueva majestad el poder divino, sosteniendo á su Iglesia en medio de las tempestades violentas que la trabajan. La sabiduría humana, oponiendo á las verdades de la fé los frios raciocinios de su razon y de su ciencia, mostró su

(1) Salmo 54.

debilidad y su ignorancia. Y en fin, el hombre que combate á Dios cuando rechaza su fé, mil veces sorprendido por la majestad celestial de ésta, tuvo que repetir: *Durum est contra stimulum calcitrare* (1).

La palabra *Creo* abraza igualmente á todos los artículos comprendidos en el Símbolo. Asi es que con la misma fé creemos en Dios Padre, en los misterios del Hijo, en el Espíritu Santo y en todos los otros misterios y dogmas que contiene el Símbolo de nuestra fé. Decimos: « Creo en Dios, » y esta verdad la confesaron todas las naciones de la tierra aun cuando errasen mucho en su conocimiento. Esta fé universal en Dios nace de que el supremo Criador imprimió en el hombre la idea de Dios, así como la inclinacion á reverenciarlo, amarlo y adorarlo. Los jentiles adoraron infinitos dioses; el pueblo Romano reconocia mas de treinta mil, sin advertir que la perfeccion de Dios exige que Este sea uno solo: por que admitiendo la existencia de muchos dioses, seria necesario tambien admitir que éstos fuesen ó iguales ó desiguales. Si eran todos iguales ninguno era perfectísimo, porque no tendria supremacia sobre los demas, y eso arguye imperfeccion; si desiguales, lo que faltaba al uno, era tambien imperfeccion, y no puede concebirse imperfeccion alguna en Dios. ¿ Mas de qué causa procedia, hermanos mios, que los hombres errasen en esta verdad tan importante? La corrupcion de costumbres, y sobre todo la sensualidad del corazon, era la causa que nos indica la santa Escritura como primera y principal. « El hombre, nos dice, corrompió sus caminos, introdujo luego la abominacion en sus pensamientos; y concluyó adorando como Dios á sus propias pasiones. » No lo

(1) Hechos de los Apóstoles Capitulo 9.

dudeis, hermanos míos, ni un instante. Ese hombre hecho juguete de sus pasiones y obedeciendo los instintos de su carne corrompida inventó dioses, y los introdujo en el mundo, como nos decía elocuentemente uno de los más antiguos escritores eclesiásticos. « El deleite sensual, dice el Angélico Doctor, es entre todos los demás deleites el que más debilita la razón y entorpece el entendimiento si se frecuenta. » Debilitada pues la razón en el hombre, debilitado su entendimiento por el amor sensual incurrió en la ceguera más miserable, y en medio de sus tinieblas adoró aquello que se encontraba más en armonía con las propensiones abominables de sus locos estravíos. Ved ahí el origen de sus dioses: Jupiter incestuoso, Marte guerrero y enamorado á la vez, Vénus corrompida hasta la inmundicia, y en fin, toda esa caterva de divinidades hijas de locos delirios, y que autorizan, y aun estimulan con sus ejemplos á la lujuria más desenfrenada.

En medio de la confusión producida por tantas pasiones desencadenadas y por tantos vicios consagrados por el ejemplo de Seres sobrehumanos, la voz de Dios se deja oír estirpando tan vergonzosa idolatría, y vindicando su propio honor. « Oye Israel, dice, tu Dios y Señor es uno solo. No admitirás en mi presencia dioses extraños. Adorarás á tu Dios y Señor, y á El solo servirás (1). » Tu Dios es uno solo y solo El tiene derecho al amor y soberanía de tu alma (2); y todos cuantos pretendieron llamarse dioses, fueron demonios del infierno (3). Por eso cuando aquel mismo Israel doblaba su rodilla y quemaba incienso á los falsos dioses, se irritaba contra él con santo celo, y le castigaba

(1) Exodo. Cap. 20.

(2) Deuteronomio. Cap. 6. y 23.

(3) Salmo 95.

con la severidad que merece una generacion falsa y adúltera (1). Jesucristo escluye para siempre de la vida eterna al que no confesase la unidad de Dios con toda la fuerza de su voluntad y con toda la enerjía de su alma. « Esta es, nos dice, la vida eterna, que te conozcan a tí solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien enviaste (2). »

Pero siendo Dios uno en esencia es á la vez trino en personas, y éste es el augusto misterio de la santísima Trinidad que nos hace creer y confesar que en un solo Dios hai tres personas realmente distintas: la primera que se llama Padre, la segunda Hijo o Verbo del Padre, y la tercera Espíritu Santo. El Padre no procede de otro y por eso tiene como característico suyo el ser injénito, y se llama primera Persona. El Hijo que procede por jeñeracion del entendimiento del Padre, por el cual comunica Este al mismo Hijo su Esencia y perfecciones divinas; por eso su nombre es Hijo, Verbo, Unigénito, y le llamamos segunda Persona. El Espíritu Santo procede de la voluntad del Padre y del Hijo no por que sean dos voluntades sino una misma con la cual amándose recíprocamente producen al Espíritu Santo como término de este amor. Llamamos por eso al Espíritu Santo *Procedente*, y tercera Persona á la que se comunica por el Padre y por el Hijo toda la Esencia divina única, é indivisible con todas sus perfecciones adorables. Podriamos decir que el Padre considerándose á sí mismo con su divino entendimiento enjendra al Hijo, y el Padre y el Hijo amándose infinitamente con la voluntad, proceden al Espíritu Santo. Jesucristo, maestro divino del linaje humano, se dignó enseñarnos este altísimo é incomprensible misterio.

(1) Deuteronomio y Levitico en diversos lugares.

(2) S. Juan Cap. 17.

Predicando á los hombres la unidad de esencia con su Eterno Padre, « Yo y mi Padre, dice, somos una misma cosa (1), » y enseñando la diversidad de personas : « Lo que me dió mi Padre, es sobre todas las cosas (2). » David en medio de la claridad inefable que recibia del cielo aprendió este misterio incomprensible, y nos lo revela admirablemente en el libro de sus Salmos. La voz del Padre se dirige a su Unigénito y le dice: « Siéntate a mi derecha (3). » Luego ocupa el Padre ese mismo asiento del Hijo con quién es igual en majestad, en divinidad y en grandeza, y continua diciéndole: « El Señor a tu derecha despedaza los Reyes el dia de su venganza (4). » Predica Jesucristo la trinidad de Personas en una misma esencia cuando en virtud de esta fé sacrosanta señala al hombre el elemento de su regeneracion en el sacramento del Bautismo. El sagrado Evangelio nos refiere (5) que al instituir Jesucristo este sacramento, « Los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió como paloma sobre el Hijo de Dios, mientras que la voz del Padre: Este es, decia, mi Hijo amado en quien me deleito. » Ved ahí, hermanos míos, las tres divinas Personas interviniendo en la regeneracion del hombre: el Padre habla desde el cielo confesando al Cristo su Hijo Unigénito que santifica las aguas, y el Espíritu Santo aparece para derramar sus gracias y sus virtudes inefables sobre esas aguas que desde entonces borran los pecados de los hombres en virtud de los méritos de Cristo. Mas oid todavía la palabra del Salvador cuando manda á sus Apóstoles predicar el Evangelio á toda criatura. « Id, les dice, esparcíos sobre

(1) S. Juan Cap. 10.

(2) Id. id.

(3) Salmo 109.

(4) Id.

(5) S. Mat. Cap. 3.

la tierra enseñad a todas las gentes, bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. » Evidentemente encontramos aquí, la única esencia de Dios significada por Jesucristo en la singularidad del nombre, *in nomine*, etc., enseñad dice i bautizad en el nombre de ese solo Dios. Encontrais al mismo tiempo la Trinidad de Personas revelada por El mismo que manda enseñar y bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Estas tres Personas son perfectamente iguales en poder, sabiduría, amor y en todos los demas atributos que constituyen la Esencia divina: así es que cuando nosotros atribuimos al Padre la omnipotencia, al Hijo la sabiduría y al Espíritu Santo el amor, no es por que el Padre sea superior al Hijo, ni al Espíritu Santo en poder, ni el Hijo superior al Padre y al Espíritu Santo en sabiduría, ni el Espíritu Santo superior al Padre y al Hijo en amor, sinó tan solo por espresar mejor esa conviccion de nuestra fé que mirando al Padre ingénito, y sin procedencia de ningun género, le atribuye el poder eterno ilimitado y sin principio. Contemplando al Hijo engendrado por el Padre le adora como infinitamente sabio, y creyendo al Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo por el amor y la caridad, le atribuye ese mismo amor.

Pobres y limitados nosotros no podemos tener idea exacta de la grandeza de Dios, ni de la perfeccion de sus soberanos atributos; pero El mismo con su palabra omnipotente nos imprime esa idea, revelándonos su eternidad y: « Yo, nos dice, vivo eternamente (1). » Y en medio de ese cambio continuo que se opera sobre la tierra en todo cuanto pertenece á la misma tierra, solo El permanece sin variacion alguna (2), de modo

(1) A cada paso en las santas Escrituras.

(2) Dominus in aeternum permanet. Psal. 82.

que el hombre de fé á la luz de esa eternidad le conoce y adora como único verdadero Dios, exclamando con David: « Tú, Señor, fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas tú permaneces y todos se envejecerán como un vestido. Y como ropa de vestir los mudarás y serán mudados. Mas tú el mismo eres, y tus años no se acabarán (1). »
¿ Quereis conocer su omnipotencia? — recordad la fuerza infinita de aquella palabra que de la nada saca todas las cosas. Oid aquella voz eterna que se llama: « Dios omnipotente (2), » y oid tambien la del Unigénito que dice: « Para Dios todas las cosas son posibles (3). »
¿ Deseais tener idea de su inmensidad? — Escuchadlo: « Soy Yo quien llena los cielos y la tierra (4). » Y si esa inmensidad asusta vuestra pequeñez, recordad como David que esta misma pequeñez será asistida en todas partes por aquella inmensidad. « ¿ A dónde iré huyendo de tu presencia, Dios mio? — Si subiere al cielo, allí estás; si descendiese al infierno, estás presente. Si tornase mis alas al oriente y habitase en las estremidades del mar, aun allá me guiará tu mano y me sostendrá tu derecha (5). » Conocereis algo de su providencia viéndo que cuida aun de aquello que nos parece despreciable por su pequeñez (6). Mirad les aves del cielo que no

(1) *Initio tu Domine terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt caeli. Ipsi peribunt, tu autem permanes: et omnes sicut vestimentum veterascent. Et sicut opertorium mutabis eos, et mutabuntur. Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.* Psalm. 101.

(2) *Ego Deus Omnipotens.* Genes. 17.

(3) *Apud Deum omnia possibilia sunt.* Matth. 19.

(4) *Jerem. 23.*

(5) *Salm. 138.*

(6) *Non est alius Deus quam tu, et cura est de omnibus.* Sap. 12.

siembran, ni siegan, ni guardan en trojes y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mas que ellas (1)? Aprenderéis á temer su justicia, conociendo que es « abismo infinito, » abyssus multa; « que aborrece á los que obran la iniquidad, y castiga á los que hablan mentira » (2). Pero este mismo atributo inefable léjos de aterrar nuestra alma cuando lo meditamos debe ser, Católicos, un motivo eficaz para buscar á Dios con nuestras buenas obras; por que si esa justicia castiga á quien comete pecados tambien ella misma nos enseña: « Que dará al justo corona de justicia (3), y recompensará á cada cual segun el mérito de sus obras (4). » Tendreis, en fin, idea de su misericordia, escuchando á Dios gloriarse en ella, y colocarla sobre todas sus demas obras (5), ostentarla en toda la redondez de la tierra (6), y proclamarla en beneficio del hombre débil, flaco y miserable, llamándose para su consuelo: « Dios misericordioso, « Dios clemente, Dios sufrido y de infinita bondad (7). » De esta manera Dios nos ha dado á conocer sus atributos perfectísimos, así como tambien cuidó de revelarnos las verdades inefables de su Unidad y Trinidad.

Cuando confesamos á Dios « Criador del cielo y de la tierra, » expresamos tres cosas que son objeto de nuestra fé: la primera que Dios hizo todo el universo,

(1) *Respicite volatilia coeli quoniam non serunt neque metunt neque congregant in horrea et Pater Vester pascit illa. Matth. 6.*

(2) *Salm. 57.*

(3) *S. Pablo 2 á Tim. C. 4.*

(4) *El mismo á los Rom. C. 4.*

(5) *Pslm. 144.*

(6) *Pslm. 32.*

(7) *Exod. 34.*

así como todas las cosas que en él se contienen tanto las visibles como las invisibles. La segunda que todo lo crió en tiempo determinado por su divina providencia y nada hay eterno sino Dios ; y la tercera, en fin, que todo lo sacó de la nada ejercitando su infinita omnipotencia. La sagrada Escritura (1) nos refiere detalladamente esta creacion, y cómo al *fiat* de Dios criador aparecieron sucesivamente los cielos, la tierra, la luz, las aguas, los astros, los seres vivientes, y al fin, el hombre formado de un poco de barro, y á quien dió su imágen y semejanza (2). A este primer hombre llamó Adam, y le concedió perfecto dominio sobre las aves del cielo y los peces del mar, sobre las bestias de la tierra y sobre todo reptil que se agita en la sombra de las frondosas selvas, y sobre las arenas abrasadas del desierto. Ved ahí, señores, el origen del hombre. Contemplad con santo reconocimiento esta obra, la mas perfecta entre las de Dios, y en la que sin duda el Criador Supremo ostenta mas primorosamente su poder. « Cualquiera que medite la creacion del hombre encontrará que es obra de grandísima idea, que no podia ser concebida ni ejecutada sinó por una profunda sabiduría (3). » Ese cuerpo noble que se mueve con el auxilio de sentidos perfectos es templo de una alma aun mas noble, por que lleva en sus potencias la imágen de Dios. Y esa alma es capaz de amar á Dios con un amor que la satisface completamente, que la hace feliz, y la colma de verdadera dicha. En este amor consiste su perfeccion, su vida y su verdadera bienaventuranza en este mundo, por que es el movimiento de la imágen racional que busca su her-

(1) Genesis Cap. 1.

(2) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Genesis C. 1.

(3) Bossuet. *Connaissance de Dieu.* Chapit. IV.

moso original; de la obra espiritual que se eleva á su inmortal autor; y del hombre en fin que busca á Dios. David cuando se contemplaba dotado de tan admirable grandeza, con alma reconocida volviéndose al Criador le decia: « ¿Quién es, Señor, el hombre que te acuerdas de él? Lo hiciste poco ménos que los ángeles; de gloria y honor lo coronaste, y lo constituiste sobre las obras de tus manos (1). El porvenir prometido á este hombre, eterno, inmortal e imperecedero; cuánto nos hace conocer nuestra dignidad! « He de ver tus cielos (2). » Todo parece pequeño en presencia de esta felicidad que es la perfeccion, y verdadero objeto de la creacion del hombre racional.

Tambien es Dios Criador en cuanto sostiene y dirige á su fin todas las cosas que cria. Su omnipotencia infinita dió el ser á lo que no existía, y la misma con celestial sabiduría provee los medios para su conservacion y gobierno. Cantemos con David esta gloria del poder divino, repitiendo con nuestro corazon agradecido: « Te ensalzaré, Dios mio y Rey mio, y bendeciré tu nombre por los siglos de los siglos. Grande es el Señor y mui digno de alabanza, y de generacion en generacion serán alabadas tus obras. Los ojos de todos esperan en tí oh Señor! y tú das sustento en el tiempo oportuno, abres tu mano y llenas á todo animal de bendicion (3). » No da Dios con escasez, como ordinariamente lo hace el hombre, sinó que distribuye esos bienes de que necesita la tierra

(1) Salm. 8.

(2) Id.

(3) Exaltabo te Deus meus Rex, et benedicam nomini tuo in saeculum et in saeculum saeculi. Magnus Dominus et laudabilis nimis. Generatio et generatio laudabit opera tua, oculi omnium in te sperant Domine: et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis tu manum tuam: et imples omne animal benedictione. Psalm. 144.

con mano tan abierta, tan franca y liberal que toda queda repleta por lo grande de la abundancia y lo aventajado de su calidad. Ni necesita acudir á los graneros por el trigo, ni á las bodegas por el vino, ni á los huertos por los frutos: todo lo tiene en sus manos; abre éstas y llena al hombre de toda bendicion. ¡Qué grande, Católicos, aparece Dios delante de nuestra alma que guiada por la fé lo contempla Criador y Conservador de todas las cosas! Gravemos en nuestro corazon todas estas verdades. « La fé nos ennoblece (1), » decia con razon un gran sabio, por que las verdades que nos enseña con relacion á Dios y á sus criaturas, son eficaces para elevarnos sobre las miserias que nos rodean mientras vivimos en la tierra. Estudiemos nuestra fé, meditemos nuestra fé, y nuestra alma pensará con la pureza y santidad que conviene al verdadero cristiano; y esa misma virtud revelándose en nuestras acciones exteriores perfeccionará nuestra vida segun el espíritu de nuestro Señor Jesucristo. El hombre sin fé, que ni conoce á Dios, ni le ama, ni le teme, ni espera en El, ese no sentirá jamas la infinita nobleza y elevacion de todas aquellas verdades. Dios las descubre al creyente, como el suavísimo maná que ha de alimentarle en el desierto de este mundo, y conducirle lleno de vida y de vigor á la patria inmortal del cielo, que os deseo.

(1) S. Th. *Semel*.

INSTRUCCION SEGUNDA

EXPLICACION DEL ARTÍCULO SEGUNDO DEL CREDO

Credo in Jesum Christum Filium ejus unicum Dominum nostrum Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine.

(Ex Symbolo Apostolorum.)

Ved ahí, hermanos míos, la verdad de mas consuelo para el hombre. Le recuerda la caída infeliz de su naturaleza por el pecado de nuestro primer padre, y su reparación por el Único Hijo de Dios que hecho hombre se llama Jesucristo. En su caída descubre la extensión de sus miserias, su destierro de la verdadera patria, y su condenación á soportar en un valle de lágrimas la triste condición del que vive agoviado por la mas cruel adversidad. En nuestro Señor Jesucristo ve al libertador que le redime de sus males, le conquista la verdadera patria que perdió, y le abre las puertas del cielo para que entre á reinar alguna vez en medio de los goces inefables de gloria inmortal.

El linaje humano ha suspirado por este Jesucristo largos siglos, los Profetas le anunciaron, los justos le vieron tantas veces en espíritu ; y llenando al fin las esperanzas de todos, el Hijo de Dios toma carne humana en las entrañas de una Virgen, y habita entre los hombres misericordiosamente. Este es el misterio mas profundo de la Bondad Divina; por que al hombre caído y abatido lo presenta regenerado, y á nuestra carne pobre y flaca vistiéndolo al Verbo Divino encarnado. Confúndese nuestro entendimiento, y en raptos del asombro que le inspira su miserable pequeñez en presencia de la infinita bondad de Dios « ; Acáso el polvo, pregunta con David, ha-

brá de confesar tu grandeza ó la pequeñez está llamada á publicar la inmensidad de tu misericordia? (1) No se trata de la reparacion de los ángeles cuya naturaleza pura pareciera hacerles acreedores á tan alto beneficio, sinó del hombre formado del polvo y envilecido por las miserias de la culpa. No desciende un ángel para redimirle, sinó el Criador mismo de los ángeles su Rey y su Señor. Son éstas las verdades comprendidas en los artículos del símbolo que he propuesto como tema y voy á explicar en esta doctrina. ¿Quién es el Hijo Unico de Dios que llamamos Jesucristo? — ¿Por qué fué necesario que se hiciese hombre y habitase entre los hombres? — ¿Cómo se hizo hombre, y nació finalmente para realizar la grande obra de nuestra reparacion y redencion? Ved ahí las verdades que voi á explicar sencillamente si me permitis vuestra atencion.

Al exponeros las verdades de nuestra fé en orden á los misterios escondidos en el Hijo de Dios, que hecho hombre llamamos Jesucristo, debo antes en medio de la mas profunda humildad dar gracias al Dios de toda bondad y de toda consolacion, por que nos dió á su Hijo Unigénito, y en El una verdadera prenda de su infinito amor. Este Hijo de Dios, Eterno, Santo, Omnipotente y Sábio como el Padre y el Espíritu Santo, se ofreció espontáneamente á redimirnos. David en el libro de sus Salmos nos refiere algunas circunstancias de aquella espontánea oblacion que de sí mismo hizo en el seno de su Eterno Padre el Hijo de Dios. Oidla, hermanos mios. El Verbo Divino hablando á su Eterno Padre, le dice : « Has hecho, Señor, muchas obras maravillosas, y no hai quien te sea semejante en tus pensamientos. Sacrificio y ofrenda no quisiste: sinó que me formaste

(1) Salm. 29.

oidos perfectos; holocausto por el pecado no demandaste: entónces dije: he aquí vengo. En la cabeza del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad Dios mio, he venido, lo quise y tu ley en medio de mi corazon ». (1) Nada hai mas grande que la infinita caridad de Dios que resplandece en este misterio. El Padre quiere reparar la caída del hombre, y el Hijo se ofrece á ser el reparador; reconoce la infinita bondad y liberalidad del Padre, y alaba la Providencia y misericordia con que quiere libertar al hombre de los males que le acarreó el pecado. Conoce que los sacrificios de Israel no tienen eficacia para aplacar la Justicia Divina, ni valdrian algo para eso mismo los perfumes, ni los animales que mandaba ofrecer el rito de Moises. Por eso los rehusa Dios ahora, y dispone en su Hijo el sacrificio mas conveniente para su grandeza y dignidad (2). En El vé la víctima de infinito precio que no solo iguala sinó que excede en mérito á cualquier sacrificio que exigieren todos los pecados del género humano. Es ésta la víctima que con inexplicable amor á su Eterno Padre, y á los hombres responde en el seno de la eternidad: « Dispuesto estoy á cumplir vuestra Soberana Voluntad » *Ecce venio*. « De esta manera, dice el Angélico Doctor Santo Tomas, Dios hace resplandecer el poder, la sabiduría y la bondad divina. La Bondad, no desdennando tomar sobre si nuestras enfermedades; la Sabiduría, buscando la honrosa satisfaccion de un precio dificultosísimo de pagar; y el Poder, por que ninguna cosa mas grande que hacerse hombre el verdadero Dios ». (3) Ved ahí, hermanos mios, lo que cree nuestra fé del espontáneo sacrificio que en el seno del Eterno Pa-

(1) Salm. 39.

(2) S. Pablo Hebr. C. 10.

(3) 3. p. q. 1. ad 1^{um}.

dre ofreció el Hijo de Dios por la redencion del mundo. Toda la gratitud de nuestro corazon, todo el amor de nuestra alma, y toda la justicia y santidad de nuestras obras no podrán jamas corresponder á Dios tan insigne beneficio. El mismo Jesucristo nos dá á conocer la grandeza de ese amor divino diciéndonos: « De tal suerte amó Dios al mundo que le dió su Hijo Unigénito para que por su medio consigamos todos la vida eterna (1). » Y ved ahí tambien el fin á que debe estimularnos nuestra gratitud para con Dios: A trabajar por la vida eterna.

Mas la redencion de los hombres para la que se ofrecia el Hijo de Dios supone un gran trastorno producido por alguna causa : esta causa fué el pecado original, y aquel trastorno son las consecuencias que hizo pesar desde luego sobre los pobres pecadores. No necesito, hermanos mios, hacer largos discursos para daros á entender cuál fué ese pecado que cometió el padre comun del género humano. La Sagrada Escritura nos le refiere con sencillez celestial, y la palabra Divina será ahora toda mi palabra. A Adan y Eva que contemplábamos poco ha, saliendo de las manos del Criador, colocó Dios en un huerto delicioso que se llamó Paraíso terrenal. Les concedió el uso de cuanto en él se guardaba, prohibiéndoles tan solo comer los frutos del árbol llamado « de la ciencia del bien y del mal. » (2) Este precepto habia de recordar al hombre en medio de su felicidad la soberanía de Dios sobre toda criatura, y la dependencia de ésta del Supremo Hacedor (3). El Demonio, ángel caído, tomando figura de serpiente sedujo á Eva y la hizo comer el fruto vedado por Dios. Eva lo ofreció á Adan quien tambien comió desobedeciendo

(1) S. Juan Cap. 3.

(2) Genes. Cap. 2.

(3) S. August. Lib. 14 de Civit. Dei, Cap. 15.

de la misma manera. Así consintieron nuestros primeros padres en la desobediencia « viniendo a ser para los hombres, esta desobediencia, el principio de toda su perdicion (1). »

Mas permitidme, hermanos mios, fijaros en una circunstancia que encuentro en esta primera tentacion que sufrió el hombre sobre la tierra, circunstancia que veo reproducirse dia por dia en todas nuestras tentaciones. Es una instruccion que recibimos y que nunca podremos olvidar sin colocarnos en los bordes de un abismo. El hombre recibió el precepto positivo y terminante de. « No comerás el fruto de este árbol, » que le impuso Dios señalándole el del bien y del mal. El Demonio no combatió de frente la autoridad divina que impuso ese precepto: mostró tan solo curiosidad de saber el motivo por qué fué impuesto, por eso; por qué os mandó Dios, dice à Eva, que no comais de todo árbol del Paraíso? Logró la serpiente infernal á merced de este artificio llamar la atencion de la mujer: logró que escuchase su palabra, logró ponerla al alcance de sus miserables sugestiones, y prepararla para ser su víctima, sin que ella sintiese todavía ese horror que le hubiese causado una franca invitacion, para rebelarse manifiestamente contra Dios. Así que Eva ha oido al demonio, y la palabra infernal ha derramado el veneno suficiente en su corazon, entónces es cuando Satanás contradice abiertamente el mandato Divino, y asegura á nuestra infeliz madre, » que no morirá de ninguna manera comiendo ese fruto. » Esta es, hermanos mios, la manera de combatir que adopta casi siempre Satanás contra los hombres. « Es la serpiente que se arrastra, i no deja vestigio de sus

(1) Tob. C. 4.

movimientos » como nos enseña la Santa Escritura. Temámosla siempre y vivamos preparados contra sus asaltos en todas partes. No nos dice que ofendamos a Dios, ni que sacudamos el yugo de su divina ley, cuando nos tienta al pecado: sinó que artificiosamente nos vá arrastrando al fin que se propone.

Adan y Eva sintieron inmediatamente las funestas consecuencias de su horrendo pecado así en el alma, como en el cuerpo. En su alma sintieron la pérdida de la justicia original; en el cuerpo sintieron que su carne se rebeló contra el espíritu, y lo impulsó á precipitarse á lo malo y á lo ilícito. « Por que en el instante en que Adan quebrantó el mandato divino, dice San Agustin, abandonado de la divina gracia, sintió en su naturaleza los movimientos de su carne que desobedecía la ley de Dios (1). » Su alma sintió la ignorancia del entendimiento que le hizo confundir la verdad con la mentira, abrazar ésta con agravio de aquella; y en la senda tenebrosa en que el error le colocó, corrió todos los peligros, se precipitó en todos los abismos, y sintió multiplicarse hasta lo infinito los tristes efectos de su misma ignorancia. Su entendimiento que desde el Paraiso se elevaba hasta el cielo, conversaba con Dios, y con sus ángeles; ahora se arrastra como esclavo miserable sobre la tierra, se persuade que ésta es su patrimonio y su única herencia; ya no se acuerda del cielo como de su patria, ni su corazon palpita con la memoria de sus goces inefables, de suerte que mientras antes de su caída los movimientos de la voluntad iban siempre ordenados al bien, despues del pecado se vició de modo que el peso de su propia miseria la inclina constantemente hácia el mal.

(1) De civit. Dei lib. 13. cap. 13.

En su cuerpo soportaron tambien, nuestros primeros padres, el castigo del pecado, experimentando aquel diluvio de penas, aflicciones y dolores de que se compone nuestra vida. La voz de Dios se los habia anunciado cuando « Multiplicaré, les dijo, tus miserias.... maldita será la tierra en tu obra, con fatiga comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá,... con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de donde fuisteis formado: por que polvo eres y en polvo te volverás(1) ». Así quedó el hombre enfermo en su alma y en su cuerpo: él peregrinará sobre la tierra, él llorará soportando una existencia infeliz, y verá al fin la muerte con todos sus horrores. ¿ Y podremos decir que fué esta misma criatura aquella que Dios al sacar de la nada miraba con especial amor, y ennoblecia con su imagen y semejanza? Nó, hermanos mios, no podremos decirlo sin agravio de la Justicia, de la Providencia y de la Misericordia de Dios. Sin agraviar, he dicho, la Justicia Divina que habria condenado al hombre inocente á soportar una vida de castigo; sin agraviar la Providencia que supondríamos dando el ser á sus criaturas sin destinarlas á un fin noble; excelente y digno de Dios; y sin agraviar, en fin, la Misericordia de la cual uno de los profetas nos revela, que amó al hombre como la obra mas excelente de sus manos, y le dió vida para unirla eternamente consigo (2).

El hombre, pues no fué criado tal cual hoi le conocemos; la miseria que soporta tuvo una causa y ésta fué la rebelion de Adan nuestro primer padre contra su Soberano Hacedor. Esto no lo conoce tan solo el cristiano auxiliado por la fé, sinó que los gentiles mismos alcanzaron á penetrarlo aunque de un modo im-

(1) Genes. c. 3.

(2) Caritate perpetua dilexi te. eum. Jerem. c. 31.

perfecto. Pero dejando á un lado las apreciaciones que sobre esto hicieron los filósofos paganos, nosotros cristianos creemos que el pecado de Adan no dañó solamente á nuestros primeros padres sinó tambien á toda su posteridad: creemos que nos trajo la verdadera muerte haciéndonos perder la gracia de Dios, y condenándonos a las penas eternas, y creemos finalmente con el Apóstol « que por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, y que en ese hombre pecador todos los demas hombres incurrieron en la misma muerte (1). Porque el pecado de Adan vició en su raiz la estirpe humana, y la encadenó en su origen con las duras prisiones de muerte y condenacion eterna: por eso todos los hijos de Adan sentimos en nosotros los males que sintió aquel como consecuencia de su pecado. Una sola criatura quedó exenta de esa ley, y fué la Virgen Maria segun lo tiene declarado la Iglesia. Algunos preguntan: ¿ y porqué no evitó Dios la caida del género humano? y al responderles lo haremos con el Angélico Doctor diciendo: « que segun el órden establecido por la Providencia Divina debia Dios conservar al hombre en perfecta libertad, para elegir entre el bien y el mal que se ofrecia á su voluntad. Por que no es propio de la Providencia de Dios destruir la naturaleza de las cosas; y lo que segun la naturaleza de las cosas puede faltar alguna vez podrá suceder que falte siempre. » (2) Diremos ademas con San Agustin: « Dios no habria permitido la caida del hombre si no fuera de tal modo bueno y poderoso que, de los mismos males sacase á veces grandes é inefables bienes. La malicia y la flaqueza del hombre abusan ordinariamente de los bienes de Dios haciéndolos servir para el mal; pero al contrario

(1) S. Pablo á los Roman. c. 5.

(2) Pars 1, quaest. 48, art. 2. ad 3.

la Bondad y Omnipotencia de Dios, saca el bien de las obras malas y torcidas de los hombres (1). »

Dios nos dió á su Hijo para Redentor, y en esta dádiva ostenta infinitamente los tesoros inefables de su Bondad, Sabiduría y Misericordia (2). De tal modo que no podemos mirar la caída del hombre y su rebelion contra Dios, que le sepulta en la miseria, y la muerte, sin contemplar al mismo tiempo la Bondad Infinita de Dios que se compadece de la infelicidad de los hombres, la Sabiduría de Dios que encuentra el medio adecuado para reparar esa caída, y la Misericordia de Dios que se sacrifica como víctima que exige la Divina Justicia. El pecado de nuestros primeros padres nos hace conocer hasta dónde llegará la debilidad y flaqueza del hombre para obrar el bien despues de caido, si cuando se encontraba íntegro y sano pudo apartarse de Dios y precipitarse en tantas miserias.

La redencion del hombre caido en el pecado fué causa de que viniese el Hijo de Dios á la tierra, y hecho hombre habitase entre los hombres. Por que en efecto Dios se apiadó, de nuestra miseria y prometió un Redentor. Los oficios de Este no podia llenarlos sinó un Dios y hombre al mismo tiempo. Debia ser Dios el Redentor para que su sacrificio compensase la ofensa cometida contra Dios: y debia ser hombre por que era hombre el que debia esa compensacion. Por eso con admirable elocuencia nos dice San Anselmo: « La satisfaccion que exigia la culpa no podia darla sinó Dios, ni la debia sinó el hombre ; fué por eso necesario que la diese un Dios hombre (3). San Leon Papa, San Agustin, San Cirilo de Alejandría,

(1) Enchirid. Cap. 11. n. 3.

(2) Ostendit divitias Bonitatis suae. S. Pab. Rom. C. 9.

(3) Lib. 2. Cap. 6.

San Ambrosio y Santo Tomas (1) han tratado admirablemente esta materia demostrando que la Encarnacion del Verbo Divino fué necesaria para dar plena satisfaccion á Dios ofendido por el pecado del hombre. Y ved ahí, católicos, por qué fué necesario que el Hijo de Dios se hiciese hombre y habitase entre los hombres. Réstanos conocer ahora cómo se hizo hombre.

Dios preparó á los hombres para recibir como Redentor á su Divino Hijo. Desde aquella voz Eterna que decia á la serpiente infernal en el Paraíso : « Pondré enemistad entre tí y la muger, entre tu generacion y la suya, ella quebrantará tu cabeza » (2) primera revelacion explicita que Dios se dignó hacer del misterio de la Redencion , hasta la voz de San Juan Bautista que resonaba en el desierto del Jordán, Dios no cesó de anunciar al género humano la venida de su Hijo por medio de los Profetas. Y como habia de venir humillado y vestido con el ropaje de nuestra carne, lo reveló con señales tan claras y con circunstancias tan minuciosas, que sus palabras fueron en todo tiempo un argumento incontestable de la verdad de su venida. Desde su Encarnacion en las purísimas entrañas de la Virgen María hasta su triunfante Ascencion al cielo dibujaron los santos profetas con precision sus misterios, sus palabras, sus acciones y sus milagros. Todos ellos dieron testimonio de su persona, siendo un efecto sensible de la Omnipotencia Divina que viviendo aquellos en distintos lugares, y en tiempos y circunstancias diferentes, conviniesen exactamente en lo que escribieron y anunciaron de Jesucristo.

(1) S. Leo Sermo 20 de Nativ. S. August. Enchir. C. 107. S. Cyrill. Epist. ad Valerian. S. Ambros. lib. 6. in Luc. n. 109. S. Thom. 1. 2. q. 42. art. 1. in 3.

(2) Genes. C. 3.

Isaías sigue paso a paso la vida de Cristo, desde que cual vara de Jesé se alza para servir de señal que reuna á todos los pueblos dispersos sobre la haz de la tierra, hasta que ofreciéndose en sangriento sacrificio por la redencion del hombre le vé azotado, herido, despreciado, puesto entre malhechores, y hecho el oprobio de los hombres y el vilipendio de la plebe. Jeremías canta la muerte del Justo venido para salvar al hombre y llora la ruina del pueblo deicida én quien castiga Dios la mas espantosa ingratitud. Zacarías cuenta el número de las monedas por que será vendido el Hijo de Dios y Redentor de los hombres : le vé presentarse delante de los hijos de Jerusalem pobre y humilde montado sobre un asno, y predicando con su ejemplo la pobreza y el desprendimiento de todo lo terreno. David contempla descoyuntados sus huesos, atormentada con hiel y vinagre su boca, y tratado como malhechor por el pueblo mismo que venia á redimir. Ageo y Malaquias le ven llegar al Templo como ángel y dominador de un nuevo testamento, y deseado de todas las gentes. En fin Daniel cuenta el tiempo en que debe aparecer entre los hombres este Cristo y Salvador del mundo; y el tiempo en que ha de ser muerto como víctima por la redencion humana. No hago yo, hermanos míos, mas que insinuaros apenas algunas de las profecías que anunciaron á Nuestro Señor Jesucristo durante una larga serie de siglos ; mil otras encontrareis vosotros leyendo las Sagradas Escrituras, y todas se cumplieron literalmente en Jesucristo. De manera que á nuestro modo de entender, durante dos mil años mostró Dios al entendimiento de sus profetas los siglos futuros, y les hizo ver en ellos la vida de su Hijo Unigénito que hecho hombre enseñaba con los ejemplos de su santa vida á los hombres, y les redimia con su dolorosa pasion y muerte.

San Juan Bautista es el último de los profetas que anunciaron la venida del Hijo de Dios y Mesías prometido. Es el precursor, es decir, el que le antecede inmediatamente haciéndole preparar el camino, su voz resuena en el desierto de la Judea y en las riberas del Jordan; su vida austera y penitente, le presenta delante de las turbas como un hombre extraordinario, sus palabras llenas de celo le asemejan á Elías; la inocencia de su vida hace que sea comparado con algunos de los mas grandes é ilustres profetas; mas El declara que ni es Elías ni es algun otro de los profetas sino, « Soy, dice, voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor (1). » Esta mision de San Juan fué autorizada por milagros que sucedieron en su nacimiento, por su vida admirable y finalmente por la santidad de su doctrina. Cuando llegó el tiempo anunciado por los profetas, Dios preparó una criatura perfecta para que su vientre virginal fuese el recinto sagrado que habitase el Hijo de Dios al descender del cielo á tomar nuestra carne mortal. Esa criatura fué Maria hija de los Santos Joaquin y Ana; preservada por la Divina Misericordia del pecado original; criada á la sombra del santuario desde su mas tierna edad; y desposada segun el rito de la ley de Moises con San José; pero que guardó perpetuamente la virginidad que tenia ofrecida á Dios con voto.

En Nazaret ciudad pobre y pequeña de la Galilea habitaba esta Virgen, y su continua ocupacion era orar y meditar las santas Escrituras. Allí envió Dios al Angel Gabriel que entrando á su habitacion la dijo: « Dios te salve llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. » Cuando oyó Maria tales palabras se turbó; mas el Angel notando su turbacion, « No temas Maria, la dijo, porque has hallado gracia

(1) S. Luc. C. 3.

delante de Dios: concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo y le dará Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (1). » Hasta aquí habló el Angel. Sus palabras contenian el mensaje mas alto que pudo alguna vez mandar Dios á los hombres; revelaban á Maria la misericordiosa eleccion que el Señor hizo de su persona para madre de su Verbo Divino hecho hombre, y que la elevaba sobre todas las hijas de Adan. Pero Maria amaba la castidad, y la preferia sobre toda grandeza y sobre toda elevacion. La grandeza que le propone el Angel no la deslumbra un instante, así es que volviendo de su turbacion y conociendo que era enviado de Dios aquel que la hablaba, ¿como podrá suceder todo esto, le dice, cuando yo no conozco varon? Díjole entónces Gabriel: « El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá. Y por eso el santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios (2). » El temor de Maria se disipó cuando la voz del Angel le asegura que será madre del Hijo de Dios sin que su pureza virginal recibiese detrimento alguno; y prestó su consentimiento, confesando que no era ella sinó esclava del Señor, y como tal en todas las cosas debia estar resignada á la voluntad de su Señor. « He aquí, dice, la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. » En este mismo momento se obró en Maria el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo Divino. Es decir Dios con su infinito poder formó de la sangre de Maria un cuerpo perfecto: crió en ese mismo instante una alma y la infundió en aquel cuerpo: uni-

(1) Evang. de S. Lucas C. 1.

(2) S. Luc. C. 1.

dos entre sí esa alma y ese cuerpo formaron la naturaleza humana de Nuestro Señor Jesucristo, cuya naturaleza tomó y unió á sí el Hijo de Dios y Segunda Persona de la Santísima Trinidad con aquella Union que llamamos Hipostática, ó lo que es igual: Union de Persona Divina (1). De esa manera, hermanos míos, fué cómo el Verbo Divino tomó nuestra naturaleza humana ó por expresarme con la sublime teología del Apóstol, « Tomó la forma de Siervo (2) anonadando su infinita grandeza y Majestad. » Pero tomó solamente naturaleza humana, hemos dicho, por que el Hijo de Dios no unió persona alguna humana á su Ser Divino; y por eso creyendo y confesando nuestra fé en Cristo dos naturalezas, una Divina y otra humana, creemos y confesamos en El una sola persona Divina que es la del Hijo de Dios y Verbo del Eterno Padre. Existiendo en Jesucristo dos naturalezas, una Divina y otra humana, es Dios y hombre al mismo tiempo; por consiguiente debemos creer y confesar en El dos entendimientos, uno Divino y otro humano; dos voluntades, Divina la una y la otra humana; pero sin que por eso esas dos voluntades puedan jamas inspirar acciones encontradas, ni estar disconformes la una de la otra, porque la voluntad humana está en Jesucristo sometida á la voluntad Divina (3).

El Hijo de Dios que hecho hombre se llama Jesucristo, es en cuanto hombre el « Primogénito y Cabeza de todos los predestinados (4): » « Rey de los Angeles á quien éstos adoran como á Supremo Señor (5): »

(1) S. Thom. 3. p. q. 38. art. 4.

(2) Ad Philipp. C. 2.

(3) S. Thom. 3. p. q. 18 art. 1. et 2.

(4) S. Juan Cap. 3.

(5) S. Pedro C. 2.

« Fundador y Cabeza de toda la Iglesia (1). » « Supremo Legislador que instituyó los sacramentos para santificarnos por medio de su gracia: Juez de vivos y muertos: mediador entre Dios y los hombres: fuente de toda gracia, y de quien nos vienen todas las que podemos necesitar para salvarnos (2). » Ved ahí, mis hermanos, quien es Jesucristo; pero sobre todo lo dicho es el Redentor de los hombres, que los va á redimir con sus padecimientos, y por eso ha recibido de su Padre una naturaleza pasible y capaz de sufrir todo género de pena.

Decimos en el símbolo de la fé que Jesucristo fué concebido por obra del Espíritu Santo, aun cuando creemos que á la Encarnacion del Verbo Divino concurrió toda la Santísima Trinidad, por que el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios fué obra de infinito amor, y estas obras las atribuye nuestro entendimiento al Espíritu Santo que es el amor y la caridad de Dios, como lo llamaron tantas veces los profetas. Mas, aun cuando en ese sentido atribuimos esta obra al Espíritu Santo, no por eso podrá nadie decir que el Padre y el Hijo dejaron de concurrir tambien á la realizacion de este soberano misterio (3). Ni ménos podrá decirse que el Espíritu Santo de algun modo pueda llamarse padre de Cristo, por cuanto asistió á esta obra con la particularidad que en ella se atribuye al amor y á la caridad de Dios.

Nueve meses permaneció encerrado Jesucristo en el vientre de la Virgen María como todos los demas hombres lo estan ordinariamente, y esto no fué ni ocioso, ni inútil. No fué ocioso con relacion á Dios, por

(1) S. Pab. á los Hebr. C. 2.

(2) Cartas de S. Pablo á Tito Cap. 3, á los Efesios Cap. 12. y á los Rom. Cap. 6. y 8.

(3) S. Thom. in 3 dist. 4 art. 1 et Opusc. 3 Cap. 226.

que allí la humanidad vió la Esencia Divina y la amó con amor intensísimo; reconoció su inferioridad al Ser de Dios; vió todas las cosas penetrando los abismos insondables del pasado y del futuro; y reiteró vestido de carne mortal esa misma ofrenda de sí propio que hizo en el seno del Padre, como hostia para aplacar la justicia divina. Ni ménos fué inútil con relacion á los hombres, pues que encerrado todavía Jesucristo en el vientre virginal, ya santificaba al Precursor redimiéndolo con su gracia de la pesada servidumbre del Demonio, y nos daba muestra de que era poderoso para salvar á todos los que le invocan y esperan en El. Ya inspiraba á Isabel madre del Bautista llenándola de luces celestiales, y haciéndola capaz de conocer los misterios que se realizaban y de alabar al Señor con cánticos sublimes de amor y gratitud.

Maria y José permanecían en Nazaret, donde segun las apariencias, iba á verificarse el nacimiento de Jesucristo. Mas escrito estaba, que en Belen naceria el Mesías y de la casa de David saldria el Salvador. « Tú! Oh Bethelém de ningun modo te llamarás pequeña entre los pueblos de Judá, porque de tí saldrá el dominador de Israel (1). » La Providencia Divina permitió que la política humana contribuyese á verificar este oráculo y á realizar sus designios. En aquellos mismos dias, dice el Sagrado Evangelio, salió un Edicto de César Augusto para que fuese contada la poblacion de todo el orbe sujeto al Imperio Romano, y obedeciéndolo iban todos a escribir sus nombres, cada uno á la ciudad ó pueblo de su ascendencia y origen. Subió, pues, José de la ciudad de Nazaret á la ciudad de David llamada Bethelém, por cuanto era de la casa y familia de David para hacerse

(1) Miqueas C. 5.

empadronar con su esposa Maria que estaba en cinta. Estando allí se cumplieron los dias del parto de Maria, y parió á su hijo, que envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre por que no habia para ellos lugar en la posada (1). Esta es, hermanos mios, la relacion sencilla que nos hace el Evangelio del nacimiento del Hijo de Dios. Nace de Madre Virgen sobrenatural y milagrosamente como lo habian anunciado los profetas, y particularmente Isaías que escribía: « *Ecce virgo concipiet* (2). » Porque naciendo de esa manera realizaba la pureza, y condenaba la sensualidad que en aquella época particularmente manchaba al linaje humano; « y porque viniendo á sanar nuestra corrupcion no podia permitir que se minorase la integridad de su Madre, dice el Papa San Leon, ni que se disminuyese la pureza de su honor, pudiendo El como Señor de todas las cosas conservarla, perfeccionarla y engrandecerla (3). » Esta es la verdad de nuestra fé que confesamos diciendo, que Jesucristo único Hijo de Dios, nació de Santa Maria Virgen.

La virginidad de Maria la creemos y confesamos igualmente íntegra ántes del parto, que en el parto y despues del parto: así lo definió la Iglesia en el Concilio Efesino, condenando como herejes á los que habian sostenido lo contrario. Y con perfecta razon dice Santo Tomas, « por que negar á Maria su virginidad es menoscabar la perfeccion de Cristo: pues si Este como Dios es Hijo Unigénito del Eterno Padre, era conveniente y arreglado á la razon que como hombre fuese tambien Hijo unigénito de la Virgen Maria, como perfecto y único fruto de sus entrañas purísimas » (4).

(1) S. Luc. C. 2.

(2) Isaías C. 7.

(3) Serm. 2. de Nativ.

(4) S. Thom. 3. p. q. 28. art. 3.

Mas detengámonos, católicos, un instante para considerar esta entrada del Hijo de Dios á la tierra. Naciendo niño, ocultó bajo los velos de la flaqueza humana, la grandeza y gloria del Altísimo: y naciendo en un pesebre lleno de pobreza y de abatimiento, quiere soportar toda la dureza de la condicion á que el pecado sometió al hombre. Ha traído al mundo como Hijo de Dios toda su majestad, todo su poder y todas sus riquezas; pero esconde todos esos bienes bajo grandes males: su Divinidad bajo nuestra humanidad, su gloria bajo nuestra miseria y su eternidad bajo nuestra flaqueza. Por eso vemos hecho hombre y reclinado en un pesebre al dueño y Señor de todas las cosas. Yo veo, hermanos míos, un símbolo admirable de este gran misterio en las aguas del mar recogidas y envueltas por la mano de Dios en un pequeño paño, y á pesar de su inmenso volúmen, ligadas y comprimidas de tal modo que ni aun pueden humedecer siquiera esos mismos lienzos en que fueron recogidas (1). De este modo se explica la grandeza del poder Divino en la Encarnacion y nacimiento de su Hijo. Encierra y comprime en el pequeño lienzo de la humanidad la grandeza infinita de su Divinidad sin que se comunique al cuerpo una sola gota de aquel torrente copiosísimo de la gloria y riquezas del Señor.

Mientras tanto ¿ qué hacían los cielos y qué hacia la tierra cuando nacia en el pesebre el Hijo de Dios? « Los cielos se inclinaron para adorar á su Rey y Señor, la muchedumbre de la milicia Angélica baja hasta el pesebre, para honrar á su Dios allí humillado y abatido y dando testimonio de su Divinidad, canta: « Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. » Es decir, Gloria á

(1) Job C. 38.

Dios cuya misericordia infinita redime al mundo dándole á su Hijo Unigénito; Amor, temor de Dios y perfecta caridad en los hombres de buena voluntad para que conozcan y aprecien el don soberano que acaban de recibir. Los hombres humildes de la tierra escucharon la voz de los Angeles, y percibieron la claridad de Dios, símbolo de la inefable luz que traía á la tierra el Verbo Divino humanado. « Mirad, dijo uno de los Angeles á ciertos pastores que guardaban sus rebaños cerca de Belen y velaban á la media noche, « Mirad: os anuncio un gran gozo, y que lo será para todo el pueblo; sabed que os ha nacido en la ciudad de David el Salvador que es Cristo y Señor. Y esta será la señal para que vosotros podais conocerlo: Hallareis al niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Esos humildes y sencillos pastores se apresuraron para buscar al prodigioso niño que les anunciaban los Angeles. Penetran el establo, llegan al pesebre y ven por sus propios ojos cuanto el ángel les había revelado. Ilustrados por aquella luz de que les llenó el Angel se unirían sin duda á María y José para adorar al Salvador del mundo, Dios y hombre prometido á sus padres.

En el Oriente aparece mientras tanto una estrella que anuncia á los gentiles el nacimiento de Cristo, y mueve á los magos á venir en busca del verdadero Rey que aquella señal celestial les anunciaba. Los magos le encuentran y le adoran en Belen, le ofrecen sus dones de oro, incienso y mirra, y se cumple en ellos la predicción de los profetas: « Vendrán los Reyes en pos de tu luz » (1).

Se confunde, católicos, nuestro entendimiento discuriendo sobre estas verdades de la fé católica. Pero

(1) Isaias Cap. 66.

nuestra alma encuentra en ellas consuelo inefable; por que en el Hijo de Dios hecho hombre vé la esperanza que ha recibido de su eterna felicidad, y este es el efecto que ha de producir en nosotros el conocimiento y la meditacion de estos misterios. San Juan nos enseña esta doctrina de un modo claro. « Por Jesucristo, dice, hemos recibido la esperanza y la vida.... vengamos á El con un corazon puro, con una conciencia limpia, y El será nuestro abogado delante de su Eterno Padre y alcanzará el perdon de nuestros pecados (1). » La Encarnacion y el Nacimiento de Jesucristo nos estan mostrando la infinita caridad con que Dios nos ama y desea nuestro eterno bien. « De tal manera amó Dios al mundo, nos dice Jesucristo, que le dió á su Hijo Unigénito (2). » Ah católicos, por mucho que meditemos hasta donde llega ese exceso de caridad que Dios nos muestra en la dádiva de su Divino Hijo, no alcanzaremos á conocerlo ni ménos á comprenderlo. Aprovechemos tan inefable bien, haciéndonos capaces de recibirlo con pureza de alma y santidad de vida.

A Jesucristo Hijo Unico de Dios llamamos nuestro Salvador por que con sus merecimientos nos alcanzó la gracia y nos salvó del pecado y de los efectos del mismo pecado. El hombre por sus propias fuerzas y por sus arbitrios naturales no puede salvarse despues de caido: en la gracia que nos alcanza Jesucristo encuentra su única salvacion, su vida y su resurreccion eterna. Le llamamos tambien Redentor, atendiendo al oficio que vino á desempeñar en este mundo, y que desempeñó efectivamente de redimir á los hombres; nó con oro, ni con plata, como escribe el apóstol San Pedro, sinó con el precio de su preciosísima sangre (3).

(1) I. Joan. C. 2.

(2) Evang. Joan. C. 3.

(3) Epist. I. Cap. 1.

Le llamamos Cristo que quiere decir Ungido; y con éste nombre es conocido universalmente y le corresponde como Rey y como Sacerdote. Jesucristo reunió para nosotros estas dos calidades: es el Rey soberano é inmortal que constituyó Dios sobre su Sion visible, es decir, sobre su Iglesia; y sobre su Sion eterna, es decir, el Reino de los cielos (1). Es tambien el Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec, a quien ungió Dios con óleo de alegría (2).

Le llamamos Jesus con cuyo nombre le llamó el cielo: nombre dulcísimo y lleno de suavidad que el Espíritu Santo compara al bálsamo derramado, y que llena a todo el universo de fragancia celestial (3). Sus gracias, los dones que nos ha traído y las virtudes celestiales que nos enseña, nos dan derecho para llamarle con este nombre pronunciado con un corazón lleno de amor, de esperanza y de reconocimiento. « Esto mihi Jesus. » Sed para mí Jesus (4). Sed para mí Rey del cielo; sed para mí Salvador. Todos estos nombres y todas las excelencias que encierran, aumentan la esperanza que en Jesucristo tenemos de nuestra salud eterna. Quiera Dios, hermanos míos, que esta esperanza nos acerque mas y mas al mismo Jesus para conocerlo mejor, instruyéndonos cuidadosamente en todo cuanto pertenece á El; amándolo ardientemente, para que por ese amor reine en nuestra alma; y por sus virtudes reine tambien en nuestras acciones, y de este modo algun día lo conozcamos, amemos y gocemos eternamente.

(1) *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion. David Psalm. 2.*

(2) *Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech Ps. 109.*

(3) *Unguentum effusum nomen tuum. Cant. c. 1.*

(4) *S. Bernard. Serm. de nom. Jes.*

INSTRUCCION TERCERA

EXPLICACION DEL ARTÍCULO TERCERO DEL CREDO

*Passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus
et sepultus.*

Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado,
muerto y sepultado.

(Ex Symbolo Apost.)

Israel esperaba al Mesías prometido rodeado de esa pompa y majestad material con que creia vérle anunciado en los libros de sus profetas. Allí el Mesías era llamado libertador y le contemplaba á la cabeza de su pueblo arrojando á sus enemigos á los confines de Judá, y restituyendo á la descendencia de Jacob su libertad perdida. Era Rey, y queria que el esplendor y grandeza de su trono eclipsase la de los mas augustos y famosos de la tierra. Era Legislador, y como tal su voluntad habria de ser obedecida y acatada por todos los hombres. Pero el reino de Jesucristo no era terreno, ni esas figuras eran aplicables á la dominacion del presente siglo, sinó á otro órden diverso y enteramente espiritual. Jesucristo era libertador, pero de las almas esclavas del Demonio y aprisionadas con las cadenas de los pecados que romperia con su muerte. Era Rey, pero Rey de sus redimidos en cuyo espíritu y corazon reinaría por la gracia y por el amor. Era Legislador y a sus leyes se someteria el pueblo cristiano, que es el verdadero Reino de Nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra: reino que se gloria de obedecer los preceptos que le dejó, y de gobernarse por las inspiraciones que aun le envia. Ved ahí, católicos, porque Israel rechaza al Mesías prometido, « y los suyos (aquellos mismos que le

pertenecian mas de cerca) no le recibieron » (1). Le vé nacer en un pesebre, educarse en una condicion humilde, pasar su juventud al lado de personas pobres y abatidas segun el mundo; aparecer pobre y humilde predicando una fé nueva y un órden de cosas tambien nuevo ; le vé condenando la soberbia , la avaricia , la pompa mundana, y enseñando prácticamente la humildad, el desprendimiento y la mortificacion. La muchedumbre del pueblo sumida en el materialismo, ó en la idolatria, ó en la indiferencia para cuanto tenia relacion con la fé, no quiso ocuparse de la nueva doctrina, ni del sujeto que la predicaba: así convenia a sus pasiones. Los Escribas, los Fariseos, y los Sacerdotes de la ley de Moisés le condenan abiertamente, por que así conviene á sus intereses ; pero los hombres de buena fé, la turba inocente en cuyo corazon sin dobléz puede insinuarse la verdad , corrian á encontrarle cantando : « Hosanna al Hijo de David; Bendito el que viene en el nombre del Señor (2). » La Sinagoga de los judios le declara guerra abierta ; sus consejos prevalecen sobre la multitud , y los malos jueces le condenan á sufrir azotes , verguenza , ignominia y muerte de cruz. Ved ahí, católicos, las verdades de nuestra santa fé que me propongo explicaros ahora.

Quiero primero dar una ojeada rápida sobre la vida y la doctrina de nuestro Señor Jesucristo , para luego detenerme en los sucesos de su pasion, muerte y sepultura que enseñan las palabras del Símbolo cuya explicacion nos ocupa. Escuchadme.

Meditando la vida de Jesucristo encontramos desde luego en ella todas las virtudes cristianas practicadas de una manera inefable y celestial. Todo cuanto rodea

(1) Sui eum non receperunt. S. Joan. c. 1.

(2) S. Matth. c. 21.

á nuestro Divino Salvador mirado con el entendimiento es grande, noble y majestuoso ; habla al corazón que siente, y se insinúa poderosamente en el alma que medita. ¿ Qué grande no aparece su humildad, cuando en medio de los cánticos de los ángeles y de las adoraciones y obsequios de los Reyes, vemos reclinado en un pesebre al Dios y hombre verdadero que es su objeto ? El venia á enseñarnos prácticamente : « Que todo el que se humilla será ensalzado, » y al contrario : « Quien se ensalzare á sí propio será humillado, » y le oímos por eso declarar que « El Hijo del hombre ha venido á servir y no á ser servido ». Postrado á los pies de sus discípulos le vemos lavárselos, después de haber declarado que « si alguno rehusase humillarse hasta hacerse como un niño , ese no podrá entrar al reino de los cielos (1). » Su obediencia la describe admirablemente en dos palabras llenas de misterio el Evangelista San Lucas : « Erat subditus illis (2) » ; el Hijo de Dios estaba sometido á la voluntad de sus criaturas ! San Pablo lo presenta como el dechado perfectísimo de la obediencia cristiana cuando dice : « Se hizo por nosotros obediente hasta sufrir la muerte y muerte de cruz (3). » ¿ Y qué diremos de su misericordia ? « He venido, dice, á buscar las ovejas que perecían de la casa de Israel (4). » Y por eso ¿ cuánto se agita en largos caminos hechos á pié por montañas y desiertos ? ¿ Cuánto se enternece con los pecadores que recibe, aconseja y amonesta ? Vedlo en presencia de Magdalena, de Mateo , de la Samaritana ó de algun otro de tantos que le siguen atraídos por la inefable misericordia de sus palabras, y vereis con-

(1) S. Mat. c. 18.

(2) S. Luc. c. 2.

(3) Epist. á los de Filip. c. 2.

(4) S. Mat. c. 24.

movidos los espíritus dominados por los vicios; iluminadas las inteligencias oscurecidas por las tinieblas; y triunfante la divina gracia, que restituye á las almas su libertad perdida.

La bondad celestial de su corazon la conocieron por experiencia todas las gentes que presenciaron sus asombrosos milagros. La experimentaron los muertos resucitados, los ciegos alumbrados, los leprosos curados; y en fin, los infinitos hombres beneficiados por su inexhausta caridad.

Aun cuando estas virtudes practicadas de una manera inefable, celestial y nunca vista en el mundo, presentaban ya en Jesucristo al Hijo de Dios, fuente de toda virtud y perfeccion; sin embargo, Jesucristo se nos deja ver durante su vida, y en diversas ocasiones mostrando su divinidad en la práctica de ellas mismas. Ostentó el poder propio de Dios en la resurreccion de Lázaro, cuando con esa misma voz omnipotente que sacó las cosas de la nada, manda al alma de aquel amigo suyo volver al cuerpo que le hizo abandonar la muerte; y esa alma obedece prontamente y Lázaro resucita, acompaña á Cristo y vive despues largo número de años. Ostentó el poder propio de la misericordia de Dios en la Samaritana, cuando penetra hasta los secretos mas profundos de su corazon, cuando levanta á esa criatura del vil fango en que yacia; y eleva su entendimiento con la gracia hasta hacerla percibir la claridad infinita de aquella luz eterna que comunica á sus criaturas.

Su doctrina fué celestial y ningun hombre alcanza á discurrir con la capacidad de su entendimiento, esa perfeccion de virtudes, esa elevada santidad á que conduce su práctica. El Evangelio en que la depositó refrena el desborde de nuestras pasiones, nos instruye en

la práctica de la humildad y de la mortificación; condena la vanidad, el amor propio, la vida ociosa, y en fin, declara en ella su autor « Que si alguno quiere seguirlo es necesario que se niegue á sí mismo, contradiciendo su propia voluntad, tomando sobre sí la cruz de los trabajos; y que siga al Dios hombre por el camino áspero de la amargura y penitencia (1). » El Tabor y el Jordan percibieron alguna vez algo de su infinita gloria, y los hombres oyeron la voz eterna que dió testimonio de su Divinidad. Este es, hermanos míos, Jesucristo el Hijo de Dios que probó con sus virtudes, probó con sus milagros y probó con su doctrina que era Dios verdadero, Hijo de Dios y venido á la tierra para ser Redentor de los hombres.

San Pablo contempla á Nuestro Señor Jesucristo durante su vida mortal, preparándose con la práctica de todas las virtudes para entrar en el *Sancta Sanctorum*, y ofrecerse allí en sacrificio por sus redimidos. Y en efecto, dos oficios desempeñó en el mundo nuestro Señor Jesucristo como Redentor de los hombres: el primero fué enseñarles las virtudes con su ejemplo, el segundo redimirles del pecado con su muerte. En orden al primero, hablando á las turbas unas veces, y otras á sus discípulos en particular, les dice: « Yo soy el camino, la verdad y la vida, el que me sigue no vive en tinieblas (2). » Por que su doctrina es verdadera luz que alumbrará eternamente á los hombres que creen sus palabras. En desempeño del segundo oficio brilla esa caridad infinita del Hijo de Dios con la que « habiendo amado á los suyos que estaban en este mundo los amó hasta el fin (3). » Y verdadera-

(1) S. Luc. C. 9.

(2) S. Juan C. 14.

(3) S. Juan C. 13.

mente los amó hasta el fin, pues padeció y murió por salvar á todos los pecadores.

Treinta y tres años de edad tenía Jesus cuando despues de concluir la última cena con sus apóstoles, se fué al monte de las olivas, al campo llamado Getsemaní donde habia un huerto. Le acompañaban sus discípulos Pedro, Juan y Santiago; mas separándose de éstos al entrar al huerto comenzó á entristecerse y á sentir una intensa amargura. Delante de su alma se representaron todos los pecados de los hombres, desde el primero que cometió Adán en el paraíso terrenal, hasta el último que cometerá el postrero de los nacidos. Veía su muchedumbre infinita, su gravedad espantosa y los estragos que hacen en el género humano. Si los hombres hubiesen de aprovechar el sacrificio que por ellos iba a ofrecer á su Eterno Padre, su pena no habria sido tan intensa; mas allí tambien veía en la sucesion de los siglos condenadas innumerables almas, por la ingratitud, la negligencia y la ceguedad que habian de oponer á la misericordia infinita con que les ofrecia los bienes de la redencion. Aun mas la gravedad de los tormentos que iban á venir sobre sí, como verdadero diluvio, arredraba y estremecía su carnes. Tan intensa era su congoja que entre las fatigas de una penosa agonía sudó sangre, que regó aquella tierra. Dirigiéndose al Eterno Padre con humildad: « Padre mío, le dice, si es posible, aparta de mí este caliz sin que lo beba; pero no se haga lo que yo quiero, sinó lo que vos quereis. » Y en esta oracion quiso el Divino Salvador enseñarnos las circunstancias que deben acompañar nuestros ruegos á Dios, especialmente en medio de las tribulaciones, á saber, el silencio, la soledad y la humildad profunda del alma y del cuerpo; la confianza con que invoca á su Padre y la perfecta

resignacion con que sacrifica totalmente su voluntad á la de Dios, aceptando por su amor el cáliz amargo de la pasion y muerte. Un ángel viene del cielo para confortarle porque Dios de esa manera quiso mostrarnos en su Divino Hijo que « no abandona en su tribulacion á los que esperan en El. »

Júdas uno de los doce apóstoles á la cabeza de un escuadron de soldados, acercándose á Jesus le besó y dijo: « Dios te guarde Maestro. » Esta era la señal convenida para entregarlo á sus enemigos. « Amigo, le dijo el Salvador, ¿ A qué has venido ? ¿ Es posible Júdas que con un ósculo entregues al hijo del hombre ? » Y volviéndose á los sacerdotes, á los magistrados y á los ancianos « como á ladron, les dijo, habeis venido á prenderme con espadas y lanzas. Cada dia me encontraba con vosotros en el templo enseñando y no me prendísteis, pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (1). » Los apóstoles viendo preso á su maestro huyeron, y Jesus fué conducido sucesivamente á la presencia de Anás príncipe de los escribas y doctores de la ley; de Caifas sumo Pontífice y jefe de los sacerdotes y de los Fariseos ; á la de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurrían todos los ministros de la justicia ; y por último, á la de Herodes, Rey de la Galilea á quien rodeaba gran número de cortesanos y de gente de guerra. Aunque en todos estos tribunales sufrió penas y tormentos diferentes, Pilatos, por su oficio, fué quien le sentenció á morir; y por eso decimos que nuestro Señor Jesucristo « padeció bajo el poder de Poncio Pilatos. »

Recorriendo Jesus estos diferentes tribunales fué negado por Pedro tres veces, abofeteado por los sayones, calumniado por los sacerdotes y escupido y blas-

(1) S. Luc. Cap. 22.

femado por la inmundia plebe. Cumplióse al pié de la letra lo que habia dicho por sus Profetas: « Dí mi cuerpo á los que le herian y mis barbas á los que las arrancaban: y no aparté mi rostro de los que me escarnecian y escupian (1). » Tres principales acusaciones hicieron ante Pilatos contra Jesus los príncipes de los sacerdotes, á saber: la primera, que conmovia al pueblo con malas doctrinas; la segunda, que prohibia pagar al César los tributos establecidos; y la tercera, que decia ser el Cristo y Mesías prometido. Pilatos examinando la acusacion quedó convencido de la inocencia perfecta de Jesucristo. Las respuestas que dió el Salvador al interrogatorio que le hizo, le confirmaron en su opinion de que era inocente, y hablando á los acusadores defendió esa misma inocencia vilmente calumniada. Pero tímido y sin la energia suficiente para poner á Jesus en libertad, quiso obtener ésta por eleccion espontánea de sus mismos enemigos. Con motivo de la solemnidad de la Pascua en que los Judios celebraban el aniversario de su libertad de la esclavitud de Faraon, debia soltar Pilatos un preso: y ofreció al pueblo que eligiese entre Cristo y Barrabás insigne malhechor y que con sus asesinatos y demas crímenes, habia alcanzado gran celebridad en toda la Judea. Pilatos presentó al pueblo á Cristo á una con Barrabás; mas ese pueblo ciego no trepidó en preferir al réprobo sobre el justo, y al inícuo sobre el inocente (2).

Atónito Pilatos al ver preferido á Barrabás sobre Jesus ¿Que quereis, dijo, que haga de Jesus que se llama Cristo? — « Quítale de entre nosotros, y crucifícalo, respondió el pueblo. » Pilatos lo entregó entonces á los soldados para que fuese azotado. Observad, her-

(1) Isaias. C. 50, y David. Psalm. 132.

(2) S. Mat. C. 27.

manos mios, que era esta la segunda injusticia enorme que cometió Pilatos contra Jesucristo. Cometió la primera cuando persuadido de su perfecta inocencia lo hacia comparecer asociado á un criminal en presencia de una muchedumbre prevenida contra su persona. Ahora le manda aplicar la pena infamante de los azotes no obstante de estar persuadido que era santa la persona sobre quien recaía. Desnudo el Salvador y atado á una columna del pretorio, sufre este nuevo ultraje con paciencia celestial: y cuando su sangre cubre todo su cuerpo, los golpes razgan y magullan todas sus carnes, y su naturaleza extenuada y moribunda hace temer á sus verdugos, que vá á perder la vida; le desatan, le visten púrpura andrajosa, le sientan en un banco ignominioso, y ponen sobre su cabeza sacrosanta una corona en forma de toca tejida con mimbres espinosos. Le burlan los soldados y la plebe cuando le ven de aquella manera; y doblando ante El sus rodillas « Dios te guarde, le dicen, Rey de los Judios, » al mismo tiempo que con una caña que han puesto entre sus manos, como cetro, correspondiente á aquella corona, dan golpes sobre las espinas de la cabeza (1).

Contemplado Jesucristo de esta manera dolorosa y afrentosa, nuestra alma encuentra aquel Rey que meditaban los profetas, humilde y manso, mortificado y pobre, Rey de nuestra alma que conquista con sus ignominias y purifica con su sangre. Y ojalá que cuando así le miremos con los ojos del espíritu, le entreguemos la posesion de nuestro corazon mortificado por la penitencia y el arrepentimiento de sus culpas.

Pilatos lanzado ya en el camino de la iniquidad, esperaba, sin embargo, todavía poder librar á Jesus de

(1) S. Marcos. C. 15.

la muerte que para El pedia el pueblo. Desde un balcón lo presenta ensangrentado y vestido vergonzosamente como se hallaba. « Mirad, dice á la muchedumbre, mirad: *Ecce homo, Ecce Rex vester*. Ved ahí el hombre, ved ahí vuestro Rey: miradle, yo no encuentro en El culpa alguna que le haga merecedor de la muerte (1). » A cuyas palabras respondieron con grandes voces los Pontífices, sacerdotes y ministros reunidos en aquel lugar: « Crucificalo, crucificalo. » Irritado Pilatos con esta respuesta, « tomadlo vosotros, les dice, y crucificalo, porque no hallo causa para esto. » Los judíos instaron pidiendo fuese crucificado, y Pilatos, despues de protestar que era inocente de la sangre de Jesus que iba á derramarse, lo entregó á ellos para que fuese crucificado. Cargando Jesus la cruz sobre sus hombros salió caminando hacia el Monte Calvario. Llegando aquí diéronle vino mirrado mezclado con hiel, y como lo probase no quiso beberlo. Despojáronle de sus vestiduras, y mandándole se tendiese sobre la cruz lo clavaron sobre ésta de pies y manos. Despues de enclavado de esta manera levantaron los verdugos la cruz, y apareció el Salvador del mundo delante de los hombres del mismo modo que lo habia predicho: « Cuando yo fuese suspendido de la tierra, traeré á mí todas las cosas (2). »

Pusieron los judíos en la cruz un letrero escrito con letras hebreas, griegas y latinas que decia: « Jesus Nazareno Rey de los Judíos; » y los príncipes de los Sacerdotes leyéndolo « No escribas, dijeron á Pilatos, Rey de los Judíos; sinó: El dijo: Soy Rey de los Judíos. » Mas Pilatos despreciando sus observaciones « Lo que escribí, escribí » les respondió (3). Los soldados se

(1) S. Juan. C. 19.

(2) Ib. C. 12.

(3) Ib. C. 19.

repartieron las vestiduras de Jesus ; mas no rompieron del mismo modo su túnica sinó que la echaron en suerte, cumpliéndose así al pié de la letra lo que estaba escrito en los profetas : « *Super vestem meam miserunt sortem* (1) : Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes. » Jesus crucificado fué burlado, injuriado, menospreciado y atormentado de mil maneras ; mas nada de cuanto padeció pudo refriar ni lo mas mínimo de su infinita caridad. Por eso desde la cruz rogó al Eterno Padre por sus verdugos y perseguidores ; por eso nos dió allí á todos los pecadores por Madre á la Inmaculada Maria ; y por eso cual Maestro Divino nos enseñó en sus siete palabras siete lecciones celestiales de ardientísima caridad. Tres horas despues de crucificado Jesus « Todo esta concluido, » dijo (2), y reclinando la cabeza sobre su pecho, espiró (3). En el momento mismo que murió Jesus, el velo del Templo se rasgó en dos partes, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abieron, y muchos muertos resucitaron. El centurion que guardaba á Cristo viendo estas cosas, exclamó : « Verdaderamente este hombre justo era Hijo de Dios (4). » Los soldados que con él estaban poseidos de temor confesaban tambien á Jesus como verdadero Hijo de Dios, y el pueblo que miraba atónito lo que sucedia, volvía á Jerusalem, hiriendo cada cual su pecho de arrepentimiento. Jesus muerto, recibió en su costado una herida que le abrió con lanza uno de los soldados y de la cual salió sangre y agua (5). Era necesario que esa abertura nos

(1) Psalm. 68.

(2) Consummatum est. S. Juan. C. 19.

(3) Et inclinato capite emisit spiritum. Ibid.

(4) S. Juan. C. 27.

(5) Ib. C. 19.

diese entrada á su Divino corazon, fuente inagotable de todos los tesoros de gracia y de virtud que adquirió para los hombres, redimiéndolos con su pasion y muerte.

El sagrado cuerpo de Jesus bajado de la cruz y ungido con preciosos ungientos por José de Arimatea y Nicodemus, fué envuelto en una sábana limpia y colocado en un sepulcro nuevo cavado en la peña, y donde ninguno habia sido hasta entónces enterrado. Una enorme piedra fué colocada en la entrada del sepulcro ; y para mayor seguridad de los que se imaginaban que aquel cuerpo podria ser sustraído, fué sellada la piedra y guardado el sepulcro por soldados romanos, hombres extrangeros y dispuestos á observar rigurosamente las órdenes que se les impartieren.

Ved ahí, católicos, la historia abreviada de la pasion y muerte de Jesus que confesamos en el Símbolo de nuestra fé. Padeció y murió como hombre, por que la Divinidad ni puede padecer, ni puede morir. Así es que cuando creemos que el Hijo de Dios hecho hombre padeció y murió por nosotros pecadores, creemos al mismo tiempo que es tal la simplicidad é inmutabilidad de Dios, que ningun género de accidente puede perturbarla ni alterarla, por que en Dios no hai otra cosa que su soberana Deidad pura, inefable é impasible. San Agustin nos hace comprender esta verdad aduciendo la muerte de los mártires (1). « Estos, dice, cuando la sufrian por amor á Jesucristo, era su cuerpo solo el que moria quedando inmortal su alma, que recibia inmediatamente de Dios la corona eterna debida á su heroica virtud. Del mismo modo cuando el Hijo de Dios padecia y moria, era la sagrada humanidad la que

(1) S. August. de Trinitate. Lib. 13. Cap. 12.

padecía y moria quedando la Divinidad libre de todo sufrimiento. » Cuando decimos que Dios nació, Dios padeció y Dios murió queremos confesar la estrecha union con que el Hijo de Dios juntó á su persona nuestra humanidad, y que aun cuando en El reconocemos dos distintas naturalezas, no por eso reconocemos mas de una persona Divina que las sostiene que es Jesucristo. Siendo tan estrecha y sustancial esa union, resulta la comunicacion de propiedades de una naturaleza con la otra, y por eso lo que solo es propio de Dios lo atribuimos muchas veces á su humanidad y lo que pertenece á ésta, lo atribuimos á la sacratísima persona de Cristo.

En la cruz que eligió Dios para instrumento de nuestra redencion quiso mostrarnos mejor su infinita caridad. Porque cuanto mas tenia de ignominioso ese suplicio, fué mas meritorio, y mas glorioso para el Redentor morir en él. La Cruz, objeto de escándalo para el gentil y de ignominia para el judio, por cuanto en ella pagaban sus delitos los mas execrables criminales, elegida por Jesucristo para servir de altar en que se ofrece por nosotros como sacrificio, que paga la deuda de nuestros pecados; nos está mostrando que nada quiso ahorrar Dios, de pena, vergüenza y dolor, cuando se trataba de rescatarnos. Mas si la Cruz era, hermanos mios, hasta entónces objeto de escándalo para unos y de ignominia para otros, despues que Jesucristo murió enclavado en ella fué para todos los cristianos el símbolo mas glorioso de su fé y de su esperanza, y la señal del triunfo que en el Salvador del mundo obtuvimos todos sobre el pecado, la muerte y el infierno. Por eso brilla la cruz en nuestros templos como un objeto precioso; se eleva sobre las coronas de los Reyes; la ostentan los grandes de la tierra sobre sus

pechos como señal de nobleza; y todo hombre que recibió la fé, que predicó Jesucristo, la llama su salud, su vida y su resurreccion verdadera.

Jesucristo muerto en la cruz y sepultado en las entrañas de la tierra es para el cristiano el ejemplo donde prácticamente estudia su perfeccion. En Jesucristo Hijo de Dios vivo, tratado como infame malhechor, aprende la estension de la humildad, de la paciencia, de la fortaleza y de todas las demas virtudes que debe practicar. Ojalá levantásemos nosotros á menudo nuestra vista á Jesus crucificado animados por un ardiente deseo de imitarle! ; Ojalá pudiéramos decir lo que el Angélico Doctor santo Tomas mostrando el crucifijo: « Este es mi libro, en él aprendí todo cuanto sé. » Meditemos con atencion, hermanos mios, á Jesus crucificado, pongámonos con frecuencia á los piés de la santa Cruz, grabemos en lo mas escondido de nuestro corazon cada una de sus obras, cada una de sus palabras, y procuremos luego practicarlas, imitándolas con el mismo espíritu que san Pablo, cuando decia: « No me precio de saber otra cosa entre los hombres sino a Cristo crucificado (1). » Oigamos á san Agustin que nos dice: « Conoce ¡ oh hombre! cuánto cuestas, y cuánto debes á Aquel que se sacrificó por ti y averguénzate de pecar. Mira cómo por tu impiedad es azotada cruelmente la Piedad, por el insensato es burlada la Sabiduría, por el mentiroso es asesinada la Verdad, condenada la Justicia por el ínciuo, atormentada la Misericordia por el cruel, afligida con vinagre la Sinceridad por el miserable, embriagada con hiel la Durezura, despreciada la Inocencia por el reo, y muerta la Vida por la muerte (2). »

(1) I. ad Corint. C. 2.

(2) Serm. 41, de Pass. Domini.

Y Vos, Maestro Soberano, dulcísimo Jesus que dijisteis: « Cuando yo fuere levantado de la tierra traere á mí todas las cosas, » trae á tí mi corazon, mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad, para que sienta contigo, piense en tus ejemplos, penetre lo que me enseñas y ame de veras euanto en tí debo imitar. Así sea.

INSTRUCCION CUARTA

Descendit ad inferos tertia die resurrexit a mortuis.

Descendió á los infiernos,
y al tercer dia resucitó de entre los muertos.

(Ex Symbolo Apostolorum.)

Escrito estaba, católicos, del Salvador del mundo « que penetraria las interioridades de la tierra, despertaria á los que duermen y alumbraria á los que esperan en Dios. Que cautivaria al cautiverio y sacaria á los cautivos de la masmorra profunda en que estaban detenidos (1). » Jesucristo muriendo en la Cruz venció á la muerte, triunfó del pecado y lavó las manchas del linaje humano con su preciosa sangre. Murió como hombre, porque debia morir para llenar su ministerio de Redentor de los hombres; murió, porque su muerte era nuestra vida; y murió tambien, porque cerrando sus ojos en la cruz abria par en par las puertas del reino celestial á sus redimidos. A estas verdades que se contienen en los misterios de nuestra redencion, añadimos en el Símbolo otras que continuan la historia de las misericordias del Señor, en beneficio del género humano, á saber: « Descendió á los infiernos, y al tercer

(1) Ecles. C. 24, y S. Pablo á los Efes. C. 4.

dia resucitó de entre los muertos » es decir, á las humillaciones siguió el triunfo espléndido en que ostentó Jesucristo todo el poder, y toda la majestad propia de Dios. Es la victoria que sigue al combate que arrebató los despojos á la muerte, y deja ver rodeado de gloria al vencedor del infierno, y libertador de todos los esclavos hijos de Adán. ¡Qué verdades todas estas de tanta gloria y de tanto consuelo para nosotros! De tanta gloria, he dicho, porque la victoria de Jesucristo es victoria nuestra: y de tanto consuelo, porque ellas nos dan derecho para esperar la felicidad eterna cuyas puertas nos abrió Jesucristo Señor nuestro. Voi á explicarlas, y primeramente ocupará vuestra atencion, la bajada de Cristo Señor nuestro á los infiernos, y despues su gloriosa Resurreccion de entre los muertos. *Descendit ad inferos tertia die resurrexit a mortuis*. Escuchadme.

La fé nos dá á conocer bajo el nombre de infierno cuatro lugares en que son detenidas las almas que no van al cielo. El primero es al que damos propiamente el nombre de infierno (1), y es la cárcel en que serán eternamente castigados los que mueren en pecado mortal. En el juicio universal el alma del pecador, qué yá antes penaba, se juntará con su cuerpo, y juntos sufrirán por toda la eternidad aquella sentencia de Jesucristo que leemos en san Mateo (2): « Id malditos al fuego eterno. »

El segundo es el de los niños que no han llegado al uso de la razon, y mueren sin haber recibido el Sacramento del Bautismo. A este lugar llamamos Limbo. Los Teólogos, siguiendo la doctrina del Doctor Angélico (3),

(1) S. Thom. 3.^a pars, q. 6.^a art. 1.

(2) Cap. 26.

(3) S. Thom. Supplem. 3. p. q. 69. art. 6.

creen que en este lugar no sufren sus moradores otra pena que la de daño, la cual consiste en carecer el alma de la vista amorosa del Señor. El Bautismo fué el medio instituido por Cristo para aplicarnos sus merecimientos y hacernos capaces de entrar en su reino; aquellos niños muriendo sin recibirlo, quedaron incapaces de entrar en él (1).

Otro lugar hay á donde van destinadas las almas de los que mueren en gracia de Dios; pero sin haber satisfecho todavía toda la pena que merecian por sus culpas. Este se llama purgatorio ó lugar de purificacion por cuanto en él permanecerán los justos tan solo aquel tiempo que fuese necesario para satisfacer aquella. La santa Escritura y los Padres de la Iglesia nos hablan, en no pocos lugares, de este purgatorio aun cuando no le den precisamente este nombre (2).

Finalmente reconocemos el último de aquellos lugares bajo el nombre de Seno de Abraham, y es el que Dios destinó para los justos que vivieron antes de la redencion por Jesucristo, y que ó morian en gracia sin tener culpas que satisfacer, ó salian de la presente vida justificados y con sus deudas satisfechas en virtud de la fé de Jesucristo que habia de venir á redimirnos. Estando por la culpa de Adan cerradas las puertas del cielo, Jesucristo Redentor era el único que podia abrirlas, y efectivamente las abrió con su pasion y muerte. A este lugar bajó la Sacratísima Persona de nuestro Señor Jesucristo; no bajó su cuerpo que permaneció en el sepulcro, sinó su alma unida al Verbo Divino. Tenia razones mui poderosas para esta bajada, á saber:

(1) Nisi quis renatus fuerit ex aqua, etc. S. Joan. C. 3.

(2) Lee á Isai. Cap. 31; Apoc. C. 21; Malaq. C. 3; I. ad Cor. C. 3; II. Macab. C. 12; S. Thom. 1.^a 2.^{as} p. q. 89. a. 2; S. August. De Fide, Serm. 42.

porque habiendo con su muerte ganado la libertad para todas las almas que creyeron y esperaron en El, y satisfecho así mismo la pena de que eran deudores, era justo que bajase á los infiernos, y sacase de allí las almas detenidas de los santos Padres que lo habian aguardado y gemido por su venida continuamente. Esto lo anunció el Señor por Oseas: ¡« O muerte ! seré yo tu muerte: ¡ O infierno ! seré yo tu mordedura (1). » El Angélico Doctor añade: que habiendo Jesus vencido al Demonio era justo arrancase de sus manos los cautivos que tenia detenidos y cumpliese aquella solemne promesa que leemos en los Profetas: « Que en virtud de la sangre de su testamento haria salir sus cautivos del lago sin refrigerio (2), » despojando de sus presas á los Principados y potestades de sus enemigos (3). En fin, así como manifestó el Salvador su poder en la tierra, cuando vivió y cuando murió; era justo que lo mostráse tambien en los infiernos, y pues que el poder del Príncipe de las tinieblas se habia desplegado para perseguirle mientras vivia, y especialmente cuando moria llenando el oficio de Redentor. Ved ahí, los motivos por que Jesucristo apenas muerto en la cruz, dejando todavía su cuerpo enclavado en el madero, bajó á los infiernos su alma unida á la Divinidad. Mas quiero notar aquí con el Doctor Angélico, que aun cuando en este artículo de nuestra fé « Bajó á los infiernos, » creemos que el alma de Cristo bajó sustancial y realmente al Limbo de los santos Padres para sacarlos de su prision, tambien creemos que bajó á los demas infiernos con su poder y con los efectos que hizo sentir en ellos. En el purgatorio aumentando en las almas allí detenidas

(1) Oseas. Cap. 13.

(2) Isaías. Cap. 9.

(3) S. Pablo ad Coloss. Cap. 2.

la esperanza de subir cuanto antes á la gloria, ó librándolas de sus penas como algunos creen: y en el infierno de los! réprobos causando mayor espanto y confusion á los demonios que allí habitaban.

Las santas Escrituras nos muestran cual era la ocupacion de los justos detenidos en el seno de Abraham esperando el tiempo de su redencion, pintándonos el ardiente deseo y afectos copiosos con que la pedian al Señor. Oigamos algunos de éstos para que aprendamos á desear los bienes espirituales encerrados en Dios y repitiéndolos con lo mas íntimo de nuestra alma, abreviemos para ésta el tiempo de su redencion por la divina gracia. « ¡Ay de mí! decia David á Dios, ¡Hasta cuándo durará mi destierro! Muéstranos, Señor, tu misericordia y dadnos tu Salvador; despierta tu poder y ven para que nos salves: como el siervo sediento desea la fuente de las aguas, así te deseo á vos Dios mio. Mi alma tiene sed de Dios fuerte, y vivo: ¿cuándo llegaré á ver el rostro de Dios? » Isaías exclamaba lleno de fé y de esperanza: « ¡Ojala rompiesen los cielos, y vinieses para que tu presencia disipase los montes que nos oprimen! ¡Oh cielos envidad este rocío! ¡Oh nubes lloved al Justo! ¡Oh tierra si te abrieses y brotases al Salvador! » De este mismo modo las almas de los otros santos hablaban al Señor suspirando por el dia de su redencion.

Por estos encendidos afectos ya podemos juzgar cuál fué el gozo de las almas cuando penetrando Jesus en aquella cárcel les anunció haber llegado el momento de su libertad, y ser El mismo su libertador. *Pax vobis* les dijo saludándoles, como ordinariamente saludaba á sus discípulos; la paz os traigo, la paz os doi; esa verdadera paz que se funda en la caridad perfecta. Luego infundió en todas esas almas afortunadas

el resplandor inefable de su gloria, y algo de las demás dotes de los bienaventurados (1); con lo que percibieron claramente la Divina Esencia y la Majestad Infinita del Dios Hombre que los había libertado. Todos quedaron glorificados, convertido el Limbo en verdadero cielo, y aquella cárcel de cautivos en paraíso feliz de bienaventurados. ¡Adán padre de todos los vivientes; Abraham, Isaac y Jacob, patriarcas venerandos que conservasteis viva vuestra fé en medio de un mundo ignorante é incrédulo, acercaos, reconoced á vuestro libertador, objeto de aquella fé, y fuente de la gloria que ahora recibis! ¡Elías, Jeremías, Daniel, santos profetas, que saltásteis de gozo viendo al divino Redentor en los éxtasis y arrobamientos de vuestro espíritu, acercaos, vedlo aquí en medio de vosotros, y lleno de poder para desatar vuestras prisiones! Abel, Isaías, Zacarías, Mártires ilustres que selásteis con vuestra sangre la tierra prometida á vuestros padres, defendiendo los derechos del Santo de Israel que la santificó como heredad suya; adorad al Rey de los mártires, á quien consagrasteis vuestra vida! Sacerdotes y Levitas, Reyes y Jueces de Judá alzád vuestras cabezas, y adorad á vuestro libertador nacido como hombre de vuestra misma estirpe, é Hijo de Dios por la union de la carne con la Divinidad! Bautista cuya voz resonó en las riberas del Jordán, anunciando haber venido, y estar en medio de los hombres el Salvador del mundo, gritad ahora: « He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. » Repetid todos con la multitud que os rodea: « digno es el cordero que ha sido muerto por los hombres de recibir la virtud y la divinidad; la sabiduría y la fortaleza, la honra, la gloria y la bendicion. »

(1) S. Thom. 3.^a p. q. 52. a. 2.

Sí, digno eres Señor de abrir estas puertas eternas, porque fuisteis muerto por nosotros, y nos redimísteis con tu sangre, escojiéndonos de entre todos los pueblos y entre todas las naciones, tribus y lugares de la tierra para hacernos Reino de Dios y para que reinásemos contigo (1). Tomarian todos aquellos justos las coronas de gloria que recibían, y confesando que no eran tuyas sinó de este Divino Cordero, las pondrían á sus pies diciéndole: « Digno eres Señor Dios nuestro de recibir honor, gloria y alabanza, porque tú criaste todas las cosas, porque por tu voluntad nos has redimido y ganado estas coronas, y pues que tuyas son, de tí será la gloria por todos los siglos (2). »

El alma de Cristo permaneció en el limbo todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el sepulcro (3), ejercitando con aquellas almas virtudes altísimas. Allí al alma del Buen Ladrón cumplió la promesa hecha en la Cruz: « hoy estarás conmigo en el paraíso (4). » Desde allí es de creer que despojó tambien al purgatorio de sus cautivos, dándoles indulgencia, libertad y gloria, y allí vió postrado á sus pies el infierno con todos sus príncipes y todas sus potestades.

Llegado el momento de la Resurrección, el alma de Nuestro Señor Jesucristo salió del Limbo, ó Seno de Abraham, con toda aquella compañía de justos, y se dirigió tambien con ella al sepulcro. Algunos contemplativos discurren que antes de resucitar descubrió á todos su cuerpo llagado, muerto y tendido sobre la sepultura (5). Quiso que viesen en su figura hor-

(1) Apocal. Cap. 5.

(2) Ib. Cap. 4.

(3) S. Thom. 3.^a p. q. 52. a. 4.

(4) S. Juan. Cap. 19.

(5) Luis de la Puente. Part V. Medit. 11. punto 2.

rible cuán caro le costaba la redención humana. Desde allí, por ministerio de los ángeles, recogería toda su preciosa sangre derramada en el Huerto de los olivos, en el pretorio de Pilatos, en el Monte Calvario, y en todos los otros sitios en que fué vertida durante la pasión, y con ella volvería á llenar las venas de su sacratísimo cuerpo. Recogería también los cabellos arrancados por los verdugos de su sagrada barba, cumpliéndose lo que estaba escrito: « No perecerá ni un cabello de vuestra cabeza (1). » Luego entró aquella sacratísima alma en el cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró. Despojóle de las mortajas en que estaba envuelto, limpióle la mirra con que estaba ungido, borróle todas las heridas que había recibido, dejando tan solo las llagas de sus manos, pies y costado; y glorioso y resplandeciente salió del sepulcro donde había estado la tarde del Viernes, todo el Sábado y hasta la aurora del Domingo, cumpliéndose lo que dijo de sí mismo: « *post tres dies resurgam* ». A continuación de este glorioso suceso, se sintió un gran terremoto, descendió del cielo un Ángel del Señor, llegó al sepulcro, derribó la gran piedra que lo cubría y se sentó sobre ella. Era su aspecto como el de un relámpago, y sus vestidos blancos como nieve. Los soldados que habían sido colocados por los príncipes de los sacerdotes para guardar el sepulcro, é impedir, como ellos decían, que vinieran los discípulos de Jesús y hurtaran su cuerpo, poseídos de temor y espanto; quedaron como muertos, y cuando volvieron en sí echaron á huir precipitadamente. Algunos de los soldados entraron en Jerusalén, y contaron a los príncipes de los sacerdotes lo que había acontecido; mas éstos

(1) S. Lucas. Cap. 21.

despues de conferenciar entre sí y con otros sobre tan grande y singular suceso, les dieron dinero, encargándoles que dijesen: « Mientras nosotros dormíamos, vinieron los discípulos de Jesus, y hurtaron su cuerpo que estaba encerrado en el sepulcro. » Los soldados procedieron como se les mandó. Empero el mismo Jesu Cristo que resucitó triunfante para poner en evidencia la verdad de su doctrina, oscurecida por los judios, puso en claro la verdad de un hecho que es el fundamento de la religion, y el apoyo indestructible de la fé y esperanza cristiana; porque, como nos instruye San Pablo, « si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicacion: vana tambien, inútil y estéril vuestra fé (1). »

Jesucristo resucitado se dejó ver vivo no tan solo de los Apóstoles sinó de muchas otras personas, dándoles pruebas evidentes de su resurreccion por espacio de cuarenta dias. Habló con todos ellos sobre el Reino de Dios; les dió instrucciones sobre el establecimiento y gobierno de la Santa Iglesia; comió familiarmente con sus discípulos en lugares públicos y en presencia de todos; y fué tratado con familiaridad, durante muchos dias, por aquellos que junto con El habian subido desde Jerusalem á Galilea. Mas quiero, Católicos, haceros mencion de algunas visitas particulares que el Salvador resucitado se dignó hacer, ya para premiar el amor incontrastable de unos, ya para asegurar el perdon y la misericordia á otros, ó ya, en fin, para robustecer la fé y la esperanza de todos.

Es de creer en concepto de algunos Padres de la Iglesia que Jesus resucitado visitaría, ántes que á ninguno, á Maria su Madre Inmaculada (2); sin embargo,

(1) I. á los Corintios. Cap. 15.

(2) Así lo sienten S. Ambrosio, Lib. 3, de Virginibus; S. Anselmo, De excell. Virg. Cap. 6, y otros SS. Padres.

FRAGUIERRE, Instrucciones. Tom. I.

el Evangelio no lo dice terminantemente, sino que principia la historia de sus apariciones con la de Maria Magdalena, segun leemos en el Evangelio de san Marcos. Luego continúa con la de las mujeres que se aproximaron al sepulcro con el objeto de ungir su sagrado cuerpo, y á las que sale al encuentro y saluda amorosamente y ellas abrazan sus pies y le adoran. A estas manda anunciar á sus discípulos su resurreccion, que le aguarden en el monte de Galilea, y ellas cumplen religiosamente el encargo que reciben. El mismo dia se aparece á dos discípulos que marchaban á una vecina aldea llamada Emaus. ¿Cuál es, les dice, el asunto de vuestra conversacion? ¿Porqué estais tristes? Cleofas uno de ellos le responde: « ¿Tú solo entre todos los peregrinos que hay en Jerusalem ignoras acaso lo que ha sucedido en estos dias? Hablábamos de Jesus Nazareno que fué un profeta, varon poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo los sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes lo entregaron para que fuese condenado á muerte y al fin murió crucificado. Su muerte nos ha consternado, porque esperábamos que El redimiría á Israel. Hoy es el tercer dia que han sucedido estas cosas; y unas mujeres que visitaron el sepulcro nos han dicho haber visto ángeles que les aseguraron que Jesus está vivo. Algunos de los nuestros fueron al momento y hallaron ser cierto lo que refirieron las mujeres; mas á Jesus no lo vieron. » Se valió el Señor de esta ocasion para reprender la incredulidad de sus Discípulos y darles la instruccion conveniente. « ¡Oh necios, y tardos de corazon para creer los oráculos de los Profetas! les dijo. ¿No sabeis que era necesario que padeciera el Cristo todo esto, y que así entrará en su gloria? » Les explicó luego las Escrituras que hablaban de El, principiando desde

Moises, y cuando llegaron á Emaus fingió ir mas lejos; pero instado por aquellos, entró en la casa y se sentó á la mesa para comer en su compañía. Tomando el pan lo bendijo y se los distribuyó: se abrieron con esto al punto los ojos de los dos Discípulos y conocieron á Jesus; mas Este desapareció de la vista de ellos. Decia entónces el uno al otro: ¿No es cierto que nuestros corazones se inflamaban cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? Vuelven presurosos estos dos Discípulos á Jerusalem, y cuando refieren á los once Apóstoles y á los demas fieles que les acompañaban lo que acababa de sucederles, éstos les dicen á su vez: El Señor resucitó verdaderamente y se apareció á Simon Pedro (1).

Hablando todavía estas mismas cosas se presentó Jesus en medio de ellos y les dijo: « Paz sea con vosotros; Yo soy, no temais... ¿Por qué estais turbados y suben pensamientos á vuestros corazones? Ved mis manos y mis piés, y persuadios que Yo mismo soy: palpad y ved: el espíritu no tiene ni carne, ni huesos como veis que Yo tengo. Y dicho esto les mostró las manos y los piés, y como para removerles hasta la mas leve sombra de duda les añadió: ¿Teneis aquí algo que comer? y ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel, y habiendo comido delante de ellos tomó las sobras y se las dió. Ved ahí, les dijo, cómo se ha cumplido todo lo que estaba escrito de Mí, y todo cuanto os enseñé cuando estaba con vosotros; les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras y les dijo: « Estaba escrito y era necesario que el Cristo padeciese y resucitase al tercer dia de entre los muertos. »

Ocho dias despues repite esta aparicion á sus Dis-

(1) Véase todo el Cap. 24 del Evangelio de S. Lucas.

cíbulos, y dirigiéndose particularmente á Tomás que no estaba con los otros cuando ántes les visitó, y habia mostrado duda sobre la resurreccion de su Maestro, « Ven, le dijo, mete tu dedo aquí en mis manos, reconócelas y miralas; mete tu mano en mi costado, y no seas incrédulo, sinó fiel. » Tomás palpa las llagas de Jesus, introduce su dedo dentro de aquel costado abierto pocos dias ántes por la lanza del soldado, y esclama: « Verdaderamente es mi Señor y mi Dios. » « Porque me visteis has creído, le replica el Salvador, bienaventurados los que no vieron y creyeron. » No quiero detenerme, hermanos míos, en las otras apariciones de Jesucristo Señor nuestro en algunas de las cuales se dejó ver no ménos que de quinientas personas. Os diré mejor, algunos de los motivos por que quiso resucitar de entre los muertos Jesucristo Señor nuestro, y presentarse á los vivos como verdadero Dios y Redentor del mundo. El primero fué, segun el an-
gélico Doctor santo Tomás (1), hacer brillar la justicia divina, exaltando aun aquí en la tierra á los que se humillan. Jesucristo en la Cruz sufrió lo mas profundo del abatimiento á que podía llegar el Hijo de Dios humillado por amor á los hombres, y el mismo Jesucristo que se levanta del sepulcro por su propia virtud, resucitado y glorioso, es la elevacion del humilde hecha por la mano de Dios. San Pablo nos la describe con eloquencia admirable cuando dice: « Se humilló Jesus, y se hizo obediente hasta sufrir muerte de cruz, por eso Dios lo elevó y le dió nombre sobre todo nombre (2). »

Con la resurreccion nos confirmó Dios en la fé cristiana; y con razón decia el Apóstol que seria vana la predicacion y vana nuestra fé, si no hubiera resu-

(1) 3.^a p. q. 53. a. 1.

(2) S. Pablo á los Filip. C. 2.

citado Jesucristo. Porque á la verdad mal podria probarse que era Dios un hombre muerto en un patibulo afrentoso, si á tan grande ignominia no hubiera seguido la gloria inefable de su resurreccion.

Nuestra esperanza se alienta y fortifica, meditando la resurreccion de Jesucristo. Somos todos los cristianos miembros de su cuerpo, y nos sostiene la esperanza de nuestra resurreccion que nos ha de unir á El en vida eterna. En Jesucristo resucitado encontraba el Apóstol el símbolo de nuestra resurreccion espiritual; de esa resurreccion que nos hace levantarnos del sepulcro de los vicios para vivir la vida pura que nos inspiran la gracia de Dios y las virtudes de su divino Hijo. « Si resucitais con Cristo, nos dice, buscad las cosas de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios (1). » « Vuestra vida sea la de Cristo, para que cuando Este apareciere, entónces aparezcáis tambien con El en la gloria (2). »

Ved ahí, hermanos míos, algunas de las causas porque el Salvador del mundo quiso resucitar y aparecer de esa manera gloriosa delante de sus criaturas, como el modelo de nuestra resurreccion. Mas añadimos que Jesucristo *resucitó al tercero dia de entre los muertos*. Así lo habia anunciado, ya en símbolos por los Profetas, y ya tambien de palabra en su predicacion. Pero abrevió esos tres dias cuanto fué posible, de modo que las profecías se cumpliesen sustancial y literalmente, estando muerto una parte del viernes, todo el sábado, y algunas horas del domingo. Las causas que tuvo para abreviar el tiempo, sin que la verdad sufriese detrimento fueron: su amor á los hombres y especialmente á sus escogidos á quienes su muerte dejó sumer-

(1) Epist. ad Colos. C. 3.

(2) Epist. ad Rom. C. 6.

gidos en la mas grande consternacion, duda y ansiedades de toda especie. Quiso ademas con su presencia fortalecer á sus Discípulos, regocijarlos y confirmarlos en la verdad de su fé. Hubo tambien otra causa y fué confundir pronto á Satanás en este mundo mostrando la divinidad de Jesucristo, y destruyendo las tinieblas que esparció ejerciendo su terrible imperio sobre la tierra. Por tales motivos abrevió el tiempo de su resurreccion, y salió del sepulcro como el sol que no llegará jamas á su ocaso. Saltad de gozo, ángeles de Dios, vosotros que haceis coro al vencedor que se levanta de entre los muertos ; saltad de gozo, sirviendo de testigos á su espléndido triunfo. Cantásteis su gloria cuando rodeando su pesebre, y esparcidos en los contornos de Belen, invitábais á los humildes pastores para que corriesen presurosos a rendirle homenaje ; cantad ahora cuándo los resplandores de gloria sostituyen á las pajas del pesebre ; los libertados del infierno á los pastores sencillos de Belen ; y los honores del triunfo á la oscuridad y pobreza del que por nosotros era víctima voluntaria. Allá dijisteis : « Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. » Entónces cantábais gloria á Dios en presencia de su Hijo vestido de carne mortal, apto para padecer, abrazado de la cruz, y entrando en la senda de su sacrificio: ahora cuando ese divino Hijo por su propia virtud se ha ceñido de fortaleza (1), y á su carne ha dotado de inmortalidad, y ha consumado en el Calvario el sacrificio de la cruz, debeis renovar vuestro cántico: Gloria á Dios en las alturas porque ha terminado por su bondad infinita la obra que desagracia su justicia divina. Verdadera paz á los hombres que

(1) Salmo 92.

han sido reconciliados con Dios, por el sacrificio ofrecido por Cristo en el Calvario, por que han sido introducidos al cielo por su resurreccion de entre los muertos.

Gózome, oh buen Jesus, gózome con el afecto mas íntimo de mi alma, de que vuestros ángeles os adoren; y yo á ellos me uno tambien para adorarte. Tú eres Dios verdadero y vuestro es el poder, vuestra la majestad y la gloria con que te levantas triunfante del sepulcro. ¡Ojalá, Señor, todo el mundo conozca y confiese tu divinidad y se postre para adorarte. Derramad, divino Redentor, sobre todas las almas, esas copiosas luces que os circundan en vuestra salida del sepulcro, para que mediante ellas conociéndoos todos los hombres os amen, os sirvan y algun dia os gocen eternamente. Amen.

INSTRUCCION QUINTA.

*Ascendit ad Coelos, sedet ad dexteram Dei
Patris omnipotentis.*

Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios
Padre todopoderoso.

(Ex Symbolo Apostolorum)

Este es el triunfo espléndido del Hijo de Dios hecho hombre que se humilló por redimirnos y salvarnos. David contemplándolo invita, en medio de los transportes de una vivísima fé, á todas las gentes para celebrarlo. « Aplaudid naciones todas, dice: palmotead, haciendo fiesta á Dios con voces de regocijo. Porque el Señor es excelso, terrible y rey grande sobre toda la tierra. Subió Dios con voces de alegría, subió el

Señor con voz de trompeta. Entonad salmos á nuestro Dios ; porque Dios es el rey de toda la tierra. Reinará Dios sobre todas las naciones, y estará sentado sobre su trono eternamente (1). » Deja Jesucristo este mundo que habitó treinta y tres años, sube al cielo por su propia virtud, y es colocado sobre todas las criaturas en la gloria eterna de su Padre. Subiendo al cielo confirma su palabra de que necesitaba padecer en la vida presente, todo el que pretendiese reinar en la vida futura. Por que Jesu Cristo no es vestido de gloria, sinó despues que vistió el humilde ropaje de nuestra carne, y fué este mismo razgado y degradado con los tormentos de su pasion y muerte. Cumple tambien su palabra en órden á nosotros sus pobres redimidos, porque vá al cielo para preparar el lugar en que debemos reinar en su compañía eternamente (2).

Ved, mis hermanos, cuántos documentos de esperanza y felicidad eterna encuentra el cristiano en la doctrina que contiene esta parte del Símbolo de nuestra fé. « Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso. » Vamos á explicarla, y ; quiera Dios que mientras contemplamos la gloria de Jesucristo Nuestro Redentor, se forme en vosotros un deseo eficaz de acompañarle en ella algun dia !

Subió á los cielos, decimos, es decir, al lugar de donde habia descendido al tomar la naturaleza humana. Y así como bajó por su propio querer, así volvió á subir tambien por su propia virtud. Elias fué arrebatado de la tierra en un carro de fuego ; al profeta Abacuc llevó un ángel, tomándole de los cabellos ; al Diácono Felipe trasportó el Espíritu del Señor á la ciudad de Asoto ; mas Jesucristo no subió al cielo de

(1) Salmo 46.

(2) Evang. de S. Juan. Cap. 14.

esta manera, sinó que se elevó por el poder de su Divinidad, y sin necesidad de que interviniese algun poder extraño que le auxiliase para ello. « Llamó a los vientos para pasear sobre sus alas, e hizo venir las nubes para que sirviesen de trono á sus piés, » podremos decir con David (1).

Notad por eso, hermanos mios, que cuando hablamos de las criaturas que Dios llamó á su seno para premiar sus virtudes con gloria inefable, decimos que fueron llevadas, ó que fueron elevadas al cielo; en el tránsito de la Vírgen María, por ejemplo, se cumple lo que hablamos, porque las criaturas, por grandes que sean sus merecimientos, é incomparables sus virtudes; como lo fueron las de la Santísima Vírgen, no son sinó criaturas y necesitan de Dios, único que puede salvar y llevar á la gloria eterna. Mas cuando hablamos de Jesucristo Nuestro Señor, *subió*, decimos, porque es Dios y pudo subir al cielo cuando quiso, así como pudo descender á la tierra cuando agradó á su voluntad.

Sin detenernos en las profecías que habian puntualizado la vuelta triunfante de Jesucristo al Reino de los Cielos, la sencilla relacion que de ese acontecimiento nos hacen los Evangelistas, nos dejan ver en El claramente al Dios hombre con toda su omnipotencia, con toda su majestad y con todo el inefable esplendor de su virtud. Oigamos á San Lucas referir este hecho milagroso con que cerró Jesus el curso de su vida en este mundo. Despues de haberse mostrado vivo á sus apóstoles y discípulos durante cuarenta dias, hablándoles frecuentemente del Reino de Dios, comió con ellos, y dióles muchas pruebas de la realidad de su Resurreccion. En el último dia despues de haber comido con

(1) Salmo 17.

ellos, sacándoles fuera de Jerusalem los condujo hasta Betania; y mientras caminaba les mandó que no se apartasen de Jerusalem, sinó que ahí esperasen reunidos el cumplimiento de las promesas que por su boca les habia hecho su Padre. Recibireis, les dijo, la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y sereis mis testigos en Jerusalem, en Samaria y en toda la tierra. Cuando esto hubo dicho, levantó sus manos en señal de la plenitud de su poder, les reiteró el mandato de predicar el Evangelio á toda criatura; les bendijo y principió á elevarse poco á poco, subiendo al cielo majestuosamente. Los apóstoles, atónitos, no apartaban sus ojos de Jesus, hasta que una nube le ocultó de su vista. Miraban al cielo todavía cuando dos ángeles en figura humana vestidos de blanco les dijeron: ¿ « Varones de Galilea, qué estais mirando al cielo? Este Jesus que acaba de subir al cielo á vuestra misma vista, vendrá otra vez á la tierra de la misma manera que le habeis visto subir al cielo. Entónces se volvieron á Jerusalem como Jesus les ordenó, trayendo llenos sus corazones de amor ardiente, y de luz celestial sus entendimientos. Desandando aquel camino que acababan de hacer en compañía de su Divino Maestro; cómo recordarian las palabras que le oyeron poco ántes, « corre y dí á mis hermanos: Subo á mi Padre que es tambien Padre Vuestro, á mi Dios y á Vuestro Dios »? « por ventura no fué necesario que el Cristo padeciese para que entrara en su gloria? »; Cómo recordarian las voces de los profetas: « Subiste; Señor, á las alturas, llevaste contigo como en triunfo tus prisioneros »? El Señor ha puesto su trono en una columna de nubes. Reinó el Señor, vistióse de hermosura, vistióse el Señor de fortaleza y se ciñó (1).

(1) Salmo 92.

Mas dejemos, hermanos mios, lo que pasaba aquí en la tierra para elevar tras de Jesucristo nuestro entendimiento, y contemplar lo que pasaba allá en el cielo á la diestra de Dios Padre todopoderoso. Desde luego entrando Jesucristo á la gloria abrió para todo el linaje humano sus puertas que estaban cerradas por la culpa de Adán, nuestro primer padre. Abriendo el libro de los Salmos encontramos representado vivamente lo que sucedia al acercarse al cielo triunfante Nuestro Señor Jesucristo. Mil ángeles van delante de El, otros mil le acompañan, y mil y mil mas le siguen; los patriarcas, los profetas, los justos todos del antiguo testamento, que sacó del seno de Abraham el dia de su gloriosa Resurrección, le siguen tambien. Y todos en presencia de aquellas puertas obstruidas para el hombre desde tantos siglos por el pecado decian en voz alta : « Abrios puertas eternas, abrios para que entre el Rey de la gloria. » Tan profundo es el misterio de un Dios revestido de la naturaleza humana, que los ángeles que guardaban esas puertas eternas, aparecieron como sorprendidos por la grandeza y excelencia del Dios Hombre Rey de la gloria que se les anuncia, y preguntan: « ¿ Quién es este Rey de gloria? ¿ Quién es este que se atreve á entrar al cielo cerrado por el pecado del primer hombre? » El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla, responden los ángeles que acompañaban al Salvador triunfante. Y no sin misterio exhiben antes que algun otro título la fortaleza y el poder que engrandecen la Majestad de Dios: y era bastante sin duda para que los cielos y la tierra humildes le obedeciesen. Mas quiso, hermanos mios, Jesucristo Dios y hombre, Rey de los cielos y de la tierra, que en el dia de su triunfo no brillasen ni su poder, ni su fortaleza, sin que tambien apareciesen sus virtu-

des como el primer timbre de su gloria, y el escalon verdadero por donde subia su Humanidad Santísima al Reino de los cielos; y quiso que nos persuadiésemos que las virtudes son los únicos títulos que podremos alegar, para que á nosotros se nos abra tambien el dia de nuestra muerte. «*Dominus virtutum ipse est rex gloriae*» claman los ángeles cuando ven que las puertas eternas aun no se abren; y apenas ha sido escuchada esa palabra, cuando las puertas eternas abiertas par en par dan entrada á Jesucristo Rey de la humildad, Rey de la obediencia, Rey de la pobreza, Rey, en fin, de todas las virtudes, pues todas las practicó con perfeccion, y por eso mismo es «Rey de las virtudes y Rey de la gloria.» *Dominus virtutum ipse est rex gloriae.*

Al entrar al cielo Jesucristo: «adoradlo todos vosotros ángeles de Dios» dijo la voz del Padre (1), y toda aquella Jerusalem celestial se inclinó y se postró delante del Dios Hombre, cantando el cántico que oyó San Juan y nos lo refiere en su Apocalipsis: «Digno es el cordero que fué muerto de recibir la virtud y la divinidad, la sabiduría y la fortaleza, la honra y la gloria eternamente (2).»

Decimos que Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso, queriendo significar la plenitud de poder y de gloria que recibió de su Eterno Padre. Recordamos con San Pablo que, «resucitándolo Dios de entre los muertos, y elevándolo al cielo, lo colocó á su diestra sobre todo Principado, sobre toda Dominacion, sobre toda Virtud, y sobre todo nombre que se pronuncie no solamente en el presente siglo, sino tambien en el futuro (3).» Creemos en fin, que Dios dá

(1) Salmo 96, y S. Pablo á los Hebreos. C. 1.

(2) Apoc. Cap. 5.

(3) S. Pablo á los Efesios. Cap. 2.

á su Cristo toda la honra que convenia al Hijo Unigénito del Eterno Padre.

Dios no tiene como nosotros figura corporal, y por esto hablando humanamente no podriamos decir diestra ni siniestra de Dios. Mas al expresar que Nuestro Señor Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre, nos conformamos con nuestro modo de significar la excelencia y dignidad de alguna persona. Vemos que el Rey, el Príncipe, el Magistrado conceden su derecha al mas digno de los ciudadanos que les acompaña; y conociendo la dignidad de Jesucristo Hijo de Dios, explicamos el respeto profundo que nos merece, diciendo que está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso. De ese mismo modo explicaba David la altísima dignidad de Cristo, diciendo: « Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha (1). » Es decir: dijo Dios Padre y Señor de todas las cosas á mi Señor Jesucristo: siéntate á mi derecha.

Tambien confesamos aquí que existen en Nuestro Señor Jesucristo dos naturalezas, la divina y la humana. Es Dios y es Hombre. Como Dios es igual al Padre y al Espíritu Santo, y tiene la misma gloria que estas dos personas; mas como hombre, aunque le ha sido dada por el Padre una gloria infinitamente mayor que la de cualquiera otra criatura, es con todo infinitamente inferior á la de Dios. De esta manera explicamos que conociendo en Jesucristo Nuestro Señor al Hijo de Dios y segunda persona de la Santísima Trinidad, lo creemos y adoramos Dios verdadero, con la misma gloria y con el mismo poder que al Padre y al Espíritu Santo. Pero conociéndolo al mismo tiempo vestido de nuestra naturaleza humana y hecho hom-

(1) Salmo 109.

bre verdadero para redimirnos y salvarnos del pecado, creemos y confesamos que la gloria de su naturaleza humana es infinitamente inferior á la de Dios; mas muy superior á la de los ángeles y á la de cualquiera otra criatura por elevada que sea su jerarquía.

¡ Qué consuelo tan inefable experimenta, católicos , el alma cristiana al contemplar á nuestra carne, tan humillada por el pecado, elevada en la de Jesucristo hasta la diestra de Dios! En las entrañas de María Virgen vestia Jesucristo la naturaleza humana, y al tomarla la regeneró con su gracia, la hermoseó con sus virtudes y se mostró magnífico para enriquecerla con todos sus merecimientos. Al nacer apareció entre los hombres; pero apareció como niño abatido en un pesebre para redimirla de infinitas miserias amontonadas sobre ella por la culpa. Mas ahora elevado á las alturas, colocado sobre los ángeles y sentado á la diestra de Dios Padre, muestra regenerada ya esa carne por su sacrificio , lavada con su sangre y glorificada por su propia gloria. ¡ Oh hombre ! nos dice, que has muerto por la culpa, levántate regenerado por la penitencia á la vida de la gracia, para que puedas ser elevado alguna vez á la gloria eterna (1).

Con Jesucristo entraron al cielo las almas de los Santos Padres que rescató del infierno, ó seno de Abraham el día de su gloriosa resurreccion. Eran éstos las primicias del linaje humano libertado por su pasión y muerte, y que entraban con él para tomar posesion de la patria que perdió Adán, y perdimos nosotros con él. Desde Abel hasta el Bautista, todas esas almas en quienes vivieron la fé y la inocencia, habian suspirado por este día, en que siguiendo á su Redentor habian

(1) S. Leon. Sermon de la Ascension.

de penetrar las puertas eternas y ser introducidos en su descanso eterno. David nos representaba el deseo ardiente de todos aquellos cuando decia: « Entraré en el tabernáculo de Dios, subiré á su Monte Santo, saltaré inundado de gozo inefable en su presencia; y descansaré unido á él, entonando sus alabanzas por los siglos de los siglos (1). » Ved ahí, cómo se cumplieron aquellos deseos de felicidad eterna; Jesucristo la ha adquirido para todos; y El mismo los ha introducido en el lugar en que han de disfrutarla perfecta y perpetua.

Mas, ¿ qué hace Jesucristo sentado á la diestra de Dios? El apóstol de las gentes responde á esta pregunta: « Es allí, dice, nuestro abogado delante de su Eterno Padre... por eso estará perpetuamente vivo para rogar por nosotros... con gemidos inefables (2). »

Es tambien el mediador entre Dios y los hombres, entre los cielos y la tierra. Nosotros, pobres, débiles y expuestos por eso á continuas caidas, ¿ cuál suerte tendríamos sin la constante mediacion de Jesucristo delante de su Eterno Padre? ¡ Ah! hermanos míos, cuando nuestra conciencia nos acusa amargamente como prevaricadores; cuando nuestros pecados forman ese largo proceso que no nos permite dudar de nuestra criminalidad; y cuando nuestra fé nos presenta á Dios lleno de justicia y dispuesto á castigarnos como prevaricadores, recordemos que Jesucristo es nuestro abogado y nuestro mediador. Recordemos que ofrece al Padre por nosotros sus merecimientos, y que por éstos nos alcanza la gracia, el arrepentimiento y el perdon. Prepara, en fin, el lugar que algun dia ocuparán los que le temen y esperan en El: era éste el motivo que daba á sus apóstoles para dejar la tierra y volver al cielo. « Me vuelvo,

(1) En diversos pasajes del libro de los Salmos.

(2) En diversos pasajes de sus Cartas.

decia, á aquel que me envió... pero me voy á prepararos el lugar, de manera que vosotros podreis venir tambien, y donde yo fuere esteis tambien vosotros (1). » Prepara Jesucristo nuestro camino para el cielo, enviándonos la gracia con que practicamos las buenas obras; y lo prepara tambien fortaleciendo nuestras santas resoluciones, y avivando mas y mas ese deseo de acompañarlo eternamente que en el cristiano debe ser el móvil activo de su voluntad, para ejecutar obras capaces de merecerlo.

Ved ahí, hermanos míos, lo que hace Jesucristo sentado á la diestra de Dios Padre. Elevemos al cielo continuamente nuestro corazon, pero un corazon lleno de amor y de ternura. Desde el cielo nos está diciendo que no nos ha dejado huérfanos: que nos acompaña y no nos abandona, si nosotros no lo abandonamos (2). Prometámosle no abandonarlo, y como señal de amor, observar siempre su divina ley. Jesus es nuestro tesoro verdadero, sea tambien El nuestro deseo mas ardiente; y poseerlo para siempre, el propósito eficaz de nuestra voluntad: así lo deseo á todos.

(1) S. Juan. Cap. 14.

(2) Ibid.

INSTRUCCION SEXTA

Inde venturus est judicare vivos et mortuos.

Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos
y á los muertos.

(Ex Symbolo Apostolorum.)

Era necesario y justo, mis amados hermanos, que Jesucristo humillado, abatido y muerto afrentosamente en este mundo, recibiese aquí mismo la reparacion debida á su honor y dignidad. Era necesario, porque la virtud perseguida, la inocencia condenada, y la santidad misma confundida con los vicios de los malhechores en el pretorio y en el Calvario, exigian que toda la tierra conociese lo enorme del delito cometido por los que lo condenaron á morir, así como por los que tomaron parte ó fueron causa de su condenacion. Era tambien justo, porque lo es ciertamente, que para la vida eterna no sean estimados del mismo modo el que creyó en Cristo y profesó su fé, y el que negó á Jesus y profanó esa misma fé. Vendrá por eso Jesucristo sentado en trono de majestad, y le verán todas las gentes lleno de poder y rodeado de sus ángeles. Aquel que un dia dejaba oir su humilde voz en Judea y Galilea, y en los alrededores de Tiro y de Sidon, invitando á los hombres á conocer á Dios, y enseñándoles el camino para alcanzar á poseerle; ahora congregará con solo su mandato á todas las gentes como si fuesen un solo hombre. El rey y el vasallo, el poderoso y el miserable, el justo y el pecador, todos obedecerán presurosos su llamamiento, y estarán de pié delante de su trono. Pronunciará sentencia para cada uno de los hom-

bres, la que será ejecutada al instante, y tendrá cumplimiento eternamente.

Estas son las verdades que confesamos cuando decimos en el símbolo de nuestra fé, que Jesucristo vendrá desde el cielo á juzgar á los vivos y á los muertos: *inde venturus est* etc. — Qué entendemos por esta segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo á juzgar á los vivos y á los muertos, y cuáles han de ser las circunstancias que acompañarán ese juicio : ved ahí la materia de la presente doctrina. Si estas circunstancias son terribles como las llamó el Apóstol, entended, hermanos mios, que no son invencion humana, sinó la voz de Dios quien las anunció, ya por medio de sus profetas, ya por la palabra de su divino Hijo.

Es verdad, hermanos mios, que al separarse nuestra alma de su cuerpo, ha de presentarse delante de Dios, y de El ha de recibir la sentencia que mereciese segun sus obras. Pero no es ésta la venida, ni el juicio de que ahora tratamos. Nos ocupa la explicacion de aquel suceso que Jesucristo se dignó referirnos en el santo Evangelio, diciéndonos: « Como el relámpago sale del Oriente y se deja ver en el Occidente, así será tambien la venida del Hijo del Hombre. En aquellos dias el sol se oscurecerá, la luna no dará luz, las estrellas caerán del cielo, y entónces aparecerá la señal del Hijo del Hombre que vendrá en nubes con gran poder y majestad (1). » Ved aquí, hermanos mios, referida por el mismo Jesucristo, la historia de su segunda venida á este mundo: desde luego nos revela que vendrá realmente con la carne que tomó en las entrañas de Maria Virgen; que vendrá lleno de poder y de gloria, y que la causa de su venida es juzgar á sus criaturas.

(1) S. Mateo. Cap. 24.

Convenia que Jesucristo viniese vestido de nuestra carne á juzgar al mundo que le habia juzgado y sentenciado injustamente. Es ésta la reparacion justísima que la divinidad reserva á la humanidad, y la que anunciaron los ángeles á los discipulos de Cristo el dia de su ascension al cielo, diciéndoles: *Sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in coelum* - Este Jesus poco ha crucificado afrentosamente, á quien acabais de ver glorioso subir al cielo, volverá á venir con esta misma majestad para juzgar á los hombres. Recordad, católicos, que en el recinto de un tribunal sacrilego, en presencia de acusadores inícuos y delante del Sumo Sacerdote y de sus ministros que ultrajaban la justicia, Jesus cargado de prisiones levantó su voz para dar testimonio de esta misma verdad. « Me vereis, les dijo, á mí que soy el Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios, venir en las nubes del cielo con gran poder (1). »

La justicia y la misericordia divina exigian tambien la venida de Jesucristo. La justicia para confundir en los pecadores la ingratitud con que correspondieron los inmensos beneficios recibidos de Dios, y representados vivamente en la Humanidad de Jesucristo. El Hijo de Dios vestido de nuestra carne y condenado á muerte por salvarlos, será el proceso formidable que les llenará de terror. « Del mismo modo que el maná, dice San Ambrosio, enviado desde el cielo para alimentar al pueblo del Señor, se convirtió en gusanos roedores y mortíferos para castigar á los rebeldes que lo despreciaron: así este Dios hombre, que ha derramado misericordias y bondades para socorro de su pueblo, se convertirá aquel dia en objeto de terror y venganza para

(1) S. Marcos. Cap. 14, y S. Lucas. Cap. 22.

castigar el desprecio de sus misericordias en el hombre que abusó temerariamente de su bondad.

Al lado de la justicia debia brillar tambien la misericordia para consuelo y beneficio de los justos: verá entónces cada uno de éstos como su juez al que fué primero su hermano y su maestro, y despues su medianero y su abogado. Su hermano, en cuanto vestia la naturaleza humana, haciéndose igual á nosotros; su maestro, cuando nos buscaba fatigado para instruirnos con la doctrina que trajo del cielo; su medianero, cuando ofrecia su sangre por nuestro rescate; y en fin, su abogado, cuando ruega por nosotros delante de su Eterno Padre. ¡ Oh Padre verdadero de misericordia! esclamemos con San Berniardo, quieres que los hombres sean juzgados por el hombre, para que en la turbacion y el conflicto que todos hemos de experimentar, consuele y anime á tus escogidos la semejanza de naturaleza (1).

Este Dios hombre constituido juez de los vivos y de los muertos vendrá lleno de poder, gloria y majestad. Los profetas que anunciaron esta venida, nos dejaron en sus libros figuras espléndidas para comprenderlo así, aun cuando sea imperfectamente. Oigamos á Daniel: «Ví, dice, un majestuoso trono lleno de luz y resplandor, donde estaba sentado un varon vestido de blanco: sus ojos eran como dos lumbreras luminisimas, su cuerpo como de crisólito, piedra brillante y riquísima, y sus piernas y brazos como de oro encendido. A la vista de esta imágen mi espíritu se horrorizó, y quedé lleno de espanto y turbacion (2). »

San Juan nos refiere tambien en su Apocalipsis haber contemplado á este Juez supremo, rodeado de inmensa gloria, trayendo en sus manos una espada, sig-

(1) Serm. 73. in Cant. Canticor.

(2) Dan. C. 10.

no de justicia y de poder; y los libros tanto del antiguo como del nuevo testamento nos ofrecen bajo mil figuras, la gloria y el poder infinito con que volverá á la tierra Jesucristo juez de los vivos y de los muertos. Mas no son tan solo los libros sagrados los que nos enseñan esta verdad ; nuestra misma razon exige que ese poder y majestad acompañen á Jesucristo en su segunda venida. Las gentes le vieron cuando llenaba los oficios de maestro y redentor, pobre, humillado, abatido y hecho el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe. Aquellos á quienes venia á libertar no quisieron recibirlo, y los que con él estaban unidos por los vínculos de la carne y de la sangre no le conocieron. Es justo pues , que llegue un día en que todos aquellos vean á ese mismo Jesus lleno de gloria , en trono de majestad y en posesion plena de su poder. Es necesario que esta misma tierra, teatro de sus ignominias , quede cubierta con el resplandor divino de su magnificencia. Y está en armonia con la conducta ordinaria de la Providencia que los hombres, sus encarnizados enemigos, mal de su grado , humillen ese dia su frente y doblen su rodilla en presencia de Aquel cuyo poder sentirán mal que les pese. .

Mas creemos que el objeto de su venida ha de ser juzgar á los hombres, porque creemos, en efecto, que á Jesucristo pertenece el oficio de Juez supremo de vivos y muertos. Porque es El la sabiduría eterna y la verdad suma que procede del Padre, y por eso hará este juicio con equidad y sabiduría. En este sentido El mismo nos enseña en el santo Evangelio, que ha recibido poder para juzgar al mundo, porque es el Hijo del hombre ; « y no os maravilleis de esto, dice, porque vendrá la hora en que todos los que estan en el sepulcro, oirán la voz del Hijo de Dios. »

Cuando decimos que nuestro Señor Jesucristo juzgará á los vivos y á los muertos, queremos significar que aquellos que se encontrasen vivos en el instante del juicio universal, morirán para volver á vivir luego vida inmortal. Y aunque morirán, durará tan poco su muerte que apenas podrá llamarse muerte. Estos son á los que el Apóstol llama vivos, cuando escribia á los de Tesalónica: « Nosotros que viviendo quedamos todavía aquí, no precederemos á los que murieron, ni iremos antes que ellos á recibir á nuestro juez; sinó que seremos llevados junto con ellos en nubes á la presencia de Jesucristo (1). » Por muertos entendemos á todos los hijos de Adán que murieron, aunque su muerte haya acontecido allá en los tiempos mas remotos, como la muerte de Abel. Todos sin excepcion, dice san Pablo, nos levantaremos al sonido de la trompeta, y á la voz del arcángel en un abrir y cerrar de ojos para principiar una vida inmortal.

Así como es verdad de fé que vendrá nuestro Señor Jesucristo á juzgar á los vivos y á los muertos, tambien lo es, que nadie sabe cuándo será ese dia. « Solo el Señor lo conoce, ha dicho uno de los Profetas (2), y El no ha querido revelarlo ni á los ángeles del cielo, » para que, viviendo en la incertidumbre, estemos dispuestos en todo momento á comparecer delante del Juez supremo con nuestra conciencia limpia de pecado, y con nuestra alma hermoseada por las virtudes. Ha querido que el temor saludable de su juicio presida en todas nuestras acciones; lo que no sucederia si conociésemos la época de aquel. Si en la incertidumbre en que vivimos, cuando el Señor nos manda estar alerta, porque ignoramos el dia y la hora en que ha de venir

(1) Véase el Cap. 4. de la Carta I. de S. Pablo á los Tesalon.

(2) Zacarias. Cap. 14.

á juzgarnos, tan fácilmente nos descuidamos y dejamos pasar nuestra vida en el pecado ; ¿ qué haríamos sabiendo con seguridad el tiempo en que habíamos de ser llamados á la presencia del supremo Juez ? Se contentó por eso Jesucristo con predicarnos que velásemos y orásemos de continuo, porque vendrá á juzgarnos en el momento ménos pensado (1). Se contentó, repito, con exhortarnos á cada paso en las santas Escrituras « que vivamos con templanza porque el dia del Señor vendrá como un ladron, que cuando los hombres se creen mas seguros y estan mas descuidados, entónces llegará de repente. Que tengamos por vestido la fé y la caridad y por yelmo la esperanza de nuestra salvacion, para que podamos alcanzar sentencia favorable en el tribunal de Jesucristo (2). » En suma, hermanos mios, la conclusion práctica que debemos sacar de este profundo silencio que guardó el Señor, en órden al dia de su vuelta para juzgar á los vivos y á los muertos, es aquella que tantas veces nos inculcan las santas Escrituras : *Cum metu ac tremore vestram salutem operamini*. — « Que debemos trabajar por nuestra salvacion eterna con miedo y con temblor (3). »

Vengamos ahora á las circunstancias que han de acompañar á la venida de Jesucristo como juez de vivos y muertos. El Salvador se dignó revelarlas en el santo Evangelio : « Habrá, dice, señales en el sol, en la luna y en las estrellas ; y en la tierra consternacion de las gentes por la confusion con el ruido de la mar y de sus olas. Quedarán los hombres yertos de temor, esperando ver lo que sucederá á todo el universo. Las virtudes de los cielos se conmoverán, y entónces aparecerá

(1) S. Mat. Cap. 34.

(2) Epist. I. á los de Tesalónica. Cap. 5.

(3) S. Pablo á los Filip. Cap. 2.

el estandarte del Hijo del hombre en el cielo ; llorarán todas las gentes de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará á sus ángeles con trompetas y con grande voz, é irán todas las gentes congregadas ante El. Apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de sus cabritos. Pondrá á las ovejas á su derecha, y á los cabritos á su izquierda (1). » Hasta aquí nos revela la palabra de Jesucristo con toda precision los terribles sucesos que han de anteceder á este juicio. La convulsion de toda la naturaleza que se estremece, y se sacude como el hombre que sufre las postreras agonías ; el sol, la luna y las estrellas que han perdido repentinamente su luz ; el bramido espantoso de las olas, y las borrazcas que lo producen, servirán como de aviso para los hombres descuidados ; aviso que aprovechándolo les haría enmendar los vicios de su vida. Mas no sucederá así, hermanos míos ; todo eso se explicará echando mano de la ciencia : se dirá que ellos habian sido previstos por los naturalistas, que han de pasar en fin, y que volverá todo á su curso natural. ¡ Verá el mundo de nuevo aquel extraño espectáculo que presencié en los días de Noé ! El diluvio habia sido predicado durante cien años como castigo que preparaba la justicia divina contra un mundo corrompido. Las aguas del diluvio aparecen, en efecto, y aniegan la tierra ; pero los que en ellas iban á perecer sofocados, vieron sin inquietud alguna las nubes sus precursores. Mas cuando conmovidas las virtudes del cielo , desencadenados todos los elementos, abiertas las puertas del abismo, y aterrados todos los hombres por una amargura mortal, levantando al cielo

(1) S. Mateo. C. 25, y S. Lucas. C. 17.

su vista verán todos la señal del Hijo de Dios, que es el estandarte de la cruz; entónces conocerán evidentemente que ha llegado el momento del juicio universal. La voz espantosa de la justicia divina figurada en las santas Escrituras ya por el trueno: *A voce tonitruui tui formidabunt*; ya por la trompeta cuyos ecos penetran así en los abismos mas profundos como en las eminencias mas elevadas, advertirá á los hombres de toda edad y de toda condicion que el Juez supremo ha venido y deben ir todos á su presencia. Instantáneamente morirán los vivos y juntos con los muertos resucitarán: obedeciendo la voz de Dios correrán todos al lugar del juicio, que segun algunos de los Profetas, será el Valle de Josafat. ¡ Ved ahora confundidos, hermanos mios, á todos los hombres delante del trono del Señor! Los reyes así como sus vasallos, los ricos así como los mendigos, los sábios así como los ignorantes, todos van á ser juzgados y sentenciados por Jesucristo, juez de vivos y muertos. ¡ Ah católicos! qué bien conviene aquí á Jesucristo el título de « Rey de Reyes y Señor de Señores » con que le llamaron los Profetas. Toda la grandeza humana, todas las eminencias de la tierra, toda la sabiduría de este mundo ¿qué serán entónces delante de su trono? un poco de tierra que perece en el sacudimiento universal, ó un poco de humo que se desliza en presencia de otra majestad eterna é infinita. La majestad de Jesucristo elevada sobre su trono despues de mirar á todo el género humano, dirigiéndose á sus ángeles les mandará separar á los buenos de los malos. ¿ Cómo los conocerán los ángeles? Solo de Dios sabemos por la fé que penetra

(1) Salmo 103.

el corazón del hombre y vé los senos mas escondidos de su conciencia; mas en aquel momento todos los corazones y todas las conciencias quedarán abiertas para todos los ángeles, y para todos los hombres. Verdadero prodigio del poder divino será éste, hermanos míos, y misterio verdadero, como lo llama el Apóstol. En un momento se descubrirán todos los corazones de los hombres, y en cada uno como en un gran libro podrá leerse lo que hizo, lo que habló y lo que pensó durante toda su vida. Se renovará la memoria de nuestras obras buenas y malas, y quedarán patentes no solo para nosotros mismos, sino para todos los hombres. Nuestra conciencia quedará acusada y convencida por su propio conocimiento, de modo que cada uno será recíprocamente juez de sí propio y de los demás. Viene á cumplirse en este instante terrible lo que anunciaba David: « Pusiste, Señor, nuestros pecados delante de tu vista, y toda nuestra vida bajo las luces que salen de tu rostro (1). »

Ved ahí la antorcha inextinguible que dirigirá á los ángeles ejecutores de la justicia divina en la separación de los hombres. Quedarán, pues en ese mismo instante separados todos, los unos de los otros. « Sus obras les van siguiendo (2), » y éstas han preparado ya de antemano á cada uno el lugar que va á ocupar. El padre se verá separado de su hijo; y la hija, de su madre; el marido, de su mujer; el hermano, de sus hermanos, y el amigo, de sus amigos: « Sus obras les van siguiendo. » Mientras tanto el Hijo de Dios pronunciará su sentencia final irrevocable. Volviéndose á los justos que están á su derecha, « Venid, les dirá, benditos de mi Padre,

(1) Salmo 89.

(2) Apocal. Cap. 14.

á poseer el Reino que está preparado para vosotros desde el principio del mundo. » Les dirá « venid, » recordándoles la primer vocacion que les dirigió para llevar su cruz, y correspondieron ellos con prontitud y fervor abrazándola y siguiéndola hasta el fin de su vida. Venid á recibir el premio que habeis merecido por las victorias ganadas contra el mundo, el demonio y la carne. Venid del lugar de confusion y batalla á otro de paz y felicidad eterna. « Benditos de mi Padre, » los llama, porque las bendiciones copiosas de la gracia y de la gloria descenden de Dios y son fruto del amor que El nos tiene por su Divino Hijo. Les señala en fin el Reino de los cielos que van á poseer, y misericordiosamente estaba preparado para ellos desde el principio del mundo. De modo, hermanos míos, que, segun la palabra de nuestro Señor Jesucristo, los ángeles que habitan el cielo ningun derecho preferente tienen sobre los hombres para poseerlo. Para los hombres fué preparado el cielo así como para los ángeles; y por eso llama Jesucristo ahora á los hombres para que allí reinen junto con los ángeles eternamente.

¡Cuál será, hermanos míos, entónces el contento de los justos ! Ven abierta delante de sí la patria por la cual suspiraron ; han alcanzado la posesion de Dios fuente insondable de felicidad, y nadie habrá ya que pueda arrebatarnos ésta durante toda la eternidad : « Cantad al Señor porque es bueno, entonarán en medio de su inefable gozo, cantad al Señor porque ha hecho con nosotros misericordias infinitas. »

Muy diferente será la sentencia que pronunciará nuestro Señor Jesucristo contra los pecadores. Con voz formidable, volviéndose á ellos les dirá : « Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para Satanás y sus ángeles. » Apartaos de mí, les dice, que

soy vuestro Dios, vuestro primer principio y vuestro último fin; apartaos de mí que soy vuestro Redentor, y me hice hombre por vuestra salvacion eterna. Apartaos de mí, en fin, que debí ser vuestro premio allá en el paraíso, con mi vista clara y el raudal copioso de deleites que concedo á los que entran á mi bienaventuranza eterna. Malditos, los llama, pero nó de su Padre, como dijo: «Benditos de mi Padre» á los buenos, para que entiendan todos que la maldicion en que ha incurrido el réprobo no vino de Dios, sinó que la amó y la buscó por sí mismo. Malditos en su alma y en su cuerpo: en su alma que sufrirá eternamente la pérdida de Dios, y en su cuerpo tambien maldito, porque será pasto de todos los tormentos que soportarán para siempre sus sentidos.

Los manda al fuego eterno, *in ignem aeternum*, y bajo este nombre de fuego significa el Señor todo género de pena. La pena de daño infinitamente dolorosa y terrible que consiste en carecer de Dios, sumo bien, y causa y origen de los únicos bienes que pueden contentar al alma; y la pena de sentido que sufrirá el condenado en su carne resucitada ya, y destinada á vivir eternamente. El Espíritu Santo nos enseña, que esa pena de sentido será mas dolorosa en la parte del cuerpo, que hubiese convertido el réprobo en instrumento de sus pecados: *Per quae peccat quis, per haec et torquetur* (1).

¡ Cuántas reflexiones provechosas para nuestra alma deberíamos hacer de continuo sobre estas verdades ! Un gusto miserable, emponzoñado y momentáneo ha de ser castigado por Dios con penas atroces. Los placeres ilícitos de nuestros sentidos se convertirán un día

(1) Sap. C.º 11.

para nosotros en cuchillo que nos herirá sin piedad ; y en fin, tantas de estas satisfacciones que acá buscamos con poco escrúpulo y aun tratan de legitimar algunos, allá provocarán la justicia de Dios, que mira en ellas otras tantas transgresiones de su santa ley. Así como á los buenos les señaló el divino Juez á los ángeles por eternos compañeros de su gloria, así tambien ahora señala á los malos que habrán de soportar en el fuego eterno la compañía de Satanás y los demonios.

Concluyamos, hermanos míos, la explicacion de este artículo. La fé en Jesucristo juez de vivos y muertos nos obliga á vivir cuidadosamente. Nos obliga á levantar á Dios á cada paso nuestro corazon, nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Nuestro entendimiento para conocerlo, nuestro corazon para amarlo y nuestra voluntad para seguirlo con el deseo y las buenas obras en todo. De esta manera nuestra vida cumplida en su servicio nos preparará para oír el dia de su venida una sentencia favorable, y entrar á gozar las dulzuras de la gloria por una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION SÉPTIMA

Credo in Spiritum Sanctum.

Creo en el Espíritu Santo.

(Ex Symbolo Apost.)

Uno de los ruegos que hicieron á Dios fervorosamente los justos del antiguo testamento fué, que enviase á la tierra al Espíritu Santo. Miraban como la primera y mas copiosa de las bendiciones del Señor las gracias que ese Divino Espíritu traia á las almas en que habitaba. Aquella promesa que se dignó hacer Dios de derramar su Espíritu sobre todos los hombres (1), servia de estímulo para que los justos lo desearan como el remedio mas eficaz de las dolencias del linaje humano. Este mundo oscurecido por las eternas tinieblas de ignorancia, idolatría y superstición será ilustrado por la claridad inefable que de El parte, como luz divina. Manchada la tierra por la inmundicia del pecado, y necesitando pronta y eficaz regeneración para no sucumbir abismada bajo el peso de tanta miseria, del Espíritu Santo aguardaba que descendiendo como fuego abrazase y consumiese todo lo vicioso. Secas ó marchitas las virtudes, perseguidas y condenadas en la persona de los profetas, calumniadas y aborrecidas por hombres que, ni conocian su importancia, ni podian apreciar su mérito, era urgente la asistencia de un protector y consolador que amparase las virtudes, y protegiese y fortaleciese á los hombres que las practican. Ved ahí, Católicos, porque co-

(1) Joel. Cap. 3.

nocieron la imperiosa necesidad que tenia la tierra de que viniese el Espíritu Santo; y ved ahí tambien porque El mismo descendió trayendo á los hombres que lo aguardaban gracias y virtudes. Nosotros creemos y confesamos todo esto, diciendo: « Creo en el Espíritu Santo. » Lo creemos autor de todos los dones y tesoros de gracia y de virtud; esperamos recibirlos de su misericordia, y merecerlos, aprovechando los auxilios que bondadosamente quiera concedernos. Voy á explicar este artículo de nuestra santa fé. En otro lugar ya hemos dicho (1) quién es el Espíritu Santo; ahora daremos á conocer á esta persona divina en su naturaleza, para detenernos luego en las propiedades que le atribuimos. ¡Quiera el mismo Espíritu divino comunicarnos un rayo de su luz que nos alumbré, y que nos abrace con el fuego de su claridad, para que aprovechemos su santa doctrina, y crezcamos en su amor.

Es el Espíritu Santo la tercera persona de la Santísima Trinidad, realmente distinta del Padre y del Hijo; pero en todo igual á estos dos. El es Dios verdadero como el Padre y el Hijo, y por eso en la forma del Sacramento del Bautismo, enseñada por Jesucristo Nuestro Señor, se le nombra como origen de nuestra santificacion con el Padre y con el Hijo. Procede del Padre y del Hijo como amor de ámbos; mas no procede como de dos principios sinó como de uno solo, á saber, de una sola voluntad. Procede del Padre como lo asegura Cristo en el Evangelio. *Spiritus veritatis qui a Patre procedit.* — El Espíritu de verdad, decia, que procede del Padre. Mas Espíritu de verdad llama Cristo á éste que procede del Padre, porque sien-

(1) Instruccion primera.

do el Hijo la misma verdad, nos enseña que de El procede el Espíritu Santo del mismo modo que del Padre. Y por eso cuando despues de resucitado el Salvador daba su Espíritu á los Apóstoles, soplando sobre ellos, « recibid, les decia, al Espíritu Santo (1) », dándolo con plena potestad como que de él procedia. Sobre esta misma verdad instruyendo á sus discípulos les significaba que el Espíritu Santo desde toda la eternidad recibe por su divina y eterna procesion del Padre y del Hijo, todas las luces que comunica á los hombres. Pero no queramos imaginar, hermanos míos, que todo aquello que el Hijo recibe del Padre por su divina generacion, y lo que el Espíritu Santo recibe del Padre y del Hijo por su divina y eterna procesion, lo recibe por grados y de una manera que distinga su naturaleza, pues no sucede así; y quien piense de esa manera se aparta de la fé católica que nos enseña que la divina generacion del Hijo, y la eterna procesion del Espíritu Santo, en nada perjudica á la igualdad perfecta del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre. Por eso Jesucristo llama mio todo lo que es de su Padre, y declara que el Espíritu Santo de El todo lo recibe, de la misma manera que El lo recibió de su Padre. Ved ahí claramente establecido el dogma del Espíritu Santo. Damos á este divino Espíritu diversos nombres que tomamos de la Escritura Santa. Le decimos *Paráclito* que significa, consolador, protector y abogado. Generalmente como consolador él trae á nuestra alma las gracias divinas que le fortalecen y consuelan en las tribulaciones que nos afligen; como protector tiene cuidado de nosotros especialmente en las tentaciones que nos asaltan contra la fé, derramando entónces so-

(1) S. Juan. Cap. 20.

bre nuestro entendimiento luces clarísimas que disipan todas nuestras dudas y todos nuestros errores; y en fin, como abogado, pide por nosotros con gemidos inefables, porque disfruten todos los justos y los pecadores los dones de la redencion, é impulsándonos á nosotros mismos á orar á fin que alcancemos esos bienes. También llamamos al Espíritu Santo: « Dedo de Dios (1) » porque á El se atribuye especialmente la distribucion de los soberanos bienes que descienden del cielo, del mismo modo que lo llamamos: « Don de Dios » recordando las infinitas gracias que ha traído y derrama cada día sobre los hombres. Por eso San Pablo no dudó decir escribiendo á los Romanos (2): « La caridad de Dios que es la fuente de todos los bienes celestiales, se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. » Finalmente, encontramos con frecuencia al Espíritu Santo significado en las Santas Escrituras con los nombres de « Espíritu bueno, » « Espíritu recto, » « Espíritu principal, » « Espíritu del Padre y Espíritu del Hijo ». Todo esto se dice en razon que procede del Padre y del Hijo, y que es Dios verdadero como el Padre y como el Hijo.

Creemos que ese Divino Espíritu trae la recta virtud que dirige á los hombres al Reino de los cielos, y la bondad que conserva la imágen de Dios en nuestra alma. Miramos en El la fuente de la verdadera alegría que riega nuestro espíritu para que pueda dar frutos copiosos de perfecta santidad. Era esto lo que nos prometia el profeta Isaías, diciéndonos: « Se alegrará la tierra desierta y sin camino, saltará de contento

(1) *Digitus paternae dexteræ. Eccles. in ofc. Pentec.*

(2) *Cap. 5.*

EYZAGUIRRE. Instrucciones, Tom. I.

la soledad, y florecerá como lirio. Brotará copiosamente y con mucha alegría saltará de contento (1). »

Se atribuye al Espíritu Santo, especialmente, la caridad, y por eso lo llamamos á cada paso *caridad y amor de Dios*; porque aun cuando esa caridad y ese amor es comun á las tres divinas personas y por lo mismo á todas tres debe atribuirse; sin embargo en El vemos la accion de Dios y los efectos de la divina bondad sobre las almas. Por eso tambien la Santa Escritura nos enseña que el alma donde Dios habita por su divina gracia es templo del Espíritu Santo.

Llamamos « Dones del Espíritu Santo » aquellos hábitos sobrenaturales que descansaron en Jesucristo Señor Nuestro, y de quien como una soberana fuente se derraman sobre nuestras almas. Son siete, á saber: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios.

Por el Don de entendimiento concede el Espíritu Santo el conocimiento perfecto de las cosas divinas y sobrenaturales, que debe dirigir al buen cristiano en todas sus acciones. Aparta este don á la vez el corazon de lo caduco y miserable de este mundo, desprendiéndole de los bienes de la tierra, y haciéndole capaz de la contemplacion de los del cielo. Proporciona tambien los medios de arraigar mas y mas en nosotros el conocimiento de las diligencias que debemos practicar para llegar á la posesion de los bienes eternos. Estas diligencias son principalmente : 1^o la oracion , y por eso David oraba á Dios con fervor, diciéndole : « *Da mihi intellectum ut discam mandata tua* » Dadme entendimiento para que aprenda tus preceptos. 2^o la fé sin cuyo ejercicio no podremos jamas recibir el Don de Entendimiento; 3^o la limpieza de cora-

(1) Cap. 35.

zon que nos hace capaces de recibirlo; y en fin el desprecio de nosotros mismos que nos dispone para alcanzar del Señor sus gracias mas escogidas.

Con el soberano don de la Sabiduría nos comunica el Espíritu Santo auxilios y gracias especiales, para que juzguemos rectamente de las verdades que nos propone el Don de Entendimiento y para conocer al mismo tiempo que todas ellas son clara é inefable verdad. Podemos con toda propiedad llamar « práctica » la sabiduría que se nos comunica con este Don: Sabiduría práctica digo, porque el Espíritu Santo la da al cristiano no ya para saber sinó para obrar lo que conoce ser mas justo, mas acertado y mas perfecto segun Dios. Es esta la Sabiduría que prometia Jesucristo á los apóstoles cuando les decia: « El Espíritu Santo os enseñará todas las cosas, os repetirá las lecciones que os he dado, y las traerá á vuestra memoria para que las practiqueis. » Por esta razon llama el Señor á esta sabiduría celestial « pasto del alma » muchas veces en la Santa Escritura; porque la alimenta, la fortifica y la dirige en los caminos de Dios.

Por medio del Don de Consejo nos ilustra en las dudas y perplejidades que tantas veces nos asaltan en la vida. De suerte que este Don viene á ser para el cristiano como una verdadera luz que en medio de las tinieblas que cubren su alma le enseña lo que debe obrar, y aquello de que debe abstenerse para agradar al Señor. Cuando tratamos de unirnos á Dios; cuántas veces, hermanos mios, el hombre que divisa diversas sendas para obrar el bien trepida al tomar la una dejando la otra, porque teme errar en su eleccion? Pues ved ahí que el Espíritu Santo dándole el Don de Consejo le saca de duda, sirviéndole de luz en su eleccion. Mas para recibir este Don debe haber en nuestra alma

docilidad que nos sirva de disposicion para merecerlo; aquella docilidad, repito, que mostraba Saulo cuando desde sus tinieblas profundas clamaba al Señor humildemente: « *¿ Domine, quid me vis facere?* » Decidme, Señor, qué cosa quereis que haga?

Mas tenemos necesidad todavia de saber aprovechar bien las luces que recibimos de Dios en sus dones inefables, y es éste el Don especial que nos trae el Espíritu Santo en la Ciencia que comunica. Con esta ciencia nos enseña el Señor á hacer buen uso de las inspiraciones recibidas por el don de Entendimiento, de las luces derramadas por la Sabiduría, y de las advertencias que nos proporciona el Consejo. Y no se crea que estos Dones de Dios sean ó valgan una misma cosa; porque la accion que cada uno produce en nuestra alma es diferente. Para que lo entendamos bien, contemplemos el Don de Entendimiento que nos ilustra con la fé de un solo Dios verdadero, Criador y Redentor de todos los hombres : ved ahí la luz, ved ahí la doctrina que derrama el Espíritu Santo sobre nosotros por medio del Don de Entendimiento. Mas contemplad luego á la Sabiduría que elevando al hombre hasta Dios le persuade de la verdad inefable de lo que nos enseñó el Entendimiento, y de la necesidad de aprovecharlo para nuestra santificacion; y ese hombre que se mueve, ese hombre que obra en conformidad de las luces que recibió, es el que divisamos asistido por el Don de Sabiduría que fecundiza, por decirlo así, las luces derramadas por el Don de Entendimiento. Mas acaso este hombre acometido por la duda no sabrá cómo gobernarse en alguna circunstancia particular en su vida, y entónces el Don de Consejo, con aquel auxilio que Daniel llamaba oportuno, le hace marchar sin vacilar y sin detenerse.

Aquí es donde el Don de Ciencia se hace neces-

rio para aprovechar tantos medios que Dios pone á nuestra disposicion, tantas luces, tantas inspiraciones, tantos adbitrios de que hemos de valernos para llegar al cielo. Ya comprendéis, Católicos, la accion diferente con que cada uno de estos Dones opera en el alma sobre quien los derrama la Caridad Divina.

El Don de Piedad nos enseña á perfeccionar la honra que á Dios tributamos con el culto interior y exterior. Transforma nuestro espíritu en templo y nuestro corazon en altar, sobre el cual se ofrece todò nuestro ser en sacrificio constante á su majestad. Dios se apresura á habitar ese templo por medio de la presencia divina que concede al alma, y de las gracias particulares que le dispensa. Tambien esta Piedad nos hace desear generosamente que Dios sea conocido, adorado y temido de todas sus criaturas, y no por cierto con un deseo estéril, sinó que animados por esa misma Piedad procuramos eficazmente para nuestros prójimos, los medios que nos prepararon á nosotros, para tributar al Señor el culto interior y exterior con la posible perfeccion.

El alma del cristiano inflamada por el Don de Ciencia arde como la de David en vivos deseos de ser toda de Dios: « Yo, le dice, yo misma soy el sacrificio en que te honrarás ». « A tí sacrificaré continuamente todas mis obras y todas mis alabanzas. » Y arrebatado por el ardiente deseo de que ese sacrificio que honra á su Dios no disminuya, quiere que sea perpétuo, quiere que dure eternamente: « Viva, dice, mi alma; pero viva, alabándote, oh Dios mio (1). » Ved, Católicos, cómo este Don soberano de Ciencia une el alma con Dios y con sus prójimos: con Dios honrándole fervorosamente, y

(1) Salmo 118.

con nuestros prójimos practicando con ellos la perfecta caridad.

El Don de Fortaleza nos trae gracia para perseverar en las obras que inspira la Piedad. Nos resuelve noble y generosamente á servir á Dios durante toda nuestra vida, perfeccionándonos en el ejercicio de su santa voluntad, y superando todas las dificultades que pudiéramos encontrar en el ejercicio de aquella virtud. Siendo tan continuas como formidables las tentaciones con que el enemigo comun nos combate en el camino de nuestra santificacion, el Espíritu Santo da al cristiano el Don de Fortaleza para que supere y venza con él todas las dificultades que aquellas le susciten. Nosotros en medio de esa lucha tan molesta, como bien lo conocemos por esperiencia propia, debemos pedir al Señor su Don de fortaleza que nos sirva de escudo contra el pecado y contra toda ocasion de cometerlo. Aun mas, hermanos mios, hemos de procurar hacernos dignos de recibirlo, mortificando las pasiones que dan brios á la carne, á la vez que debilitan el espíritu. En medio de las mortificaciones mas acerbas era donde se encontraba el Apóstol fuerte y poderoso para vencer las tentaciones: « *Cum autem infirmor, tunc potens sum* (1). »

El Temor de Dios es el supremo de todos los dones del Espíritu Santo, y el principio de la verdadera sabiduría como Este nos declara. Con la gracia que nos trae este don soberano, tememos ofender á Dios, y procedemos en nuestras obras, palabras y pensamientos con la saludable circunspeccion, que la santa Escritura llama miedo y tambien temblor, y aleja de nosotros todo cuanto pudiera conducirnos al pe-

(1) II. ad Cor. Cap. 12.

cado: « *Cum metu et tremore vestram salutem operamini* (1). »

La causa principal de los extravíos del hombre es esa audacia con que afronta los peligros, exponiéndose á sufrir de lleno las consecuencias de su temeridad; con el don de su santo temor Dios corrige esa verdadera temeridad que le expone á morir para la gracia cada dia, y le enseña á vigilar para conservar su salud. San Bernardo llama al temor de Dios llave de todos los bienes celestiales, y con razon podríamos aplicar al alma que lo posee lo que Salomon decia de la sabiduría: « Me vinieron con ella todos los bienes (2). » Nuestra vida es un viaje, y el viajero marcha vigilante para no extraviar su camino, vigilante para evitar las asechanzas enemigas, y vigilante para aligerar en cuanto sea posible el peso de las jornadas. Obremos nosotros con esa misma prudencia, conservando en nuestra alma el temor de Dios. Avivemos en nuestro entendimiento de cuando en cuando la divina presencia, y esta práctica saludable contribuirá á conservarnos en el santo temor de Dios. ¡ Dios me vé ! Este fué, hermanos mios, el pensamiento que obró en Susana para rechazar con fortaleza la malvada pretension de los ancianos que asechaban su castidad. ¡ Dios me vé ! hacia arder á David como víctima que se inmolaba sobre las aras del Señor, soportando por su amor todo ese constante y terrible combate con que los enemigos de su alma le insultaban. Nada temia porque Dios lo veia, lo tomaba bajo las alas de su proteccion y lo ceñia para la batalla. ¡ Dios me vé ! y auxiliados con ese escudo soberano los mayores Santos se creian invencibles, y concluian las mas grandes em-

(1) Ad Philipp. Cap. 2.

(2) Sap. Cap. 7.

presas para la santificacion propia y de sus prójimos. Estos son, hermanos mios, los siete dones que derrama sobre las almas el Espíritu Santo, y tales, como habeis oido, los efectos que producen.

Mas llamamos tambien « Frutos del Espíritu Santo » la perfeccion en la práctica de ciertas virtudes que Dios concede á los justos, y mediante las que consiguen su santificacion. Como el fruto es la señal de la bondad de cada árbol, así esas virtudes nos muestran tambien la bondad excelentísima del árbol de la divina gracia que el Espíritu Santo plantó en el alma del justo, y regó y cultivó con su influencia soberana. Por eso les decimos frutos del Espíritu Santo, frutos de su gracia, frutos de su celestial amor, frutos, en fin, de la caridad que, como raiz del árbol divino que produce virtudes, planta Dios en el corazon de sus siervos. Por eso es « la caridad » el primero que nombramos entre los frutos del Espíritu Santo; comunica al alma un amor tan ardiente á Dios que vence todo amor mundano, y todo afecto desordenado ó inútil. De esa caridad nace el gozo espiritual con que el justo sirve á Dios así en la prosperidad como en la adversidad; la paz interior y suavidad de que goza el alma en medio de las borrazcas y tempestades de nuestra vida. Goza el justo de paz con Dios porque le ama con caridad perfecta; goza de paz con sus prójimos como consecuencia del amor que tiene á Dios, y goza de paz consigo mismo porque teniendo á Dios nada le perturba. En medio de las pruebas mas dolorosas otro fruto viene á robustecer esa dichosa paz, el de la paciencia con la que sufrirá el cristiano sin desmayar todos los trabajos, todas las luchas, todas las contradicciones y todas las persecuciones interiores y exteriores. Porque, hermanos mios, fuera de aquellas tres vir-

tudes que perfeccionan el interior del hombre, recibimos como frutos del Espíritu Santo otras cuyos efectos se hacen sentir mejor exteriormente, y la primera es esa paciencia, que mantiene al hombre firme y constante para que no se rinda en los trabajos de esta vida, haciéndole encontrar un deleite inefable en resignarse á la voluntad divina. Los frutos de bondad y benignidad ponen de manifiesto la voluntad sincera y eficaz de hacer á nuestros prójimos los beneficios que exija su situacion, encontrando el alma en el ejercicio de esas obras una satisfaccion tal, que desea se le presente ocasion de practicarlas. El fruto de mansedumbre nos inspira contento y alegría en medio de las injurias que recibimos, y perfecciona la práctica de la virtud de la fé, haciéndonos percibir ilustraciones tan vivas, que nos hacen obrar con energía en la ejecucion de las obras inspiradas por Dios para nuestra santificacion.

En fin, los dones de modestia, continencia y castidad se dirigen á perfeccionarnos en cuanto á los afectos sensibles. Con la modestia arreglando las palabras y acciones exteriores, privándonos con la continencia de los deleites sensuales lícitos, y huyendo con la castidad de todo placer carnal de cualquier suerte que fuere. Estos tres últimos frutos que da el Espíritu Santo hacen que el hombre que los recibe experimente en la modestia de su conversacion suavidad espiritual que le aficione mas y mas á la virtud; experimente con la continencia goces tan puros que le ligan mas íntimamente con Dios; y en fin, su castidad y pureza, probada y mortificada en el crisol de mil tribulaciones, experimente un contento tan vivo y tan singular que le resuelva á preferir las amarguras de la mortificacion que trae al alma goces del cielo, sobre los contentos y placeres de la carne que abaten el espíritu é infestan el corazon.

Todós estos frutos se adquieren con la oracion perfecta, con el recogimiento del alma y con la práctica de la caridad. No por otros medios los consiguieron los Apóstoles en el cenáculo, ni los siervos de Dios en quienes brillaron como otras tantas señales de amor misericordioso, con que el Señor les distinguia. Nosotros, hermanos míos, invoquemos ese mismo amor, esa misma misericordia en medio de la oracion recogida y fervorosa, y seremos protegidos y fortalecidos por el Espíritu Santo con aquellos dones y con estos frutos. Mas debemos estar persuadidos que una vida distraida y perezosa, una vida sin caridad y sin mortificacion, una vida sumergida en la inmundicia de los vicios, no es propósito de ningun modo, para conseguir los dones y los frutos que el Espíritu Santo ha prometido á las almas justas. Los primeros fieles, escuchando de boca de los Apóstoles las grandezas del Espíritu Santo y las maravillas que obraba en los que de veras se convertian al Señor, sentian un deseo ardiente de recibir esos bienes y se afanaban para purificar su conciencia. Obremos nosotros de igual modo para que con un corazon limpio y una alma generosa elevando nuestra voz hasta el cielo podamos decir: « Ven, oh Espíritu Divino, ilustra los entendimientos de tus fieles, y llena del fuego de tu amor las almas que Tú criaste. Así sea. »

INSTRUCCION OCTAVA.

Credo Sanctam Ecclesiam Catholicam.

Creo la Santa Iglesia Católica.

(Ex Symbolo Apost.)

Al contemplar, hermanos míos, la Santa Iglesia Católica puedo con la voz de aquel que bendecía á Israel repetir (1): ¡ Qué hermosos son tus tabernáculos, oh verdadero Israel! « qué hermosas tus moradas! como valles plantados de bosques, como huertas de regadío cultivadas á las orillas de los ríos, como tienda que alza el Señor y como cedro que crecerá de las aguas. ¡ Qué hermosos son tus tabernáculos, oh Israel, congregación de Dios! » Tan hermosa aparece la verdadera Iglesia cristiana, la única santa y establecida por Nuestro Señor Jesucristo sobre la sólida piedra de la fé católica! En ella vemos realizado el Reino de Dios figurado en el árbol frondoso, bajo cuya sombra saludable vienen á cobijarse hombres de todas las regiones, de todos los pueblos, y de todas las lenguas de la tierra. Nosotros nacidos en su seno por la infinita bondad de Dios, formados en su doctrina celestial, alimentados con el pan de sus santos Sacramentos, y destinados á gozar perpétuamente de la celestial patria adónde nos va conduciendo amorosamente, es necesario que conozcamos bien esta Iglesia para que sepamos estimarla como se debe. La ignorancia es la causa porque muchos la confunden con otras congregaciones establecidas por hom-

(1) Numer. Cap. 24.

bres sublevados contra Dios. Son éstos los que apartados de la verdadera Iglesia siguen los errores de la herejía, y malogran los frutos de la fé que trajo al mundo Jesucristo. Para conseguir pues aquel conocimiento explicaré lo que quiere decir Iglesia Católica, y cuáles son los caracteres que la distinguen, manifestando evidentemente que es la verdadera y única Iglesia fundada por Jesucristo Señor Nuestro. Escuchadme.

Bajo el nombre de Iglesia de Jesucristo ó Iglesia Católica entendemos la reunion de los fieles cristianos instituida por Nuestro Señor Jesucristo, y que viven estrechamente unidos por los vínculos espirituales é internos de una misma fé, esperanza y caridad; y tambien por los externos de la participacion de unos mismos sacramentos y regidos por legítimos pastores de quienes es cabeza el Sumo Pontífice Vicario de Cristo y sucesor de San Pedro.

Ahora bien, hermanos míos, esta congregacion de fieles cristianos, que se llama Iglesia, podemos considerarla ya como activa y militante, y ésta se compone de todos los que militamos todavía aquí en la tierra, batallando contra los enemigos de nuestra alma, Mundo, Demonio y Carne, que se empeñan por extraviarnos del camino del cielo. Ya podemos considerarla como paciente, y ésta se forma de los cristianos que habiendo concluido su peregrinacion en este mundo, sufren en el purgatorio los castigos que han de purificarles. Por último, entran á formar parte de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo los fieles que ya triunfaron de aquellos mismos enemigos, y que disfrutan de Dios en el Reino de los cielos. La Iglesia militante es la que ahora nos ocupa, y al decir que la forman los fieles cristianos, comprendereis desde luego que el bautismo es la puerta por donde á ella entramos, recibiendo la fé en sus

aguas saludables. Creemos y confesamos que Cristo es el Divino Fundador de esta Iglesia, y que por consiguiente, como obra suya no participa de los inconvenientes de las obras humanas. Que así como ha subsistido á despecho de las potestades de la tierra y del infierno, así ha de subsistir tambien hasta terminar su carrera en la consumacion de los siglos. Creemos ademas que todos los miembros de esta Iglesia estan íntimamente unidos por los vínculos internos de una misma fé enseñada por Nuestro Señor Jesucristo; de una misma esperanza de llegar á poseer la felicidad que El nos conquistó con su muerte, y de un mismo amor, que nos hace ser reconocidos á Dios, y caritativos con nuestros prójimos. Fuera de estos vínculos internos que ligan entre sí á los miembros de la Iglesia Católica, existen los externos de la profesion de esa misma fé y participacion de unos mismos sacramentos. San Pablo nos hace admirar la estrecha union de los miembros de esta Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo, y que es por cierto un argumento de su divinidad, cuando nos dice: « Todos los que pertenecemos á su cuerpo, participamos de un mismo pan y de un mismo caliz. » ¡ Oh qué consuelo y qué satisfaccion, hermanos mios, para el católico encontrar en todos los paises de la tierra hermanos que estan íntimamente ligados por la misma creencia, que marchan animados como él por un mismo espíritu, y se acercan con él á alimentarse de un mismo pan y de un mismo caliz! Ved ahí cómo por medio de la Iglesia Católica cumplió el Señor lo que nos prometió: « formar de los hombres un pueblo sobre el cual El reinaria en medio de la tierra (1). »

Somos nosotros los hijos de Dios y miembros de ese

(1) Isai. Cap. 19.

pueblo; el Señor vive en nuestro seno y ha tomado á su cargo dirigirnos si le somos fieles hasta el término de nuestra peregrinacion. La otra señal exterior es la subordinacion á los pastores legítimos, pastores de los cuales es cabeza el Romano Pontífice. No abandonó Dios á su Iglesia, ni pudo abandonarla despues de haberla amado tanto que dió su vida por ella, la proveyó de pastores que la gobiernen, y á éstos prometió asistir con su virtud en todo tiempo (1); tales son los obispos sucesores de los Apóstoles y á quienes dijo por el Espíritu Santo: « Guardad vuestra grey en la cual os constituí obispos para que gobernáseis la Iglesia de Dios (2). »

El Sumo Pontífice es por derecho divino el obispo de los obispos. Como Vicario de Cristo y sucesor de San Pedro tiene el gobierno universal de la Iglesia, y todo miembro de ésta le debe entera y perfecta obediencia. Como piedra fundamental y representante del autor de nuestra fé está llamado á dirimir todas las controversias, á resolver todas las dudas que en orden á ésta pudieran levantarse; y por esta razon su palabra en materia de fé es infalible y debemos acatarla como palabra de Jesucristo. En este sentido el Santo Evangelio nos llama ovejas del Divino Salvador, y éste nos quiere siempre agrupados cerca de su persona de modo, que podamos oir su voz. ¡ Oh! hermanos mios, es Jesus el buen pastor que conoce sus ovejas. ¿ Pero en qué las conoce? *Oves meae vocem meam audiunt* (3). Ved ahí la señal que ha puesto á sus ovejas que son todos los hijos de la Santa Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, que llamamos Iglesia Católica. ¡ Qué hermoso es-

(1) Mateo. Cap. 28.

(2) Hechos de los Apóstoles. Cap. 20.

(3) Joan. Cap. 10.

pectáculo es éste, hermanos míos! Jesucristo apacientando su grey; nuestra alma oyendo su voz; nuestra conciencia y nuestra voluntad ilustradas por su doctrina; y en fin, Dios reinando en medio de los hombres, y empeñado porque aprovechemos la salvación que nos trajo el Verbo Divino hecho hombre. Cuando instituye su Iglesia é instituye también los pastores que la gobiernan, « El que os oye, me oye, dice, y el que os desprecia, me desprecia (1): » tan eficaz quería que fuese en nuestra alma su palabra transmitida por la boca de sus pastores.

Amemos, hermanos míos, amemos muy de corazón á esta santa Iglesia, de que Dios ha querido seamos miembros. Obedezcamos sumisamente la voz que sale de la cátedra de San Pedro, « porque no puede tener por padre á Jesucristo quien rehusa tener por madre á la Iglesia, » decía san Agustín.

Esta Iglesia católica que muy á la ligera hemos dado á conocer tiene ciertos caracteres que realzan precisamente su divinidad, distinguiendo la obra de Dios de las instituciones humanas que han querido alguna vez llamarse Iglesia de Jesucristo. Es Una, así como es uno su fundador Jesucristo Señor Nuestro. Los hombres con su ciencia y su prevision no intervinieron en la fundación de la Iglesia Católica, ni en la sanción de sus dogmas y leyes fundamentales: es el Hijo de Dios quien todo en ella lo estableció y todo lo sancionó cumpliendo la voluntad del Padre celestial, como él mismo nos lo asegura en el santo Evangelio. Así es que esa muchedumbre que asistía á la predicación de su doctrina oída por primera vez, se sentía inspirada por un mismo espíritu y convencida por una misma verdad, y per-

(1) Lucas. Cap. 10.

cibia una misma luz, esa luz que ilumina á todo hombre de buena voluntad, y que viene de Jesucristo fundador de la Iglesia Católica. No es doctrina de Pedro, ni es doctrina de Pablo, la doctrina que ois vosotros, dicen los discípulos del Señor á esa muchedumbre ; porque ni Pedro, ni Pablo han muerto para daros vida eterna. La doctrina que os predicamos, es la que recibimos de Jesucristo único fundador de su Iglesia, que la adornó y enriqueció con su preciosa sangre. Una es tambien la Iglesia Católica por la unidad de sus dogmas. Una es la doctrina que enseña en todas partes, y que nadie puede ni alterar ni interpretar á su arbitrio. Los miembros de esta Iglesia usan el mismo símbolo, y profesan la misma fé en Oriente que en Occidente: participan de los mismos sacramentos y hacen las mismas oraciones. Por mucho que los disidentes de la Iglesia Católica han trabajado por aparecer unidos en la profesion de fé, no han podido conseguirlo ; su sistema los aleja de la unidad, desde que la Santa Escritura, para ellos única fuente de verdad y de fé cristiana, cada cual puede interpretar á su albedrío. Bien fácilmente se dejan comprender los efectos de semejante abuso: los seglares sin la instruccion necesaria, así como las mujeres y los niños ignorantes, interpretando las Santas Escrituras, encontrarán ocasion de creer lo que Dios no ha revelado. Encontrarán la muerte para su espíritu, segun la sentencia del Apóstol : *Littera enim occidit* (1), interpretando segun su juicio aquello que Dios no ha querido que sea explicado sinó por los que constituyó maestros y doctores en el seno de su Iglesia. De aquí tambien nace la diversidad de creencias que profesan las sectas disidentes de la fé católica, y que

(1) II. ad Corinth. Cap. 6.

pretenden tener su apoyo en los libros santos. Porque á la verdad seria maravilloso, hermanos mios, que hubiese uniformidad en tantos individuos con derecho á interpretar los textos de la Biblia, y mucho mas maravilloso todavía, que los unos quisieran someterse á las interpretaciones de los otros, cuando ni su fé, ni su conciencia encuentran en éstos alguna superioridad. Impero la fé que nos enseña que el divino fundador de la Iglesia al instituir la hizo perfecta, y tan perfecta que en ella se recreó llamándola « toda hermosa, » esa misma fé rechaza como monstruosa tal licencia que naturalmente acarrea la division. La Iglesia Católica conoce y venera en su mismo seno una voz infalible que le señala la verdad, así como el error: aquella para conservarla, y éste para rechazarlo. La Iglesia Católica no reconoce como hijo al que deja de someterse á esa voz bajo cualquier pretesto que sea, y en fin, la Iglesia Católica, segura como está de poseer la verdadera fé enseñada por Nuestro Señor Jesucristo, nada admite que no conste haber sido revelado y enseñado por este á los hombres. Por consiguiente, ni admite, ni enseña sinó lo que admitió y enseñó la misma Iglesia durante la sucesion de los siglos.

Así es, hermanos mios, cómo esta unidad perfecta se ha conservado, y se conservará tambien comprobando la divinidad de la Iglesia obra inefable del Señor. Con sobrada razon el católico levanta su voz desde el seno de esta Iglesia diciendo lleno de reconocimiento á la bondad divina: « *Creo en la santa Iglesia católica.* »; Qué desgraciado contraste forman con esta unidad las divisiones de las Iglesias protestantes y cismáticas que viven apartadas de la Iglesia Católica! A setecientas llegan tan solo las sectas que han nacido del protestantismo: poco inferior es el número de las comuniones en que está

dividido el cisma moscovita, y de los individuos que pertenecen al antiguo cisma oriental, raros serán los que con seguridad podrán decirnos lo que creen ó lo que dejan de creer. ¡ Tan espantosa es la confusion acarreada por la falta de unidad en la fé, que sufren aquellos que en otro tiempo formaron una porcion escogida del rebaño de Jesucristo de que hoy viven apartados !

Ademas de ser *una* la Iglesia de Jesucristo, es tambien *santa*: porque triunfó de los desórdenes y de la corrupcion que enseñaba el paganismo. La historia nos acredita hasta qué punto llegaba esa corrupcion, y la degradacion del hombre por los vicios que son su consecuencia necesaria. Las creencias paganas fomentaban aquella corrupcion, las leyes humanas por lo general tambien la fomentaban, y de este modo el vicio con sus formas mas vergonzosas se veia sentado sobre el trono de los soberanos, cobijado bajo el solio de los magistrados, y dominando en los palacios de los reyes así como en el hogar doméstico de los pobres. Y como si esto no fuese aun bastante para probar la degradacion humana, se le veia en los templos, y recibia en los altares los sacrificios y el incienso debido á la Divinidad. Jesucristo declaró que no traia paz sinó guerra para el vicio (1), y en efecto, lo combate El y lo combaten todos los suyos hasta purificar la tierra de sus manchas abominables ; introducen en la sociedad la práctica de las virtudes, y restituyen por su medio al hombre la dignidad perdida. Ved ahí la grande obra de la Iglesia de Jesucristo. Para realizarla corren torrentes de sangre que hace derramar el vicio empeñado en combatir las virtudes que enseña á los hom-

(1) Mateo. Cap. 10.

bres Jesucristo; y jamas, jamas, hermanos mios, podremos ver mas al vivo la crueldad de aquella persecucion, como recordando esos combates que con baldon eterno del mundo sostuvo para su gloria imperecedera el cristianismo. Quiero recordaros solo uno que presencié Roma, la gran capital de la civilizacion pagana: Roma cuyo soberbio coliseo conteniendo cien mil espectadores agrupados en galerias, balcones y aposentos, representaba el espectáculo mas bárbaro y repugnante á la dignidad humana; pero el mas apetecible para el pagano manchado con los vicios consiguientes á sus creencias. Al ruido que hacen al abrirse las puertas del anfiteatro Flavio, comparece sobre la arena un anciano cargado de cadenas que arrodillado, espera á las fieras que le han de devorar pocos instantes despues. Su semblante sereno muestra la tranquilidad de su alma; un largo y penoso viaje ha extenuado sus fuerzas físicas; pero ni un ápice ha podido debilitar el vigor de su alma. Desde Siria hasta Roma ha venido dia y noche en mar y tierra, luchando con bestias feroces, pues tales podian llamarse por su crueldad diez soldados que lo custodiaban, y lo atormentaban cruelmente á toda hora. ¿Cuál era mientras tanto el delito que expiaba? Porqué habia sido condenado á muerte? Qué causas exitaban á esa muchedumbre á concurrir al anfiteatro para presenciar la lucha de un pobre viejo con las fieras? — Su delito era, hermanos mios, su fé: creia en Jesucristo á pesar de los edictos sangrientos de los emperadores romanos que lo prohibian, y profesaba y predicaba su fé sin temer la muerte con que aquellos amenazaban. Vá á sufrir el suplicio mas cruel; vá á lidiar con las bestias en presencia del pueblo romano, vá á morir en una palabra en el tormento reservado para los esclavos. Sus carnes serán desgarradas por las uñas de

los leones y los dientes de los leopardos, su sangre correrá empapando las arenas que cubren el pavimento del anfiteatro, y sus dolores y sus agonías divertirán á ese pueblo que ha concurrido á presenciar la lucha. ¡ Gran Dios! ved ahí, cristianos, lo que divertia al pueblo romano, muestra de la civilizacion pagana, y en esa época el mas grande de la tierra. Ese anciano venerable es Ignacio Obispo de Antioquía, una de las Iglesias mas antiguas y mas célebres del Cristianismo. Esperando la muerte, « Vengan, dice, sobre mí el fuego, la cruz y las tropas de bestias feroces; desgarran mis carnes, corten mis miembros y quebranten mis huesos; despedacen mi cuerpo, carguen sobre mí todos los tormentos del demonio; todo esto me consuela y me regocija, porque es el modo como yo alcanzaré á Jesucristo. Nada me aprovecharían todas las grandezas de la tierra, ni todos los reinos de este mundo. Mejor es para mí morir por Jesucristo: esta es mi ganancia porque Jesucristo es vida eterna para el fiel cristiano. » Cuando oye el rugido de las fieras y ve venir sobre sí dos leones que van ya á despedazarlo, « Soy, esclama, el trigo del Señor, y para purificarme necesito ser molido entre los dientes de las bestias. » Y la muchedumbre de espectadores prorumpió en alabanzas á sus Dioses al ver al mártir caer despedazado. Ignacio ha muerto, y entre la loca y temeraria alegría de los paganos, la voz de Dios santa y terrible sanciona el triunfo solemne de su fé y de su Iglesia en esa misma Roma. Los huesos del mártir recogidos cuidadosamente son conducidos en triunfo por los confesores de Cristo. Engastados en oro aun se muestran sobre los altares de Basílicas venerables, sobre esas arenas regadas con su sangre mil cristianos se postran cada dia, confesando públicamente la fé por la cual allí murieron tantos mártires. Los nombres de és-

tos bendecidos é invocados por mil generaciones pasarán de siglo en siglo hasta la consumacion de todos. Mientras tanto; dónde estan los paganos que los entregaron á la muerte? dónde su religion? dónde su fé? Todo ésto desapareció. Los templos de los ídolos fueron purificados: los unos para servir al culto del Rey de los mártires; mientras los otros se conservan en ruinas como testigos de la destruccion del paganismo. Revolviendo la tierra que cubre el pavimento del Coliseo aparecieron alguna vez los huesos de los elefantes, de las panteras y de los leones que allí devoraron á los mártires, mientras que ni cenizas se encuentran de los tiranos que los mandaron inmolar.

Mas no es *santa* solamente la Iglesia Católica, porque triunfó del paganismo y purificó al mundo de sus vicios, sinó tambien porque conservó en su vigor las prácticas que conducen á la verdadera santidad. Ella enseña la austeridad y la penitencia, la caridad con el prójimo, el culto perfecto de Dios y de sus Santos, y en fin, en su seno se forman los héroes cristianos y florecen los institutos monásticos que son como semilleros de virtud y santidad.

Se llama tambien *Católica* la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, porque es *universal*. Es el Reino de Dios estendido sobre todas las naciones, lugares y tribus de la tierra que prometia el Padre á su Unigénito, diciendole: « Te daré en herencia tuya y en posesion tuya los dominios de la tierra (1). » Por eso Jesucristo rey de este principado universal manda á sus discípulos á tomar su posesion, cuando les dice: « Id á todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura (2). » Solo la Iglesia Romana posee este carácter

(1) Salmo 2.

(2) Márcos. Cap. 16.

de catolicidad, porque su fé ha penetrado en todas partes, y sus dogmas, sus misterios y sus ritos son anunciados y conocidos en todas las naciones de la tierra; de suerte que ella realiza el reino de Dios á cuya cabeza está Jesucristo Señor Nuestro. Ni los climas mortíferos, ni las montañas escarpadas, ni los ríos profundos, ni los torrentes impetuosos, ni los hombres feroces, ni las fieras mismas, nada, nada absolutamente ha podido impedir á los sacerdotes católicos la predicacion de su fé en todas las regiones de la tierra. ¿Quién no admira, leyendo la historia eclesiástica, la constancia de los varones apostólicos, que durante diez y nueve siglos predicán el Reino de Dios en todas las lenguas y bajo todos los climas? Quiero fijaros, hermanos míos, en sucesos que os tocan de cerca y que se desarrollan puede decirse en el seno de nosotros mismos. Quiero recordaros la predicación verdaderamente prodigiosa de algunos de los apóstoles de nuestra misma América. ¿A cuál puede compararse el celo de santo Toribio arzobispo de Lima, recorriendo su vastísima diócesis, ya á pié, ya á mula, y administrando la sagrada confirmacion á mas de trescientas mil personas? Qué elogio puede expresar bastante las peregrinaciones, las fatigas, los peligros, la abnegacion y en fin las virtudes apostólicas practicadas con toda su grandeza y perfeccion por San Luis Beltrán apóstol de la Nueva Granada? Cuántos territorios no recorrió á pié, cuántos ríos no atravesó con peligro de su vida, cuántas selvas impenetrables no midió con sus pasos buscando á los salvajes refugiados en ellas? Y cómo olvidar jamas las rudas tareas de San Francisco Solano, tratando de convertir á la religion de Jesucristo á los infieles que habitaban las vastísimas regiones que recorren el río Pilcomayo, el Paraguay, el

Bermejo y el Paraná? — Jamás, Católicos, podremos experimentar mayor asombro, que cuando en medio de selvas espesas, en regiones cubiertas de profundos lodasales, bajo un sol abrasador, tolerando el hambre y la sed, contemplamos lo que hicieron aquellos hombres en esos mismos lugares. Y nadie diga que son estas glorias de otro tiempo, porque la Iglesia Católica es hoy tan fecunda como lo fué en su institucion cuando salia de la boca del Verbo Divino. Díganlo esa numerosa falange de apóstoles que la predicán en Asia, Africa, América y Australia. Díganlo particularmente las Misiones de la China, del Japon y de las montañas negras de los Estados Unidos, donde brilla el celo de los hijos de San Ignacio de Loyola que hoy han vuelto á ocupar el lugar que tuvieron siglos atrás, mostrando que el celo de los discípulos de Cristo es siempre el mismo. Díganlo trescientos quince sacerdotes martirizados en el Tonkin y la Cochinchina desde el año de 1838 hasta el de 1870; entre ellos siete obispos, todos de la Orden de santo Domingo. Díganlo en fin, el número de creyentes cada vez mayor, fruto del Apostolado de tantos Mártires y Santos. Ved ahí, hermanos míos, porqué la Iglesia de Jesucristo con razon se llama y es Católica, es decir universal, poseyendo este carácter divino, que la presentará como obra de Dios hasta la consumacion de los siglos.

Se llama tambien *Apostólica* la Iglesia por varias razones: porque, fundada por Cristo, fué propagada por el ministerio de apóstoles elegidos por el mismo Jesucristo; porque conserva intacta en su seno la doctrina que predicaron los apóstoles y aprendieron éstos del mismo Jesucristo; tambien porque en su seno se conserva la sucesion de orden sin interrupcion y sin duda alguna. De suerte que sus obispos y sacer-

dotes son sucesores legítimos de aquellos instituidos por Nuestro Señor Jesucristo, y á quienes usando de su potestad divina, « como mi Padre me envió á mí, les dijo, así yo os envío á vosotros (1). » De suerte que los obispos y sacerdotes de esta Santa Iglesia Católica pueden, cada uno en su jerarquía, llamarse sucesores legítimos de los apóstoles. Se llama, en fin, apostólica, porque todos sus fieles viven sometidos á la cátedra apostólica establecida por su divino Fundador. Esa cátedra es el Sumo Pontífice Vicario de Jesucristo Nuestro Señor, y sucesor de San Pedro, á quien todos los católicos tenemos obligación de respetar y obedecer. San Pedro estableció en Roma su sede episcopal, y desde allí gobernó la Iglesia que el divino Salvador le encomendó, encargándole que apacentase sus ovejas. De su cátedra sale para todas las Iglesias del mundo la doctrina de infalible verdad, como escribía el Apóstol á los Romanos (2). Contra la fé de esta Iglesia Romana jamas prevalecerá ningun error; y á ella, como en su purísima fuente, vendrán á buscar la verdadera doctrina, los que desean conservarse fieles á Jesucristo Señor Nuestro. Son verdaderos cismáticos y como tales viven separados de la Iglesia católica, todos los que no reconocen la jurisdicción divina del Sumo Pontífice para gobernar la Iglesia de Dios.

Hemos conocido, hermanos míos, por sus caracteres divinos la verdadera Iglesia de Dios; resta solo que nos mostremos agradecidos al incomparable beneficio que nos concedió el Señor al hacernos hijos de tan buena madre. Nuestro agradecimiento ha de consistir en mostrarnos sumisos á sus preceptos y á su doctrina.

(1) Joan. Cap. 6.

(2) Cap. 1.

Quiera el Señor que así suceda para que algun dia logremos unirnos al Pastor Eterno en la posesion de su gloria que os deseo.

INSTRUCCION NOVENA.

Credo Sanctorum communionem.

Creo en la comunion de los Santos.

(Ex Symbolo Apostolorum)

Santa llamó Dios á su Iglesia, y santos quiso tambien que fuesen todos los miembros que la componen. Por esta razon en el artículo que vamos á explicar se llama Santos á los miembros de la Iglesia Católica, y se nos declara que los bienes de virtud, que cada uno de éstos adquiere de la liberalidad y misericordia divina, son comunes á todos los demas. La palabra comunion empleada aquí vale lo mismo que union comun ó participacion admirable que gozan los justos en la casa de Dios. David contemplaba lleno de regocijo esta verdad, y como arrebatado de reconocimiento á la bondad del Señor: « ¡Cuán infinita es, Dios mio, esclamaba, la muchedumbre de los bienes que dispusiste para los que habitan en tu casa! Bienaventurados aquellos sobre quienes tú reinas, por que vivirán repletos con los bienes de tu bondad (1). » Feliz el cristiano que aprecia debidamente estos bienes, y con la esperanza de conseguirlos, procura con empeño incesante remover de su conciencia todo cuanto á ello pueda oponerse. Porque á la verdad, aunque la infinita liberalidad de Dios puso á nuestra disposicion tantos bienes cuantos

(1) Salmo 30.

son aquellas gracias y riquezas que llama San Pablo « insondables (1), » y David « sin número (2), » quiso que de parte de los hombres, llamados á disfrutarlos, hubiese disposicion conveniente que los hiciese capaces de recibirlos. Y ved ahí adonde deben dirigirse nuestros esfuerzos. Nada son las riquezas de la tierra comparadas con aquellos bienes; nada la elevacion de los honores que el mundo puede concedernos, en presencia de la elevacion á que los bienes de la gracia nos conducen; y nada, en fin, hay que pueda hacernos dudar, ni vacilar, cuando tratamos de adquirir merecimientos para el cielo. Por consiguiente, Católicos, « armaos de la justicia y de las demas virtudes (3), » os diré con el apóstol San Pablo, no sea que perdais en castigo de vuestra negligencia los bienes inefables de la divina gracia que os conduzcan á los eternos.

Explicando estas palabras del Símbolo de nuestra fé: « creo en la comunión de los Santos » que es la conclusion del artículo « creo en la santa Iglesia Católica, » tendremos ocasion de avivar aun mas nuestro reconocimiento á la bondad divina que tantas misericordias nos concede en los bienes que nos distribuye. Escuchadme.

De dos modos sucede la comunión de los Santos en el seno de la Santa Iglesia Católica. El primero es por la participacion que todos los justos tienen en las obras buenas de los demas, como miembros que son todos de un solo cuerpo, que es la Iglesia. Así como en el cuerpo humano cualquier movimiento de uno de sus miembros sirve á los demas; de la misma manera en el cuerpo de la Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo, los

(1) Carta á los Efesios. Cap. 3.

(2) Salmo 146.

(3) A los Efesios. Cap. 6.

movimientos santos, los actos meritorios, y las virtudes practicadas con perfeccion por alguno de sus miembros aprovechan á los demas. En este sentido escribia el Apóstol que con las mortificaciones y trabajos de su cuerpo procuraba satisfacer por todos los pecadores. Somos los hijos de la Iglesia la gran familia del Padre celestial cuyo primogénito es nuestro Salvador Jesucristo. En su seno todos estamos llamados á trabajar segun nuestra capacidad y fuerzas: el uno ayuna, el otro enseña, aquel predica, éste escribe, y cada uno trabajando, no utiliza tan solo para su individuo, sinó que enriquece á sus hermanos unidos por los estrechos vínculos de la caridad. Participan, pues, entre sí de estos bienes todos los justos que son los hijos fieles del Señor. Pero participan ademas de todas las obras comunes que se hacen á nombre de la Santa Iglesia Católica, como son sacrificios, oraciones, mortificaciones, y que la Iglesia misma manda practicar en su seno.

Para saber en qué forma aprovechan á cada uno tales obras en virtud de la comunión de los Santos, entended, hermanos, que toda obra buena lleva consigo diversos frutos que producen tambien diversos efectos. Son meritorias nuestras buenas obras, y como tales alcanzan merecimiento, esto es, aumento de gracia para el justo que las practica, dándole esa misma gracia aumento de gloria. Mas este efecto meritorio es personal y propio del que practica la obra, y no se comunica á los demas justos. Pero no crea alguno ni por un instante que podrá salvarse en virtud de las obras buenas de otro sin contribuir por su parte, siendo así que el Espíritu Santo manda á cada uno procurar su salvacion con miedo y con temblor. Son satisfactorias en cuanto encierran en sí caudal del que nos adquirió Jesucristo para satisfacer á la divina justicia la

pena temporal que debemos despues de perdonado el pecado: pena que debemos satisfacer necesariamente, sea ya en la vida presente ó sea despues en el purgatorio. De este efecto satisfactorio puede participar un justo á otro, aplicándole sus obras buenas, y con éstas satisfará por él, sea que aun se encuentre en la presente vida, ó sea que esté ya en el purgatorio.

Son propiciatorias nuestras obras y en esta virtud nos hacen favorable la bondad divina. Así es que un justo con sus oraciones, mueve al Señor, no solamente para sí, sinó tambien para todos los demas. De suerte que, mediante la comunión de los Santos, nos auxiliamos mutuamente con buenas obras, dirigiendo éstas al Señor en el seno de la Iglesia para inclinar su voluntad en favor de nuestros prójimos, con la seguridad de que nos oirá. Así como estuvo dispuesto en favor de Lot por las obras de Abraham que le fueron agradables, así tambien lo estará en favor de aquellos á quienes queremos participar del mérito de nuestras buenas obras.

Finalmente son tambien impetratorias las obras del justo, porque alcanzan del Señor los bienes que le pedimos ya sean espirituales ya sean temporales. Este efecto es comun á todos los justos, y en esta virtud piden y alcanzan los unos para los otros los bienes con que la infinita liberalidad divina se digna favorecer á sus criaturas.

Y no son los justos que viven peregrinando en este valle de lágrimas los que solamente logran los efectos y la comunión de tales obras; sinó que participan tambien de éstas todos aquellos que componen el reino de Dios que se extiende en el cielo y en la tierra, como herencia bendita que dió el Padre á su Unigénito. Porque la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, aunque una sola é indivisible, se dilata por el cielo donde se llama triunfante, pues que ya gozan de

la posesion de la felicidad eterna sus felices moradores. Se extiende por el purgatorio donde son purificados los justos que murieron reos de pecados leves, y con el fuego y los tormentos los prueba el Señor allí hasta encontrarlos dignos de Sí. En el purgatorio esta Iglesia Católica se llama paciente en atencion á que sus miembros padecen. Se extiende, en fin, sobre la tierra donde se llama militante en atencion á que los individuos que la formamos militamos bajo la bandera de la cruz, combatiendo con las armas de la oracion y de la mortificacion contra el mundo, el demonio y la carne nuestros mortales enemigos, á fin de conquistarnos el reino de los cielos. La comunión de los Santos une á todos estos miembros de la santa Iglesia católica á pesar que su situacion sea tan diferente. De modo que como un gran tesoro dispuesto para ser distribuido entre muchos, así las obras de los justos que acá militan, aprovechan á los justos de la Iglesia paciente, contribuyendo á su alivio, y aprovechan á los que forman la Iglesia triunfante, añadiendo grados á su gloria accidental, y á la vez los ruegos de estos felices moradores de la bienaventuranza eterna, nos socorren y nos fortalecen en medio de las terribles pruebas á que vivimos sometidos. ¡ Cuánto debe, hermanos míos, consolarnos esta fé ! Las oraciones fervorosas de los bienaventurados, la paciencia de las almas que se purifican en el purgatorio, y las obras de los justos aceptables al Señor, nos estan auxiliando continuamente, y cooperando á nuestros esfuerzos para que logremos conseguir nuestra felicidad eterna. Bien podemos decir como David : « Oh Señor, vos me hicísteis participante de todos los que te temen, y guardan tus santos mandamientos (1). »

(1) Salmo 118.

Hemos indicado la comunión estrecha que existe entre todos los fieles que forman la santa Iglesia católica, y hemos dicho que las oraciones de los justos que moran en la tierra aprovechan á los Santos que gozan de la felicidad eterna, y á los que se purifican en el purgatorio. Conviene ahora que expongamos la doctrina católica sobre este purgatorio, cuya existencia ha sido combatida antes por cismáticos orientales, y despues por los protestantes.

Purgatorio llamamos un lugar preparado por la justicia divina, en el que son purificadas las almas de los justos que no expiaron en esta vida suficientemente sus faltas. Que existe un purgatorio ó lugar de purificación, está claramente demostrado en la santa Escritura, tanto en el nuevo, como en el antiguo Testamento (1), establecido de un modo inconcuso por el santo Concilio Tridentino, y ya antes definido contra los Griegos cismáticos por el Concilio de Florencia.

Jesucristo Señor nuestro se dignó declarar terminantemente que ninguno que tuviere mancha podria entrar al reino de Dios. Por esta razon, así como creemos que los reos de manchas graves, cuales son los que mueren en pecado mortal, son condenados eternamente por la justicia divina á las penas del infierno; así creemos tambien que los reos de faltas leves, y los que no satisficieron bastante las penas merecidas por sus culpas graves, son condenados temporalmente al purgatorio, donde se purificarán hasta ser encontrados dignos del reino de los cielos.

Esta doctrina es conforme con la justicia de Dios, que ninguna culpa quiere dejar sin castigo, y protesta por eso en las santas Escrituras, que registrará con an-

(1) Mateo. Cap. 12; II. ad Cor. Cap. 3; Apoc. Cap. 5; II. Mach. Cap. 12.

torchas encendidas nuestras conciencias, para encontrar y castigar los pecados mas secretos. En el purgatorio el alma deja satisfecha esa justicia purgando las culpas lijeras de que se encontraba rea. Es conforme con la pureza y santidad de Dios que forme su Iglesia triunfante de ciudadanos tan escogidos, que en ella no se encuentre mancha, ni alguna especie de imperfeccion (1). Es conforme, tambien, con su misericordia y bondad infinita hacer, mediante el purgatorio, dignas de el cielo á innumerables almas que sin estar manchadas con pecados graves, ó lo estaban con culpas leves, ó gravadas con penas no satisfechas suficientemente. Ved ahí, hermanos mios, unidas la justicia y la misericordia de Dios en beneficio nuestro, para que sin ofensa ni de una ni de otra, podamos ser admitidos en el número de los ciudadanos que le alaban, vestidos de inocencia perfecta y de virtud sin manilla. En medio de los espantosos estragos que ejecuta la ira del Señor, por medio de sus ángeles, entre los secuaces de la Bestia, nos refiere san Juan que un número grande de los escogidos eran separados por los ángeles, y detenidos hasta que, lavados en la sangre del Cordero, quedaban purificados. Solo entonces y no antes, entraban á participar de los regocijos eternos con que regalaba Dios á los que vencieron á la injusticia y al pecado de que era figura aquella Bestia. Tal considero la situacion de las almas en el purgatorio: estan allí detenidas mientras la sangre de Jesucristo que borra los pecados del mundo, cayendo sobre ellas en virtud de los tormentos que sufren, las purifican y las hacen dignas de entrar al convite eterno que la bondad divina nos tiene preparado.

(1) S. Pablo á los de Efeso. Cap. 5.

Sufren las almas detenidas en el purgatorio la pena terrible que llamamos de daño, y por la que son privadas de la vista de Dios. Si reflexionamos el grado en que esas almas poseen las virtudes teologales, podremos conocer algo de la intensidad y amargura de este tormento.

La fé les está mostrando de un modo vivísimo quién es Dios, y cuánta es su hermosura, su riqueza y su bondad; con cuánta prodigalidad se comunica con los bienaventurados en su gloria, asociándolos á los bienes eternos que estan en armonía con su infinita grandeza y con el amor tambien infinito con que los ama. De aquí nace, hermanos míos, el deseo ardiente é insaciable que sienten esas almas de poseer á Dios, de verlo como su último fin, y de gozar en El la bienaventuranza de que es fuente y causa al mismo tiempo. Como la esperanza de llenar ese deseo se les dilata, crece la pena, y experimentan aquel género de tormento que señala el Espíritu Santo, cuando nos dice en los Proverbios: « La esperanza que se demora aflige el corazon (1). »

Ademas el amor ánsia por unirse con el objeto amado: acá en la tierra el alma fiel encuentra objetos que entretienen ó debilitan, por decirlo así, aquel ardiente deseo: tales son las virtudes practicadas cada dia con mayor perfeccion por amor á Dios, la carne domada por nuevas penitencias, que la preparan mejor para amar con perfeccion al Señor, y el desprecio de nosotros mismos llevado mas y mas adelante, con el propósito de que solo Dios aparezca grande y perfecto delante de nuestra alma. Con todos éstos y otros actos meritorios encuentra el justo acá en la tierra

(1) Proverb. Cap. 13.

otros tantos medios como dar pábulo al amor de Dios que le urge por unirse al objeto amado. Y, sin embargo de eso, gime y se lamenta recordando que vive desterrado, y volviéndose al Señor muchas veces le dice con David : « ¡ Ay de mí, cuánto se dilata mi destierro ! ¿ Quién pudiera romper mis ataduras , para que libre de todo lazo pueda ir á unirme con mi Dios (1) ? » ¡ Cuánto mayor será la pena de las almas que carecen de todos los objetos que pueden divertir ese amor !

Agregad todavía, hermanos míos, otro tormento que sufren las almas ignorando el tiempo que debe durar su purgatorio. Es cierto que, resignadas humildemente á la voluntad divina, soportarán con paciencia cualquiera que sea su duracion; mas no lo es ménos que, como esa duracion está proporcionada al número y á la naturaleza de sus negligencias, de sus omisiones y, en general, de todas sus tibiezas, esta memoria les sirve de amarguísimo tormento, como fué revelado á santa Bríjida. Sufren ademas en el purgatorio las almas otras penas en sus dolores, y son tan acerbos, que no pueden compararse con las mas graves que acá solos experimentar, ya en nuestro cuerpo, ya en nuestra alma.

Por lo demas todas sus penas las llevan con paciencia : aman á Dios con perfecta caridad, le bendicen y le alaban con todo su fervor, y las virtudes de que estan adornadas las emplean en este mismo objeto, amando y bendiciendo á Dios. Como viven seguras de su predestinacion, gozan en medio de sus tormentos el consuelo que les concede esa misma seguridad. Puestas en las manos de Dios, y colocadas bajo su inme-

(1) Salmo 121.

diata proteccion, no las tocará ni el pecado, ni la muerte que acarrea aquel, sinó que vivirán seguras de su felicidad eterna.

La doctrina de que con nuestras buenas obras sufragamos por las almas detenidas en el purgatorio, ha sido invariablemente creida y practicada desde los Apóstoles hasta nuestros dias en la Iglesia católica. Esta ha creido que nuestras oraciones, limosnas, peregrinaciones, mortificaciones, indulgencias y, sobre todo, la santa Misa les auxilia eficazmente en virtud de la comunión de los Santos.

Su fé está conforme con las sagradas Letras que nos refieren que el valiente caudillo de Israel, Judas Macabeo, cuidó de ofrecer á Dios sacrificios y ruegos por las almas de los soldados de su ejército, que murieron combatiendo contra el enemigo de la patria; y no pareciéndole aun bastante lo que habia practicado personalmente, envió á Jerusalem una suma de dinero, para que fuesen ofrecidos muchos sacrificios, y hechas muchas oraciones con aquel piadoso fin. « Porque es práctica santa y saludable rogar á Dios por los muertos, á fin que se vean libres de sus culpas, » escribia el mismo Macabeo. Su fé está tambien conforme con las doctrinas apostólicas de lo que en los primeros Padres encontramos mil solemnes testimonios, especialmente en san Cipriano, en san Agustin y en san Juan Crisóstomo; y conforme, en fin, con la piedad y la caridad que forman el espíritu del Cristianismo.

De lo dicho sobre el purgatorio debemos concluir cuán necesario es á cada cristiano vigilar sobre sus acciones, á fin de evitar las faltas leves que le retardarán la posesion de su felicidad eterna; con cuánto fervor hemos de procurar satisfacer á Dios por nuestras culpas, aun las leves, en la vida presente, no omitiendo

diligencia á fin de santificarnos, y quedar expeditos para el reino de los cielos.

Pero además hagamos obras de caridad por las almas detenidas por la justicia divina en el purgatorio; apliquémosles como sufragio nuestras oraciones, nuestras limosnas y cuántas obras de piedad y de religion esten á nuestro alcance. En esto practicarémos obra muy aceptada á Dios, á quien procuramos nuevos glorificadores, y muy provechosa para nosotros mismos, pues que en las almas que hubiéremos favorecido, « encontraremos amigos que nos reciban despues en los eternos tabernáculos (1). »

Hemos visto en qué consiste la comunión de los Santos, y quiénes son los que en ella tienen parte: veamos ahora cuáles son los que estan excluidos de esta misma comunión. La caridad es el vínculo que ata entre sí á los miembros del cuerpo de Cristo que son los fieles, y por eso, dice el Apóstol san Juan, que todo el que vive en caridad, vive en Dios, y Dios en él. Faltando pues la caridad en alguno de aquellos miembros, le falta el vínculo de unión, y queda como el sarmiento del Evangelio á quien faltó el jugo que le comunicaba vigor y lozanía, y Jesus mandó arrojar por seco é inutil á las llamas (2). Los cristianos que perdieron la gracia de Dios, y permanecen en el pecado, se encuentran en este caso, y no participan, por consiguiente, la comunión de los Santos, así como tampoco participan de la gracia que derrama sobre los miembros de su cuerpo Jesucristo cabeza y vida nuestra. Cuando á esta participacion de bienes espirituales se llama comunión de los Santos, bien claramente se significa ya que los actualmente pecadores, apartados del que es fuente de toda santi-

(1) Mateo. Cap. 16.

(2) Luca. Cap. 12.

dad, y de su gracia que nos justifica y hace Santos, quedan excluidos de aquella comunión. Por eso el pecador se llama *muerto* delante de Dios, y el apóstol san Pablo considerándolo en esa miserable situación: « Levántate, le dice, para que Dios te ilumine (1). » ¡Oh! si pensases, hermano mio! oh si pensases en el estado de tu alma, tú, que permaneces en el pecado, y tan tranquilamente como si esta fuese tu situación natural; cómo te horrorizarías, considerando los infinitos males que con él te han venido! ¡Oh pecador! abre los ojos de tu alma, y mírate alejado de Dios y excluido de los bienes que para tí reservaba, y resuelve volver á El por la penitencia verdadera.

Pero aun cuando el pecador queda excluido, como hemos dicho, de la comunión de los Santos, no obstante las oraciones de los que viven en gracia de Dios, pueden alcanzarle auxilio para salir de su mal estado, y convertir al Señor su corazón. Este beneficio, la Iglesia, como tierna madre, lo solicita constantemente para sus hijos descarriados; y Dios, en atención á sus ruegos, les mueve á renunciar los vicios, á volver por el arrepentimiento á la gracia del Señor, y á adquirir entónces, ya justificados, derecho á la comunión de los Santos. De esta suerte fué cómo las oraciones fervorosas de Santa Mónica alcanzaron la conversión de Agustin, sumergido en el profundo lodazal de los vicios. De esta suerte los ruegos de San Estéban aprovecharon á Saulo, y de esta misma suerte pedía San Pablo por los enemigos que encarnizadamente le perseguían y afrentaban. Por la oración de Moises suspendió el Señor los castigos fulminados contra Israel. Araon, ofreciendo el incienso como medianero entre los

(1) A los Efes. Cap. 9.

vivos y los muertos, hizo cesar con sus ruegos la rigurosa plaga con que eran castigados los hijos de Jacob, y sin los ruegos fervorosos de San Pablo habrían perecido náufragos doscientas setenta y seis personas. De esta manera es cómo los pecadores aprovechan las oraciones comunes de la Iglesia, y los ruegos eficaces de los Santos. Tampoco participan de la comunión de los Santos los cismáticos que, rebelándose contra el poder de la Iglesia y de sus legítimos pastores, dejaron de ser miembros del cuerpo de Cristo. Ni participan de esta comunión los excomulgados que, en pena de sus gravísimos delitos, han sido separados por la autoridad de la Iglesia de la comunicación con los fieles; ni, en fin, los herejes que niegan ó contradicen algún dogma de la verdad católica. Podemos sí, y debemos rogar por todos éstos, así como por los que no conocen ni aman á Dios, para que la misericordia infinita del Señor, compadecida de su miseria, haga volver á su aprisco á las ovejas que se descarriaron, y perecen en los atolladeros del pecado y entre las sombras del error. Por nuestra parte mantengámonos fieles á la Iglesia católica, de que somos hijos, mantengamos cuidadosamente nuestra conciencia sin pecado, y purifiquémosla por la penitencia, cuando la encontremos manchada con alguna culpa. De este modo nos encontraremos aptos para recibir los inestimables dones de la sangre de Cristo que se nos conceden por medio de la comunión de los Santos. No seamos perezosos para obrar, cuando bienes tan grandes se ofrecen á nuestra consideración como premio de nuestra diligencia y de nuestro fervor.

¡ Ah! hermanos míos, desprendamos el corazón del apego á los intereses de la tierra, para que pueda quedar apto para los intereses de nuestra alma, para esos

bienes de infinito precio, con què nos enriquece la comunión de los Santos.

Hemos visto en qué consiste la comunión de los Santos, cuán grande es el provecho que nos trae, y qué amargo es perderlo: volvamos, pues, nuestro corazón á Jesucristo, para que su divina gracia nos asista aquí en la tierra, á fin de conseguirlo de un modo tan eficaz, que podamos algún día llegar al cielo, y disfrutar eternamente entre los Santos de la bienaventuranza que os deseo.

INSTRUCCION DÉCIMA.

Credo remissionem peccatorum.

Creo en el perdón de los pecados.

(Ex Symbolo Apostolorum.)

Al tratar, hermanos míos, del perdón de los pecados que creemos y confesamos haber dejado Jesucristo en su Iglesia para beneficio nuestro, mi alma recuerda aquella inefable promesa que hizo la infinita bondad de Dios, cuando nos decía por uno de sus profetas: « Venid, y sacad aguas de las fuentes del Salvador (1); y aun cuando vuestras manchas fuesen muchas é incurables, después de lavados, mas blancos quedareis que la nieve (2). » En efecto, Nuestro Señor Jesucristo vino del cielo para borrar nuestras manchas, y declaró solemnemente, que era llegado para el mundo el tiempo de remisión, y que, subiendo á la Cruz, ganaría el cielo para todos los hijos de Adán que aprovecharan su redención. De tal modo que, cuando con los ojos de la fé contemplamos la sangre del Hijo de

(1) Isaías. Cap. 12.

(2) Ib. Cap. 1.

Dios que sale de sus llagas, y se derrama sobre la tierra; en ella miramos el elemento que la misericordia divina nos concede para purificarnos, para enriquecernos y para salvarnos. Para purificarnos de las culpas mediante el perdón que nos concede, para enriquecernos con las virtudes que nos trae, y para salvarnos, abriéndonos el cielo de donde los pecados nos habian desterrado. ¡ Cuánto debe ser nuestro reconocimiento á la bondad divina por tan grandes beneficios ! Eramos reos, y Dios nos perdona; estábamos condenados por la justicia divina á la muerte eterna, y el Señor nos abre camino para la vida, lavando nuestras manchas con su preciosa sangre.

Para todos los pecadores deja el Señor perdón en el seno de su Iglesia, mediante los merecimientos infinitos de Jesucristo su divino Hijo: y esto es lo que creemos y confesamos, cuando decimos en el Símbolo de nuestra fé, que creemos en el perdón de los pecados. Es decir que creemos que en la Iglesia hay por institucion divina poder legítimo para perdonar todos los pecados. Voy pues á explicar este artículo de nuestra santa fé católica, y pido me escucheis con atencion.

Con dos clases de pecados pueden aparecer reos los hombres delante de Dios, á saber: con el pecado original, y con el pecado actual ó personal; y para el perdón de ámbos creemos y confesamos que proveyó el Señor de remedio en el seno de su Iglesia. Para perdonar el pecado original, dió á su santa Iglesia el sacramento del Bautismo que borra y quita del alma ese pecado, así como quitará y borrará tambien todos los demas que pudieran encontrarse en el sujeto que le recibe, cuando éste fuese adulto. Por esa razon la Iglesia, repitiendo el artículo del Símbolo Niceno, dice cada dia: « *Confiteor unum Baptisma in*

remissionem peccatorum: Confieso un Bautismo por el que se perdonan los pecados. » Y en este Bautismo quedamos libres del pecado original, hijos de Dios, miembros de su Iglesia, y admitidos á la participacion de los demas sacramentos instituidos por Nuestro Señor Jesucristo, ya para perdonar á los hombres sus pecados actuales ó personales, y ya tambien para fortalecerlos con su gracia contra las asechanzas mortales de los enemigos de nuestra salud eterna.

De Dios infinitamente poderoso y misericordioso viene el poder para perdonar pecados. Siendo Dios el ofendido por el pecado, solo á El pertenece perdonarlo, y á El mismo tambien conceder á otros la potestad de perdonarlo en su nombre. Así es que, cuando el ministro de los sacramentos que tienen virtud de perdonar pecados los administra, y mediante esa virtud el hombre consigue perdon, no es el sacerdote por sí solo quien le absuelve, sinó Dios por medio de aquel sacerdote que obra en su nombre y como instrumento de su soberano poder.

Antes que viniese á la tierra el Hijo de Dios, no se habia concedido á hombre alguno la facultad de perdonar pecados. Por eso es que, cuando Jesus dijo al Paralítico: « Te son perdonados tus pecados, » los Fariseos que estimaban á Cristo como puro hombre, « Blasfema, » dijeron dentro de ellos mismos, « quién habla de ese modo. ¿Quién puede perdonar pecados sinó Dios? » Mas penetrando el Salvador sus corazones, y mostrándoles que era Dios y podia perdonar pecados, volviéndose al Paralítico, « Levántate sano, le dijo; toma tu cama, y anda (1), » lo que el enfermo ejecutó al punto. La misma sorpresa experimentaron los grandes

(1) Mateo. Cap. 9.

y sábios de Israel, cuando á la Magdalena que amarguísimamente arrepentida lloraba sus culpas á los piés de Jesucristo, «Mujer, le dijo Este, se te perdonan tus pecados, » mientras que todos atónitos exclamaban: « ¿ Quién es este que perdona pecados? *Quis est hic qui etiam peccata dimittit* (1)? » Dios ostentaba de este modo su infinito poder, y su misericordia inagotable; pero aun mas la ostentaba todavía, cuando quiso depositarla en manos de los hombres á quienes eligió para que fuesen sus ministros sobre la tierra. Esto es lo que hizo cuando en uso de su poder dijo á San Pedro, y en su persona á todos sus sucesores en el sacerdocio: « A tí daré las llaves del Reino del cielo; y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo (2). » Esto lo que hace cuando lleno de misericordia: « Mirad, » dice á todos sus apóstoles, y en persona de éstos á todos los sacerdotes, « Mirad que he venido yo, Hijo del hombre, á salvar lo que habia perecido. Así sabed que no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que perezca ninguno de estos pequeñitos (así llama á los pecadores), y os digo que todo aquello que ligares sobre la tierra, ligado será tambien en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo (3). » Y esto lo que hace, en fin, cuando despues del glorioso triunfo de su resurreccion, « Recibid, dice á sus sacerdotes, recibid al Espiritu Santo : á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos (4). »

(1) Lucas. Cap. 7.

(2) Mateo. Cap. 16.

(3) Ib. Cap. 18.

(4) Juan. Cap. 20.

Así confirmaba Jesucristo, despues de su victoriosa resurreccion, la potestad de perdonar pecados, lo que durante su vida mortal concedió á los sacerdotes de su Iglesia.

De esta doctrina de Nuestro Señor Jesucristo se desprenden evidentemente varias conclusiones. Primera, que el Señor ha dejado á su Iglesia legítima autoridad para perdonar pecados, y que ésta, en ejercicio del poder que recibió de Dios, los perdona y absuelve. Así lo creyeron y practicaron los discípulos del Señor, y así lo creyeron y practicaron tambien los primeros fieles. En medio de ese movimiento que operó sobre la tierra la predicacion del Evangelio hecha por los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, San Lucas nos refiere que corrian los recien convertidos á la fé en busca de los apóstoles, y les confesaban sus culpas. Ellos comprendian que prometiendo el divino Salvador perdonar en el cielo los pecados que sus ministros perdonaban en la tierra, debian ántes presentarse á éstos, abrirles su conciencia, y revelarles en medio de sentimientos fervorosos de compuncion las enfermedades y las miserias mas secretas de su alma que son las culpas cometidas contra Dios. Por eso venian presurosos y « confesaban sus pecados » á los apóstoles y discípulos de Cristo elevados al sacerdocio y deutados para absolverlos (1).

Segunda, que todo pecado puede ser perdonado, pues que ninguno excluyó el Señor de la potestad concedida para perdonar. Mas hemos de notar que este perdon supone disposicion conveniente en el individuo que lo recibe. Ni creais, hermanos mios, que se ofrece la misericordia y la remision al que, encontrándose de-

(1) Hechos de los Apóst. Cap. 19.

lincuente, ama su pecado y persevera en él: de ningún modo, porque el perdón se ofrece solamente al que detesta su pecado. No dijo Cristo á la Magdalena: « pecadora, te son perdonadas tus culpas » mientras recorría las calles y las plazas de Jerusalem escandalizando con su inmodestia y descompostura; sinó cuando ahogada en lágrimas lloraba la relajación de su vida pasada. Ni absolvía á la mujer adúltera de su pecado, sinó cuando en virtud de las disposiciones que veía en su alma, pudo decirle amorosamente: « Anda en paz, y no vuelvas á incurrir en nuevas culpas. » Ni al hijo pródigo, bella figura del alma que llora arrepentida sus pecados, abría los brazos y recibía con ternura el padre misericordioso; sinó cuando, abandonando su vida delincuente, corría á buscar la casa de su padre donde los hijos observaban fielmente los preceptos de éste. Ved ahí, pues, hermanos míos, cómo el perdón que ofrece Dios infinitamente bueno y misericordioso, debe encontrar en el hombre que lo ha de aprovechar ciertas disposiciones que le hagan digno de él. ¡Ah, hermanos míos! no irá la mano de Dios á arrancar por fuerza al pecador de su vida escandalosa para traerlo al buen camino; no espereis esto, porque tal creencia será sin duda un lazo en que perecereis. Quiere Dios que el pecador se mueva para buscarle, y que su primera diligencia sea apartarse de la culpa, aborrecerla y confesarla humilde y dolorosamente. Solo con estas diligencias puede el hombre esperar lleno de confianza el perdón de Dios que lleno de misericordia se digna decirnos: « Aun cuando estuvierais manchados con los pecados mas inmundos, limpios quedareis como la nieve. »

Tercera, que no aprovecha para alcanzar el perdón que se nos ofrece, arrepentirnos secretamente ó en

el fondo de nuestro corazon, sinó que fuera de ésto necesitamos confesar nuestras culpas al ministro de Jesucristo que ha de absolverlas segun su divina palabra. « No diga alguno, repetiré con San Agustin: Hago penitencia en secreto, me arrepiento en presencia del Señor, que conoce lo que pasa en mi corazon y ha de perdonar mis pecados; porque entónces en vano ha dicho la verdad divina: Lo que atareis en la tierra, atado será en el cielo; y en vano habrian sido concedidas á la Iglesia las llaves del cielo. Adulteramos el Evangelio de Dios cuando aquello decimos, adulteramos la divina palabra, y proferimos lo que Cristo expresamente negó (1). »

Ved, hermanos mios, cuán errados viven aquellos que creen alcanzar el perdon de sus culpas, arrepintiéndose á su modo; sintiéndolas, como ellos dicen, con su corazon; pero sin resolverse á buscar el perdon con la confesion como mandó Jesucristo que lo practicásemos. Vana es sin duda la esperanza de éstos, inútil lo que llaman arrepentimiento, y podemos con razon repetirles mil veces, con aquel Santo Doctor: « El que esto cree, el que esto espera; cree y espera lo que Jesucristo ha negado expresamente. »

La resolucion ó promesa de confesarse debe acompañar siempre al verdadero arrepentimiento de las culpas; de tal modo, hermanos mios, que en un caso extremo, no habiendo copia de confesor, el penitente, para alcanzar de Dios el perdon, necesita juntar al dolor de sus pecados la promesa de confesarse tan luego como tuviese proporcion de hacerlo. De otro modo su arrepentimiento no será verdadero, ni podrá alcanzar el perdon que Dios ha prometido.

(1) Homilia 4.

Creemos ademas, al confesar la remision de los pecados, que el perdon lo obtenemos cada vez que el pecador sincéramente arrepentido pone los medios necesarios para alcanzarla. No ha señalado Dios límites á su misericordia; al contrario nos ha declarado que es el mas grande y el mas hermoso de sus soberanos atributos, y que se complace en mostrarlo así, en beneficio de nosotros pobres y miserables pecadores que lo buscamos cada dia confesando lo que realmente somos. Ejercitando esa misericordia el divino Salvador enseñaba á sus apóstoles que jamas rechazasen al pecador que arrepentido viniese implorando el perdon de sus pecados. « Perdonad, les dijo, no solo siete veces, sinó setenta veces siete (1), » es decir: perdonad siempre. ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh bondad insondable de nuestro buen Dios! De tal modo que buscando á Dios el pecador arrepentido debe estar seguro de encontrarlo siempre dispuesto á perdonarle y á borrar hasta la sombra mas remota de sus antiguas iniquidades. « No quiere Dios que el pecador perezca, sinó que convierta á El su corazon y viva. » ¡Ved ahí lo que Dios quiere! y ved ahí tambien cómo el cristiano ha de dirigir todos sus esfuerzos á mantener firme su confianza en la misericordia de Dios, que quiso dejar en el seno de su Iglesia los medios para conseguir el perdon de los pecados, y á perseverar con voluntad constante en su servicio para tributarle las debidas gracias por ese inestimable beneficio.

Mas evitemos, hermanos mios, un escollo en que perecen no pocos cristianos miserablemente. Persuadidos éstos de que fácilmente se consigue el perdon de los pecados, los cometen con facilidad, reinciden en los desórdenes,

(1) Mateo. Cap. 18.

y perseveran en ellos provocando la ira del Señor. ¡Sabadlo! hermanos míos, si acaso lo ignorais todavía; quien así obra, es indigno de la misericordia de Dios, porque de ella abusa temerariamente. La misericordia de Dios debe resolver al hombre á buscarla, y no á permanecer alejado de ella. Esa misericordia llama al hombre con inspiraciones interiores, con desengaños visibles y exteriores, por medio de los consejos saludables del uno, por la predicacion del otro, y quiere que su llamamiento saludable sea escuchado y obedecido prontamente. Y ¡ay! de aquel que no lo quiera oír! ¡ay! de aquel que lo rechase! Oigamos lo que le dice el divino Salvador: « Porque no oísteis mi palabra, yo tampoco te oiré. » El perdon de nuestros pecados está por la bondad divina á nuestra disposicion; pero es necesario que aprovechemos prontamente el llamamiento que para él nos hace su misericordia, y no provoquemos su ira perseverando en la culpa en vez de implorar esa misericordia. « Oyendo su voz, no queramos endurecer el corazon (1). »

Nuestra santa Madre la Iglesia es la única depositaria á quien quiso Dios confiar el perdon de los pecados, en beneficio de sus hijos fieles. Por consiguiente, vana es la esperanza que tienen de alcanzarlo, todos aquellos que viven fuera de su seno. Del mismo modo que fuera del arca ningun viviente consiguió salvarse del tremendo castigo que envió Dios contra los hombres, sinó que todos quedaron anegados entre las ondas del diluvio, pagando con la muerte su iniquidad; así fuera de la Iglesia Católica ningun pecador podrá alcanzar la remision de sus culpas que le reconcilie con Dios y le libre de perecer en el abismo insondable de

(1) Salmo 24.

su justicia. Así es, hermanos míos, que según esta doctrina de la Iglesia, confirmada por las santas Escrituras, creemos que ni los herejes que niegan alguna verdad de la fé católica, ni los cismáticos que no quieren escuchar la voz de su pastor supremo, ni los excomulgados, en fin, á quienes la Iglesia declara separados de su santa comunión, pueden alcanzar el perdón de sus pecados permaneciendo en la situación en que se encuentran. Todos éstos para merecer aquel bien necesitan volver al seno de la Iglesia de donde salieron. « No es lícito, dijo el Salvador á la mujer gentil que le pedia favor, no es lícito dar á los perros el pan que pertenece á los hijos (1). » Somos los fieles creyentes los hijos de Dios, para quienes reserva sus misericordias y beneficios especiales, que no se conceden á los que voluntariamente viven lejos de la casa del Padre Celestial que los dispensa. Son todos aquellos infelices, aquellas ovejas que no se alimentan de los pastos adonde pace el único rebaño del Divino Pastor, por eso ni participan de sus sacramentos, ni viven de su espíritu, ni gustan la suavidad inefable de su doctrina. Cuando El las recoja, y entrando al redil de su Santa Iglesia Católica formen parte de su rebaño, entónces solamente la gracia de Nuestro Señor Jesucristo descenderá sobre sus almas para vivificarlas, y aprovechando los medios que allí se les conceden alcanzarán el perdón de los pecados.

Hay todavía en el seno de la Iglesia otros medios para conseguir, mediante los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, la remisión de nuestros pecados. « El hombre justo peca muchas veces cada día, » dice el Espíritu Santo (2); y David pregunta: « ¿ Quien po-

(1) Mateo. Cap. 15.

(2) Proverb. Cap. 24.

drá conocer hasta donde llega el número de los pecados? *Delicta quis intelligit?* » No hablaban por cierto de los pecados graves ó mortales cuya deformidad fácilmente se deja percibir en la propia conciencia á cada cual, sinó de los veniales. Hablaban de nuestras imperfecciones, de nuestros descuidos, de nuestras omisiones, y hablaban con aquel convencimiento de nuestra infinita miseria, que hacia decir al apóstol San Juan: « Si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañaríamos, y no habria verdad en nosotros (1). » Con el fin de sanarnos de ésta enfermedad cotidiana, la Iglesia, apoyada en el poder que recibió de Jesucristo, instituyó las sacramentales, que son ciertas ceremonias establecidas por la misma Iglesia, y mediante las que en virtud de los méritos de Cristo se perdonan á los hombres sus pecados veniales.

Son cinco las sacramentales recibidas generalmente por los fieles, á saber: aspercion de agua bendita, tomar pan bendito, confesion general, limosna y bendicion episcopal. Encuentro la significacion de todas éstas en los sacrificios ofrecidos á Dios por Abel con santo fervor, y que eran aceptados, y correspondidos con favores y gracias especiales; en la oracion eficaz de Ester que alcanzaba remision para Israel; y finalmente en aquella Judit humillada, vestida de cilicio, y postrada sobre la tierra, cuya penitencia conseguia perdon para su pueblo. No son éstas, como suponen algunos malos creyentes, ceremonias vanas, ó efectos de la supersticion, sinó actos meritorios que significan gracia y favor divino que espera recibir el cristiano que los practica con fé y piedad. El uso del agua bendita por los sacerdotes data

(1) Epist. 1. Cap. 5.

en la Iglesia desde los tiempos apostólicos, y el rito de su bendicion fué ordenado por el Pontífice San Alejandro; el pan bendito lo usaron con frecuencia los primeros fieles; la limosna se encuentra á cada paso ordenada y recomendada en los libros santos como medio eficaz para alcanzar la divina misericordia; la humilde confesion de nuestras culpas enciende en el alma el fuego de la perfecta caridad que la abraza, y arroja de ella todo lo que no pertenece á Dios.

Son diferentes los efectos que causan las sacramentales en el alma de los fieles que dignamente las usan. El efecto principal del agua bendita es borrar los pecados veniales, ya sea que Dios los perdone exitando arrepentimiento en el corazon del sujetò que la usa, ó ya inspirándole un amor mas perfecto al Señor, ó ya, en fin, infundiendo en su alma una nueva gracia que haga desaparecer esas culpas: sea que las perdone Dios mediante los fervorosos ruegos con que acompaña la Iglesia la bendicion del agua, ó sea de otro modo, lo cierto es que uniformemente han creido los hijos de la Iglesia católica, que por el uso del agua bendita se alcanza la remision de los pecados veniales. Ademas han creido tambien que por este medio el alma se aviva mejor en la fé, y en los sentimientos de piedad, y saca mas provecho de la oracion, y se robustece en la paciencia y en la humildad. Ademas, segun su fervor, el cristiano que la usa podrá esperar que Dios le perdone algo de la pena que debe por sus pecados, y que perdone tambien algo de su deuda á las almas detenidas en el purgatorio. Esta es la razon porque la Iglesia derrama esta agua sobre los túmulos de los muertos, la derrama sobre los cadáveres, y en medio de fervorosos ruegos con que acompaña esta ceremonia. Me parece ver retratados los efectos del agua bendita

en aquellos hijos del pueblo de Dios que, señalados por un signo especial, no solo se libraban de los efectos de las plagas enormes que derramaban sobre la tierra los ángeles, ministros de la justicia divina; sinó que recibían gracias especiales que les auxiliaban para perseverar en la práctica de las virtudes (1). Santa Teresa y otros Santos atribuyeron al agua bendita particular virtud para arrojar los demonios ocupados en suscitar nos peligros espirituales en todas partes. De aquí viene que la Iglesia la usa particularmente para rociar con ella el lecho de los moribundos, repitiendo al derramarla aquellas palabras del Profeta: « Levántese el Señor, disípanse sus enemigos; y huyan de su presencia cuantos le aborrecen (2). »

Pero hemos indicado, hermanos míos, que para conseguir tan saludables efectos debe el cristiano usar dignamente de estos medios. Dos cosas han de cuidarse con particularidad. Primera, avivar la fé reconociendo el poder y la misericordia de Dios que incesantemente nos auxilia para conseguir la posesion del cielo. No hemos de usar por mera ceremonia estas cosas santas, sinó recibéndolas como documentos de la bondad divina, elevando á Dios nuestro entendimiento, y procurando que en nuestro corazon reine la mas humilde gratitud hacia El. Segunda, hemos de procurar al practicarlas tener intencion recta de aprovecharlas segun el espíritu de Aquel que nos las concedió, y la devocion y reverencia que nace del ejercicio de la misma fé. Acerquémonos á ellas con aquella devocion con que recibían los hijos de Israel la aspersion de las cenizas del

(1) Apocal. Cap. 16.

(2) Salmo 67.



becerro (1); ó como usaban los jóvenes profetas la sal de Eliseo: figuras ambas de estas sacramentales. Allá los que eran beneficiados por Dios edificaban á los otros con todas las señales perceptibles de su fé; acá edificuemos tambien á nuestros prójimos con nuestra sincera devocion, si queremos ser acreedores á los frutos que en ella depositó la liberalidad divina.

Hemos recorrido á la ligera las verdades comprendidas en el artículo: « Creo en el perdón de los pecados; » y hemos tenido ocasion de conocer hasta dónde se extiende la bondad de Dios para con sus criaturas. La simple meditacion de estas verdades nos hará esclamar con razon: ¡ Cuántos caminos nos abre el Señor para salvarnos! De cuántas maneras se empeña para arrancarnos de la culpa, y restituirnos á su gracia! El mundano, en cuyo corazon reinan las miserias que son la consecuencia de aquellas, no divisa la grandeza de esa bondad, ni los esmeros de aquella misericordia, por eso ni reflexiona, ni se mueve para aprovechar aquellos medios. De ahí viene la triste indiferencia con que escucha estas verdades, y aun el fastidio que á veces le inspiran. ¡ Oh! si pensase un momento sobre lo horrible de su situacion y con cuánta facilidad podia cambiarla, cómo trataria de volver al Señor para decirle con su corazon lo que decia David postrado sobre el polvo y la ceniza: « Miserias me rodean por todas partes; mas en medio de mi tribulacion me volví al Señor que me sanará (2). » Hagámoslo así, hermanos míos; pero comprendamos bien que necesitamos ante todo conocer nuestros males. *Redite, praevaricatores, ad cor* (3). Necesitamos entrar dentro de nuestro propio

(1) Números. Cap. 19.

(2) Salmo 17.

(3) Isaías. Cap. 46.

corazon, y contar, si podemos, las enfermedades de nuestra alma. Necesitamos persuadirnos de que con ellas hemos ofendido miserablemente la divina justicia, y abusado de su infinita misericordia. Con tal disposicion debemos resolvernos á buscar en la verdadera penitencia « el perdon de nuestros pecados. » Ved ahí, Católicos, adonde deben dirigirse nuestras diligencias. No las retardemos porque Dios nos está llamando, y cada dia en que recibimos nuevas pruebas de que nos ama, y desea darnos esa gracia que nos redima de nuestros males, es una nueva responsabilidad que pesa sobre nosotros. La remision está pronta; mas si nuestra voluntad es flaca, sinó se mueve con la eficacia que debiera, volvámonos al mismo Dios para que El nos fortalezca, El nos sane, dándonos toda la disposicion que nos falta. « *Sana me, Domine, et sanabor: salvum me fac, et salvus ero.* Sáname, Señor, y sanaré; sálvame, y seré salvo (1): » tal ha de ser nuestra humilde súplica. No dudeis que hecha con sinceridad y con humildad de corazon, nos traerá todas las disposiciones necesarias para conseguir ahora el perdon de los pecados, y despues la eterna misericordia del Reino de los cielos.

(1) Jerem. Cap. 17.

INSTRUCCION UNDÉCIMA.

Credo carnis resurrectionem et vitam aeternam. Amen.

Creo la resurreccion de la carne y la vida eterna. Amen.

(Ex Symbolo Apostolorum.)

Esta ha sido, hermanos míos, en todos los siglos la verdad que consolaba á los Santos en medio de sus tribulaciones, y añadía á su caridad nuevos estímulos para amar á Dios, á pesar de las pruebas severas porque los hacia pasar la mano del Señor. Oigamos á Job en el estado de la naturaleza; oigámoslo cuando ha perdido su salud, sus bienes y su familia; oigamos la voz de su fé que sale de lo íntimo de su alma para mostrar á todos cuánta es la tranquilidad que á su conciencia inspira lo profundo de su convencimiento. « Me han abandonado, dice, mis parientes, se olvidaron de mí los que me conocían, los moradores de mi casa me trataron como extraño, llamo á mí mismo y no me respondo, mi propia mujer tuvo asco de mi hálito, y á los hijos de mis entrañas tuve que rogarlos; aun los insensatos me despreciaron, me abominaron los que eran antes mis consejeros, y aquel á quien mas amaba, me volvía las espaldas; á mi piel, consumidas las carnes, se han pegado mis huesos, y solo me han quedado los labios al rededor de mis dientes. Pero yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día me levantaré de la tierra en mi propia carne, y que de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y veré á Dios mi Salvador con mis propios ojos; y esta mi esperanza está depositada en mi pecho para consolarme y para rego-

cijarme en medio de mis amarguras (1). » Esta misma fé animaba á los profetas de la ley escrita; animaba á Exequiel en presencia de la resurreccion de Israel que se levanta lleno de vida y robustez de sus frios huesos; á Daniel que vé alzarse á los hombres de sus cenizas á la voz de su Salvador; y ésta, en fin, la doctrina que como uno de los dogmas fundamentales de su fé, explicaba Jesucristo, enseñando que el dia de la resurreccion nos levantaríamos todos para vivir como los ángeles de Dios (2). San Pablo, lleno del espíritu del Evangelio, nos explica cómo será esta resurreccion: « Todos tenemos que resucitar, nos dice, y en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos nacerán incorruptibles; porque es necesario que lo corruptible se vista de incorruptibilidad, y lo mortal de inmortalidad (3). » Todos tenemos pues, que resucitar con nuestro propio cuerpo para vivir vida eterna, esto es lo que contienen los dos últimos artículos del Credo que van á ser la materia de esta doctrina. Atendedme.

« Creo en la resurreccion de la carne, » es creer que llegará un dia en que Jesucristo Señor Nuestro, bajando del cielo como juez de los vivos y de los muertos, llamará á su presencia á todos los hijos de Adan, los que oyendo su voz se levantarán con presteza con sus propios cuerpos para vivir vida inmortal. Decimos resurreccion de la carne, porque nuestro cuerpo ó nuestra carne es lo único que muere en nosotros. Tenemos, hermanos mios, dos elementos que nos forman: el uno es visible y palpable, ese es nuestro cuerpo, hecho de barro por Dios el dia de nuestra creacion; ese elemento

(1) Job. Cap. 19.

(2) Mateo. Cap. 22.

(3) I. á los Corint. Cap. 15.

muere y se corrompe volviendo á unirse con la tierra de donde trae su origen. El otro es invisible, espiritual y nunca muere, ese es nuestra alma destinada á vivir eternamente. Como esta alma ni ha muerto, ni puede morir, por eso tampoco resucita, sinó que pasará desde el lugar adonde haya sido destinada por Dios, á juntarse con su cuerpo que se levanta resucitado de la tierra. Nuestro cuerpo es el que resucita, y en este sentido decimos: creo en la resurreccion de la carne. Resucitamos con nuestra propia carne, con nuestros mismos huesos, y con todo cuanto constituye ahora nuestro cuerpo. No creemos que el Señor hará entónces una nueva creacion, formando muchos cuerpos parecidos á los que ahora tenemos; ni menos creemos que los cuerpos con que hemos de resucitar, sean de otra naturaleza, como pretendieron Pelagio y algunos novadores; sinó que confesamos con el Apóstol que esta misma nuestra carne corruptible y mortal será entónces dotada de incorruptibilidad y de inmortalidad. De tal manera, hermanos míos, que esta carne que descendió por la muerte á las entrañas de la tierra, que devorada por los gusanos se disolvió, y pasó á convertirse en otras sustancias, y éstas se dividieron alejándose con infinita distancia las unas de las otras, creemos firmemente, que en virtud de la divina omnipotencia, se reunirá y juntará en un momento, de modo que aparezca entera y perfecta toda la carne del cuerpo de cada uno.

Recordad, hermanos míos, que de la nada sacó Dios todas las cosas y que al simple llamamiento de la voz suprema tuvo existencia perfecta toda la naturaleza; de la misma manera sucederá en la resurreccion de la carne. Aquella voz que dijo: *Fiat*, hágase, dirá: *Resurgat*, levántese. Así como entónces todo se formó y se puso en movimiento, obedeciendo á su Criador; así

tambien ahora para juntarse y resucitar, todo se pondrá en movimiento obedeciendo al mismo poder.

A un campo árido, sembrado de esqueletos de hijos de Israel, lleva el Espíritu de Dios al profeta Exequiel. ¿ Crees, le dijo el Señor, que podrán vivir esos huesos? Pues mirad, yo les pondré nervios, les vestiré carne, y extenderé sobre ellos piel. « Miré en efecto, dice el profeta, y ví que subieron sobre ellos nervios y carne, y se extendió piel por encima; entró luego en ellos espíritu y vivieron (1). » Ved ahí, católicos, una imagen de lo que ha de suceder en la resurreccion de la carne. Dios en la naturaleza nos ofrece cada dia mil imágenes de esta misma resurreccion. Veis el árbol que cae á la tierra seco por su vejez, ó agotado por el calor excesivo del estío, ó aniquilado por las nieves del invierno; ese árbol caido allí perece, sus maderos son trasportados y empleados en usos diferentes; mientras tanto de sus semillas ocultas bajo la tierra, podridas y deshechas se levanta nuevo y hermoso para vivir nueva vida y dar frutos tambien nuevos. Así nuestra carne despues de bajar al seno de la tierra cual grano ó semilla, y confundirse allí con la tierra misma, vuelve á levantarse el dia de la resurreccion universal para vivir vida nueva y rendir frutos tambien nuevos. Esta vida y estos frutos nos dice el Divino Salvador por San Juan que no se consiguen sinó despues que el grano ha caido, ha muerto en las entrañas de la tierra, y ha vuelto de nuevo á levantarse para llevar copiosos frutos (2).

Nuestra alma, aunque inmortal é imperecedera como soplo del mismo Dios, forma no obstante en union con el cuerpo todo nuestro ser humano, y por lo mismo en ella existe una propension natural y continúa á

(1) Exequiel. Cap. 37.

(2) Juan. Cap. 12.

unirse con el cuerpo. Si éste, muerto una vez, no hubiese de levantarse jamas para vivir vida inmortal, el alma, separada de él también para siempre, quedaria en un estado perpétuo de violencia que repugna á su naturaleza. Tenemos una promesa del Juez justísimo que nos anima y conforta en medio de las amarguras de nuestra vida; esa promesa es la inmortalidad, y no se ha hecho solamente á nuestra alma, sinó tambien á nuestra carne. « Gozaos, nos ha dicho Jesucristo, porque todos vuestros nombres estan escritos en el libro de la vida. El mundo reirá, mientras vosotros llorais, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo cuando viéreis el Reino de mi Padre. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones, y en ellas encontrareis vuestra habitacion y vuestra corona (1). » Ya veis, Católicos, con cuanta claridad el Salvador del mundo nos habla de premios materiales, y que ha de recibir la carne resucitada é introducida al gozo de su Señor. Del mismo modo cuando señala los castigos que su justicia divina reserva para el pecador impenitente, indica suplicios materiales que han de atormentar esos sentidos del cuerpo que se mancharon con las abominaciones del pecado. Recordad que el Salvador nos habla del fuego y de las tinieblas, del llanto y del crujir de dientes (2), y el Espíritu Santo ya antes nos habia enseñado, que en esos mismos sentidos que hizo servir al pecado, cada uno encontraria un tormento. *Per quæ peccat quis, per hæc et torquetur* (3). Por consiguiente, es necesario que el alma vista algun dia de nuevo carne con la que ha de gozar aquellos premios, ó de sufrir estos castigos; y ésta es otra razon

(1) Juan. Cap. 16.

(2) Mateo. Cap. 25.

(3) Sapient. Cap. 11.

que nos persuade la necesidad de la resurreccion de la carne.

Pero somos ademas todos los que creemos en Cristo miembros místicos de su cuerpo, y mientras vivimos sobre la tierra, nos alimentamos con la esperanza de vivir unidos eternamente con El. Ese momento llegará, porque del mismo modo que Jesucristo, nuestra cabeza, se levantó del sepulcro para vivir vida inmortal, así tambien nosotros « plantados juntamente con El á la semejanza de su muerte, lo seremos tambien á la de su resurreccion (1). » La felicidad que nos alcanzó Jesucristo con su muerte fué entera y perfecta, fué, por consiguiente, para todo el hombre y no solo para su alma; y por lo mismo nuestro cuerpo, llamado al goce de esos bienes, debe resucitar y hacerse capaz de disfrutarlos. En este sentido escribia S. Pablo cuando dijo: « Si solo en esta vida hemos de esperar en Cristo, somos los mas desdichados de los hombres (2). »

La fortaleza que inspira la fé de nuestra resurreccion bien se dejaba ver en la madre de los Macabeos, aquella mujer sobremanera admirable que exhortando á sus hijos á morir por la ley divina, y acompañándolos en el suplicio, les decia: « No sé de qué modo os formásteis en mi seno, porque no fuí yo la que os dí espíritu, ni alma, ni vida; ni tampoco fuí yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros. Mas el Criador del mundo que formó al hombre en su origen, y que dió principio á todas las cosas, misericordioso os restituirá el espíritu y la vida, porque vosotros ahora por amor de sus leyes os despreciais á vosotros mismos. » Y al mas jóven de ellos con particular ternura: « No temais los verdugos, le dice, mas

(1) S. Pablo á los Romanos. Cap. 6.

(2) I. á los Corint. Cap. 15.

haciéndote digno compañero de tus hermanos, recibe la muerte, para que yo junto con ellos te recobre en aquella misericordia que esperamos, cuando el Señor nos resucite en el último día para hacernos participantes de la vida eterna (1). »

Esa mujer verdaderamente heroica en nada estimaba que las carnes de sus hijos, despedazadas por la cuchilla del verdugo y por los instrumentos mas crueles del último suplicio, fuesen esparcidas por los campos y devoradas por las bestias; en nada estimaba que la sangre de sus venas, sangre de sus propias entrañas, corriese por la tierra, sirviéndole de verdadero suplicio. Todo ésto lo estimaba tan solo como transitorio y momentáneo. Su fé mira abierta para sus hijos la senda de la inmortal vida; el martirio era la puerta por donde entraban, y sus carnes maltratadas, despedazadas y devoradas las recuperarían el día de la resurrección universal con infinita ventaja. De esa misma fé habia echado mano Marta, hermana de Lázaro, para consolarse en la muerte de éste: « *Scio quia resurget in resurrectione in novissimo die* (2). » Y de esa misma nosotros debemos tambien valernos para robustecernos mas y mas en las virtudes.

San Pablo al decir que Jesucristo Nuestro Salvador reformará nuestro cuerpo abatido para hacerlo semejante al suyo glorioso (3), y que nos hará llegar á El como hombres perfectos segun la medida de la edad cumplida de Cristo; nos hace entender, que resucitaremos de la edad de treinta y tres años que al morir y resucitar tenia Nuestro Redentor Jesucristo. Es en efecto ésta la edad perfecta, y en la que hemos de recuperar nuestra carne

(1) Macab. Cap. 7.

(2) Joan. Cap. 11.

(3) S. Pablo á los Filip. C. 3.

en la resurreccion universal. Por consiguiente, aun cuando uno hubiese muerto niño, otro viejo ; y uno hubiera sido ciego en la tierra, y otro cojo, todos resucitaremos de edad perfecta, y sin ningun detrimento ni defecto en nuestro cuerpo. Los defectos nacieron de los vicios contraidos por la naturaleza, y á los vicios no se extiende la resurreccion. « Todos los que resucitan, dice San Agustin (1), tendrán un cuerpo perfecto, y así como á los hombres que lo tuvieron excesivo y disforme , les quitará el Señor todo exceso y toda deformidad; así tambien á los defectuosos les añadirá lo que les falta, pudiendo de la nada sacar todo cuanto quiera. » Esto ha de cumplirse no tan solo en los justos destinados al reino eterno, sinó aun en los réprobos cuyos pecados provocaron la ira de Dios y su justicia eterna. En los réprobos, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (2), no ha de encontrarse cosa alguna que impida sentir con toda viveza los tormentos á que han sido condenados por la sentencia del supremo Juez ; así como en los bienaventurados nada ha de faltar de cuanto contribuya á su perfecta y completa felicidad.

¿ Y quién podrá discurrir, católicos, los sentimientos del todo opuestos que experimentarán en esta resurreccion universal las almas de los buenos y las almas de los malos? El alma del cristiano bueno y fervoroso abrazará su cuerpo con inefable gozo : en él está palpando el instrumento mas eficaz de su salvacion. Los Mártires verán en sus cicatrices los gloriosos testimonios de su ardiente caridad, las pruebas inexcusables de la fortaleza de su celo y de su amor para con Dios. Las vírgenes inocentes honrarán su cuerpo como la victima

(1) Enchirid. Cap. 90.

(2) Supplementum, quaest. 85. art. 2.

preciosa que inmolaron al Señor en testimonio del amor generoso con que se le consagraron. Los que confesaron á Dios entre las tareas del ministerio sacerdotal, ocupados en procurar su gloria entre las gentes, mirarán su cuerpo como el altar donde habitó el Señor, donde les habló, les animó y obró tantas señales de amor y de misericordia. Las almas de los penitentes mirarán su cuerpo como un objeto sumamente amable en cuanto les proporcionó medios para satisfacer á Dios la deuda contraída por las culpas. Incomprensible es la alegría con que cada una entrará para quedar eternamente unida á su cuerpo. Jesucristo trasformará éste entónces mismo en carne incorruptible, incapaz de miserias, y semejante en todo á la que tiene El mismo en su adorable humanidad: *Reformabit corpus humilitatis nostrae, configuratum corpori claritatis suae* (1).

Muy diferentes son los sentimientos que esperimentarán entónces mismo las almas de los réprobos. Se unirán á su cuerpo á pesar del odio profundo que les inspira, recordando su condescendencia criminal á sus inclinaciones desarregladas; su cooperacion temeraria á los movimientos impuros y deshonestos; la activa obediencia que en él encontraron sus pasiones de ira, de odio, de animadversion ofensiva á la caridad, sufrirán de una manera inexplicable.

¡ Oh ! si todos los cristianos comprendiesen que cuando tratan de agradar á su carne rebelde, precipitan su alma á la condenacion eterna, ¡ cómo al sentir cada cual los movimientos perversos de su concupiscencia, levantando al cielo su corazón y sus manos, clamaría fervorosamente como los discípulos de Cristo: « Sálvame, Dios mio, porque marchó á perecer ; dadme la

(1) Ad Philipp. Cap. 3.

mano de vuestra divina gracia para que no caiga en lo profundo del pecado que se abre delante de mí! » Oh vosotros que voluntariamente permanecéis en las ocasiones próximas de cometer pecados, recordad que las satisfacciones que procuráis á vuestra carne impura, van formando la terrible cadena que ha de ligar eternamente á vuestra alma con esa misma carne castigada por Dios con eternos suplicios.

A la resurreccion de la carne seguirá, Católicos, la vida eterna, y creemos en este artículo que hay otra vida que no es la presente vida que jamas ha de concluir, que durará eternamente, y será feliz y bienaventurada para los buenos, y de castigo y tormento para los malos. Para uno de estos dos estados marcha el hombre necesariamente, cielo ó infierno. Para el cielo nos crió Dios: á fin que llegásemos allá, nos dió sus sacramentos, nos impuso sus preceptos, nos ilustró con su fé, y nos auxilia todavía con sus inspiraciones celestiales. Al infierno nos lleva nuestra propia voluntad, nuestra loca presuncion y soberbia, el desprecio práctico que hacemos de la ley divina, el abuso de los sacramentos, y la negligencia para aprovechar las inspiraciones y los auxilios de Dios. Ordinariamente se dice vida eterna la que gozan los justos en el cielo; así como se llama muerte eterna la triste y amarga situacion de los condenados al infierno. La razon es porque los primeros no solamente gozan de la vida en cuanto á la realidad y á la esencia, sinó tambien en cuanto al ejercicio. Se mueven con libertad y prontitud, obran segun su voluntad, gozan y se glorifican en todo lo que desean y ejecutan. No sucede así en los condenados, aun cuando esten vivos por toda la eternidad. Carecen de libertad para el ejercicio de la vida, porque la divina justicia les tiene encerrados en cár-

celes oscuras, y de allí no se podrán mover, ni podrán decir, ni hacer, ni oír, ni hablar, ni pensar, ni discurrir cosa alguna que alivie su situación. Ved ahí porque llamamos á aquella, vida eterna, y á ésta, muerte eterna; no obstante que en uno y otro estado tienen los dichos como los infelices verdadera vida, y son inmortales así en una como en otra situación.

Estas dos situaciones que esperan al hombre en la vida eterna, están señaladas por Cristo Nuestro Salvador con toda claridad y precisión en su Santo Evangelio. Después de pintarnos la majestad con que vendrá á la tierra para juzgar á los hombres el día de la resurrección de la carne; después de referirnos los cargos terribles que hará á todos los que no vivieron según sus santas leyes; después de repetirnos la sentencia que pronunciará en su tribunal, favorable para los justos, y adversa para los pecadores: « Irán, dice, los buenos á la vida eterna; pero los malos al suplicio de la muerte eterna: *Ibunt hi in supplicium aeternum; iusti autem in vitam aeternam* (1). » Nada puede haber más claro que esta sentencia, ni nada que nos haga mejor comprender la necesidad de reflexionar sobre nuestra situación, después que hemos quebrantado la ley divina con culpas.

El alma unida á su cuerpo le comunica ó su felicidad ó su desdicha. El cuerpo del bienaventurado gozará de la posesión de Dios de que se le hace capaz, y en la que consiste la esencia de la gloria, adquiriendo las propiedades ó dotes de impassibilidad, claridad, agilidad y sutileza. Por el primero no solo quedan libres de la muerte los bienaventurados, sino también de las enfermedades y amarguras, de los dolores y tormentos que nos afli-

(1) Mateo. Cap. 25.

gen en la vida presente. Enjugó Dios para siempre las lágrimas de sus escogidos, así es que permanecerán impasibles en su nueva vida. « Limpiaré Dios de sus ojos toda lágrima, dice San Juan, y la muerte no existirá para ellos, no habrá mas llanto ni clamor, ni sufrirán dolor alguno, porque todas estas cosas ya pasaron (1). »

Con el dote de claridad resplandecerán como soles en el reino de Dios, segun lo declara Jesucristo en el Evangelio (2). En virtud de esta claridad se conocen los bienaventurados recíprocamente, y con mútuo consentimiento puede uno penetrar los sentimientos y afectos del corazon de otro, del mismo modo que penetran y conocen los del suyo propio.

Mediante el don de agilidad el cuerpo del bienaventurado estará donde mejor le agrade sin que la distancia, ni obstáculos de algun género puedan impedirselo. De tal modo, católicos, que la carne glorificada, desnuda de su antigua pesadez, correrá sin trabajo y con agilidad casi igual á la de los espíritus, ó como corre la chispa desprendida de la hoguera, empleando la semejanza del Profeta (3). San Pablo nos dá una idea cabal de la transformacion que esta agilidad ha de operar en nuestra carne, cuando nos dice: « Sembrada en corrupcion resucitará en incorrupcion, sembrada en vileza resucitará en gloria, sembrada en flaqueza resucitará en vigor (4). » Este cuerpo, esta carne nuestra transformada así en virtud divina, son, en fin, por el don de agilidad como aquellos escogidos que vió San Juan volar á manera de nubes por el firmamento cau-

(1) Apocal. Cap. 21.

(2) Mateo. Cap. 13.

(3) Isai. Cap. 40.

(4) A los Corint. Cap. 15.

tivando con lo hermoso de su resplandor la admiración del que preguntaba: « *Qui sunt isti qui ut nubes volant?* » ; Quiénes son éstos que vuelan como nubes (1) ? »

El don de sutileza concede, en fin, al cuerpo la perfecta dependencia del alma á cuyos movimientos obedecerá lleno de regocijo. Penetrará como espíritu en todos los lugares, sin necesidad de puerta en aquellos que estuviesen cerrados, porque se introducirá solo con su voluntad. Todo cuerpo resucitado semejante será al de Jesucristo que, salido del sepulcro, entraba al Cenáculo donde estaban escondidos sus apóstoles, á pesar que éstos habian cerrado las puertas, temiendo las pesquisas de los Judios. Jesus penetró en virtud de la sutileza de su carne, y puesto en medio de ellos, les hacia palpar su cuerpo y registrar cuidadosamente sus llagas sacrosantas.

Así como el alma bienaventurada comunica al cuerpo su gloria, del mismo modo el alma condenada á los eternos tormentos comunicará tambien á su cuerpo su infelicidad, su desgracia y sus padecimientos. Apenas habrán oido los réprobos aquella terrible voz: « Apartaos de mí, malditos, » cuando empezarán á sentir el rigor de la justicia divina que castiga en ellos los efectos y relajacion de su conducta, el desprecio práctico de los mandamientos, y el descuido y la negligencia en observar las obligaciones de su estado. No me detendré, hermanos míos, á puntualizar los tormentos que á manera de diluvio caerán sobre los condenados; no me detendré á las orillas de ese rio rápido y horrendo que vió Daniel salir á manera de volcan del rostro del Señor, y en cuyas corrientes de fuego eran abra-

(1) Apocal. Cap. 7.

zados los pecadores; sinó mas bien contemplaré con vosotros la naturaleza de la pena que soportarán los condenados durante la vida eterna. El instrumento de castigo que emplea la mano de Dios contra los condenados es el fuego. El mismo Jesucristo nos enseña esta verdad muchas veces. Repitiendo las palabras terribles con que arrojará de su vista á los infelices, nos deja oír: « Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno que está preparado para Satanás y sus ángeles (1). » Describiendo la separacion de los buenos y malos que se hará en presencia del Juez supremo el dia de la resurreccion universal, « Entrarán, dice, los justos al cielo, y los malos á arder en el fuego del infierno (2). » Tres veces fija nuestra atencion sobre este fuego en el capítulo IX de San Márcos, queriendo quitar á los hombres todo género de duda acerca de él. Los Padres y sagrados Doctores de la Iglesia, exponiendo esta doctrina del Salvador, nos han dado á conocer lo horrible é intenso de este fuego, y sus explicaciones las encuentro compendiadas por San Juan Crisóstomo en estas pocas palabras: « A los que van al infierno, á los que una vez caen entre sus llamas, quemæ y abraza perpétuamente; mas nunca se apaga ese fuego porque es inextinguible, y cuán horrenda sea su vista, ninguna palabra podrá declararlo. » Agregad al tormento de este fuego el otro terrible que nos señala Jesucristo con estas palabras: « El gusano de ellos no muere: *Vermis eorum non moritur*. » El remordimiento eterno de la conciencia, ese aguijon doloroso que les hiere y despedaza, ved ahí el gusano que les roe, ved ahí el suplicio que atormentará el alma, mientras que el fuego devora al cuerpo. Pero no os

(1) Mateo. Cap. 25.

(2) Ibid.

imagineis, hermanos mios, que sufriendo el condenado tan espantosamente así en su cuerpo como en su alma, podrá por la fuerza de éste mismo suplicio debilitarse y consumirse hasta anonadarse en fin, porque esto no sucederá jamas. Al contrario, aquellos cuerpos, donde el frio y el calor obran á la vez con la eficacia mas intensa y que experimentan hasta el último grado los efectos de la miseria y del dolor, no se aniquilarán jamas, y aunque á cada instante sufran todos los dolores y ansiedades de la muerte, no morirán jamas.

El cuerpo del condenado débil, enfermo y oprimido tendrá tan prodigiosa fortaleza que, experimentando todos los tormentos, encontrarán éstos siempre en él carne que atormentar, así como el gusano en su conciencia materia que roer. Fuera de estas penas que soportará, Católicos, cada uno de los réprobos durante toda la eternidad, hay todavía otras particulares destinadas á cada uno en castigo de sus pecados. El Espíritu Santo las da á conocer en estas breves palabras: « *Per quae quis peccat, per haec et torquetur.* » Por ese mismo sentido que pecó, por ese será atormentado. Dirá Dios á los ministros de su justicia eterna aquello que aterrorizado escribió el Profeta: « Cuánto tuvo ántes de placer, dadle ahora de tormento (1). » ¡Qué verdades éstas tan terribles, hermanos mios! Meditemos sobre ellas frecuentemente, pues su contenido nos toca tan de cerca. Vosotros, mundanos, cuya vida es continuacion de deleites, cuya impenitencia provoca sin cesar la ira de Dios, recordad que vendrá un dia en que esa carne, resucitada del sepulcro, será vestida de inmortalidad, que el Juez supremo examinará y registrará hasta las acciones mas indiferentes de los

(1) Apocal. Cap. 18.

hombres, y á ninguno en cuya conciencia encontrare mancha permitirá gozar la vida eterna. Vosotros pecadores cuyos sentidos sirvieron á las pasiones de viles instrumentos para perderos ; sabedlo ! vuestras manchas aparecerán cuales feos borrones sobre vuestra carne, el dia de la resurreccion universal, y patentizarán á todos los vivientes la justicia del castigo espantoso que soportareis. Saquemos por consecuencia de todo lo dicho que nuestra carne está destinada á vivir en union con nuestra alma eternamente ; que las virtudes fervorosas nos abren camino para la felicidad eterna, así como los pecados torpes en nuestra alma son cadenas que nos arrastran á la infelicidad eterna ; que debemos satisfacer á la justicia de Dios por los pecados cometidos, purificar nuestra conciencia con dolorosa confesion, y ponernos en aptitud de entrar al reino de los cielos.

.

INSTRUCCION DUODÉCIMA.

DEL PRIMER PRECEPTO DE LA LEY DE DIOS.

*Audi Israel mandata Domini Dei tui,
ut faciens ea vivas.*

Israel, oye los mandamientos del Señor tu Dios,
para que guardándolos vivas.

(Deuteron. Cap. 4.)

No es ésta la palabra que dirige algun soberano de la tierra al pueblo que conquistó intimándole su voluntad que debe respetar y obedecer: es palabra del supremo Legislador del Universo que declara á los hombres los mandamientos que deben cumplir, mientras vivan en la tierra, para conseguir vida eterna. Se dirige á Israel figura de todos los pueblos que creen y adoran al Dios verdadero, y le manda escuchar su Voz adorable. « Oye Israel, le dice, los mandamientos de tu Dios, para que guardándolos tengas vida. »

Dios impuso preceptos al hombre en todos los estados en que vivió, inculcándole prácticamente la obediencia y sumision que le es debida. En el de la inocencia mandó en el Paraiso á Adan que no comiese el fruto del árbol vedado; en el de la ley natural prescribió mandatos á los patriarcas; y por último, cuando el hombre extraviado, corrompido y como abrumado por inmensos males de ignorancia, corrupcion y miseria, probaba que los preceptos de la ley natural no son suficientes para contenerle en el cumplimiento de sus deberes, le dió los preceptos que llamamos del Decálogo.

En las alturas del monte Sinaí, en medio de truenos y relámpagos, cubriéndose el monte de una densísima oscuridad, y purificados todos los Israelitas por ayunos y sacrificios, proclama el ángel de Dios, al son de trompeta formidable, la promulgacion de esta ley divina que Moises recibia escrita por el dedo del Señor en dos tablas de piedra. Esta ley se llama Decálogo, por contenerse en ella diez mandamientos, y estaban escritos los tres primeros en la primera tabla, y los siete restantes en la segunda. Es decir: la primera tabla contenia los tres que pertenecen al honor de Dios, y la segunda, los siete que pertenecen al provecho de nuestro prójimo.

La importancia de esta ley se deriva de ser Dios su soberano autor, de contenerse en ella preceptos naturales que necesariamente deben todos los hombres obedecer, y de ser sancionados para abrirnos á todos la entrada al reino de los cielos. David conocia y enseñaba esta importancia, diciendo al Señor: « Tú ordenaste guardar tus mandamientos grandemente (1). » Jesucristo, nuestro divino maestro, declaró haber venido á enseñarnos á guardar esta ley (2), y que nadie podia salvarse sin observar todas sus disposiciones (3).

En estos preceptos encontramos cosas que se nos manda hacer, y otras que se nos prohíben: hay unas que aparecen desde luego, y hay tambien otras como escondidas y que no aprendemos sinó en la oracion, y amando á Dios que nos da sus luces para conocerlas. Unas y otras las tocaremos explicando los mandamientos divinos. Principio por el primero, que es el asunto de la presente doctrina. Oidme con atencion.

(1) Salmo 118.

(2) Mateo. Cap. 5.

(3) Ib. Cap. 14.

AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODO TU CORAZON
Y SOBRE TODAS LAS COSAS.

Amar á Dios sobre todas las cosas, comprende el ejercicio de las tres virtudes teologales: fé, esperanza y caridad, que Dios nos manda practicar. Porque aun cuando se nos ordene simplemente amar á Dios, ninguno puede amarle sin conocerle, sin honrarle y sin esperar en El. Estos son los actos que ejercitamos practicando aquellas tres virtudes: fé, esperanza y caridad. En orden á la fé tiene todo cristiano ciertas obligaciones, unas internas y otras externas. Como la fé es una virtud infundida por Dios en nuestra alma en el sacramento del Bautismo, y en virtud de la cual se creen las verdades reveladas por Dios y propuestas por la Iglesia, nuestra principal obligacion es, por consiguiente, conservar esta fé por medio de la oracion, pidiéndole á Dios que nos haga dignos de tenerla; aumentar en nosotros é ilustrar esta fé aprovechando los medios por donde se consigue, y Dios por su bondad nos proporciona. Es cierto que la fé es una sola, y esta misma se nos comunica á todos por Dios; mas se nos da como aquel talento que dió á uno de sus siervos aquel rey de que habla Jesucristo, y quien al tiempo de darlo, « *negotiamini dum venio,* » les dijo: negociad con él mientras yo vuelvo (1). Así el hombre que recibe la fé, en ella recibe la moneda con que ha de negociar para aumentar su caudal espiritual. ¿Y cómo se consigue esto? Haciendo actos de fé interiormente, instruyéndose cada uno mas y mas en las verdades y fundamentos de la fé, y sabiendo y conociendo bien la doctrina cristiana y el catecismo. Por último, no exponiendo la fé dando

(1) Lucas. Cap. 19.

lugar en el alma á dudas voluntarias ó advertidas. Las causas mas ordinarias de nuestras dudas son la ignorancia y las pasiones. Desterrando aquella por medio de la instruccion, y arreglando éstas con la mortificacion, perderán nuestras dudas su importancia, y la fé vivirá en nosotros.

Tenemos obligacion de conocer, y de creer las verdades de la fé interior y exteriormente: de éstas, unas con obligacion de medio, y otras con obligacion de precepto. Con obligacion de medio debemos conocer aquellas verdades de la fé sin cuyo conocimiento no podemos salvarnos, sin que haya ignorancia alguna que pueda excusarnos de tal obligacion. Obligacion de precepto llamamos aquella que de tal modo nos obliga, que si no se cumple, puede ser que en algun caso excuse la ignorancia para no ser culpable.

Con obligacion de medio debe todo adulto creer que hay un solo Dios, autor sobrenatural de la gracia y de la gloria, supremo remunerador que premia á los buenos y castiga á los malos. Hemos dicho autor sobrenatural; porque conocer á Dios como autor natural de las cosas, se consigue con la razon natural para la cual no es necesaria la fé; mas conocerlo como autor sobrenatural, nadie puede alcanzarlo sinó con el auxilio de la fé. Debemos igualmente creer que ese Dios es uno en esencia, y trino en personas, que la segunda de estas personas, que es el Hijo, se hizo hombre por nosotros en las entrañas purísimas de la Virgen Maria, y que murió por redimirnos y salvarnos del pecado. Nuestro Señor Jesucristo nos enseña la necesidad de creer tambien en El, cuando nos dice: « El que no cree, ya ha sido juzgado, porque no cree en el nombre del Hijo Unigénito de Dios (1). » Verdad que tambien enseña San Juan

(1) S. Juan Cap. 3.

cuando nos dice: « Ningun hombre se purifica sinó por la fé de Jesucristo (1). » La fé de estos misterios la tuvo siempre la Iglesia, como necesaria de medio en los adultos para conseguir la salvacion. Oigamos al Angélico Doctor Santo Tomás: « No podemos, dice, creer el misterio de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo explicitamente, sinó por la fé de la Trinidad, porque en el misterio de la Encarnacion de Cristo está contenida la doctrina de que el Hijo de Dios tomó carne, y que por la gracia del Espíritu Santo nació al mundo... Así es que tanto los grandes como los pequeños, despues de la revelacion, estan obligados á creer explicitamente los misterios de Cristo, principalmente los de la Encarnacion, muerte y gloriosa resurreccion (2). »

Por obligacion de precepto debemos creer explicitamente todos los otros misterios y todas las demas verdades, que estan comprendidas en el Símbolo, y en los artículos de la fé; debemos conocer los mandamientos de Dios y de la Iglesia, como que son las reglas por donde debe gobernarse el cristiano para el cumplimiento de sus obligaciones. En fin, debemos tambien creer y conocer las verdades pertenecientes á los santos Sacramentos, y muy especialmente con mayor claridad las que conciernen al Bautismo, á la Penitencia y Eucaristía. Ved ahí, hermanos mios, lo que todo hombre cristiano está obligado á saber y creer por obligacion, ya sea de medio, ya sea de precepto, y que no podrá omitir ni descuidar sinó con ofensa de Dios y peligro de su condenacion eterna.

Contra esta obligacion nadie podrá alegar ignorancia, si tuvo ó pudo tener medios para proporcionarse esos conocimientos. Cualquier sacrificio que haga e

(1) Cart. 2.^a de S. Juan C. 3.

(2) 2.^a 2.^{ae} quaest. 2 art. 7. et 8.

hombre por esa causa, es bien hecho. ¿Y cómo entonces hay tantos que permanecen sumidos en la ignorancia de lo que pertenece á Dios, á nuestra redencion, á los sacramentos, y á nuestro último fin? Si todas estas verdades deben estar en nuestro conocimiento por estricta obligacion; y si, como todos sabemos, hay en los paises cristianos tantos medios para que puedan instruirse los ignorantes que lo desean sincéramente, claro es que viven en pecado mortal todos aquellos que, no aprovechándose de esos medios, perseveran en su vergonzosa ignorancia. Y á los que así viven no dudo, hermanos mios, aplicar aquella formidable sentencia del Apóstol: « *Qui ignorat, ignorabitur.* » El que ignora, será tambien ignorado. Palabras terribles y que nos declaran, que será desechado por Dios del reino de los cielos aquel jóven que miró con desprecio la instruccion religiosa, y no cuidó por lo mismo procurársela; que serán desechados por Dios del reino de los cielos los que se fastidiaban de las instrucciones de sus padres, párrocos, y de otras personas que por caridad se las proporcionaban, huian de ellas para ir á buscar las conversaciones inmorales, el juego, las visitas torpes, y todo lo demas que halagaba sus sentidos; y que serán tambien desechados por Dios del reino de los cielos los que preocupados contra la fé por falta de instruccion religiosa, por errores adquiridos en malos libros, no hacen por donde ilustrarse, procurando la instruccion necesaria en otros buenos y provechosos. *Qui ignorat, ignorabitur.* Desconocieron ellos á Dios, miraron con indiferencia su fé; y ved ahí que Dios tambien les desconoce, y les arroja como indignos de entrar en su reino. *Qui ignorat, ignorabitur.*

Sorprende, hermanos mios, el número tan crecido de estas personas, y en él se vé la extension del mal

que deploramos. En las ciudades encontrareis jóvenes que apenas han tenido tiempo para instruirse superficialmente en las verdades de la fé, cuando arrebatados por la corriente de los malos ejemplos, abjurán aquellas prácticamente, rien y burlan á los creyentes sincéros, tienden lazos contra la fé de los ménos cautelosos, y vienen á servir de verdadero escándalo para las familias á que pertenecen, y para las otras que frecuentan. Antes de ahora, este mal teníamos que compadecerlo solamente en los hombres, pero hoy tambien invade á las mujeres: y encontrareis no pocas de éstas que incurrieron en los mismos vicios y errores contra la fé, contagiadas por el trato con los hombres, seducidas por sus ejemplos, y pervertidas tambien por los mismos elementos que pervirtieron el entendimiento y corazón de aquellos. ¿ Y cuál creéis, Católicos, ser ordinariamente el principio del mal tanto en aquellos como en éstas? No es otro que su ignorancia en materias de fé y religion, « porque no hay verdad, ni conocimiento de Dios aquí en la tierra: *Non est veritas, non est scientia Dei in terra* (1). » Se procura adelantar cada dia en todo cuanto contribuye al bienestar físico de los individuos; se da impulso á las artes, á la agricultura y al comercio; se abren con la industria nuevas fuentes de riqueza, ésta proporciona á los sentidos goces tan variados como numerosos: pero, mientras el hombre se adormece en los brazos de su felicidad material, olvida los intereses de la fé, mas nobles, mas positivos y que estan mas directamente ligados con nuestra felicidad eterna. Y descendiendo de la que llamamos parte educada ó elevada de nuestra sociedad á los infelices que componen la otra mas numerosa, ¡ oh gran Dios! al

(1) Oseas. Cap. 4.

ver tantas personas que ignoran absolutamente las verdades esenciales para el cristiano, que viven y mueren sumidas en densísimas tinieblas, y que éstas les impiden elevar su entendimiento y su corazón á Dios, ¿quién me concediera el celo del santo Profeta, que, mirando la ignorancia y las omisiones de Israel contra los preceptos del Señor, levantaba su voz ahogada por el llanto y repetía: « *Non est veritas, non est scientia Dei in terra?* No hay verdad, no hay conocimiento de Dios sobre la tierra.» Busquemos, busquemos, hermanos míos, en la fé, los bienes propios del cristiano, aquellos bienes positivos y duraderos que nos adquirió Jesucristo cuando se constituyó nuestro fiador delante de su Eterno Padre. Es tan estrecha la obligacion que tiene el cristiano de conocer y saber las verdades de la fé, ya sea las que nos obligan como medio de salvacion, ya sea las que nos obligan por precepto, que acercándose al sacramento de la penitencia alguno que las ignorase, no puede lícitamente en ese estado de ignorancia recibir la absolucion. Así es que el que ha vivido ignorante de su fé, y trata de enmendar su vida, debe principiar por instruirse en todas las verdades que antes hemos indicado, debe confesarse generalmente para revalidar las confesiones hechas durante el tiempo de su ignorancia, y debe poner todo empeño por arraigar y profundizar en su alma mas y mas su fé.

Ademas del conocimiento de las verdades que nos enseña la fé, tenemos otras obligaciones en orden á esta misma virtud. La primera y principal es la profesion de la fé, que consiste no solo en confesar generosamente las verdades de la fé cada vez que fuese necesario, sinó tambien en defenderlas siempre que las viésemos combatidas, teniendo firme resolucion de mo-

rir por ellas. Faltan á esta obligacion, y pecan por consiguiente, los que toman parte en conversaciones contra la religion, aunque sea solo con risa ú otros ademanes que indiquen consentir en lo que oyen, los que las toleran en su casa, los que guardan silencio cuando escuchan tales conversaciones, y los que frecuentan las casas ó familias que las permiten. En la confesion de esta fé debemos portarnos con firmeza, teniendo gran cuidado de no avergonzarnos jamas de ella; al contrario, en nada debe gloriarse el cristiano tanto como en su fé. « Cada cual se gloria de aquello que mas le honra, » dice el Angélico Doctor Santo Tomás (1). ¿Y qué cosa honra mas al cristiano que su fé? Por esta somos hijos de Dios, llamados á la herencia de su reino, disfrutamos de sus bienes, y nos encontramos proximos á recibir la corona eterna que nos está prometida. ¡ Ah Católicos! los que se avergüenzan de parecer buenos cristianos, olvidan todo esto: no entremos nosotros en ese número, imitemos al Apóstol que predicaba, no queria gloriarse sinó en su fé, en seguir á Jesucristo, y enseñar la práctica de las virtudes que nos recomienda este con sus ejemplos. Me glorío en la cruz, digamos como él en todas partes. Estas personas cobardes para confesar su fé, abundan mucho hoy dia: confiesan á Cristo en lo mas interior de su alma, le honran en el seno de la familia; mas nó cuando es necesario asistir al templo, acompañar al Santísimo en su procesion, ó hacer algun otro acto de fé ó religion públicamente, entónces se avergüenzan y sienten toda la debilidad é inconstancia de su fé, se retiran, la traicionan y pecan por negar á Dios el honor que le deben. El remedio contra esa debilidad es decir cómo los apóstoles al Salva-

(1) 2.^a 2.^{ae} quaest. 57. ad 1.^{am}.

dor: «*Adauge nobis fidem* (1): » Aumenta, Señor, en mi alma tu santa fé. El remedio, repito, es ejecutar con la debida reverencia aquella obra que nos exige ó nos inspira la misma fé, no olvidando que su autor nos ha dicho: « El que se avergonzare de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante de mi Padre Celestial, que está en los cielos (2). »

Al mismo tiempo que debemos creer y confesar con firmeza nuestra fé, debemos tambien rechazar todo lo que es contrario ó repugnante á la misma fé. Es tan estrecha esta obligacion, que incurre en pecado mortal todo el que acepta falsas creencias con agravio de la pureza y santidad de la fé. Falsas creencias son, la herejía, que consiste en negar el cristiano pertinazmente alguna verdad declarada como tal por la Iglesia ó por su cabeza el Sumo Pontífice. Tambien pecan los que incurren en la infidelidad, que es la falta de fé, por no haberla querido recibir; en la apostasia, que consiste en abandonar el cristiano su fé, negando las verdades que antes creyeron y confesaron; en el protestantismo, en fin, que consiste en negar la obediencia al Supremo Pastor establecido por Nuestro Señor Jesucristo como Vicario suyo sobre la tierra. Los protestantes extendidos hoy por diversos puntos son herejes por cuanto niegan diversos dogmas de la fé cristiana, y son tambien cismáticos por cuanto viven separados de la obediencia debida á los legítimos pastores instituidos en la Iglesia por Dios.

No es lícito á ningun Católico concurrir á los templos, ni á las ceremonias de los herejes, cismáticos ó protestantes, ni oír sus sermones: Jesucristo nos manda evitar toda comunicacion con ellos, y San Pablo

(1) Lucas. Cap. 17.

(2) Mateo. Cap. 10.

nos dice, que , así como las tinieblas no pueden estar unidas con la luz, del mismo modo tampoco puede estarlo el fiel á la fé con el que no lo es. Falsas creencias son tambien la supersticion que induce á creer cosas que estan condenadas por la fé, como, por ejemplo, la virtud de ciertas oraciones para evitar muertes repentinas , atribuir á tales ó cuales prácticas piadosas eficacia para alcanzar la confesion en la última hora, en beneficio del cristiano que se ha envejecido reincidiendo en pecados mortales. Creer en sueños, brujos, vidos y gritos de pájaros, atribuir á éstos propiedades de felicidad ó desgracia, pretender adivinar lo futuro por medio de artes, números y suertes que ciertas personas dicen conocer por medios sobrenaturales, y en fin, pretender curar las enfermedades , valiéndose de arbitrios ocultos y cuyo conocimiento suponen alcanzado de modo tambien sobrenatural. Todo esto es supersticion, y como tal está prohibido y condenado por la fé; y no solo pecan los que hacen estas cosas , sinó tambien todos aquellos que cooperan, ó dan lugar á que se hagan.

No concluiré de hablaros sobre la fé sin indicaros, hermanos míos, un medio de que se valen sus enemigos para perseguirla hasta aniquilarla, si les fuese posible, en aquellos que por su dicha la poseen. Tal es la lectura de los libros en que se combate las verdades de la religion. Entre éstos hay unos en los que se ataca de frente la fé; y hay otros, y son los mas , en los que no se la combate sinó insidiosamente. Unos y otros son perniciosos para la fé, por cuanto su lectura la menoscaba , haciendo nacer en nuestro entendimiento dificultades para creer, dudas y otros defectos opuestos á esa misma fé. La Iglesia tiene legítimo poder para prohibirlos ; lo tiene por su institucion, pues recibió de su divino Fundador todo lo que necesitaba para llenar

su objeto sobre la tierra. Era éste encaminar á los hombres hácia el cielo por el camino de la fé ; luego era necesario que pudiese remover los estorbos de ese camino, hasta dejarlo expedito para todos sus creyentes y gobernados. Por esto la Iglesia los prohibió siempre desde los primeros siglos, cuidando de arrancar con ellos de las manos de sus fieles la semilla de muerte que contienen. De esto encontramos ejemplos en los *Hechos de los apóstoles*, y en las obras de los Padres mas antiguos de la Iglesia (1). Nada podemos buscar en tales libros de provechô, ni de verdad, ni de virtud, ni de ciencia, en fin, porque podemos clasificarlos con las palabras de David: « No hay en sus palabras verdad, y las que contienen, vacías estan y desnudas de cuanto no sea vanidad (2). » Huid, hermanos mios, huid de tales lecturas: ellas envuelven aquella palabra que « devora como el cáncer, » segun el dicho del Apóstol, y los planes del hombre que se subleva contra Dios. La Iglesia castiga con penas de censura á los que leen ó tienen en su poder tales libros, por lo que debeis advertir, hermanos mios, que los que á sabiendas de la prohibicion leen ó retienen tales obras, no solamente cometen pecado mortal, sinó que ademas incurren tambien en la censura.

Dijimos que nos manda este precepto practicar la santa esperanza, y con este nombre llamamos aquella virtud sobrenatural y divina que nos concedió Dios en el Bautismo, y mediante la cual aguardamos conseguir la felicidad eterna, si ponemos los medios necesarios para alcanzarla. Es la esperanza una virtud teologal, sobrenatural y divina, porque Dios solamente puede concederla, y la da efectivamente en el santo Bautismo. El objeto que se propone el hombre con esta virtud,

(1) Véase la doctrina sobre libros irreligiosos tom. 3.

(2) Salmo 5.

es conseguir la vida eterna, y es ella, en efecto, quien le va dirigiendo y sosteniendo entre los mil peligros que le presentan á cada paso la presuncion y la desesperacion.

San Agustin recopila todo el objeto de la esperanza en estas tres palabras: « Verémos, amarémos, alabarémos (1). » Porque esta virtud hablando á nuestra alma, le señala la vida eterna colmada de felicidad, que consiste en ver á Dios, amar á Dios, y alabar á Dios. Es cierto que ahora léjos todavía de esa felicidad, parece que nuestra alma á veces percibiese algo de ella, así como el que vé por medio de un espejo ó por la semejanza del símbolo ó de las figuras, segun la expresion de San Pablo (2). Mas la esperanza nos asegura que terminarán pronto esas figuras con que acá nos consolamos, y verémos á Dios sin el velo de nuestra carne, cara á cara, y rostro á rostro como es en sí. *Videbimus eum (Deum) sicuti est* (3).

Persuadidos que léjos de Dios no hay felicidad verdadera, porque nuestro corazon siente un vacío tan grande, que solo Dios puede llenar, ¿ cuántas veces nos hemos dedicado á fomentar en nuestra alma los medios que nos conducen á poseer y practicar ese mismo amor? Pero ¡ ah Católicos! hemos experimentado entónces todo el martirio que nos causan el mundo despreciado, los sentidos mortificados, y las pasiones refrenadas; nuestra propia naturaleza principiante en la virtud y todavía sin la suficiente fortaleza para tales batallas, tantas veces nos ha hecho esclamar: *Nolumus expoliari, sed super-*

(1) Lib. 13. de Trinitate.

(2) I. á los Corint. Cap. 13.

(3) Joan. Cap. 3.

vestiri (1). ¡ Ay de mí que aun no quiero ser despojado de la tierra, ni de sus placeres y conveniencias, sinó disfrutarla con tranquilidad ! *Nolumus expoliari, sed supervestiri*. La esperanza robusteciendo en nosotros ese deseo de amar, nos hace superiores por medio de conocimientos claros de la grandeza y hermosura de Dios, á todas aquellas ataduras que nos ligan á la tierra; y limpiándonos de los deseos carnales que ésta nos imprime, nos hace buscar con santa impaciencia el amor ardiente y generoso de Dios, que nos prepara para el amor eterno que será en el cielo nuestra suprema felicidad. « *Amabimus.* »

De aquí vienen los santos afectos que brotan de nuestro corazon, los actos frecuentes de amor á Dios que repetimos unas veces en el fondo de nuestro interior, y otras con nuestros labios, como convidando á las demas criaturas á alabar al que es digno de toda alabanza y de todo amor. Nos sentimos dichosos llenando de este modo un deber que reconocemos para con Dios; y la santa virtud de la esperanza nos asegura que esta felicidad que ahora, turbados por el bullicio de la tierra, no podemos disfrutar sinó á medias, en el cielo será eterna. Porque allí el justo alternará con los ángeles los cánticos del Señor por toda una eternidad. « *Laudabimus.* »

Los medios que da el Señor al hombre para fortalecer su esperanza, son de dos clases: unos exteriores que podemos llamar gracias de la Providencia; y tales son la buena educacion que nos encamina á la felicidad eterna desde el principio de nuestra vida, los buenos consejos que se dirigen á separarnos de los extravíos, y las buenas lecturas que arraigan en el alma el temor de

(1) II. ad Corinth. Cap. 15.

Dios. El hombre carnal es cierto, que nada ve en todo esto fuera de la obra preparada por el celo de los padres ó quizá por la casualidad. Mas el hombre espiritual divisa y adora la mano de la divina providencia que conduce á sus criaturas de modo que su esperanza se fortalezca, y pueda conducirles por entre los peligros del mundo al reino de los cielos.

Otros medios son interiores, y tales son la gracia de Dios que es el fundamento de toda nuestra esperanza; el vivo deseo que esta misma gracia nos inspira de llegar á nuestra felicidad eterna; el conocimiento que recibimos de la caducidad y miseria de todo lo mundano, y que nos hace estimarlo de la manera que debemos; y por último, la confianza en Dios. Los motivos que nos asisten para esta confianza son el precepto de Dios que nos manda que confiemos en El, y que ademas llama bienaventurados á los que viven en esta santa confianza (1): tambien la entrega y sacrificio que hizo de su Hijo Unigénito para que por su virtud pudiésemos conseguir nuestra salvacion. La esperanza es necesaria al cristiano, no solamente para la consecucion del reino de los cielos, sinó para soportar los males de la vida presente. No hay, hermanos mios, en nosotros suficiente fortaleza para resistir este combate cotidiano con nosotros mismos, con nuestras pasiones y aun con otras criaturas empeñadas en servirnos de obstáculo en el camino del reino de los cielos. La esperanza cristiana con todas sus promesas y todos sus consuelos es la que puede sostenernos, y nos sostiene efectivamente, cuando de ella echamos mano. Nada eleva tanto mi alma, como cuando en medio de mil borrascas y de mil precipicios, de tantos enemigos

(1) Salmo 10.

y de tantas contradicciones como rodeaban á David, le oigo decir: « El Señor es mi antorcha y mi salud: ¿ qué cosa podré temer (1)? » Ni nada tan grande como ver á Dios revestido de poder infinito, y con su mano extendida sobre las criaturas que le invocan para salvarlas de sus verdaderos enemigos.

Por esta razon encontramos diferencia enorme entre los sentimientos del verdadero cristiano y los del ateo. El verdadero cristiano divisa, tanto en los bienes como en los males de la vida, la disposicion de Dios que los permite para su bien. Las enfermedades, la misma muerte, las soporta con paciencia, y las ve venir con santa resignacion, porque espera despues su premio y su corona. De ahí nace su tranquilidad, y esa fortaleza de alma que le permite repetir como David: « Me hartaré, Dios mio, de felicidad, cuando entrare en vuestra gloria (2). » No así el ateo: observa con dolor que se le van la fortuna, los bienes, la salud, los placeres, y nada encuentra que pueda consolarle. De aquí nace su desesperacion mas cruel que la misma muerte, pues vemos que tantas veces recurre á ésta para poner término á su vida. Nada divisa, ni felicidad, ni corona, ni gloria, ni nada espera mas allá de la vida presente. Con ésta todo va á concluir para él. Nada ve sinó oscuridad mas allá de su muerte. Su cuerpo bajará al sepulcro, su carne se convertirá en polvo, y desaparecerá su nombre de la tierra: ¡ ved ahí concluido todo para él!

Vengamos ahora á indicar los pecados que mas comunmente se cometen contra la virtud de la esperanza. Podemos reducirlos á dos: uno es la temeridad ó presuncion que nace de una esperanza excesiva, vana y temeraria que persuade al hombre poder esperar la

(1) Salmo 22.

(2) Salmo 10.

bienaventuranza sin hacer méritos para alcanzarla. Los que viven descuidados de su salvacion y como si el reino de Dios les fuese debido de justicia y no de misericordia que supone su cooperacion; los que presumiendo que con sus fuerzas naturales pueden obtenerlo cuando quieran ; y los que, sin hacer caso de los auxilios que reciben de Dios para trabajar por la vida eterna en el tiempo oportuno, demoran su conversion para la vejez: todos éstos cometen pecados de presuncion que los coloca á las puertas del abismo de su perdicion eterna. El otro pecado contra la esperanza es la desesperacion, que comete aquel que cree que no podrá ya salvarse, aunque haga méritos, y ponga cuanto está de su parte para conseguirlo. El que así piensa, apoca la misericordia y la bondad divina que son las mayores de las obras de Dios, segun nos lo ha dicho por David. Suele nacer esta desesperacion, ya del conocimiento de la enormidad de las culpas cometidas, ó del gran número de ellas; nace tambien de la falta de resolucion para dejar ciertos vicios arraigados desde mucho tiempo atras en la conciencia, y como connaturalizados con el individuo por la costumbre de cometerlos. Los remedios contra la desesperacion son: meditar la grandeza de la misericordia divina, recordando las pruebas que de ella nos dejó Jesucristo Señor Nuestro, perdonando á los pecadores mas grandes, como Pedro, la Magdalena, la mujer adúltera y el ladron. Sobre todo la pasion de Cristo es eficacísima para hacernos conocer hasta dónde amó el Señor á nosotros pobres pecadores, que llegó á darnos á su Hijo Unigénito para que consiguiésemos por El la vida eterna.

Son tambien pecados contra la esperanza tentar á Dios, pidiéndole haga obras milagrosas para que conociésemos su amor, su justicia ó algun otro de sus atri-

butos ; ó pedir temerariamente que haga Dios milagros sin justa causa en beneficio nuestro, como, por ejemplo, el que estando enfermo rechaza las medicinas, esperando que Dios le sane por milagro. Debemos en todas las cosas poner los medios ordinarios de la providencia para no pecar contra la esperanza, ya sea desconfiando de la misericordia divina, ó ya sea néciamente presumiendo de ella.

A mas de la f^é y la esperanza, necesitamos practicar la caridad y la religion para llenar cumplidamente el primer mandamiento. La caridad es el primer precepto de la ley divina, y el que la observa cumple toda la ley, dijo Jesucristo Nuestro Señor. La caridad es virtud sobrenatural que Dios nos da en el sacramento del Bautismo, y por la que amamos á Dios por quien es, sobre todas las cosas, y amamos al prójimo por Dios como á nosotros mismos (1). Practicando esta caridad, debemos amar á Dios con amor de preferencia, es decir, sobre todas las cosas. Así lo exige el mismo Dios, cuando nos dice: « Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazon y con todas tus fuerzas (2). » Reunid el amor debido al padre, al hijo, al esposo, al amigo, á los bienes de la fortuna, al honor y á cuanto suele amarse en la vida presente, pues superior á todo ese amor es el que le debemos á Dios, porque le hemos de amar sobre todas las cosas. « Y el que ama al padre y á la madre mas que á mí, ese no es digno de mí, » nos dijo el Salvador (3). Nos obliga, pues, este precepto bajo pecado mortal á dar á Dios toda nuestra voluntad y todo nuestro corazon; á arrojar de ese corazon y de esa voluntad todo lo que sea

(1) S. Thom. 2.^a 2.^{ae} quaest. 23. art. 1. et 2.

(2) Deuteron. Cap. 6.

(3) Mateo. Cap. 10.

contrario á Dios, y por consiguiente, todo pecado, porque es esto lo que Dios mas aborrece; y por último, á procurar con todas nuestras fuerzas la guarda de sus santos mandamientos. Esta es la prueba eficaz con que podemos afirmar que amamos á Dios con perfecta caridad, y la que pedia Jesucristo á sus discípulos, cuando: « Si me amais, les decia, guardad mis mandamientos (1). » De esta doctrina deducireis vosotros, cuáles son los que pecan contra la caridad que debemos á Dios. Yo os indicaré solamente algunos de estos pecados: odio á Dios, aversion á su santa voluntad que nos dejó explicada en sus mandamientos, pereza y flojedad voluntaria en el servicio de Dios, y que hace al hombre inhábil para recibir y ejecutar las inspiraciones de Dios, la ingratitud con que el hombre no agradece, y ni aun reconoce á veces los beneficios de Dios. Todos estos pecados son contrarios al precepto de la caridad que nos manda amar á Dios sobre todas las cosas. Estamos obligados bajo pecado á hacer actos de fé, esperanza y caridad. Acto perfecto de fé es el *Creo*, de esperanza el *Padre Nuestro*, y de caridad el acto de contricion. Podemos ademas decir con todo nuestro corazon: « Creo en Dios, y en todo lo que me manda creer y confesar nuestra santa madre Iglesia Católica. Espero en Dios que por su infinita misericordia me ha de perdonar mis pecados, y me ha de salvar. Amo á Dios con todo mi corazon, y deseo amarle con el amor mas perfecto que puede darse. » Y esto debemos repetirlo con devocion.

Veamos, por último, en qué consiste la virtud santa que se llama de religion. Consiste esta virtud

(1) S. Juan. Cap. 14.

en honrar á Dios debidamente, tributándole el culto y la adoracion que merece. Estamos obligados á tributar á Dios este culto: primero, porque es nuestro Creador, y nosotros nada mas somos que obras de sus manos; segundo, por el infinito poder con que nos sostiene; y tercero, por el infinito amor con que nos ama, y nos colma constantemente de beneficios.

Dios mismo nos enseñó á tributarle culto interno y externo. En aquella conversacion habida por Jesus con la mujer Samaritana cerca del poso de José, decia á ésta el Salvador instruyéndole: « Dios es espíritu, y los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad (1). »

Ya veis, hermanos mios, enseñada por Jesucristo la necesidad de adorar á Dios con el espíritu, que es el culto interno ó del alma; y con la verdad, que es el culto externo y visible que tributamos á Dios, acompañando con la adoracion de nuestro cuerpo la adoracion de nuestra alma. Consiste, pues, sustancialmente el culto interno en adorar á Dios con nuestra alma, humillando en su presencia nuestra memoria para recordar sus beneficios y agradecerlos, nuestro entendimiento, reconociendo la grandeza infinita de Dios y nuestra miseria y pequeñez, y nuestra voluntad, moviéndola con afectos amorosos hácia Dios. Consiste el culto externo que estamos obligados á tributar al Señor, en las señales humildes con que nos anonadamos delante de Dios, ya en su santo templo, ya en los divinos oficios, ó ya en otro lugar cualquiera donde quemos orar y adorarle.

Pecan contra la virtud de la religion todos los que no rinden á Dios el culto que le debemos con el alma,

(1) S. Juan. Cap. 4.

invocándole espiritualmente en las tentaciones y en las aflicciones. Pecan los que le niegan el culto ó adoracion exterior, avergonzándose ó teniendo á ménos hacer algun acto de humillacion delante de Dios, como, arrodillarse en el templo mientras los sagrados oficios, ó en el interior de su casa cuando oramos. Pecan los que en el templo, ó en las procesiones, ó en otras ceremonias del culto católico concurren á ellas irreverentes, y sin la debida compostura. Pecan los que faltan á la reverencia debida á los templos, cometiendo en ellos cosas feas, tomándolos quizá por lugares de citas impúdicas. Pecan los que desprecian y mofan las sagradas reliquias, cruces ó imágenes y demas objetos destinados al culto de Dios. Pecan los que injurian á los sacerdotes, los vilipendian y maltratan en desprecio y odio de la religion. Y, en fin, pecan todos los que conspiran contra la honra y veneracion profunda que debemos á Dios, y á cuanto á El toca. Todos los pecados que acabo de indicar, se llaman sacrilegio, por cuanto el que los comete deshonra á Dios directamente, negándole la adoracion y el honor que le corresponde.

Dios veló siempre su honor, las santas Escrituras nos dan á cada paso testimonio de ello, así como de haber su justicia divina castigado rigurosamente, á los que hicieron alarde de la impiedad con que le deshonoraban.

Hemos recorrido á la ligera las obligaciones que nos impone el primer mandamiento de Dios. Todas son de gran importancia y como el fundamento de las demas que nos mandan los otros mandamientos. Humillémonos delante de Dios, reconociendo nuestras omisiones y negligencias, enmendémoslas cuidadosamente; hagamos actos frecuentes de fé, esperanza y caridad; y honremos á Dios no solo en lo íntimo de

nuestra alma, sinó tambien públicamente, y espere-
mos de su misericordia infinita la gloria eterna, que
os deseo.

INSTRUCCION DÉCIMATERCIA

DEL SEGUNDO PRECEPTO DE LA LEY DE DIOS.

Non assumes nomen Domini Dei tui in vanum.

No tomarás en vano el nombre de tu Dios.

(Deuteron. Cap. 5.)

Al ocuparme de explicaros las obligaciones que nos impone el segundo mandamiento de Dios, yo debo antes de todo, adorar con vosotros humildemente este santo nombre, convidar con David á todas las criaturas para alabarle y bendecirle, mientras que con todas las fuerzas de mi alma repito con aquel Profeta y Rey: « Alabad siervos del Señor, alabad el nombre del Señor. Sea bendito el nombre del Señor, ahora y en todos los momentos. Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso es digno de alabanza el nombre del Señor. Excelso es sobre todas las gentes el Señor, y su gloria se eleva sobre todas las alturas de los cielos (1). » La honra y profunda veneracion á su santo nombre es la primera obligacion que nos impone Dios en este mandamiento, obligacion que se deriva naturalmente de la perfecta caridad y amor á Dios. Porque nadie podrá amarle verdaderamente sin honrar como merece su santo nombre.

(1) Salmo 112.

El cristiano debe vivir sobre la tierra á semejanza de los ángeles que habitan con Dios en el reino de los cielos, en cuanto al reconocimiento y á la accion de gracias que debemos tributar al Señor por los beneficios que de El recibimos. La ocupacion presente de los ángeles es bendecirle continuamente, es adorar su santo y terrible nombre, y es, en fin, correr presurosos á desempeñar los misterios á que los dedica la providencia inefable del Criador. De este modo manifiestan el ardiente amor y profunda veneracion con que aman y honran á su soberano Autor, y no de otra manera quiere el Señor que nosotros tambien le amemos y le honremos. « No tomarás, fíos dice, en vano el nombre santo de tu Dios ; » es decir : Honrarás el nombre santo de Dios, pronunciándolo con veneracion, no tomándolo con mentira en tu boca, ni ménos atestiguando con él la falsedad ó el engaño.

Por lo dicho conocereis, hermanos mios, que este mandamiento incluye dos obligaciones : la una afirmativa, en virtud de la que, estamos obligados á respetar el nombre de Dios ; la otra negativa que nos prohíbe deshonar el nombre de Dios con el perjurio ó falso juramento, ó con otros actos cometidos con desacato del nombre santo del Señor. Vamos á explicar una y otra cosa. Estadme atentos.

Dios fué siempre muy celoso de la honra de su nombre santo. Exhortó por eso á los hombres á venerarle, alabándole, invocándole y enseñando sus grandezas á los que no las conocen. Esto mismo fué lo que ordenó en el segundo mandamiento practicasen todos por obligacion. Honrar el nombre de Dios es pronunciarlo con respeto, no trayéndolo como estribillo en nuestros labios, no tomándolo jamas en vano ni para atestiguar la mentira ó el error, ni para dar peso

á provocaciones ó injurias vertidas contra el prójimo. Quiere Dios, en una palabra, que su santo nombre, así como el de Jesus su divino Hijo, sea honrado sobre la tierra, así como es honrado en el cielo. En los libros sagrados leemos, hermanos míos, ¡ cuánta honra, cuánto respeto y cuán profunda adoracion tributan los cielos al nombre santo de Dios, y al de Jesus su divino Hijo ! « Santo, santo, santo es el Dios de los ejércitos, » oyó Isaias que cantaban los ángeles con celestial armonía (1); y san Juan vió que al pronunciar el nombre de Jesus los cielos se inclinaban profundamente en señal de amor y reverencia (2). Los que imitan esta manera de honrar el nombre de Dios son los que lo pronuncian movidos por el afecto de su caridad y amor para con Dios; ya cuando afectados por las sugestiones de los enemigos de nuestra alma, decimos como san Bernardo con lo íntimo de nuestro corazón : ¡ « Oh buen Jesus, ven á poseer mi corazón ! Jesus dulcísimo, Jesus suavísimo, habita en mi alma ! » O como santa Rosa de Lima invoca los atributos divinos en medio del amor mas tierno, honrándolos afectuosamente : « Dios mío, Dios caridad suma, Dios justicia eterna, Dios bondad infinita, etc. » Ya tambien cuando damos á conocer este mismo nombre como digno del respeto, del amor y de la veneracion de todos, imitando á David cuando decia : « Sabed que el Señor es el Dios, el mismo que nos hizo, y á quien debemos honrar y obedecer (3). — Rendid al Señor gloria y honor, rendid al Señor la gloria debida á su nombre (4). » Y ya finalmente cuando invocamos este mismo nombre como el refugio que nos franquea

(1) Isai. Cap. 6.

(2) Apocal. Cap. 4.

(3) Salmo 99.

(4) Salmo 28.

la infinita misericordia del Señor en medio de la amargura, de las incertidumbres y de las angustias que producen en nuestra alma la memoria de nuestras culpas. David nos sirve tambien de ejemplo de esta invocacion honrosa para el nombre de Dios, cuando dice: « Por tu santo nombre perdonarás, Señor, mi pecado que es bien grande (1). » Pero honramos particularmente el nombre santo de Dios, cuando juramos con todos los requisitos necesarios para hacerlo debidamente. Entónces invocamos á Dios como supremo testigo de la verdad en que El siempre se gloria ; y practicamos un acto solemne de religion con que lo honramos, invocándole como verdad suprema é infalible. Estos requisitos necesarios para que el juramento sea realmente virtud que honre á Dios, son tres, á saber : verdad, justicia y necesidad.

La verdad del juramento consiste en que aquello que se asegura sea realmente cierto, ó el que lo asegura lo crea cierto de buena fé. El que jura, debe tener certidumbre de esa verdad antes de atestiguarla, para no exponerse á jurar con mentira. La justicia consiste en que aquello que se jura sea bueno, lícito y sin daño de otro. Tambien en que al jurar se obre con prudencia, discrecion y discernimiento perfecto. Y estas circunstancias son tan necesarias, que por ser incapaces de ellas no son admitidos á jurar ni los niños, ni aquellos cuya razon se encuentra perturbada. La necesidad, en fin, consiste en que el juramento sea estimado necesario cuando se hace, o por el juez que lo manda, ó porque es conducente al esclarecimiento de alguna verdad.

Guardadas fielmente estas tres condiciones, el ju-

(1) Salmo 24.

ramento es una virtud que honra á Dios , y aquellos que lo practican dan gloria al nombre del Señor. De este modo juró el Señor, como nos dice el Profeta (1), y ordenó tambien á su pueblo que jurase.

Aunque el juramento es, segun san Antonino (2), afirmar ó negar con el testimonio de cosa santa algo hecho ó que ha de hacerse, debemos distinguir cuatro especies de juramento, á saber: promisorio, asertorio, conminatorio y execratorio. Vamos á explicarlos.

Juramento promisorio llamamos aquel que se hace prometiendo algo, y queriendo dar mayor valor á la promesa, el que la hace pone á Dios por testigo de que la cumplirá. Quien jura de esta manera, ha de tener intencion y posibilidad de cumplir lo que promete, porque si faltase aquella intencion, ó se prometiese algo imposible de cumplirse, habrá perjurio, porque falta la verdad en el juramento. Modelo de esta clase de juramento es José que jura á su padre que conducirá su cadáver del Egipto á la cueva de Mambré (3).

Es asertorio aquel juramento con el que se afirma ó se niega alguna cosa. No se propone quien hace este juramento sinó tan solo ser creido en aquello que asegura ó niega, y por eso el fin de este juramento debe ser siempre, sostener y procurar el triunfo de la verdad. Hermoso ejemplo de este juramento es el que nos describe David admirablemente en el Salmo 109. Dios vestido de la solemne pompa de su majestad, jura á su Unigénito el eterno sacerdocio: « Juró el Señor,

(1) Jeremias. Cap. 4.

(2) S. Antoninus. Pars II. tit. 20. Iuramentum est affirmatio vel negatio de aliquo, scilicet de facto vel faciendo, sacrae rei attestazione firmato.

(3) Génes. Cap. 50.

y no se arrepitió: tú eres sacerdote eternamente segun el órden de Melquisedec. »

Se llama juramento conminatorio el que envuelve amenaza, daño ó injuria contra el prójimo. Si esa amenaza es injusta ó contra razon, no debe cumplirse, porque un acto semejante es inícuo. Tal fué el que hizo David contra Naval del Carmelo, cuando, habiéndole éste negado los auxilios que le pedia, juró que no dejaria vivo á ninguno de la casa de Naval, vengando la injuria que se le hacia. Mas aplacado despues por las prudentes razones de Abigail, « Bendito sea, exclamó, el Señor Dios de Israel, que te ha mandado hoy á mi encuentro, para que me estorbases ir á derramar sangre inocente (1). » Mas si la amenaza hecha con juramento fuese justa, hay obligacion de cumplirla por cuanto el hombre se obligó á ella con juramento.

El juramento execratorio es aquel en que se invoca á Dios como juez vengador contra nosotros mismos, para que nos castigue si dejamos de ejecutar aquello que prometemos. Tambien se consideran como juramentos de esta especie los que hacen ordinariamente ciertas personas que, deseando ser creidas, añaden á su palabra alguna maldicion: « No me ayude Dios, por ejemplo, dicen, si esto que cuento no es así. » « Si yo no hiciera esto, Dios permita que me caiga muerto, » y otras fórmulas semejantes á éstas. Tal juramento es pecado, porque jamas es lícito al hombre maldecirse, ni provocar la indignacion de Dios contra sí mismo. Pero quedará obligado á cumplir su juramento el que lo hizo, si lo que juró es bueno, honesto y conforme con la ley de Dios.

(1) Liv. I. de los Reyes. Cap. 25.

Honramos el nombre de Dios, finalmente, con los votos y promesas que le hacemos, y por respeto suyo hacemos tambien á los Santos, y demas escogidos de Dios. Voto es, segun santo Tomás (1), la promesa voluntaria que hace el hombre libremente á Dios en si ó mediante sus Santos, y por la que se obliga á practicar el bien mejor: « *Promissio Deo facta de meliori bono.* » Ya veis por esta definicion que han de encontrarse ciertas condiciones en el que ofrece el voto, y la cosa que se ofrece ó promete por voto. En el que ofrece ha de haber realmente promesa, y así mismo ánimo de obligarse á cumplirla, pues no es bastante el ánimo ó deseo de hacerla. Ha de ser hecha con entera voluntad, de tal modo que no intervengan en el que hace el voto ni violencia, ni persuasion, ni coaccion de ningun género que quiten al individuo su libertad. Por consiguiente, las promesas que hacen los padres por sus hijos, un esposo por su consorte, ó un amigo por otro, no obligan á quien no la hizo personalmente. En la cosa que se promete ha de concurrir la circunstancia de que sea buena, y mejor y mas perfecto hacerla que dejarla de hacer.

A Dios se hacen solamente los votos ó promesas que, aunque se dicen muchas veces hacerse á la Virgen Maria Madre de Dios ó á los Santos, es en cuanto en éstos resplandece la virtud y poder divino, porque agradaron á Dios con su vida santa, porque ahora le acompañan en su gloria como amigos y cortesanos suyos, y porque gozan de su favor: por eso mismo los invocamos y honramos, para que ofrezcan al Señor los votos que ofrecemos por su medio. Y que Dios acepta tales votos, la Iglesia lo enseña (2).

(1) 2.^a 2.^{ae} quæst. 88. art. 5.

(2) Brev. Rom. 5. Aug. Lect. II. Noct.

Ademas Dios es glorificado en sus Santos, y quiere que honremos á éstos, los instemos, y aun comprometamos á llevar nuestras súplicas al excelso trono de su majestad. El que hace un voto de la manera debida, queda obligado á cumplirlo. Si sobreviniesen despues algunas causas para excusar ó demorar su cumplimiento, debe el que lo hizo consultar lo que deberá hacer, con personas de ciencia y de conciencia, para evitar toda responsabilidad de pecado. A la dispensa ó conmutacion de votos ó promesas no debe ocurrirse sinó en último caso, y cuando no hay esperanza de cumplir lo prometido tal como se ofreció. Ojalá que cada uno al hacer sus votos tuviera presente la profunda doctrina que sobre el particular nos enseña el Angélico Doctor Santo Tomás, y vedla aquí: *Votum, quod recte factum est, obligat ad sui observationem.* «El voto bien hecho obliga á su cumplimiento;» porque estando el hombre obligado á cumplir la promesa que hizo á otro, mucho mas obligado está á cumplir la que hizo á Dios nuestro soberano bienhechor (1). Hemos visto en qué consiste el juramento, y cuándo haciéndolo, honramos el nombre de Dios; veamos ahora aquellos actos que prohíbe este mandamiento, porque deshonran el nombre del Señor.

Así como la alabanza, y toda otra manifestacion de respeto y reverencia hecha por los hombres honra el nombre de Dios, así tambien la blasfemia lo deshonra y lo deprime. Blasfemia es atribuir á Dios ó á sus Santos aquello que no les corresponde, ó quitarles aquello que les corresponde. Cometen este pecado todos aquellos que niegan á Dios cualquiera de sus atributos, ó pretenden despojar á los Santos del mérito de su mediacion delante de Dios en bene-

(1) 2.^a 2.^{ae} quaest. 88. in Card. Toledo art. 3. de Voto.

EYZAGUIRRE. Instrucciones, Tom. I.

ficio nuestro. También lo cometen los que hablan con menosprecio de las cosas que pertenecen á Dios ó á sus Santos, y los que atribuyen á las criaturas lo que corresponde solamente á Dios. Recordad, hermanos míos, que Dios castigó severamente la blasfemia; lo que nos prueba la suma gravedad de este pecado. Mandó que los blasfemos fuesen apedreados en presencia de los que oyeron proferirla. El mismo castigó por medio de sus ángeles al blasfemo Senaquerib, y sepultó á Faraon en las ondas del mar Rojo, para castigar las blasfemias que ambos habían profestado.

El perjurio es otro pecado que deshonra el nombre de Dios, y lo comete todo el que asegura con juramento cosas falsas. Este pecado siempre es grave, porque injuria á Dios con desprecio del precepto terminante del Señor: « No tomarás el nombre de Dios en vano. » Es también grave, porque el que lo comete engaña á su prójimo, queriendo, mediante la solemne invocación del nombre de Dios, vestir á su mentira con todo el aparato de la verdad; y es, en fin, grave, porque, como enseña el Angélico Doctor Santo Tomás, conspira quien lo comete contra la soberanía infinita de Dios. Perjura no solo aquel que trae por testigo de falsedades ó de cosas malas el nombre santo del Señor, sino también el que trae el nombre adorable de Nuestro Señor Jesucristo, ó el de la Virgen María, ó el de los Santos.

Deshonra también el nombre santo de Dios todo aquel que jura sin necesidad y por costumbre. Como lo hemos ya dicho, una de las condiciones que han de concurrir en el juramento, para que sea bueno, es la necesidad. Por consiguiente, aun cuando alguno jurase cosa verdadera, lícita y honesta, si no hay necesidad

de tal juramento, peca al hacerlo, porque no existe esa necesidad. Mas, si á esa falta de necesidad no se agrega otra circunstancia que agrave ese juramento, como, por ejemplo, la falta de verdad, ó la falta de justicia, el pecado será solamente leve. No basta á veces al que perjuró, asegurando cosas falsas, arrepentirse de su pecado: para que Dios se lo perdone, necesita algo mas, y es procurar remedio á los males que causó con su juramento. Me explico: Un hombre, por ejemplo, fué testigo en una informacion de casamiento, y por amistad ú otro motivo cualquiera aseguró que los contrayentes ningun impedimento tenian para casarse; mientras tanto él sabia que habian impedimentos, ó lo sospechaba, y sin embargo, nada dijo en su declaracion al párroco ó notario para que pudiese ser averiguado, sinó al contrario juró que eran libres y sin ningun impedimento para casarse, en cuya virtud el párroco los casó realmente. Mas como habian impedimentos, el matrimonio fué nulo, y el testigo que conoce y se arrepiente de su pecado, necesita declarar secretamente al párroco todo lo sucedido, para que él aplique el remedio oportuno á los males causados por su perjurio. Del mismo modo, otro que juró en juicio corresponder tal cosa á Juan, cuando correspondia á Simon, ó dió una falsa declaracion, tal que contribuyó á que el juez declarase á uno lo que en verdad era de otro, ese testigo es responsable de todos los perjuicios venidos al prójimo por su falsa declaracion. El cómo deberá remediarlos, lo consultará al discreto confesor, teniendo por su parte resolucion de hacer lo que éste le ordenare. No encuentro palabras suficientes, hermanos mios, para expresar la enorme iniquidad que cometen aquellos que toman como un oficio cualquiera el servir de testigos, y por el vil interes de una paga

que estipulan, venden su conciencia, profanan el santo nombre del Señor, y cooperan á la injusticia. Enorme es ciertamente tal iniquidad, y sin embargo, por desgracia son muchos los que la cometen. En vano las leyes eclesiásticas y civiles han impuesto castigos severos á tales perjuros; esto no obstante, el mal ha cundido espantosamente, y hasta tal punto, que apenas habrá cosa, por absurda que sea, que no pudiera probarse por testimonio de testigos. ¿Qué indica esto, católicos? Qué nos dice muy á las claras? Que el nombre santo de Dios ha caído en desprecio para muchos que perdieron su santo temor, que la malicia en esos hombres ha llegado á su colmo, y llenarán la sociedad de los frutos de su pecado. Mas esperen el castigo de aquel Dios de tremenda majestad que decia á su pueblo: « Al testigo falso lo tratareis como él pensó tratar á su prójimo, y quitarás el mal de en medio de mi pueblo, para que, viéndolo, los otros teman, y de ningun modo se atrevan á obrar de la misma manera. No tendrás misericordia del perjurio, sinó que harás pagar alma por alma, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pié por pié (1). » Tan severa sentencia del Señor nos está indicando ya bien claro la enorme gravedad que encierra en sí este pecado; y las consecuencias funestas que acarrea nos convencen de la necesidad que tiene todo aquel que lo cometió con daño de su prójimo, de reparar ese daño, porque de otro modo el Juez supremo tomará de él cumplida satisfaccion.

Ved ahí, católicos, pintada por Dios mismo la severidad terrible, con que tratará á los perjuros, y ved ahí tambien cómo el Señor se digna instruirnos de la

(1) Deuteronomio. Cap. 19.

regla invariable que debemos proponernos para guardar fielmente este segundo mandamiento de la ley divina, que es no jurar, á no ser que hubiese una verdadera necesidad para ello. Esto nos enseña tambien el divino Maestro, cuando dice: « Habeis oido que la ley antigua ordenaba no jurar con mentira; pero yo os doy otra ley mas perfecta: os digo que de ningun modo jureis, ni por el cielo, porque es trono de Dios; ni por la tierra, porque es la peaña de sus piés; sea vuestro hablar: sí sí, nó nó; porque lo que excede de esto, de mal procede (1). » Tal es la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, y ella prohíbe esa costumbre de jurar, que hace á los hombres fácilmente incurrir en pecados. San Juan Crisóstomo, exponiendo el sagrado Evangelio, nos dice: « Ninguno hay que jurando con frecuencia deje de perjurar alguna vez (2). » Y San Agustin añade: « El jurar falso es dañoso, el jurar en verdad es peligroso, el no jurar es lo seguro, siguiendo la doctrina del Salvador que así lo ordena (3). » La invocacion fervorosa hecha con el corazon del dulcísimo nombre de Jesus y del purísimo de Maria Madre inmaculada de Dios, es remedio eficaz para desterrar de nosotros la perversa costumbre de jurar; tambien lo es la vigilancia para renovar continuamente el propósito que debemos hacer de abstenernos de nombrar á Dios sin el respeto y veneracion que se le debe. Finalmente lo es tambien, y muy eficaz, imponernos alguna penitencia cada vez que hubiésemos jurado, quebrantando nuestros propósitos.

Réstanos decir ahora algo sobre los pecados que se cometen faltando á los votos y promesas hechas á

(1) Mateo. Cap. 5.

(2) Homilia XIV.

(3) S. Agustin. Serm. 30.

Dios. Pecan primeramente los que, debiendo cumplir su promesa, se muestran negligentes, ya olvidándola ó ya demorándola sin causa legítima. Es, en efecto, muy frecuente invocar á Dios y á sus Santos en medio de las tribulaciones, pretender empeñarlos con votos ó promesas para obtener con su auxilio el-socorro en los males que nos amenazan ó quizá ya soportamos. Entónces nuestro corazon afligido promete á Dios cuanto cree podrá serle agradable, y por consiguiente, servir de medio para conseguir aquel beneficio. Mas, ¿qué sucede, hermanos míos? Pasa la tribulacion, la promesa se olvida, y ved ahí una ofensa que se hace á Dios que tan bueno se mostró para conceder lo que le pedimos. Otros en medio de su afliccion hacen votos ó promesas imprudentes, tales como mandar decir Misas, encender luces á los Santos, dar limosnas para el culto de tales imágenes, ó ir á llevar sus promesas á pié y descalzos á largas distancias. Todo esto y mucho mas prometen, siendo así que son personas pobres, y no tienen cómo mandar decir Misas, ni costear luces, ni dar limosnas; y para cumplir tales promesas, necesitan quitar á sus hijos algo del vestido ó del alimento que deben darles, ó hacer esos viajes en que se exponen á perder la salud que han menester para el trabajo con que ganan su alimento y el de su familia. Todas estas promesas son las que califico de imprudentes. Es cierto que los que hicieron esas promesas, de ningun modo estan obligados á cumplirlas; mas obraron mal en dejarse arrastrar por su afliccion, hasta el punto de llegar á prometer al Señor ó á sus Santos cosas que no podian en conciencia cumplir.

Invocad, hermanos míos, al Señor en medio de los trabajos, orando con fervor, purificando vuestra con-

ciencia con el arrepentimiento de los pecados, confesándolos si hubiese oportunidad para hacerlo; mas ántes de hacer promesas, pensad bien en lo que vais á hacer, consultad, si podeis, á persona discreta; pues, de lo contrario, fácilmente prometereis algo cuyo cumplimiento os será difícil, sinó imposible, y de allí nacerán mil dudas y temores que afligirán vuestra conciencia.

Hay ademas, entre estas promesas algunas que, del modo como se cumplen ordinariamente, ningun provecho espiritual dejan á quien las hace; ni de ellas ningun honor resulta á Dios, ni á sus Santos, como por ejemplo: vestirse color del hábito del Cármén, ó de San Francisco, ó de algun otro Santo. Si tales personas al vestir su cuerpo con tal ropa no cuidan vestir tambien su alma del espíritu de mortificacion, de humildad y de pureza que estan significadas en los colores de esos hábitos, ¿habrán ganado algo con vestirlo, el Santo á quien se lo ofrecieron, ó ellos mismos que lo visten? Si ese hábito que significa penitencia, va vistiendo un cuerpo que vive en el regalo, con una alma distraida de Dios por atenciones mundanas; si allí mismo reinan la ociosidad, la envidia, la murmuracion, ¿hermanos míos! decidme, decidme: ¿de qué modo pueden contribuir esas promesas á la honra del Señor ó de sus Santos? Desde luego digo á tales personas, que sus promesas son de la misma naturaleza que aquellas otras que Dios calificaba de inútiles en Israel (1), y á esas mismas aconsejo hacer á Dios otras promesas que le son agradables ciertamente: tales como trabajar por arrancar del corazon los vicios que ofenden al Señor, vigilar mejor los intereses del alma, y cumplir fielmente las obliga-

(1) Salmo 49.

ciones de su estado. Estos son los sacrificios dignos de Dios, que honran á los Santos, y nos traen infinita utilidad.

Debo, antes de terminar esta materia, decir dos palabras sobre las promesas de casamiento que hacen algunas personas. Los que hacen tales promesas, quedan en conciencia obligados á cumplirlas, aun cuando al hacerlas no hayan tenido ánimo de obligarse, como sucede con aquellos hombres depravados que para seducir á personas incautas, se valen de promesas, que olvidan tan luego como consiguen lo que se propusieron. Tales personas, repito, estan obligadas á cumplir su promesa, y no les valen las excusas que dan para retraerse de su cumplimiento. Bien pueden evadir la justicia de la tierra y dejar muchas veces burladas á sus víctimas; pero entiendan que el justo Juez, que todo lo ve, hará justicia recta á los pobres y á los débiles á quienes engañaron con sus malditos embustes, y allí habrán de comparecer un dia á responder de su iniquidad.

Los que hicieron votos al Señor que no pueden cumplir, del mismo modo que aquellos que hicieron juramentos ilícitos, han de dolerse, los unos de su ligereza, y los otros de su temeridad: los unos de haber prometido á Dios lo que no estaba á su alcance ofrecerle, y los otros de invocar su nombre temerariamente y sin el respeto y veneracion debida.

Dejamos explicado lo que encierra el segundo precepto de la ley divina, y toda su doctrina podemos reducirla á estas pocas palabras: « Honrarás el nombre santo de Dios; no jurarás en vano por el santo nombre de Dios. » Nosotros, poseidos del respeto y de la veneracion profunda al nombre santo del Señor, que nos imprime este mandamiento, no nos contentemos con

las alabanzas exteriores que con nuestros labios le damos algunas veces. Hagamos palpable á todos nuestra veneracion, no tomándolo en nuestra boca sinó acompañado con los Hosannas de nuestro corazon agradecido á sus infinitos beneficios. « Los que así me honran, serán honrados, » nos dice El; y la honra que concede, no consiste por cierto en bienes perecederos de este mundo, que, incapaces de elevar nuestra alma, mas y mas la ligan á la miseria de la tierra. Nos honrará dándonos gracias eficaces, que nos fortalecen para ser fieles al Señor aquí en la tierra, y nos dispondrán para reinar con El eternamente allá en el cielo.

INSTRUCCION DÉCIMACUARTA.

DEL TERCER MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS.

Memento ut diem sabbati sanctifices.

Acuérdate de santificar el dia festivo.

(Exod. Cap. 20.)

De tres maneras debe mostrar el hombre el amor y la veneracion profunda que debe á Dios. La primera es consagrándole su corazon, para que en él viva su majestad soberana, y reine constantemente por la caridad. El que llena esta obligacion, purifica su conciencia cuidadosamente de la culpa, porque sabe que nada manchado puede presentarse delante del Señor, y le consagra todas sus obras, queriendo que sean inspiradas por esa misma caridad. Para estimular al hombre á llenar esta obligacion, Dios le manda en el primer mandamiento de su divina ley « Amarle sobre todas las cosas. »

La segunda es honrando y tambien venerando exteriormente aquelló que su alma adora y ama con todas sus fuerzas; y en cumplimiento de este sagrado deber, el hombre alaba y bendice al Señor, se confiesa criatura suya, y le ofrece el sacrificio de sus palabras. Dios consagró este deber ordenando la honra de su santo nombre en el segundo precepto.

La tercera es haciendo visible nuestra fé, y perceptible á todos nuestro amor, santificando los dias que Dios consagró para sus santas obras, y para que se le tribute el culto y la adoracion que le debemos. Quiere que por respeto á El mismo nos abstengamos de todo trabajo en esos dias, á fin de vacar para las ocupaciones santas que honran al Señor. Es esto lo que nos manda en el tercer precepto: quiere el Señor que, guardando el hombre los dias de fiesta, reconozca el supremo é infinito dominio de Dios sobre sus criaturas; quiere que recuerde en ese dia particularmente los infinitos beneficios que en el resto del tiempo recibe del Señor; quiere, en fin, que elevemos en los dias de fiesta con mayor fervor nuestro espíritu de la tierra al cielo, y recordemos aquel descanso eterno en que los justos alaban y bendicen al Señor anegados en un torrente de puras é inefables delicias. Por eso descansó El mismo el séptimo dia de la creacion; por eso descansó su humanidad en el sepulcro despues de acabada la obra de nuestra redencion; y por eso su alma santísima descansó tambien en el seno de Abraham, en compañía de las almas santas que allí le aguardaban como á su soberano libertador. Voy á explicar la doctrina que contiene este precepto divino, y ojalá que la gracia del Señor la haga fructificar en nuestras almas.

El precepto de Dios mandaba á los judios santifi-

car el sábado; mas ésta designacion de dia debemos mirarla con el Angélico Doctor (1) puramente como céremonial, mientras que lo sustancial del precepto es santificar el dia del Señor. Para los Israelitas el dia del sábado llevaba consigo recuerdos muy especiales. En sábado eran celebradas sus mas grandes solemnidades, y entre éstas una que les recordaba su libertad del poder de Faraon alcanzada por una série de prodigios que obró Dios á su favor. Por eso consagró Dios ese dia para Israel.

Mas para el pueblo cristiano hay otro dia preferente al sábado, y es en el que se han realizado los misterios mas altos, en virtud de los cuales Dios lo hizo verdaderamente pueblo suyo, rescatado con su sangre, y engrandecido con sus misericordias. « En domingo nació el Salvador del mundo en el pesebre de Belen; en domingo brilló la estrella para conducir á los Magos hasta el pesebre; en domingo fué bautizado en el Jordán por San Juan, santificando las aguas para limpiarnos del pecado en el bautismo; en domingo obró los estupendos milagros de la conversion del agua en vino y de la multiplicacion de los panes en el desierto; en domingo dió libertad á las almas cautivas en el seno de Abraham, resucitó del sepulcro triunfante y glorioso, y envió desde el cielo al Espíritu Santo sobre sus Apóstoles, como se los habia prometido (2). » De modo que Dios, obrando tantos milagros en domingo, quiso santificar ese dia, y que nosotros lo santificásemos tambien perpetuamente ó, como escribia el Papa San Leon, dispensándonos tantos y tan insignes beneficios en este dia, quiso que la dignidad del domingo

(1) S. Tomás. 2.^a 2.^{aa} quaest. 122. art. 4.

(2) Ortiz Cantéro, Doctrina Cristiana, Tomo I. citando al Sinod. Cesariense, Can. 8. á Beda, Epist. de celebrat. Pasch.

quedase realzada sobre todos los otros dias (1). Por todas estas consideraciones los Apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, trasladaron del sábado al domingo el dia festivo, y por consiguiente, el precepto de santificarlo.

Este precepto nos obliga á dos cosas : la una afirmativa, que dispone hacer en el dia domingo obras buenas ó de santificacion; y la segunda negativa que manda abstenernos de obras serviles ó de trabajo. Vamos á explicar.

En cuanto á lo primero, Dios al dar este precepto á su pueblo, « Acuérdate, » le decia, *Memento*, como queriendo fijar en su memoria el cumplimiento de la primera obligacion que debe llenar el hombre para con Dios, la que es, hermanos mios, el reconocimiento y la gratitud humilde á sus beneficios. Por eso el dia festivo era para los Israelitas dia de meditacion, de oracion y accion de gracias, como lo leemos en los Libros santos, y por eso debe serlo también del mismo modo para el cristiano, ocupándolo en orar al Señor algun rato, en recordar los infinitos beneficios que le debe, y en ofrecerle todas sus obras como sacrificio de alabanza y gratitud.

Para llenar esta obligacion, la Iglesia nos manda oir Misa en los dias de fiesta, porque en el santo Sacrificio de la Misa estan reunidos el recuerdo de los beneficios recibidos de Dios, con la oracion y la accion de gracias. Así es que, estrictamente hablando, cumpliria con este precepto el que oyera bien la Misa, y se abstuviese de trabajar el dia de fiesta. Mas esto no será jamas suficiente para el cristiano fervoroso, que vive penetrado de la suma de gratitud que debe á Dios por sus beneficios, y trata de mostrarle con obras que los

(1) Epist. 79.

reconoce y los agradece. El Angélico Doctor Santo Tomás (1) nos señala cuáles son esas obras en que el cristiano puede ejercitarse con provecho propio y grande honra del Señor. Despues de señalarnos la asistencia á la Misa como la primera, nos recomienda oir la palabra de Dios, concurriendo para ello á los templos; porque la palabra divina alumbra al entendimiento con la luz de la fé, y le hace fácilmente conocer los errores y los defectos, que se encuentran en su conciencia; porque allí tambien se llena de fortaleza el alma para marchar directamente á su fin último entre los precipicios que á cada paso encuentra para su ruina. ¡Ah Católicos! mirad á ese hombre confundido entre tantos negocios para aumentar su fortuna, á ese magistrado por cuyas manos pasan cada dia los bienes, la honra y la vida de tantos ciudadanos, á esa jóven cuyos atractivos son causa de que viva rodeada de mil peligros; y decidme cuánta luz y cuánta reflexion no necesitan para no perder de vista la rectitud, la justicia y la pureza! ¡Con cuánta facilidad se olvidan estos deberes! La palabra de Dios lleva riego á esas virtudes, que les da vida y vigor, y á su tiempo, continuando ese riego, las hará fructificar frutos de vida eterna. El dia de fiesta es el que Dios destinó para conseguir bienes tan importantes, y por eso la Iglesia ordena á los Párrocos derramar ese dia el riego de la doctrina sobre los entendimientos de sus feligreses, y recomienda á los demas Sacerdotes la prediquen tambien con celo al pueblo del Señor.

Por último señala el santo Doctor, como ocupaciones propias para santificar las fiestas, las otras obras que, mortificando nuestro amor propio, contribuyen

(1) Opusc. de Praecept. Cap. 7.

poderosamente para exitarnos á la caridad: tales son el arrepentimiento de nuestras culpas, algunas veces en el curso del año, la confesion y comunion, y la limosna á los pobres. Creedme, hermanos mios, esta limosna al necesitado, una visita que de tanto consuelo y alivio es para el enfermo, y otras obras de caridad como éstas, son otros tantos medios de santificar con perfeccion el dia del Señor.

Serán, en fin, ocupaciones muy santas, y muy propias del dia de fiesta las de aquellos padres de familia que emplean algo del dia en enseñar la doctrina cristiana á sus hijos y domésticos, poniendo particular cuidado en explicarles aquello que no entiendan. En un tiempo de tanta ignorancia en materia de religion como el nuestro, esta práctica generalizada en las familias cristianas, propagaria el conocimiento de las verdades santas de la fé, y desterraria tantos vicios cuya causa principal es aquella ignorancia.

Cuando os he bosquejado, hermanos mios, estas obras con que santificamos verdaderamente el dia santo del Señor, permitidme levantar mi voz para deplorar otras que practican con preferencia en esos mismos dias tantos cristianos olvidados de la santidad de la ley divina. Tales son las de aquellos que destinan el domingo especialmente para diversiones mundanas, y con una Misa oida sin devocion ó quizá sin oirla, gastan el resto del dia en el juego, en cortejo de mujeres, en bailes, en gula de comidas y embriagueces. Todos éstos quebrantan este mandamiento, porque las obras que practican el dia de fiesta, son contrarias por su naturaleza á la santificacion que Dios ordena.

Ni es ménos lamentable, ni ménos contraria á este precepto la conducta de otras personas que gastan gran

parte del día festivo en aderezar y ataviar su persona, muchas veces de trajes indecentes, para ir de aquella manera á la última Misa, adonde llamará la atención de muchos, y servirá también de tropiezo á la devoción de no pocos concurrentes. Tanto á aquellos, como á éstos, podemos aplicar las palabras del Profeta : « ¡ Ay de vosotros los que profanais mis fiestas ! ¡ Ay de los que manchais mi santuario con vuestras abominaciones (1) ! » Ninguno de éstos cumple con la santificación de las fiestas, y además profanan la casa del Señor.

Pasemos ahora á recorrer las obras serviles ó de trabajo que Dios prohíbe expresamente en este precepto. Obras serviles llamamos con la doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás (2), aquellas ocupaciones graves corporales, y de cuya ejecución suelen ser encargadas ordinariamente personas jornaleras ó alquiladas y no se ejecutan por las reglas de las artes mecánicas. Según esto queda prohibido por este mandamiento todo trabajo de agricultura, como cavar la tierra, plantar, sembrar, regar, etc., así como todo ejercicio de arte mecánica, como herrero, zapatero, carpintero, sastré, pintor, etc. Mas hay casos en los cuales el hombre puede creerse dispensado por el mismo Dios de la observancia de este precepto, y por consiguiente puede trabajar, sin cometer pecado. Estos casos son cinco, á saber : la urgente necesidad, la caridad, la piedad, la costumbre y la dispensa. Voy á explicarlos.

Por necesidad urgente entendemos aquella, que no admite demora, ó que ésta sería de notable perjuicio para la salud ó intereses de la comunidad ó del indi-

(1) Exequiriel. Cap. 22.

(2) VIII. Sentent. dist. 37. quaest. 2. art. 5. ad 2.

viduo. Por ejemplo, hay guerra y es necesario para defenderse del enemigo abrir fosos, levantar trincheras, construir máquinas, disponer armas; todo esto, y cuanto fuese menester, es lícito hacer en día de fiesta, porque es urgente prepararse para resistir al enemigo de la patria que amenaza. Del mismo modo sucede con las mieses cuando estan en la era, ó con las uvas en tiempo de cosecharlas: si amenazan ladrones que han de robar, ó las lluvias ó tempestades que pueden destruirlas, es lícito trabajar en día de fiesta para evitar su pérdida. En otro caso supongamos un trabajo de teja ó de ladrillo principiado, y que necesitan sus dueños continuar porque de otra manera perderian lo ya hecho; no habrá entónces pecado en continuar en día de fiesta, porque hay necesidad urgente de evitar los perjuicios que resultarian de suspender el trabajo. En este mismo caso se hallan el caminante que continúa su viaje, y el panadero y el carnicero que preparan los abastos que han de vender ese día ó el siguiente.

Segun la doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás, y la de San Antonino de Florencia, deben tenerse tambien cómo excusadas del precepto de no trabajar aquellas personas á quienes sus patrones les obligan á hacerlo, y ellas no podrian buscar otro servicio ó trabajo sin padecer daño notable ó en sus personas ó en sus bienes é intereses. Del mismo modo podrá trabajar aquel padre de familia, que no puede mantener su casa sinó con aquello que gana trabajando el día de fiesta. Mas debe evitar el escándalo, y tambien dejar de trabajar luego que cese su necesidad. Puede tambien trabajar el día de fiesta en lavar y componer su ropa y la de su familia, aquella pobre mujer, que trabajando toda la semana para ganar el sustento de sus hijos ó para aliviar á su marido, solo el día domingo tiene tiempo para

hacer aquellos menesteres ; mas debe tambien á toda costa evitar el mal ejemplo tanto á los domésticos , como á los extraños. Como este caso , pueden ocurrir otros : un marido , por ejemplo , obliga á la mujer á que trabaje el dia de fiesta : si ésta no condesciende , tendrá que sufrir reniegos , maldiciones y aun golpes ; y tras ésto vendrá el escándalo , que de tales excesos recibe la familia : si esa mujer trabaja á trueque de evitar esos graves males , no comete pecado , y todos los actos que ejecutase contra lo que manda este precepto , quedarán sobre la conciencia de su marido. Jesucristo mismo autorizó la conducta de los que trabajan con verdadera necesidad en dia de fiesta , cuando , acusados por los Fariseos algunos de sus discípulos porque segaban trigo para alimentarse con él en dia festivo , aprobó la conducta de los suyos como conforme á la ley del Señor (1).

Dije que el segundo motivo que nos puede excusar de la observancia de este mandamiento , es la piedad. Se encontrará en este caso el que trabajase para el culto del Señor , adornando la Iglesia , ya sea conduciendo los objetos que en ella han de colocarse , ó ya barriéndola ó sacudiéndola , aun cuando todo esto se haga á costo de grande esfuerzo. Mas han de concurrir en este caso dos circunstancias , para que no se cometa pecado : la primera que no haya podido prevenirse ese trabajo ántes ; y la segunda que sea éste necesariamente solo para el culto de Dios. Si falta alguna de estas dos circunstancias , habrá pecado haciendo ese trabajo en dia festivo. No de otro modo el Angélico Doctor Santo Tomás entiende aquel texto de la sagrada Escritura , en que Dios autorizaba á los sacerdotes para conducir sobre sus hombros el Arca santa de la Alianza

(1) Mateo. Cap. 12.

sin que por eso quebrantasen el precepto de santificar las fiestas.

La tercera causa es, hermanos míos, la caridad propia ó del prójimo. La perfeccion y santidad de esta virtud cambia la naturaleza de la obra servil en noble y elevada, segun el Angelico Doctor Santo Tomás (1), de suerte que coser una ropa para vestir al pobre que tirita de frio y está desnudo, emprender un viaje pesado y molesto cargando un enfermo para llevarlo al médico ó al hospital, no será pecado; porque, aun cuando realmente estos son oficios serviles y para los cuales se emplea á los jornaleros, desempeñados por caridad, y no precisamente por la ganancia que dejara ese trabajo, cuando la persona, á quien se sirve, tiene como pagarlo, es obra muy noble y muy santa. Oigamos la doctrina del santo Doctor á este respecto: « Todo hombre está obligado á remediar no solo sus males en caso necesario, sinó tambien los de su prójimo; y no solo en lo que toca al cuerpo, sinó tambien al alma. Y lo que á este fin puede conducir, no ofende al precepto de la santificacion de las fiestas (2). » En el Evangelio encontramos un ejemplo que nos pone en claro esta verdad: Jesucristo sanó en sábado á un enfermo en la Sinagoga de los Judios, é indignado el príncipe de la Sinagoga, porque traian á los enfermos para ser curados en ese dia, « Seis dias, les dijo, hay en que se puede trabajar: en éstos venid, y que os cure Jesus; pero nó en sábado. » Mas ¿que le respondió el Señor? Oid: « Hipócritas, ¿cuál de vosotros no desata en sábado (3) su buey y su asno del pesebre,

(1) 2.^a 2.^a q. 112. art. 4.

(2) 2.^a 2.^a q. 122. art. 4.

(3) Ya hemos indicado que para los Judios á quienes hablaba N. S. Jesucristo era el sábado el dia de fiesta.

y lo lleva á beber? Y á este hijo de Abraham, á quien tuvo atado Satanás diez y ocho años, no conviene desatarlo de este lazo en dia sábado (1)? » Ved ahí como Jesucristo mismo nos enseñó que las obras serviles hechas por pura caridad no quebrantan el precepto divino de santificar las fiestas.

Algunos suelen preguntar si es permitido trabajar en dia de fiesta en hacer ropas, tejidos, ú otros objetos de esta especie por pura caridad y para hacer limosna con su valor. San Antonino responde que es lícito observándose las siguientes condiciones: primera que no se haga en los domingos, ni en las fiestas mas principales (2); segunda que no se deje de oír Misa; tercera que se haga por pura limosna y sin ganancia alguna; y cuarta que los pobres, á quienes va á socorrerse, tengan actualmente necesidad de ese socorro.

La cuarta causa que puede excusar de pecado al que trabaja en dia de fiesta, es la costumbre introducida, tolerada y aun permitida por los Obispos, sin que jamas éstos la hayan contradicho, ni ménos reprendido por autos, por pastorales, ó por algun otro acto externo de su jurisdiccion. La observancia de los dias festivos, dice el sábio y piadoso Juan Gerson, Arzobispo de Paris, ha sido en gran parte dejada al arbitrio de los Prelados en cuanto á las circunstancias del tiempo, del modo y del lugar. Esta es la razon porque vemos en algunos lugares practicar en domingo obras serviles que en otros lugares no se permiten. Por ejemplo, en algunos lugares se permite vender

(1) Lúcas. Cap. 13.

(2) La Iglesia católica tiene como fiestas mas principales, fuera de la Resurreccion y el Pentecostés, establecidas en dia domingo, la Natividad y Epifanía del Señor, y la Asunsion de Nuestra Señora.

algunos efectos, y por consiguiente, abrir las tiendas donde se expenden; mientras tanto en otros ese comercio es absolutamente prohibido. Mas todos cuantos creen asegurada su conciencia por la costumbre, para practicar esos actos repugnantes al precepto, deben tener gran cuidado, para no pasar el límite de esa misma costumbre, para no dejar de oír la Misa, y finalmente para practicar alguna otra obra de piedad ó de caridad que compense aquella obra servil que ejecutan. Teman tambien mucho los que introducen ó protegen la introduccion de tales costumbres contra el precepto del Señor. Teman los que por una vil ganancia profanan las fiestas, en que Dios quiere ser honrado por sus criaturas, y teman sobre todo las autoridades cristianas, que toleran tales abusos sin reprimirlos como contrarios á la moral del pueblo.

La última causa que señalé, hermanos míos, y que puede permitir en casos determinados que se hagan tales ó cuales obras en dia de fiesta, es la dispensa concedida por el Sumo Pontífice para toda la Iglesia, por cada Obispo para su diócesis, y por cada Párroco para sus feligreses. Mas todos los que piden tales dispensas deben atender mucho á la justicia y verdad de las razones que alegan para pedir las; porque si no fuesen verdaderas esas causas, deben tenerse aquellas como de ningun valor.

Con necesidad leve puede trabajarse en dia de fiesta hasta una hora cuando mas (1). Pero he dicho con alguna necesidad, y tal será arreglar algo que falta al vestido que se necesita para cambiar la ropa que no está limpia; ó para concluir el traje con que ha de ir al templo necesariamente, porque no hay otro

(1) Cuniliati, Catech. sobre el tercer precepto; Natal. Alex. Decálogo.

decente, ú otra causa semejante. Mas nadie se crea autorizado para trabajar en dia de fiesta ese tiempo para arreglar el vestido ó traje con que ha de concurrir al baile, al teatro ó al banquete. Nadie, repito, puede trabajar para dejarse ver lujosamente vestido en el paseo; ni nadie, en fin, crea que son causa bastante su capricho ó fantasía que le inspiran trabajar aquel dia. Nada de esto es necesario, hermanos míos, y por consiguiente, todos los que trabajan, aun cuando sea muy corto tiempo, con causas como éstas, cometen pecado; bien que si el tiempo es muy corto, no podemos llamarlo grave. Cuando decimos que pecan mortalmente los que trabajan en domingo ó dia festivo, sin haber para ello justa causa que los autorice, comprendemos tambien en el mismo pecado á los que mandan hacer esos trabajos. Tales son los hacendados que por aumentar sus ganancias ordenan que los dias de fiesta se hagan faenas en sus campos como en cualquiera otro dia de la semana, mandan que se siembre, se riegue y se coseche, en fin, obligando á los inquilinos á que trabajen so pena de hacerlos salir de la hacienda, y de quitarles las posesiones que muchas veces plantaron ellos con sus propias manos, y cultivaron con el sudor de su frente. Despotismo repugnante y tanto mas doloroso para quienes lo soportan, cuanto que mortifica y punza su conciencia, obligándoles á obrar contra sus sentimientos religiosos. Se habla, Católicos, hoy tanto de libertad en estas repúblicas americanas, se grita á toda fuerza abogando por esa libertad. Pero ¡ ah ! es abogando por la libertad de unos pocos que se creen con derecho para gobernar, y aun para disponer de la conciencia de los demas; mientras tanto vemos á la inmensa mayoría de los ciudadanos, á los pobres inquilinos, digo, á los pobres

jornaleros y trabajadores, soportando la opresion de los ricos que les obligan á título de propietarios ó de patronos á obrar contra su conciencia; es decir, contra lo mas sagrado que tiene el hombre. En esto deben fijarse los buenos patriotas, los hombres ilustrados, los que se llaman filantrópicos, en mejorar la condicion de los pobres humillados por los ricos y poderosos de una manera verdaderamente cruel. El pecado que cometen éstos obligando á sus jornaleros á que trabajen en dias festivos, Dios lo califica de espantoso, y nos excita á que defendamos con todas nuestras fuerzas la causa de aquellos infelices, y á que trabajemos con energía para rescatarlos del poder de aquellos que los oprimen: *Liberate vi oppressum de manu calumniatoris* (1).

Se disculpan tales hacendados muchas veces diciendo: yo no obligo á nadie; trabaje el que quiera: yo he advertido solamente á mis administradores ó á mis mayordomos, que aquel que no quiera trabajar, sea despedido. Pues esa es la fuerza, esa la violencia criminal que ejerces, ¡oh hombre! contra el pobre, y ese el pecado que cometes contra Dios provocando su divina indignacion.

Esta misma doctrina debemos generalizar, aplicándola á los comerciantes que no escrupulizan en abrir sus tiendas, ni en comprar y vender, formar inventarios y hacer balances en dia festivo, obligando á sus dependientes para que obren de la misma manera. A los dueños ó maestros de talleres que emplean los domingos en concluir y recibir las obras de sus oficiales, en pagar y cancelar cuentas, como lo harian en algun dia de trabajo. Los que por costumbre, en fin, dejan para el domingo la liquidacion de sus cuentas de la semana, el arreglo de los objetos de la tien-

(1) Jerem. Cap. 22.

da o almacén, y los balances de su comercio y caja, todos éstos cometen pecado, porque no emplean, según la disposición de este precepto, el día santo del Señor. Estos pecados son todavía mayores, cuando han hecho trabajar en tales obras á personas de su dependencia.

Hay ciertas obras que no son prohibidas en días festivos, y que puede cada cual, por consiguiente, ejecutar sin pecado. Tales se reputan en primer lugar los ejercicios intelectuales, como enseñar, predicar, estudiar y conferenciar; y en segundo lugar ciertos ejercicios de algunas artes que se llaman liberales, como, por ejemplo, escribir, dibujar, iluminar: todo esto cuando se hace especialmente por estudio ó recreación, y nó por lucro y como medio para ganar dinero.

Tampoco quebrantan este precepto las personas que por diversión honesta, después de oír Misa, y hacer otros ejercicios de piedad, bordan ó hacen flores, mucho más cuando con esto evitan visitas ú otras entretenciones peligrosas. En rigor, tales obras no pueden llamarse trabajo, sino que más bien se toman como honesta y útil recreación.

Leemos en las santas Escrituras cuánto recomendó el Señor la observancia puntual de este mandamiento, y cuántos premios prometió á los que los guardasen con fidelidad. La causa es, según el Angélico Doctor, porque se dirige á honrar á Dios directa é inmediatamente, y esa honra visible y exterior prueba, en el hombre que la tributa, el mayor ó menor amor con que le ama. Ofrecía por eso mismo el Señor favores muy distinguidos á los que guardasen las fiestas, y mandaba castigar con severidad á los que temerariamente no las observasen como El quería. Cosechas abundantes, paz y tranquilidad en la familia, victoria sobre sus enemigos, posesión de los más fértiles valles y colla-

dos, eran algunos de los premios que Dios prometia á Israel, si observaba la santificacion de las fiestas. Mas en caso contrario, la esterilidad de la tierra, la pérdida de sus frutos, las discordias domésticas, la ruina y otros mil males prometia que haria venir sobre sus transgresores. Todo esto nos está manifestando la gran importancia de este mandamiento, y estimulando á su perfecta guarda. « A los que me honran, yo honraré (1), » dice Dios; y esta palabra de la Verdad suma é infinita se cumplirá infaliblemente. Un juicioso escritor, sobre la revolucion francesa del siglo pasado observa, que á medida que la impiedad de los revolucionarios se empeñaba en borrar de la Francia hasta el nombre de Dios, destruyendo sus templos, matando ó desterrando á sus sacerdotes, y ordenando se trabajase en los dias domingos como en cualquiera otro dia de la semana; Dios tambien castigaba á esos mismos impíos visible y ejemplarmente. Y no solo con aquel castigo espiritual mas tremendo que todos los otros, cual es la ceguedad del entendimiento, sinó con castigos perceptibles á todos. Muertes tragediosas, pérdida de los bienes, ruina de la familia, disensiones domésticas: ved ahí algunos de los castigos que sufrieron. Y este azote de la ira de Dios lo ve aquel castigando hasta hoy á todos cuantos en esa misma Francia se han empeñado por continuar la deshonor del Señor, no santificando sus fiestas. Los unos comerciando públicamente, los otros trabajando y obligando á trabajar en sus haciendas, en sus edificios y en otras faenas prohibidas. Honremos nosotros á Dios, hermanos mios, honrémoslo santificando sus fiestas, y haciéndonos dignos de esa manera de los premios eternos que os deseo.

(1) Lib. I. de los Reyes. Cap. 12.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA.

DEL CUARTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS.

Honora patrem tuum et matrem tuam.

Honra á tu padre y á tu madre.

(Exod. 20.)

Principia aquí, hermanos míos, un nuevo orden de obligaciones que Dios nos recuerda en los mandamientos que vamos á explicar. Son los que se reflejen á nuestro prójimo, y se encuentran compendiados por Nuestro Señor Jesucristo en aquel solo precepto: « Amarás á tu prójimo como á tí mismo. » Nos habla Dios en ellos para advertirnos los deberes que tenemos con nuestros semejantes, y para enseñarnos cómo hemos de llenarlos con exactitud. En primera línea coloca á los prójimos mas inmediatos, y sucesivamente puntualiza las obligaciones que hemos de llenar con todos los demas hombres. Tal es el orden admirable con que Dios nos dió los preceptos escritos en la segunda tabla que entregó á Moises, y pertenecen á la honra y provecho de nuestro prójimo.

El primer mandamiento de éstos, que es el cuarto de la ley divina, manda honrar al padre y á la madre, porque son los padres nuestros prójimos mas inmediatos. A éstos eligió Dios como medio para darnos el ser y la vida natural; á éstos confió Dios nuestros primeros cuidados y nuestra proteccion; y á éstos, en fin, hizo directores de nuestra vida, cuando entramos en el camino que nos conduce al reino de los cielos. Ved ahí, hermanos míos, porqué dictó Dios, antes que

todas las demas, la obligacion que tenemos de honrar al padre y á la madre.

Pero bajo el nombre de padre, el Señor comprendió á todos los que ejercen autoridad, y tambien bajo el de hijo á los que viven sometidos á ésta. Así es que habla en este mandamiento á los hijos y á los padres, á los maridos y á las esposas, á los señores y á los que les sirven, á los maestros y á sus discípulos, á los que gobiernan y á los gobernados, á los párrocos y á sus feligreses. Ved ahí cuántos deberes se comprenden en este precepto, y ojalá que pueda yo tratarlos con acierto y claridad para provecho vuestro. Contando con la gracia de Dios, me esforzaré para inculcar en vuestras almas estas obligaciones, de cuyo cumplimiento pende todo el órden social, religioso y político de la república. Escuchadme.

Amor, obediencia y respeto son , hermanos mios, las obligaciones principales, que este mandamiento recuerda á los hijos, que han de observar para con sus padres, y todas estan comprendidas en esta palabra *honra*. Recuerda, digo, porque son obligaciones de aquellas que el supremo Hacedor grabó en la naturaleza del hombre, y que por eso llamamos preceptos naturales. El amor debe ser interior ó del alma, y con éste debe el hijo procurar atender con ternura á todo cuanto interese tanto á la honra como al provecho de sus padres. Nunca puede el hijo enfadarse de sus padres, nunca desconocerlos; y ese amor de hijo debe ser mas afectuoso, cuando la mala suerte, los vicios ó cualquiera otra causa reduce á los padres á la indigencia ó á la adversidad. Pecan, por consiguiente, contra este mandamiento los hijos que toman odio á sus padres, aquellos que los maldicen, aun cuando fuese solamente en su interior; pecan aquellos que los miran con

indiferencia, y no se interesan por su bien cuando los ven sumidos en males, particularmente espirituales; y pecan, en fin, aquellos que critican y censuran su proceder, cuálquiera que fuese la causa que diesen aquellos para eso.

Obedecer á sus padres, es respetar el hijo la superioridad que Dios les concedió, y en uso de la cual mandan en conformidad con los preceptos del mismo Dios y de su santa Iglesia. Y digo expresamente, hermanos míos, que mandan en conformidad con los preceptos de Dios y de su santa Iglesia, porque el padre ó la madre, que manden á sus hijos algo prohibido por Dios ó por su Iglesia, no deben ser obedecidos. Por ejemplo: un padre induce á su hijo á la mentira, al hurto, á la venganza, á la embriaguez ó al juego; una madre ordena ó aconseja á su hija la torpeza ó la liviandad, y la expone á cometer esos pecados, mandándole concurrir á lugares donde hay ocasion de cometerlos: ese padre y esa madre no deben ser obedecidos por el hijo cuando tales cosas mandan, porque hay un precepto superior, á saber, el mandamiento de Dios que las prohíbe, y tenemos obligacion de obedecer antes á Dios que á los hombres, como elocuentemente nos enseñó el Príncipe de los apóstoles: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus* (1). Debe ser, pues, lícita y honesta la cosa que los padres mandan, porque de otro modo, así como el padre que manda pecaria, así también pecarian los hijos obedeciendo.

Guárdense los padres de mandar á sus hijos cosas que prohiben los preceptos divinos ó repugnan las buenas costumbres, porque ellos mismos son entónces los que corrompen la moral y la conciencia de sus hijos. Esto

(1) Act. Cap. 5.

es lo que hacen precisamente aquellos padres que prohíben á sus hijos contraer matrimonio, prevalidos de las disposiciones de las leyes civiles que obligan á los hijos á tener el consentimiento de sus padres para casarse. Saben muchos de éstos que sus hijos ó hijas tienen estrecha obligacion de casarse con tal persona; saben que esa obligacion es notoria á todo un pueblo ó á todo un vecindario; y saben que de no casarse, han de seguirse graves males, como deshonoras, difamaciones, y la prolongacion de concubinatos repugnantes para la moral, y ofensivos para la religion; mas, á pesar de saber todo eso, permanecen firmes en su negativa. ¿Y porqué? porqué, hermanos míos? Porque esos padres y madres no tienen ni moral, ni conciencia, ni religion: los intereses mesquinos, la conveniencia propia, ved ahí lo único que atienden. Ese hijo trabaja para ellos, atiende los negocios de la casa; esa hija es bien parecida; para cortejarla vienen muchas visitas que dejan provecho á la familia, y por eso no permitirán los padres que se casen, aunque para ello medien deberes imperiosos de conciencia. No importa para tales padres que ese hijo esté amancebado, ni importa que esa hija sea causa de murmuracion por su conducta libre: nada de eso importa algo; lo que vale es el interes, y nada mas. Repito, hermanos míos, que como en tales casos la voluntad de los padres está en oposicion á la de Dios significada en su santa fé, pueden y deben los hijos desobedecerla.

La desobediencia del hijo á su padre será pecado mortal, cuando se refiere á cosas que son por su naturaleza graves; como, por ejemplo, manda el padre á su hijo que no concurra á tales casas, ó que no tenga tales amistades, le manda que se aplique al trabajo, que llene tales ó cuales encargos que le tiene

hechos; y ese hijo ni deja de concurrir á esa casa, ni corta esa amistad que disgusta al padre y perjudica á él mismo, ni tampoco se aplica al trabajo, sinó que sigue viviendo en la misma vida ociosa que antes : ese hijo peca mortalmente desobedeciendo á su padre en esos, así como en otros casos semejantes á éstos. Teman los hijos las consecuencias de sus desobediencias, pues provocan la ira del Señor provocando la ira de sus padres. Las desobediencias á los padres atraen los castigos del cielo; así como la obediencia y sumisión á los padres harán llover como rocío celestial las bendiciones de Dios sobre los buenos hijos.

El respeto á los padres consiste principalmente en la reverencia exterior con que deben sus hijos tratarlos. Prohíbe este mandamiento al hijo hablar mal de sus padres, tratarlos mal de palabra ó de obra, mofarlos ó consentir en que otros los mofen ó los desprecien. Todos estos pecados, graves por su naturaleza, lo son todavía aun mas cuando se cometen delante de otras personas, como sucede cuando el hijo se avergüenza de su padre y lo desconoce, cuando lo injuria públicamente, y cuando viéndolo desgraciado, lo abandona á la miseria y á la adversidad.

El hijo que con su mala conducta da pesadumbre á sus padres, los aflige de palabra ó de obra, atropella su autoridad, ó maltrata los respetos que les son debidos, atrae sobre sí las maldiciones de Dios, maldiciones tantas veces fulminadas contra los malos hijos, como leemos en las santas Escrituras. Puedo decir que soy testigo de una de esas lecciones tremendas que Dios da á los malos hijos, castigando ejemplarmente la ingratitud y las desobediencias para con la madre. Oíd. Me encontraba en Estocolmo, capital del reino de Suecia, y me proponia pasar al de Noruega, cuan-

do Mgr. Studach, Vicario Apostólico en los reinos de Suecia y Noruega, me pidió que en vez de tomar el camino que yo me proponia para ir á Cristiania, tomase el de Gotemburgo para que allí auxiliase un jóven que iba á sufrir pena de muerte, y hablaba mi mismo idioma. Acepté la indicacion del celoso prelado, y en efecto tres dias despues me encontraba en la cárcel de Gotemburgo encerrado en un calaboso pequeño y sombrío, hablando con un jóven cargado de cadenas y sentenciado á muerte por los magistrados de la nacion. ¿Y qué iba á purgar este pobre jóven muriendo en un cadalso? Oid la historia de sus tragedias, y cómo habia ido á parar en aquel tristísimo lugar. « Soy, me dijo luego que me vió, hijo de un hombre rico de Filipinas, el que muriendo me dejó muy pequeño al lado de mi madre, señora muy respetable y muy cuidadosa de mi buena educacion. Deseosa que fuese ésta la mejor posible, me dió maestros virtuosos y competentes. Y en efecto, mientras que estuve niño, puedo decir que fui bueno, porque obedecí los mandatos de mi madre, y aproveché los consejos de mis maestros. Mas cuando jóven ya tuve que pasar á cursar estudios superiores en la Universidad de Manila, encontré malos compañeros, que me escandalizaron y me corrompieron. Estimulado por sus malos ejemplos, me dí al juego, á la embriaguez y al trato de mujeres; y para tener dinero que disipar en estos vicios, robaba á mi madre con frecuencia. Mi madre que notaba variacion en mi conducta, y sospechaba mis extravíos, me aconsejaba, me lloraba, y á veces de rodillas me pidió que me separase de los malos amigos é hiciese mejor vida. Muchas veces me impuso castigos, y muchas veces me amenazó con entregarme á la justicia; mas á todo me hice sordo. Llegó un dia en que perdí una cantidad con-

siderable, y para pagarla esperé, como de costumbre, que mi madre fuese á la Iglesia, y abriéndole sus cajas le saqué dinero, halajas preciosas y cuanto encontré á la mano de valor, y con ello me marché en un buque que salia para Cádiz. En pocos dias gasté en Cádiz la cantidad, jugando, bebiendo y enamorando; y temiendo por otra parte que allí pudiera alguno conocerme, entré á servir de marinero en un buque ingles, y en él partí para las costas de Inglaterra: mis costumbres cada dia eran mas abandonadas, y en esta ciudad de Gotemburgo bebiendo con otros marineros fuí acusado de haber dado muerte á puñaladas á uno de mis compañeros. Yo soy inocente de tal crimen, no he sido yo quien hizo esa muerte; pero no obstante fuí conducido á esta cárcel donde encerrado, desconocido, sin tener quien me defienda, ni se interese por mí, fuí sentenciado á muerte, y voy á morir creo que en pocos dias mas. ¡ Ah! cuánto recuerdo ahora las lágrimas de mi madre, cuán diferente era mi suerte en mi casa, entre mi familia y rodeado de buenos amigos, á la que ahora tengo! Mis desobediencias me hacen morir en un cadalso y á la flor de mi edad, pues no tengo todavía veinte y dos años. » ¡ Qué os parece, hermanos mios, este suceso? Y para vosotros, jóvenes, es particularmente esta leccion; aprended en ella adónde os va conduciendo vuestra falta de sumision, esa altanería con que tratais á vuestros padres, las pesadumbres y molestias que les causais con vuestra mala conducta, y vuestras desobediencias. Preparé al infeliz jóven para recibir los santos sacramentos que le fortaleciesen en su viaje á la eternidad. Su alma partió en efecto, cuando su cadáver cayó rodando las gradas del cadalso. Pueda este ejemplo terrible corregir las malas costumbres de tantos hijos, que se

hacen infelices faltando á las obligaciones que Dios nos ha impuesto en el cuarto mandamiento.

Veamos ahora cuáles son las que Dios ha impuesto tambien á los padres y madres por este mismo precepto. A tres cosas obliga á los padres respecto á sus hijos este mandamiento: primera á sustentarlos, segunda á doctrinarlos, y tercera á darles estado. Esta obligacion de sustentar á los hijos está grabada profundamente en la naturaleza misma; por eso vemos á todo ser viviente, obedeciendo á ese impulso natural que le ordena alimentar á sus hijos. La madre ha de sustentar á sus hijos con su propia leche, y de esta obligacion no estan libres ni las mas grandes señoras de la tierra. Pecan, por consiguiente, aquellas que por no desmejorar la hermosura de su semblante, confian á otras la crianza de sus hijos. La guarda del honor y la debilidad de complexion son las únicas causas que exceptúan de aquella obligacion. Segun esto, no está obligada á criar sus hijos con su propia leche la mujer honesta que ha caido por fragilidad, pero su deshonra no es pública, mas se haria pública, si criase al hijo: porque el derecho natural y la caridad para consigo mismo le imponen el precepto mas fuerte de la conservacion de su propio honor (1). En segundo lugar la debilidad de complexion, he dicho; mas entónces no debe la madre dirigirse por su propio juicio, sinó oir el dictámen del médico, y la opinion de sábio y prudente confesor.

En el sustento no entra solamente la comida que estan los padres obligados á dar á sus hijos, mientras no puedan éstos proporcionársela con su propio trabajo, sinó tambien la habitacion y el vestido que son

(1) S. Tomás, Opusc. de praecep.

necesarios para vivir. Pecan gravemente los padres de familia, que por pereza no se proporcionan lo necesario para socorrer las necesidades de sus hijos; los que malgastan ese mismo trabajo en el juego, en la embriaguez ó en la torpeza, y los que abandonan sus hijos legítimos, para ir á mantener con el pan de éstos, otros que son el fruto de su pecado. ¡ Ah hermanos míos! qué juicio tan tremendo se prepara para aquellos padres y madres, que, olvidando esta obligacion, hacen derramar lágrimas á criaturas inocentes, que desnudas y hambrientas lloran afligidas por la indigencia. ¡ Oh padres de familia! sabed que esas lágrimas no son perdidas, esos gemidos suben hasta el cielo, y Dios tomará venganza de vosotros que las haceis derramar con agravio de la justicia. El alimento y el vestido debe proporcionárselos el padre á medida de sus fuerzas; aunque sea pobre, debe procurar que esten aseados, y jamas presenten sus hijos ese espectáculo repugnante, que vemos á veces en niños y niñas cubiertos de harapos asquerosos; lo que está mostrando no tanto la pobreza de aquellos individuos, cuánto el abandono de sus padres en el cumplimiento de su obligacion.

No solamente los padres legítimos son los que estan obligados á sustentar sus hijos, sinó tambien los naturales ó ilegítimos, de la manera que sus facultades se lo permitan sin perjuicio de la familia legítima, si la tienen.

Así como el cuerpo tiene su alimento de que vive, y ese es la comida, así tambien el alma tiene su alimento necesario y sin el que no puede vivir, y ese es la doctrina. Por esta razon Dios manda en este precepto á los padres, que doctrinen á los hijos, para que sus almas reciban de ellos el alimento espiritual, al mismo tiempo que su cuerpo recibe el alimento ma-

terial. En este sentido estan obligados los padres á enseñar á sus hijos el conocimiento de Dios. Apenas principien á hablar, deben hacerles repetir el *Creo*, el *Padre nuestro*, y las otras partes de la doctrina cristiana; de modo que, cuando el alma del niño llegue al uso de su razon, sus primeros movimientos perfectos vayan dirigidos á Dios, como tenemos obligacion de hacerlo (1). Ademas de la enseñanza de la doctrina cristiana que deben los padres á sus hijos, tambien deben proporcionarles escuela en el caso que esto no les imponga grandes sacrificios. Debe el padre vigilar cuidadosamente la conducta de sus hijos: está obligado á corregirlos, cuando ésta no es arreglada, y jamas debe tolerarles vicio ó exceso alguno sin hacerles sentir los efectos de su justa indignacion. De modo que pecan gravemente los padres que toleran desórdenes á sus hijos, sin amonestarlos y corregirlos en proporcion á la gravedad de ese mismo desórden. Mas guárdense en la correccion de dejarse llevar de los movimientos brutales de la ira, castigando cruelmente á los hijos y exponiéndolos á graves enfermedades.

Mas advertid, hermanos mios, que toda la doctrina que pueda el padre dar á sus hijos, no producirá los efectos convenientes, sinó va apoyada por los ejemplos prácticos de quien la enseña. Por esta razon los padres han de enseñar á su familia particularmente con su buen ejemplo; porque á la verdad, ¿qué importará diga el padre á su hijo, que Dios prohíbe en su divina ley la embriaguez, el escándalo y la impureza, cuando él ve ébrio á su padre, y que su madre en su misma casa recibe personas que no debe?

(1) S. Tomás. De praecept.

Los ejemplos tienen mayor fuerza que las palabras, y aquellos que recibimos cuando niños, se nos quedan grabados de por vida: cuidad, pues, padres y madres, que los vuestros sean tales, que inspiren en vuestros hijos el amor y el temor de Dios. Todas estas obligaciones son personales de los padres, y no pueden éstos descansar con que los maestros ó preceptores enseñan á los niños en la escuela ó en el colegio. Además deben arrancar de sus hijos, cuando son tiernos, la semilla de los vicios, corrigiendo las pequeñas pasiones que entónces principian á brotar. No pocas veces la demasiada ternura de los padres viene á ser el origen de la perdición de los hijos; por eso el Apóstol de las gentes, escribiendo á los cristianos de Efeso: « Criad, les decia, á vuestros hijos con doctrina y temor de Dios (1). » El árbol cuando es tierno, fácilmente se endereza; mas, al contrario, cuando ha crecido defectuoso, con dificultad resiste sin secarse las podas que se le hacen. De la misma manera sucede á los hombres, si el niño se cria torcido en sus costumbres, dominado por pasiones que le desvian, y el padre no cuida de corregir éstas á tiempo, sinó que las disimula, y aun las fomenta con su incesante tolerancia, crecerán los vicios junto con ese niño, lo dominarán en su juventud, y lo corromperán hasta el extremo de hacerlo inútil para la sociedad como hombre, y objeto de escándalo para los demás como cristiano. Temed, padres de familia, correr la suerte de Helí, á quien, por ser negligente en corregir á sus hijos, á él y á ellos mató Dios en un dia (2).

El cuidado de los padres debe ser mucho mayor todavía con las hijas. La honestidad y pureza de éstas

(1) Cap. 6.

(2) Lib. I. de los Reyes. Cap. 4.

reclama una atencion muy especial. No deben permitirles otras visitas que aquellas que recibe su madre; ni que salgan de su casa sinó con sus padres; ni en fin, que mantengan relacion alguna que pueda perjudicar esa pureza, que es el mérito mas precioso de las personas de su sexo. « Tus hijas se levantarán de tu lado, » decia Isaias á las madres de Jerusalem cuando les representaba ese movimiento universal que causaria sobre la tierra la luz de la fé cristiana: *Filiae tuae de latere surgent* (1). Pueda decirse de vuestras hijas igual cosa, madres de familia: « Vuestras hijas se levantarán de vuestro lado. » Es decir, no se apartarán de vuestra vista, oirán siempre vuestra voz, conoceréis, por consiguiente, cuáles son sus deseos, cuáles son sus ocupaciones de cada hora, y aun de cada momento, si fuese posible. Pecan gravemente las madres que confían el cuidado de sus hijas á otras personas; y de estas confianzas indebidas; ah Católicos! cuántos desaciertos, cuántos pecados tenemos que llorar cada día! Quién me diera el espíritu de un San Bernardo, ó la voz apostólica de Santo Domingo, de tal modo que obligase á tantas madres á entrar en reflexion sobre su conducta en orden á las hijas! Porque horroriza verdaderamente ver la libertad en que las dejan unas, el ningun cuidado que les consagran otras, y de consiguiente, la ruina de tantas infelices niñas causada por sus propias madres, ya con malos ejemplos y ya con perversos consejos. Para mí es indudable, hermanos míos, que una de las causas principales que hoy dan origen á la depravacion de costumbres, que todos conocemos y todos lamentamos, es la mala educacion que recibe la familia.

Deben, finalmente, los padres dar estado á sus hijos,

(1) Isaias. Cap. 40.

estado que les proporcione aquí en la tierra vivir en verdadera paz, y eternamente la bienaventuranza del cielo. Dios ha dejado á los hombres en perfecta libertad para que abracen aquel estado de vida mas conforme á sus inclinaciones, y en el que mas fácilmente puedan conseguir santificarse, cumpliendo la divina ley. No pueden los padres, sin obrar en contradiccion con la voluntad divina, violentar á sus hijos para que tomen otro estado diferente de aquel á que se sienten inclinados. Así es que pecan cuando, ya sea usando de medios violentos, ó ya de otros arbitrios calculados para influir sobre su ánimo, procuran inclinar la voluntad de sus hijos de un modo irresistible. No puede obrarse, hermanos mios, de esa manera: los padres deben consultar la inclinacion, la capacidad y la salud de sus hijos á este respecto, y cuando hayan formado conciencia de todo esto, podrán aconsejarles prudentemente lo que les parece deben hacer en orden á elegir estado. Mas debo añadir, que si el padre entiende que su hijo ó hija son inclinados á cometer pecados de impureza, tiene obligacion estrecha de aconsejarle el casamiento, como saludable preservativo que les fortalecerá contra las tentaciones de la carne. Tanto el padre como la madre se hacen cómplices de los pecados deshonestos que cometen sus hijos ó hijas prevalidos de su disimulo y tolerancia.

Las obligaciones mútuas de los casados podemos reducirlas á tres, y son amor, fidelidad y respeto. Expliquémoslas. El apóstol San Pablo explica la naturaleza de este amor que han de tener los casados entre sí, diciendo que deben amarse como Cristo ama á su Iglesia (1). Palabras muy breves, pero que contienen

(1) Epístola á los Efesios. Cap. 5.

una gran doctrina. Tanta debe ser la voluntad y tanto el amor que han de profesarse los casados, tanta la diligencia, tanto el cuidado con que han de probarlo, que pueda, en cierto modo, compararse con el que muestra el celestial Esposo á la Iglesia su querida esposa, dando por ella su vida y preciosa sangre. No es segun esto un amor carnal y desordenado el que debe el marido á su mujer, y ésta á su esposo, sinó un amor puro, que se signifique principalmente por la subordinacion de la voluntad de la mujer al marido, y por la union de la voluntad de éste á la mujer. Este amor se opone á los odios, así como á los celos imprudentes y temerarios, que tantas veces dividen los matrimonios, arruinan las familias, y son causa de la desgracia eterna de muchos cristianos. Pecan gravemente los casados que no cortan desde el principio la raiz y origen de esos disgustos, mucho mas todavía aquellos que no los evitan pudiendo. Contra la pasion de los celos deben oponer los casados suma prudencia, para no dejarse engañar por apariencias; mucha caridad, para no admitir cuentos, ni chismes miserables que se dirijan á indisponerlos con escándalo de los hijos, de los amigos y de cuantos les conocen; y finalmente fervorosa oracion, para calmar la tempestad del alma exitada violentamente por el furioso huracan de las pasiones.

Se deben tambien los casados fidelidad, y ésta consiste en guardarse lealtad inviolable el uno al otro. Vosotros no ignorais, hermanos mios, cuánto ha encargado Dios esta lealtad, declarando que por su marido dejará la mujer todas sus otras relaciones, incluso el padre y la madre, y por su mujer renunciará el marido á todos sus parientes, por conservarse unido á ella con union tan estrecha y tan recíproca, que serán dos en una sola carne. *Erunt duo in carne una.* Dios,

segun leemos en la santa Escritura, manifestó mil ocasiones todo el horror que tiene al pecado de adulterio, que es el mas grave y mas ofensivo al amor y á la fidelidad que se deben los casados.

El respeto, que tambien éstos se deben, consiste en guardarse consideraciones mutuamente. Ni el marido ha de tratar á su mujer con rigor ó con desprecio de palabras ó de obras, ni la mujer ha de abusar del amor de su esposo para llevar adelante sus caprichos. Debe la mujer obediencia pronta y sumisa á su marido, pero tambien debe éste á su mujer discrecion y cordura para no imponerle mandatos imprudentes, ni mucho ménos que sean contrarios á los mandamientos, á las buenas costumbres o á la conveniencia.

El hombre es cabeza de su mujer, nos dice el Apóstol (1), y Dios mismo habia dicho antes á la mujer: «Estarás sometida á tu marido (2).» Pero tambien al hombre se le ha dicho al entregarle esa mujer: «Compañera os doy para vuestra vida, nó sierva; amadla y respetadla, como Cristo ama á su Iglesia (3).»

Finalmente en el matrimonio los casados se deben socorro. Sobre el marido es verdad que pesa particularmente esta obligacion de socorrer las necesidades de la mujer y familia, trayendo á la casa lo necesario para la vida. Mas pueden tambien haber casos especiales en los que, no pudiendo el marido adquirir la subsistencia por enfermedad ó algun otro impedimento verdadero, recaiga esta obligacion sobre la mujer que tiene medios legítimos y honestos como llenarla.

De lo dicho se deduce, que pecan contra este precepto los casados que faltan á la fidelidad conveniente

(1) Epístola á los de Efeso. Cap. 5.

(2) Genes. Cap. 3.

(3) Ritual toledano, Del sacramento del Matrimonio.

en obras, afectos ó dichos pecaminosos con otras personas, ó manteniendo con ellas relaciones peligrosas para la fidelidad del matrimonio. Que del mismo modo cometen pecado aquellos que, no disimulando las flaquezas de su consorte, riñen fácilmente, se desprecian, y van poco á poco convirtiendo en odio todo el amor que se debían tener; las esposas que contra la voluntad de sus maridos reciben visitas que á éstos no les agradan, ó salen á lugares ó casas donde no quieren aquellos. Finalmente, que cometen grave pecado los maridos que no socorren del modo debido á su familia, y mucho mas cuando esto sucede porque el dinero, fruto del trabajo y destinado para alimentar á la familia, se malgasta en el juego, en la embriaguez ó en sostener familia que no puede ser legítimamente suya. Claman al cielo, Católicos, claman al cielo las injusticias de tales padres, y el supremo Juez algun día les repetirá aquello de su Profeta: « Sereis castigados por injustos y vuestros restos serán destruidos (1). » Las mujeres que sacrifican á sus maridos con gastos excesivos y superfluos, faltan tambien al amor y respeto que les deben, porque los ponen en conflictos y en apuros que muchas ocasiones son causa muy principal de graves males.

Los patrones tienen tambien obligaciones que Dios les impone por este mandamiento, y que deben llenar escrupulosamente con sus sirvientes domésticos. La primera es sustentarlos convenientemente, es decir que tengan la comida abundante y propia para sostener sus fuerzas sin debilidad. Segunda, darles la enseñanza de la doctrina cristiana y catecismo, de modo que conozcan y sepan apreciar el gran valor de su alma;

(1) Salm. 36.

disponerles para que reciban con provecho los santos sacramentos de la Confesion y Comunión; y en fin, tratarles con caridad. Esta caridad consiste en no hacerlos trabajar sobre sus fuerzas; en no emplearlos en alcahuetterías que les escandalizarán necesariamente, como sucede cuando los dueños de casa ó sus hijos los envían con cartas, recados ó regalos á sus amantes; y finalmente, en tratarlos con benignidad y sin orgullo ó altanería. Socórralos cada uno caritativamente en sus necesidades sin olvidar aquello del Apóstol: « Quien no cuida de sus domésticos, reniega de su fé, y es peor que los infieles (1). »

Mas á su vez tambien los sirvientes deben á sus patronos obediencia, en todo aquello que fuere conforme con los santos mandamientos; fidelidad, para cuidar que no sufran por culpa suya, ni su crédito por sus murmuraciones, ni sus intereses por sus raterías; y en fin, amor y respeto, hablando ellos con veneracion cuando estan en su presencia y tambien en su ausencia.

Por último, dije tambien, hermanos míos, que en este cuarto mandamiento se contienen las obligaciones de los jueces ó magistrados para con el pueblo, y de éste para con aquellos. Los que administran justicia, ya sean magistrados superiores, ó bien inferiores, como son los jueces de menor cuantía, subdelegados, inspectores etc., todos igualmente deben al pueblo justicia y buen ejemplo: justicia, administrándola con rectitud á todos, sin favor para los poderosos, y sin compasion para los miserables; en una palabra, sin compadrazgos, como suele decirse. Adviertan los que administran justicia, que no son dueños de dar ni quitar derechos á nadie, es la justicia la que ha de dirigirles en sus re-

(1) I. á Timoteo. Cap. 5.

soluciones: adviertan mas, que de sus sentencias son responsables ante la ley ; y que vendrá dia , en que comparecerán ante el Rey de los reyes y Señor de los señores para darle cuenta de las justicias é injusticias que hubiesen cometido. Deben tambien dar buen ejemplo los jueces , pues constituidos en esos puestos son como espejos en que los demas pueden mirarse ; y por cierto no lo serán, si aparecen manchados con vicios, y sobre todo con aquellos vicios que escandalizan á los demas, como la embriaguez, el juego y la impureza. Los ciudadanos deben á los jueces subordinacion en todo lo que les ordenen conforme con las leyes, y no de otro modo ; les deben tambien respeto, como que ejercen superioridad entre ellos.

Ved aquí, hermanos mios, las principales obligaciones que contiene el cuarto mandamiento. Todas son muy importantes, y de su observancia pende el orden de la familia, el orden de la casa, y el orden de la sociedad. Procure cada uno, segun su estado, grabarlas en su entendimiento y en su voluntad, pues que conociéndolas y amándolas, fácilmente las cumpliremos, haciéndonos dignos de la recompensa eterna del reino de los cielos que os deseo.

INSTRUCCION DÉCIMASEXTA

DEL QUINTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS.

Non occides.

No matarás.

(Deuteron. Cap. 6.)

Señor, ¿quién es mi prójimo? preguntó á Jesucristo un doctor de la ley (1). Para responderle, dijo el divino Maestro: « Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron, le hirieron y, dejándolo como muerto, se marcharon. Pasó por allí un sacerdote, y viéndole, sin detenerse á socorrerlo, siguió adelante. Pasó luego tambien por allí mismo un levita, y éste, mirando al moribundo, de la misma manera que el primero, siguió tambien adelante su camino. Mas pasó al fin un samaritano, es decir un hombre extranjero, á quien el enfermo tenia por sin fé ni religion verdadera; y viendo á este hombre desnudo y maltratado, movido de compasion se quitó sus ropas para vestirlo, lavó con vino y aceite sus heridas, lo puso cuidadosamente sobre su bestia, lo llevó á una posada y cuidó de él. Al dia siguiente sacó una cantidad de dinero y la entregó al mesonero, diciéndole: Cúdame á este hombre, y todo cuanto gastares en él demas, yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que hizo los oficios de prójimo con aquel que cayó en manos de los ladrones? — Señor, respondió el doctor de la ley, indudablemente

(1) Lucas. Cap. 13.

fué aquel que usó de misericordia y caridad con el enfermo. — Pues anda tú ; le dijo Jesucristo , ama á todos los hombres, y está dispuesto siempre á socorrerlos y asistirlos en sus necesidades, pues todos son tus prójimos. »

Ved ahí, hermanos míos, declarado por el mismo Dios, que nuestros prójimos son todos nuestros semejantes que tienen en su alma la imágen de Dios, y han sido criados para el reino de los cielos. Sea cual fuere la situacion del hombre, sea cual fuere su creencia, y sea cual fuere, finalmente, el procedimiento que hubiese observado ese hombre necesitado con vosotros, es nuestro prójimo. Por consiguiente, hermanos míos, cuando Dios nos manda observar sus mandamientos que pertenecen al provecho del prójimo, nos manda observarlos igualmente y del mismo modo con todos los hombres. En el cuarto mandamiento nos explica el Señor las obligaciones que tenemos para con aquellos individuos que estan ligados con nosotros por algunas relaciones particulares, el padre con su hijo, por ejemplo ; mas en los restantes preceptos nos habla el Señor de todos los prójimos, es decir de todos los hombres. Amarás, nos dice, á todos los hombres, y no harás á otro lo que no quisieras se hiciese contigo. Voy á explicar el primero de estos preceptos, que es el quinto de la ley divina. Atendedme.

Cuando nos dice el Señor : no matarás, nos habla de diversas clases de muerte que podemos dar á nuestro prójimo, porque tenemos no solamente la vida natural que nos habilita para hablar, andar, trabajar, etc. sinó tambien la vida sobrenatural ó de la gracia, que consiste en la amistad de Dios que nos hace hijos suyos y herederos de la vida eterna ; y finalmente tenemos la vida civil, mediante la cual vivimos en la estimacion de los demas hombres por la buena fama

que hubiésemos adquirido. Teniendo el hombre estas tres vidas, si puedo explicarme de esa manera, Dios en este precepto prohíbe matarle, ofenderle y hacerle cualquier daño que redunde contra ellas. Por consiguiente, prohíbe primero quitar á su prójimo la vida natural, cualquiera que sea el instrumento ó medio de que para ello se valga el asesino. Este pecado que se llama de homicidio, es el mas grave que puede cometerse contra los preceptos de la ley de Dios que corresponden á la caridad para con nuestro prójimo. La razon, la justicia, la equidad, todo, todo clama condenando la monstruosidad de este delito: la razon, porque al quitar el asesino la vida á su prójimo, se arroga un poder que corresponde solamente á Dios, que dice de sí mismo en las santas Escrituras: « A mí pertenece dar la vida y la muerte (1). » La justicia tambien clama, porque á los magistrados, que la administran en la tierra en nombre de Dios y de las leyes, compete dar la muerte como castigo al delincuente. Y clama, por fin, la equidad, porque al occiso arrebatada el matador el don precioso de la vida, que Dios le concedió por su infinita bondad. No necesito pues, hermanos míos, haceros comprender lo enorme del pecado que comete un hombre que mata á otro. La naturaleza inspiraba horror á Cain culpable de la muerte de Abel, y Dios su autor soberano protesta, que el que á cuchillo mata, á cuchillo tambien ha de morir (2), y que con la vara que midiésemos á nuestro prójimo, seremos tambien medidos (3). Parece que el asesino fuese arrastrando la soga de su propio delito: tantas son las desgracias que le llueven todos los dias de su vida. Muchas veces

(1) Deuterón. Cap. 32.

(2) Mateo. Cap. 26.

(3) Ib. Cap. 5.

logra librarse, es cierto, de la justicia humana; mas ¿qué importa esto cuando la justicia divina va persiguiéndole incesantemente? ¿Qué importa, repito, cuando oye sin cesar allá en el fondo de su alma el gemido de su víctima, y la voz del justísimo Juez que le repite lo que al fratricida Cain: « Oye la voz de tu hermano, que me pide venganza contra tí (1)? »

Pero yo encuentro revestido esto horrible crimen de nueva deformidad, cuando lo comete la madre contra su propio hijo, cometiendo el pecado del aborto. No son pocas las desgraciadas mujeres que, pensando cubrir su debilidad, procuran quitar la vida á su propio hijo, haciéndolo abortar. Ya sea que el feto esté animado, ó no lo esté, cometerá siempre esa madre un gravísimo pecado; y lo comete no solo ella que lo ejecuta, sinó los que aconsejan esto, y todos los que de algun modo contribuyen á que se cometa. Mas en el caso de que el feto esté ya animado, no solo cometen pecado mortal todos éstos, sinó que tambien incurren en pena de excomunion. Tan grave es este pecado, que las leyes eclesiásticas y civiles concurren á castigarlo severamente, sin que valgan á quienes lo cometan disculpas de querer conservar su honor, la vida ó la tranquilidad doméstica, porque ninguno de estos motivos puede valer algo delante de la muerte natural y espiritual que da la madre á su propio hijo que aborta, haciéndole morir sin bautismo, y por consiguiente, incapaz de ver á Dios.

Prohíbe ademas toda otra accion opresiva al cuerpo de su prójimo, como herirlo, darle golpes, encerrarlo ó hacerle alguna violencia. Todos estos pecados no tan solo los comete el que causa alguno de esos males por sus

(1) Génes.° Cap. 4.

propias manos, sinó tambien el que los aconsejó, los promovió ó auxilió de alguna manera. Del mismo modo pecan los que estimulan las pasiones de su prójimo, por ejemplo, cuando viéndoles resentidos por la injuria recibida, se expresan inspirándoles venganza, como aquellos que dicen : « si conmigo hubiese hecho esto fulano, yo le habria roto las costillas. » En fin, todo lo que estimula pasiones en el prójimo, es accion pecaminosa y prohibida por este mandamiento, como tambien lo es proporcionar armas para ofender á otro.

Aunque matar ó herir al prójimo son por su naturaleza pecado mortal, cuando sucede que estos hechos recaen en personas caracterizadas, son todavía pecados mas graves por la circunstancia que concurre en la persona muerta ó herida. Por ejemplo, el muerto es padre ó hermano del asesino, entónces éste matando, no cometió solamente pecado contra la justicia como cualquier otro matador, sinó tambien contra la piedad, creciendo por lo mismo la iniquidad ó gravedad de su delito. Del mismo modo si la muerte ó el ultraje recayó en un sacerdote ó persona religiosa, llevará entónces el carácter de sacrilegio, que le hace pecado mas grave y execrable todavía.

Siendo estos pecados contra justicia, todos aquellos que los cometen, quedan obligados á reparar los daños que hacen contra el prójimo con su mala obra. Hay desde luego un daño irreparable, y ese es la vida quitada al individuo muerto ó la salud deteriorada en el individuo maltratado ; mas hay otros daños que pueden repararse, y que la justicia exige precisamente que se reparen, y tales son los que reciben así el muerto ó herido, como las familias que dependen de éstos en sus intereses. Un padre, por ejemplo, mantenía á su mujer y á sus hijos con su trabajo ; ese padre es muerto ó

herido, quedando privados aquellos individuos de su trabajo que les proporcionaba la subsistencia. En estos casos el hechor injusto y temerario está obligado á dar á aquella familia lo que fuese necesario para su sosten, y ésto del mismo modo que pudiera haberlo hecho el muerto ó herido. Además debe por estricta justicia proporcionar al herido los medios para curarse, y comete pecado mortal contra justicia el que desatiende ó descuida el cumplimiento de este deber.

No prohíbe Dios en este mandamiento tan solo el hecho material de quitar la vida ó maltratar á su prójimo, sinó tambien consentir en el deseo de hacer esos males; por consiguiente, prohíbe conservar odio, rencor ó mala voluntad contra su prójimo. Existe en nuestra pobre naturaleza una propension muy pronunciada á la venganza, y el Hijo de Dios, curando esa verdadera enfermedad: « Oísteis, nos dice, que fue dicho á los antiguos: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo; mas yo, Verdad eterna, os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y aun rogad por los que os persiguen y calumnian, para que podais llamaros hijos de vuestro Padre que está en los cielos, El que hace nacer su sol sobre justos y pecadores, y llueve sobre buenos y sobre malos (1). » El Señor condenó en la palabra *Raca* toda expresion violenta, insultante y despreciativa que pudiéramos emplear contra nuestro prójimo (2). Quiere y nos manda expresamente que los tratemos á todos con verdadera caridad. Pecan por eso gravemente contra este precepto los que consienten en cualquier deseo de venganza, ó de hacer mal al prójimo; los que recuerdan las inju-

(1) S. Mateo. Cap. 5; S. Tomás. 2.^a 2.^{ae} quaest. 25. art. 8., 3. dist. 30. art. 1.

(2) Mateo. Cap. 5.

rias recibidas, renovando de esa manera los antiguos sentimientos que debian estar ya completamente borrados de su corazon. Jesucristo nos manda perdonar las injurias: « Perdonad, nos dice, si quereis ser perdonados ; » y como si no fuese bastante un precepto tan explicito y terminante, cuando estaba para morir enclavado en la cruz, su primera oracion al Eterno Padre fué pedir por los enemigos, que tan injusta é ignominiosamente le crucificaban : « Padre, perdónalos, » le ruega. Y no contentándose con orar por ellos de esa manera, pasa mas adelante todavía, pues, con caridad celestial disculpa su pecado añadiendo : « Porque no saben lo que hacen (1). » Ved ahí la leccion que el mismo Dios nos propone para que la imitemos. Y á vista de este ejemplo, ¿ cómo hay hombres que, profesando la fé de Jesus crucificado, conservan arraigado profundamente en su alma odio contra su prójimo ? ¡ Ah Católicos ! A todos nos habla Jesucristo desde la cruz, cuando pide al Eterno Padre por sus enemigos ; y con esa voz llena de ardiente caridad nos dice : « Como yo hago, haced tambien vosotros (2). » A la verdad, « quién no sigue el ejemplo de Jesus, y ama á su prójimo como El lo amó, reniega su fé, es enemigo de Dios, y queda separado de El, » escribe el evangelista San Juan (3). Ademas, ¿ cuál de vosotros no tiene pecado porque humillarse á cada paso delante del Señor y pedirle misericordia ? « Miente, y mata su propia alma, el que se cree sin culpa, » nos dice la santa Escritura (4). Pues bien sabedlo, hermanos mios : no perdonará Dios al que no hubiese antes perdonado á

(1) Lucas. Cap. 23.

(2) Juan. Cap. 13.

(3) Epíst. I. Cap. 3.

(4) Ibid. Cap. 1.

su enemigo. Jesucristo es quien lo declara repetidas veces en el santo Evangelio; oíd sus palabras: « Perdonad, y sereis perdonados. Si fueses á ofrecer tu ofrenda en el altar, y allí te acordases que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja tu ofrenda delante del altar, y vé primero á reconciliarte con tu prójimo, y entónces ven á ofrecer tu ofrenda (1). » Nos enseña, pues, abiertamente que debemos perdonar á los que nos ofendieron, si queremos alcanzar perdon nosotros mismos; que debemos ántes perdonar las injurias, si queremos que oiga el Señor nuestras oraciones, y reciba los sacrificios de nuestro corazon arrepentido.

Cuando el Señor nos manda no matar, nos manda cuidar tambien nuestra propia vida. Pecan, por consiguiente, todos aquellos que la exponen sin necesidad ó temerariamente. Entre éstos nombramos, antes que todos, á los que concurren á duelos ó desafíos. No hay accion tan bárbara como librar al golpe de una espada, ó al tiro de una pistola la decision de una causa, cualquiera que ésta sea. La fortuna no acompaña siempre á la justicia; al contrario mas fácilmente sigue á los audaces, y favorece los proyectos de los que van por los caminos de la iniquidad, segun la doctrina de David (2). Sin embargo, el duelista pretende decidir su causa de ese modo, y tener justicia cuando ha prostrado á su enemigo, aun cuando en el desafio haya defendido la accion mas brutal, mas injusta y mas contraria á la razon, que podamos imaginar. Los paganos, que no conocieron sinó muy imperfectamente los derechos de la justicia y de la equidad, tomaron el duelo ó desafio como medio para decidir la justicia de sus agravios, y aun de sus derechos en muchas ocasiones.

(1) Mateo. Cap. 5.

(2) Salmo 36.

La ley de Dios, expresion de la justicia eterna, rechaza semejante práctica, y la condena como bárbara, injusta y temeraria. La Iglesia tambien la ha condenado fulminando penas muy severas contra los duelistas. Alejandro VII y otros Sumos Pontífices excomulgan no solamente á los que provocan ó aceptan el desafio, sino tambien á todos los que intervienen en él, ya sea como padrinos, testigos ó encargados de cualquier arreglo con relacion al mismo desafio (1).

Atentan tambien contra su vida los que abusan de la comida ó de la bebida, entregándose al vicio de la gula. Estos son los pecadores que, segun la doctrina del Apóstol, tienen por Dios á su vientre, y marchan derechamente al abismo de su eterna perdicion. La santa Escritura nos da idea de los estragos que causa en el hombre este vicio, cuando nos ofrece el espectáculo de Israel que se sienta alegre á comer y beber, y de la mesa del banquete se levanta para ir á idolatrar (2). Del mismo modo obra el cristiano que, harto de comida y de bebida, pierde las virtudes que le mantienen fiel á Dios, se abate y envilece hasta trasformar la criatura racional, hecha por Dios á su imágen y semejanza, en un ser despreciable por la vileza de su situacion: acorta su vida perdiendo aceleradamente la salud con los excesos de su intemperancia; y entorpecido para todo lo bueno y grande que pudiera ejecutar en servicio de Dios, se ve esclavo de mil pasiones desordenadas, que le mantendrán rendido todo el tiempo que dure su desórden. Sin recurrir á los terribles castigos de este vicio que leemos en las santas Escrituras, cada dia presenciamos nosotros mismos otros muchos que causa particularmente la embriaguez. Hombres

(1) Alejandro VII. Prop. 2. ex damn.

(2) Exod. Cap. 32.

honrados antes y respetados por todos ; jóvenes cuyo talento prometia mil esperanzas halagueñas á su familia y á toda la sociedad ; personas adornadas de cualidades que les hacian á propósito para ejercer los cargos mas elevados de la república, las veis oscurecidas, anuladas, sin prestigio entre sus conciudadanos, y soportando en un cúmulo de males, que les agovia, el castigo merecido por el vicio de la embriaguez á que se dieron. No puede haber otro espectáculo tan repugnante sobre la tierra, como el que representa ese hombre ébrio que grita, rie, llora, maldice, ruega, y se libra á mil excesos que escandalizan á unos, divierten á otros, cubren de pesadumbre á sus amigos verdaderos, de vergüenza á su mujer, de oprobio y confusion á sus hijos, y de dolor al resto de su familia. ¡ Oh ! si pensasen en todos estos males los que venden su alma, su salud, su talento, su honra, sus intereses y su familia á los placeres viles de la intemperancia, estoy seguro, hermanos mios, que les cobrarian el aborrecimiento que merecen. Y vosotros los miserables que vivis en tan triste esclavitud, abrid los ojos de vuestra alma que estan cerrados y dormidos profundamente por el terrible efecto de vuestro mismo vicio ; mirad el estado á que os ha reducido la embriaguez, fuente de todos los desórdenes de que os encontrais culpados, y prometed al Señor una enmienda pronta y eficaz. La confesion frecuente, la renuncia de todos los malos amigos, el trabajo cotidiano, la dedicacion al cuidado de la familia, y el rezo del santísimo Rosario cada noche, son remedios eficaces para la curacion de este vicio que infama verdaderamente.

Pero, si es gran pecado, hermanos mios, dañar á nuestro prójimo y dañarnos á nosotros mismos en la vida natural ; es aun mayor hacer mal á estos mismos

en la vida espiritual. Vamos á recorrer los pecados que prohíbe este mandamiento, « No matarás, » defendiendo la vida mas preciosa y mas noble del hombre, á saber, su vida espiritual. El primero entre todos éstos es el escándalo ; y así se llama, segun el Angélico Doctor Santo Tomás, « todo dicho ó hecho malo que, oído ó visto por otros, les da ocasion de pecar (1). » El escándalo será grave, cuando el dicho ó hecho que lo causa, es de tal naturaleza, que pueda inducir á pecado mortal á quien lo ve ó lo oye ; y será leve, cuando induce á cometer solamente pecados leves. El escándalo puede considerarse como activo ó como pasivo. Escándalo activo se llaman las palabras ó acciones escandalosas, que realmente se dicen ó se hacen. Y debo advertir que, sean buenas ó sean malas las personas en cuya presencia se dice ó se hace cosa mala, hay siempre verdadero escándalo. Del mismo modo, tenga ó no ánimo de inducir á pecado el que dice ó hace esa cosa mala, da escándalo á quienes lo ven ó lo escuchan ; y caigan ó nó éstos en pecado, el escandaloso siempre se hace reo de verdadera culpa. Escándalo gravísimo dan con sus palabras los que profieren expresiones injuriosas á la fé, ó á la religion ; y mas grave es todavía su responsabilidad, cuando esto sucede delante de mujeres débiles ó de personas ignorantes, que fácilmente pueden ser seducidas. Escándalo gravísimo cometen con sus palabras los que dicen expresiones obscenas, impuras ó deshonestas, ya sea en sus casas, en el seno de su familia, ó sea en lugares públicos y á presencia de todos. Escándalo gravísimo comete el que, trabajando por seducir á otros al pecado, refiere cuentos provocativos y á propósito

(1) 2.^a 2.^{aa} quæst. 43. art. 1.

para desordenar las pasiones y estimularlas al pecado. Escándalo gravísimo comete el que maldice, reniega y profana el nombre de Dios ó el de sus Santos, pronunciándolos en medio de sus perjurios y blasfemias. ¡Ah Católicos! á todos éstos aludía el Rey Profeta (1), cuando decia que guardaban veneno de áspides debajo de sus labios: este veneno se derrama, ¡oh! y cuántos estragos no causa en las almas escandalizadas! cuántas miserias espirituales! cuánta perdición! Dios mio, ¡quién podrá contarlo?

Pero tambien con las obras se escandaliza al prójimo muy gravemente. Escandalizan los que viven públicamente en amistad ilícita, y mucho mas cuando son personas que por su estado deben dar ejemplo de continencia ó de castidad. Escandalizan con sus obras los que mantienen casas de prostitucion, donde el jóven incauto, el hijo de familia, y aun el hombre casado encuentra tropiezo en que cae, y lazo en que perece. Escandalizan con sus obras los que dan dinero sobre prendas ó fundos, con interes tan crecido, que roban al prójimo su sustancia en vez de aliviar su necesidad. Escandalizan con sus obras los que conservan enemistades públicas, reusando la reconciliacion cuando se les ofrece, y negando una palabra de paz y caridad á ese que llaman, muchas veces sin motivo, su enemigo. Escandalizan con sus obras los padres y madres descuidados en la educacion de sus hijos, que abandonan á los maestros y preceptores de colegio los cargos que pertenecen especialmente á ellos. Escandalizan con sus obras, en fin, los cristianos que llevan una vida abandonada, y olvidados de Dios, la emplean en procurarse placeres mundanos que les hacen todavia mas difícil el recuerdo de los intereses eternos. El escán-

(1) Salmo 13.

dalo activo constituye á quien lo comete en la estrecha obligacion de dar buen ejemplo á las personas que escandalizó. « ¡ Ay del hombre por quien viene el escándalo ! » dice Jesucristo. Porque si todo pecador tiene que temer las consecuencias de su pecado, el escandaloso se hace responsable de todos los pecados que otros cometen, inducidos por sus malos ejemplos.

Se llama escándalo pasivo aquel que dicen algunas personas recibir de otras en ciertas acciones que realmente no son malas. De suerte que en este caso no peca quien ejecuta esa obra que no es mala, sino que comete pecado quien toma mal ejemplo ó motivo de escándalo de aquello que en sí no es malo. A estas personas corresponde lo que dijo Jesucristo : « ¡ Aca-so tu ojo es malo porque yo soy bueno (1) ? »

Quitan tambien la vida espiritual á su prójimo los que le dan consejos perniciosos, poniéndolos de esa manera en peligro de ruina eterna. Así como el consejero prudente es un rico tesoro, segun Dios mismo lo califica en la santa Escritura, del mismo modo nada hay tan pernicioso ni tan detestable como el mal consejero. Y son sin embargo éstos tan comunes, hermanos míos, que el Espíritu nos previene, que no debemos buscar consejo, sin conocer primero á fondo la virtud de aquel, á quien lo hemos de pedir. Pecan en este particular los que buscan consejo en hombres viciosos ó de malas ideas; así como pecan los que dan consejos contrarios á la ley divina ó de la Iglesia, á la sana moral ó á las leyes que rigen en la república. Sucede con frecuencia, que el jóven inexperto, la niña tierna, la mujer afligida recurren en situaciones difíciles á buscar el consejo de personas que creen aptas para darlo, y si aquellas,

(1) S. Mat. C. 20.

en vez de hallar camino recto que les aparte del peligro que temian, encuentran otro abismo en que precipitarse y perecer, ¿comprendeis, cuán grave es la culpa que comete ese mal consejero? Por que en vez de luz suministra tinieblas, en vez de dirigir por el camino recto, precipita en el pozo, y en lugar de abrir paso para salvar del vicio ó para fortificar en la virtud al individuo que recurre á él, le dirige como dirigiria al pobre ciego el lazarillo, que tomándole por la mano, le condujese hasta los bordes del barranco, y allí le persuadiese dar el paso fatal que acarriaria su muerte. ¡Oh crueldad! Huid, hermanos mios, del mal consejo, y vosotros jóvenes sin experiencia, comprended que todos los que halagan vuestras pasiones, los que fomentan vuestro amor propio, aquellos que os hablan de la opresion en que os mantienen vuestros padres, de la necesidad que teneis de libertad, de la conveniencia que tengais amigos, frecuenteis las diversiones mundanas, y aparezcáis ocupando el puesto que, os dicen, debias tener; todos los que os hablan así, os engañan. De modo que, cuando os dicen procurar con sus consejos haceros felices, os estan tendiendo lazos miserablemente: *Qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt* (1).

Dijimos finalmente, que Dios al decir, « No matarás, » prohibe tambien en este mandamiento dar muerte civil ó social. Esta la da quien deprime la honra y buena fama de su prójimo injustamente. Jeremías contemplaba á una gran nacion bendita por Dios, cual árbol frondoso que se alzaba de la tierra lleno de vigor y lozanía. Estaban sus ramas cargadas de frutos que ya aparecian los unos, y se ocultaban los otros entre sus verdes follajes. Mas ¡ ay! una

(1) Isaías. Cap. 3.

voz habla, y á su eco un gran fuego aparece que inflama el árbol, lo derriba, lo consume, y no deja de él mas que las cenizas. *Ad vocem loquelaē, grandis exarsit ignis in ea, et combusta sunt fruteta eius* (1). Ved ahí, hermanos míos, representados vivamente por la voz del Señor los espantosos estragos que causa la lengua detractora. Hay una familia que ostenta su honradez como su único título de nobleza, y que goza por este motivo de un nombre respetable: habla la lengua detractora, esparce falsedades contra ella, ó remueve del fango en que vivían olvidados hechos de otro tiempo, y ved cómo á los ecos de esa voz un gran incendio devora la reputación de esa familia, que tendrá que lamentar y llorar su honor menoscabado. *Ad vocem loquelaē, grandis exarsit ignis in ea*. Hay un eclesiástico ó un magistrado que goza de gran prestigio entre sus conciudadanos: se levantan contra él voces malignas, se le calumnia, se le deprime, y quizá disfrazándose la voz del detractor con el ropaje venerando del santo celo: ved ahí toda aquella fama deprimida, muerta para muchos una reputación vigorosa, en una palabra, reducido á cenizas el árbol frondoso que diera tantos frutos de virtud y de doctrina. Hay una mujer casada, que honra su estado cumpliendo con los deberes de buena madre y de esposa fiel; ó una joven modesta, destinada por sus bellas prendas á ser la compañera y la felicidad de un matrimonio. Mas; ay! el fuego de la malediciencia anda contra ella; ligerezas del momento, cualquiera indiscreción pasajera ponderada por la lengua maldiciente, producen el gran fuego que derriba aquel crédito. La que era buena esposa y buena madre, se verá degradada, y la que pudiera haber sido feliz estableciéndose ventajosamente, perdido

(1) Jeremias. Cap. 11.

su crédito y arruinada su honra, llorará su desgracia toda su vida. *Ad vocem loquelae, grandis exarsit ignis in ea.*

Esta es, católicos, la muerte civil que se da al prójimo, y Dios prohíbe severamente en este mandamiento cuando nos dice: « No matarás. » Pero pecan también contra este mandamiento los que apodan á su prójimo con palabras insultantes, aun cuando los injuriados sean sirvientes ú otros inferiores, y el que insulta, sea patron ó superior. Hay personas que pasan por de vida arreglada, que frecuentan los santos sacramentos, y se ejercitan en otras obras de piedad, y sin embargo, no escrupulizan emplear tales palabras en el trato con sus domésticos. Estos pobres son llamados cada día: brutos, animales, demonios, ó de otra manera tal como ésta; los que así llaman á su prójimo, no tienen caridad, quebrantan la ley de Dios, y son indignos del nombre de cristianos. Si las palabras con que se injuria envuelven deshonor, como aquellas que suelen decirse á ciertas mujeres mal reputadas, hay obligación de reparar esa ofensa; y esta misma hay cuando en medio de la cólera se apoda á otro con los epítetos de ladrón, falsario, etc. Esta reparacion consiste principalmente en desdecirse de aquello con que se deprimió al prójimo. Sin esta diligencia no se habrá hecho lo debido para reparar la injusticia cometida, perjudicando al prójimo en su honra ó buena fama. « Nada hay tan valioso como el buen nombre, » nos dice el Espíritu Santo, y por consiguiente, nada tan justo como repararlo, cuando por nuestra culpa ha sido deprimido.

Todas las obligaciones impuestas por este precepto están compendiadas por Jesucristo Señor Nuestro en esta sola: « Amarás á tu prójimo como á tí mismo. » Y es este amor al prójimo puro y desinteresado el que

nos enseña, en cualquiera circunstancia de la vida en que nos encontremos, á llenar con perfeccion todos los mandatos de la ley divina. « El que no ama á su prójimo, es homicida, » dice el Apóstol (1); pero el que pone las manos sobre su prójimo para herirle ó mal-tratarle, injuria y desprecia la imágen de Dios con vilipendio del Hacedor Supremo, clama san Cipriano (2). Nunca comprendió con mayor claridad Adán la malicia enorme de su rebelion contra Dios, como cuando vió tendido el cadáver de Abel, y correr su sangre inocente sobre la tierra. Ese cadáver le recordaba al vivo hasta dónde llegaba lo profundo de su caida; y hasta dónde tambien habria de extenderse la justicia divina vengadora del pecado. Abel muerto le descubria su miseria, su infidelidad y su desgracia, en fin; pero su sangre que pedia venganza, le dejaba ver la indignacion divina provocada por el homicida, blandiendo su espada y derramando sobre los culpados torrentes de castigo. Amemos á nuestro prójimo, deseemos para él todo bien, perdonemos de corazon las injurias que hemos recibido, moderemos los movimientos de ira opuestos á la caridad, y procuremos que nuestro corazon y nuestra lengua se muevan siempre dirigidos por esa misma caridad. De este modo guardaremos fielmente el quinto mandamiento de Dios que nos prohíbe hacer daño al prójimo en su cuerpo, en su alma y en su honra; ejercitaremos la caridad perfecta, y mereceremos la vida eterna.

(1) Juan. Epist. I. Cap. 4.

(2) D. Cyprian. De disciplin. et habit. Virg.

INSTRUCCION DÉCIMASÉPTIMA.

DEL SEXTO Y NONO MANDAMIENTO.

Non moechaberis —

Non concupisces uxorem proximi tui.

No fornicarás — No desearás la mujer de tu prójimo.

(Exod. Cap. 20.)

Hay, hermanos míos, una virtud que ha sido distinguida por Dios de una manera muy particular en todos los estados de la naturaleza humana. Esa virtud es la castidad. Si contemplamos al hombre recién salido de las manos del supremo Hacedor y colocado por El mismo en el Paraíso, en esa condición feliz y dichosa verdaderamente, su principal belleza es la pureza con que Dios viste su alma de tantos atractivos y hermosura tan celestial, que Adán pudiera ser comparado con los ángeles. Si le vemos gobernado por las inspiraciones de Dios en la ley natural, allí se nos presenta Melquisedec guardando pureza y castidad perfecta; y por eso elevado al sacerdocio, y símbolo del sacerdocio sumo de Jesucristo Señor Nuestro.

En la ley escrita Elías, modelo perfecto de pureza y castidad, es elegido por Dios entre todos los Profetas para obras estupendas. El reconviene y amenaza á reyes manchados con crímenes de impiedad y de libertinaje; los hace temblar en sus mismos tronos; degüella á los falsos sacerdotes que engañaban al pueblo, y cierra ó abre según su voluntad los cielos, para negar ó conceder á la tierra la lluvia que había de fecundizarla.

Y en fin, en la ley de gracia á ninguno de los apóstoles encontramos tan amado de Jesus como San Juan que conservó intacta su pureza. Solo él mereció, reclinado sobre el pecho de su Divino Maestro, ver los misterios mas secretos y profundos ; recibir del Salvador el encargo de cuidar á su santísima Madre, y que asistiese en su alma una fé tan viva y tan perfecta que, cuando todos los discípulos abandonaban al Divino Redentor, él sostenido por aquella, le acompañó cerca de la cruz en que moria. Tantas distinciones con que Dios honra la virtud celestial de la castidad, nos hacen comprender el odio eterno que le inspira el vicio de la impureza. Y en efecto, deseando, si posible fuera, borrarlo enteramente de la tierra, sancionó el sexto y nono mandamiento de su divina ley. Cuando Dios dice al hombre: « No fornicarás — No deseas la mujer de tu prójimo, » inspira en nuestras almas pensamientos castos y propios para mantenernos con aquella limpieza de corazon, que nos hace dignos de ver á Dios.

No haré sobre estos mandamientos explicaciones minuciosas. Prescindiré de ciertos detalles en orden á los pecados mismos que contra ellos se cometen, porque el lugar santo en que nos encontramos, las consideraciones debidas á tantas almas inocentes que me escuchan, el respeto que merece el sagrado carácter que, aunque indigno, Dios por su misericordia infinita quiso concederme, no me lo permiten. Tocaré tan solo á la ligera los pecados mas graves, mas conocidos y mas opuestos á la virtud santa de la pureza. ¡ Ojalá mis palabras llenen vuestros corazones de luz celestial, que os haga conocer todas vuestras manchas ! y ojalá os traiga tanta abundancia de gracia, que os deje totalmente limpios y capaces de recibir los dones del Señor.

Los pecados que entramos á explicar llevan en su

misma naturaleza ciertas circunstancias que les hacen mas terribles que todos los demas. Primera, todo pecado consentido contra la pureza es grave, porque en esta materia no hay parvidad alguna; segunda, producen en las potencias del alma y en los sentidos corporales de quien los comete efectos deplorables, que no producen los otros vicios. En el alma ofuscan con tinieblas densísimas el entendimiento; enflaquecen y enervan la voluntad para todo cuanto no esté en armonía con el vicio que la cautiva, y á la memoria la fijan de tal modo en los objetos lascivos, que solo éstos le gustan, la entretienen y divierten. En el cuerpo produce enfermedades asquerosas, debilidad y postracion física de las fuerzas, que concluyen por inutilizar al hombre completamente para todo trabajo; y tercera que la impureza y deshonestidad no solamente apartan al hombre de Dios, como sucede con los otros pecados mortales, sino que suscitan al pecador mil obstáculos que le impedirán volver á Dios.

Llamamos impureza, con el Angélico Doctor Santo Tomás (1), todo acto de concupiscencia desordenada á que se entrega el hombre, procurando, ya con su carne, ya con sus palabras, ya con su deseo placeres deshonestos y contrarios á la santidad del cristiano. De suerte, hermanos míos, que Dios en estos mandamientos prohíbe toda impureza así de obra como de palabra, ó de pensamiento.

Prohíbe la impureza de obra: tales son los pecados que se cometen contra la naturaleza con tocamientos ú otros actos deshonestos é impuros consigo mismo, con personas de su mismo sexo ó con brutos animales. Dios mostró su odio implacable contra estos pecados, ya

(1) 2.^a 2.^{aa} quaest. 153.

abrazando con fuego hasta reducir á cenizas á Sodoma y Gomorra con todos sus moradores ; ya haciendo morir trágicamente al desgraciado Onan, y ya, en fin , anegando á todos los habitantes de la tierra en en las aguas del diluvio universal. Castigos tan terribles manifiestan bien hasta dónde llega la espantosa malicia de tales culpas. Las personas que tuvieron la desgracia de cometerlas, cuando traten de confesarlas, deben estar muy prevenidas: 1º contra la vergüenza que esa misma deformidad les inspira ; y 2º para explicar al confesor qué clase de tocamientos ó torpezas fueron esos que cometieron.

Cuando el pecado de obra se comete con persona de sexo diferente, hay obligacion de explicar el estado de la persona cómplice. Siempre son mortales estos pecados, como ya lo dijimos; pero segun la persona con quien se cometieron, puede ser mayor todavía su deformidad. Cuando este pecado se comete entre personas solteras, y que ningun impedimento tienen para contraer matrimonio, se llama *simple fornicacion*, y es por su naturaleza culpa gravísima. Dios la prohibió tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, diciéndonos categóricamente « que los fornicarios no entrarán al Reino de los cielos (1). » La ley natural la rechaza, porque en ella se usa de mujer que no es propia; siendo así que solamente por el matrimonio adquiere el hombre dominio legítimo sobre la mujer. Por esa razon se mandó castigar en Tamar este pecado; y la ley de Moises , fiel intérprete de la voluntad divina , lo prohibió y reprimió con severos castigos (2).

(1) S. Pablo en sus Cartas á los de Efeso. Cap. 5; á los Corintios. Cap. 6; á los de Galacia. Cap. 5, y I. á Timoteo. Cap. 4.

(2) Deuterón. Cap. 53.

Cuando la impureza se comete con persona casada, se llama *adulterio*; y este pecado ademas de la malicia con que ofende á la virtud santa de la pureza, agravia tambien á la justicia, violando los derechos del cónyuge ofendido. Y no excusaria de esta ofensa la voluntad ó el consentimiento de éste, pues los derechos que da á los casados el matrimonio, son enteramente personales, y no pueden cederse á otro individuo en ninguna circunstancia, y bajo ningun pretexto. Cuando las dos personas que concurren al pecado son casadas, el adulterio es doble, y debe confesarse esta circunstancia. Dios mandaba en la antigua ley que los adúlteros muriesen apedreados, y que su propia sangre fuese esparcida sobre su cabeza.

Sigue al adulterio el pecado de *incesto*, y así se llama cuando los que concurren al acto deshonesto, son parientes de consanguinidad ó afinidad en grado prohibido. Fué éste el pecado que con tanto celo echaba en cara el Santo Bautista al Rey Heródes, y contra el que previene al hombre el Espíritu Santo, cuando dice: « No se acerque el hombre á su consanguínea, porque entónces la iniquidad se une á la mas execrable torpeza. » Debe en la confesion declararse el grado de parentezco, pues de la mayor ó menor inmediacion de éste, se deduce tambien la mayor ó menor gravedad de la culpa.

Se llama *stupro* el pecado torpe, cuando con él se arrebatá á la jóven doncella su pureza virginal. Tiene este delito la deformidad peculiar de cometerse con él verdadera injuria contra la mujer á quien se deshonra, y contra sus padres y familia sobre quienes cae como mancha esa deshonra. Si á la mujer deshonorada se hubiese hecho violencia, el pecado será mucho mas grave todavía, y debe declararse esta circunstancia en la confesion.

No tengo voces suficientes para expresar la gravedad del pecado que cometen los que, á pretexto de la palabra de matrimonio ya empeñada, quieren abusar de la mujer, como si el pacto de casarse les diese derecho para ello. Acontece ordinariamente á esos hombres que, satisfecho su deseo criminal, abandonan á esa misma mujer, á quien habian dado palabra, para ir á engañar á otras. Sin apocar de ninguna manera las misericordias del Señor, que son infinitas en número y riqueza, yo digo, hermanos míos, que los hombres que cometen pecado tan atroz, y obran con tanta injusticia contra su prójimo; que los hombres, repito, que sacrifican á sus pasiones bestiales lo mas precioso que posee esa pobre niña, tanto mas digna de compasion, cuanto es mas débil para dejarse seducir; esos hombres llevan en sus mismas pasiones satisfechas con la vergüenza y el sacrificio de su prójimo, la marca de reprobacion. La justicia de Dios que menosprecian, los gritos de tantas desgraciadas víctimas de su lujuria, los escándalos sin número, las murmuraciones y los deseos de venganza á que han dado lugar con su criminal conducta, forman el proceso que les lleva á la reprobacion eterna, donde expiarán tantos y tan numerosos pecados de que se hicieron reos.

Tiene carácter de sacrilegio el pecado torpe, cuando alguno de los que lo cometen es persona dedicada al Señor por profesion religiosa ú orden sagrada; ó cuando el lugar en que se cometió, es santo por estar consagrado á Dios. El Señor manifiesta el horror particular con que mira tales sacrilegios en aquellos gemidos con que los lamentaba por boca de su Profeta. « ¡ Ay! Ay! Ay! decia, se empañó el brillo de mi santuario, y fué profanada la santidad de mis sacerdotes. Pero oigan las gentes y tiemblen : yo abrazaré con

fuego á los que se mancharon , y castigaré ejemplarmente á los que encontrare culpados. Vengaré mis ultrajes, y volveré por mi honra (1). » Tiemble, pues, el que debiendo ser piedra preciosa en el templo del Señor, viene por la inmundicia de su impureza á convertirse en asqueroso lodasal. Pero tiemblen tambien los que se atreven á tocar á estos templos de Dios y piedras de su santuario, porque incurren en la indignacion divina que les comprenderá en el mismo castigo preparado para sus infelices cómplices.

Hay pecado de raptó, cuando se saca con violencia de su casa á la mujer para cometer con ella acciones deshonestas. Y aun cuando esta mujer sea soltera ó casada , sea viuda ó pertenezca á cualquiera otra condicion , siempre hay raptó , y es pecado gravísimo el que se comete, no solo contra la castidad , por el fin con que saca el raptor á esa mujer, sinó contra la justicia por el acto de violencia con que lo ejecuta.

No tan solo condena el Señor en el sexto mandamiento las obras impuras, sinó tambien toda palabra que ofenda á la virtud santa de la pureza, y provoque ó incite á cometer pecados torpes y carnales. De suerte que ofende á Dios aquel que dice expresiones torpes, toma parte en conversaciones deshonestas ó las permite en su casa, por cualquier motivo que sea. Y entended bien esta doctrina, hermanos míos, porque se padecen en órden á ella varios errores. Creen algunos, que tan solo comete pecado el que habla obscenidades deliberadamente, como aquel que las dijera para seducir á alguna persona, ó para incitarla á pecar, ó con algun otro fin depravado. Los que así piensan, estan en verdadero error, porque no solo pecan por palabra contra el sexto mandamiento los que

(1) Ezequiel. Cap. 22.

tienen conversaciones impuras, ó profieren palabras deshonestas con ánimo de seducir ó de corromper á otros, sinó que cometen el mismo pecado todos cuantos cooperan á esas conversaciones; los que celebran, rien ó dan muestras de agrado, escuchándolas, así como los que las autorizan con su presencia, los que las procuran como alimento cotidiano de la corrupción de su corazón; así como los que las oyen casualmente, pero no se retiran del lugar pudiendo. Jamás puede el cristiano tomar en su boca palabras inmundas, sin manchar horriblemente su alma; ni por pasatiempo, ni por bufonada, ni por broma, es lícito proferirlas; al contrario, la indignación divina vendrá sobre aquel, cuando olvidando la dignidad y santidad de su profesión cristiana, se rebaje hasta pronunciarlas. ¿Y qué diremos de los que escandalosamente las dicen delante de niños inocentes ó de mujeres timoratas? Qué diremos de los que hacen alarde de ellas entre toda clase de personas? Llamaremos con la Santa Escritura á todos éstos, « Cáncer devorador que causa la muerte á cuantos desgraciados alcanza su aliento corrompido (1). » Les repetiremos la sentencia del Espíritu Santo: « Que son sus bocas verdaderas sentinas, que arrojan pestilencia (2). » Ved ahí lo que les diremos con el oráculo sagrado, y á lo que nos da también derecho la inmundicia de que viven repletas tales almas.

Pero aun nos prohíbe el Señor en este mandamiento consentir en pensamientos impuros y deshonestos. Quiere que nuestra pureza sea perfecta; y no lo sería, si pudiésemos entregarnos libremente á pensamientos torpes. Sentir un mal pensamiento, no es

(1) II. á Timoteo. Cap. 4.

(2) Salmo 18.

consentirlo, hermanos míos; al contrario, Dios permite que nos asalten á menudo malos pensamientos , para que de esa manera nuestra vigilancia sea continua. Porque, sabiendo que nuestro enemigo mortal está frente á nosotros, y que aprovechará cualquier momento de descuido para tentarnos y vencernos, nos mantendremos vigilantes del mismo modo, que el centinela que tiene vecino al ejército enemigo. Permite tambien las tentaciones para dar lugar á que ejercitemos las virtudes. Estas se ejercitan, en efecto, con la resistencia continua de los malos pensamientos, humillándonos delante de Dios, haciendo actos interiores de caridad, de fé y de esperanza; y sobre todo, llevando las tentaciones con paciencia y resignacion. Tambien las permite, finalmente, para que con nuestra resistencia ganemos méritos mas copiosos para ser admitidos en el Reino de los cielos. Mas, ¿cuál debe ser nuestra conducta en los asaltos de los malos pensamientos? — Sentir no es consentir, vuelvo á repetir; y por consiguiente, el alma que los siente, no debe afligirse, sinó que ha de acudir á Dios inmediatamente. Es esta su primera y mas importante diligencia. Pero ha de acudir inmediatamente, repito, ya sea levantándole el corazon, ya rezando con fervor la oracion del *Padre Nuestro*, ó ya buscando el socorro divino por medio de la Santísima Virgen, rezando el *Ave Maria*. Mas ha de ocurrir inmediatamente, vuelvo á decir, porque en la demora está el peligro de caer. Es el mal pensamiento que asalta al cristiano como la brasa que cae en nuestra mano: si la botamos al instante que la sentimos, no nos quema: si somos negligentes para sacudirla, chamusca nuestra carne, y nos deja sentir algun ardor; pero si voluntariamente la retenemos, un instante que sea, nos quema y abraza dolorosamente.

Consiente el hombre en los pensamientos malos, cuando su voluntad se deja arrastrar por las imaginaciones del entendimiento ó por los movimientos y deleites de la carne. Cuando la voluntad de esa manera se inclina, y adhiere á los malos pensamientos, aunque no llegue á ponerlos en ejecucion, hay consentimiento, y se comete pecado. Cuando el pensamiento consentido ha sido con persona de otro sexo, hay obligacion de advertir al confesor el estado de esa persona, ó, si es pariente, en qué grado.

No solo pecan contra este mandamiento los que piensan ó dicen algo contrario á la pureza, sinó tambien los que hacen algo que pueda servir de estímulo para cometer pecados contra esa virtud: los bailes indudablemente son de esa condicion; no condenaré por cierto como estímulo de pecado á todos los bailes indistintamente; pero sí diré que la mayoría infinita de estas diversiones sirven de incentivo á las pasiones, y producen deseos y afectos peligrosos en la voluntad. Distingo los bailes en que intervienen personas serias y de honesta vida, de los otros en que danzan mezclados jóvenes de sexos diferentes. Distingo los bailes que se ejecutan por honesta recreacion en casas honradas, y en los que presiden la decencia y el pudor, de los otros en que la vanidad, la lujuria y la ociosidad de personas mundanas, los toman como medio de alimentar sus pasiones desordenadas. Vosotros comprendereis, hermanos míos, que nadie conoce fácilmente las intenciones de otro, y que las pasiones mas violentas muchas veces se disfrazan, y aun se ocultan; pues, por lo mismo, digo yo, es difícil discernir cuándo se podrá lícitamente concurrir al baile sin temor de que éste pueda servir de ocasion para cometer pecado. Por esta razon San Juan Crisóstomo y San Bernardo le llamaron en sus elocuentes sermones « escuela

del Demonio, » y San Agustín condenaba á los que se mezclaban en los bailes mundanos (1). Es cierto que danzó David delante del arca del Testamento, que danzaron las hijas de Israel celebrando la victoria obtenida sobre Goliath filisteo, y cierto tambien que danzarán eternamente entre gozos inefables los coros bienaventurados (2); pero notad, hermanos míos, que David bailó solo y al son de su propia harpa delante del Señor, despojado de sus vestiduras reales y con su alma humillada profundamente; bailaron las hijas de Israel, pero solas, y nó con mezcla de personas, que pudieran introducir en su corazón desórdenes ajenos de la santidad del acto, con que tributaban al Señor humildes gracias por la victoria alcanzada sobre los enemigos de su pueblo; y bailarán, en fin, eternamente los coros purísimos de las vírgenes, cuando, admitidas á las bodas del Cordero, exentas de toda pasión, ofrecerán el sacrificio de su amor y de sus alabanzas al Señor, entre cánticos, salmos y melodías celestiales por toda la eternidad.

Ved ahí, hermanos míos, la imagen de los bailes honestos, que jamás podrán ser peligrosos para el alma, y nadie podrá reprobar. Mas no son éstos los que se ejecutan ordinariamente; no son éstos aquellos donde pierde cada día la niña honesta su pudor, el joven su recato, la mujer casada su honradez, y el hombre, hasta allí virtuoso, su moderación y aun su juicio.

Los bailes tales como hoy se practican, aun en casas de buen tono, son verdadero peligro para cuantos en ellos intervienen, y por consiguiente, son pecado. Jóvenes de sexo diferente, acompañándose con movimien-

(1) Super Psalm. 31.

(2) Qui pergis inter lilia Septus choreis virginum. Eccles. in Offic. Virg.

tos lascivos, tocando y aun estrechando sus cuerpos ; libres mientras tanto para dirigirse palabras afectuosas, ¿ qué incendio, hermanos míos , qué incendio tan espantoso no han de experimentar ? Yo prescindo aquí de aquellos bailes escandalosos, en que la desenvoltura y el desempeño de los danzantes hacen que toda persona, cuyo corazon no esté completamente depravado, se abstenga aun de presenciarlos; prescindo tambien de los bailes de máscara ó de fantasía, en que el disfraz ó los artificios que cubren la figura natural, dan lugar á que se cometan impunemente todo género de excesos; y prescindo, en fin, de las danzas tomadas como pretexto para verdaderas citas amatorias donde dos amantes se comunicarán mutuamente sus pasiones , y arderán en fuego impuro y deshonesto. Prescindo, he dicho, de estos bailes, porque por su naturaleza misma estan condenados por la ley divina, por la recta razon , y aun por la decencia y dignidad de cada individuo. He dirigido mi discurso á esos que suelen, no sé porqué, llamarse bailes sérios. En estos mismos veo mil peligros para la inocencia, y mil motivos de ruina para la virtud. En un baile sério ardia en concupiscencia el alma del rey Heródes , y deseando complacer á una bailarina desenvuelta é hija de una prostituta, mandó cortar la cabeza al Santo Precursor de Jesucristo. En un baile sério se preparaba el pueblo de Israel para idolatrar, adorando al becerro de oro; y en bailes de esta misma naturaleza tantos de vosotros, que me escuchais, abristeis vuestro corazon á mil afectos pecaminosos, y adorásteis los ídolos de tantas pasiones que os eran extrañas hasta entónces. ¿ Cómo entónces pueden haber personas que se tienen por buenas, y se atreven á tolerar en sus casas tales bailes ? Cómo hay personas que frecuentan sacramentos y concurren á ellos sin temor ni escrúpulo

de alguna especie? ; Oh escándalo! oh escándalo! diré con San Alfonso Maria de Ligorio, quereis asociar el peligro de cometer el pecado que injuria á Dios, con las diligencias que se practican para amarlo.

Pecan tambien contra este mandamiento los que concurren á representaciones inmorales y deshonestas. Cualquiera percibe que la concurrencia á lugares profanos donde se reunen tantas personas vestidas con mayor ó menor lujo, muchas de ellas inmodestamente, y no pocas ostentando en su porte, en sus maneras y aun en sus palabras la falta de pureza de su infeliz corazon, no puede ménos que ser peligroso para la virtud del alma, del mismo modo que lo es para la salud del cuerpo entrar en una casa donde los apestados infestan el aire, y lo hacen de condicion malsana. Pero agréguese que á mas de la reunion donde se ostenta la inmodestia, la desenvoltura y tantos otros incentivos de pecado, la representacion misma de los lances puestos en escena no puede ménos que aumentar los peligros. ¿Cuál habrá que no sienta en sí la impresion del mal ejemplo, del escándalo, del vicio, en una palabra, representado con toda su gravedad? Pues esto es, hermanos mios, lo que sucede generalmente en el teatro; y ved ahí, porqué la prudencia cristiana aconsejará siempre evitar la asistencia á esos lugares. Oigamos la leccion que nos da sobre ésto el ilustre Doctor de la Iglesia San Gerónimo. Habia en su juventud visitado los teatros, asistido á los circos, y tomado parte en los espectáculos que frecuentaba la juventud romana. Llamado despues á los vastos desiertos por inspiracion divina, y extenuado allí su cuerpo por la penitencia mas dura, sentia todavia en las potencias de su alma y en la carne de su cuerpo los terribles efectos de su antigua conducta. « En esta vasta sole-

dad, dice, abrazado por los ardores del sol, mi imaginacion me hace encontrar de nuevo todas las delicias de Roma. En esta cueva profunda donde no tengo mas comercio que con osos y escorpiones, el ayuno ha desfigurado mi rostro, y pegado mi piel sobre mis huesos, despedazo mi cuerpo, maltrato y quiebro mi pecho, y á pesar de todo esto, siento que en mi carne vive todavía la llama impura. Indignado contra mí mismo huyo de mi cueva, considerándola cómplice de mis pensamientos, me interno en el desierto, espanto á las bestias con mis gemidos; y la noche que viene á sorprenderme en medio de los montes, aumenta todavía la amargura de mi corazon. Cuántas veces extenuado por los ayunos, las vigiliass y el cansancio, mi cuerpo al parecer ha sucumbido, pero vuelto en mí, veo que la impureza vive aun en mi carne. ¡ Oh mundanos que vivis en las delicias, ¿ me habeis oido? Si yo en la soledad, con un cuerpo concluido por la penitencia, tengo tantos combates que sostener; vosotros en el seno de la seduccion, rodeados de imágenes halagüeñas, ¿ qué caidas tan espantosas no debeis temer? A vuestro alrededor no hay sinó atractivos de pecado, y en vuestro interior un corazon sensible por sí mismo; su naturaleza le ablanda y su actividad le arrastra. ¡ Pasion fogosa! ni los ayunos, ni las mortificaciones pueden reprimir tus ímpetus, ni las lágrimas, ni la sangre pueden apagar tus llamas! Tú ardes bajo el saco que me cubre, tú te mantienes en la ceniza en que me entierro. ¿ Qué incendio no producirás, si no se modera tu ardor incensato? » Hasta aquí San Gerónimo, que hablándonos de esa manera, nos revela lo que sabia por experiencia propia, y para prevenir á todos los que aman reuniones de esa naturaleza.

Sirven tambien de incentivo para los pecados de

impureza la embriaguez, la glotonería y la vida ociosa que fomentan pasiones bajas y dan brío á los estímulos desordenados de la carne. Los trajes inmodestos, finalmente, que no solo encienden las pasiones propias, sino que dispiertan é irritan las ajenas, todos estos quedan prohibidos por el sexto y el nono mandamiento de la ley divina.

Jesucristo Nuestro Divino Salvador nos manda hacer guerra á muerte á nuestra concupiscencia. « El que se aborrece, dice, á sí mismo por amor mio, salvará su alma, y la encontrará con seguridad en la vida eterna (1). » Nos manda por eso practicar la mortificacion de los sentidos como medio el mas á propósito para humillar nuestra naturaleza, y nos promete su asistencia siempre que la invoquemos con humildad en medio de las perversas tentaciones. Ved ahí los remedios mas eficaces, que debemos emplear en esa guerra terrible, que nos hace nuestra propia carne empeñada con mancharnos con los viciosos efectos de la impureza: la mortificacion de nuestros sentidos y la fervorosa oracion. La mortificacion prepara la carne para resistir á los asaltos violentos, con que sus propios apetitos la conmueven: á ella ocurrieron por eso todos cuantos se resolvieron á conservar intacta su pureza. En medio de la mortificacion conservaron los justos esa fidelidad para con Dios que inspira al cristiano vigilancia sobre sí mismo; con la mortificacion fortalecieron sus propósitos los penitentes, y con la mortificacion, en fin, triunfaron los Santos en las batallas que soportaron antes de recibir el premio de que disfrutaban.

Mas esta mortificacion necesita ser acompañada por

(1) Mateo. Cap. 10.

la oracion! « Orad, nos dice Jesucristo, para que no caigais en tentacion (1). » Este es mandato que nos impone, y mandato del que no podremos prescindir sin exponernos á funestas caídas. El mismo Jesucristo nos ha prevenido cuáles son entre nuestros enemigos los mas temibles, y son por cierto aquellos que El llama domésticos, porque estan con nosotros y nos siguen á todas partes sin dejarnos un solo instante. Estos enemigos son nuestros sentidos: oremos fervorosamente para vencerlos, oremos de dia y de noche, oremos con el corazon y con el espíritu, á fin que vivamos á toda hora prevenidos contra sus asechanzas. Los cristianos tibios, negligentes y perezosos que no claman á Dios con oraciones fervorosas, son los que ordinariamente se encuentran sin fuerzas para resistir á las exigencias de su carne corrompida. No seamos de este número, sinó que, al contrario, invocando á Dios continuamente, y mortificando nuestros sentidos vivamos siempre dispuestos para combatir á los enemigos de nuestra alma, de tal modo, que, pasada la batalla de esta vida, merezcamos llegar á los premios eternos de la gloria que os deseo.

(1) Mateo. Cap. 26.

INSTRUCCION DÉCIMA OCTAVA.

DEL SÉPTIMO Y DÉCIMO MANDAMIENTO.

Non furtum facies. —

Non concupisces domum proximi tui.

No hurtarás. — No desearás los bienes ajenos.

(Exod. Cap. 20.)

Grabó Dios en la naturaleza humana este precepto de « dar á cada uno lo que le pertenece; » y cuando con altísima providencia da á los hombres ley escrita, consagra en estos mandamientos aquel mismo precepto, escribiendo en las tablas de su ley divina: « No hurtarás. » De esta manera el hombre que lleva escrito en el fondo de su conciencia que debe dar á cada uno lo que es suyo, aprende de boca del mismo Dios, que no ha de tomar lo ajeno contra la voluntad de su legítimo dueño; aprende á respetar la fortuna ajena, á rechazar todo pensamiento de codicia, á regocijarse por ella como de su propio bien, y á dar gracias al Señor que distribuye sus dones entre sus criaturas del modo que conviene á los altísimos fines de su adorable providencia. De suerte, hermanos míos, que en estos preceptos, « No matarás, y no codiciarás los bienes ajenos, » Dios nos manda obrar con justicia y equidad con nuestros prójimos en orden á sus intereses. No pareciendo bastante á su infinita caridad habernos mandado que fuésemos como retratos de su bondad en el amor á nuestros semejantes, haciéndoles beneficios; de su misericordia, perdonándoles las inju-

rias; y de su infinito amor, amándoles como á nosotros mismos; de nuevo nos encarga extender todavía mas esa misma caridad, de tal modo que comprenda los bienes temporales del hombre, y no ya solo su persona. Por consiguiente, prohíbe toda injusticia, causar cualquier daño á su fortuna ó á sus bienes temporales; así como quitar, usurpar ó retener todo aquello, que con legítimo derecho no pueda cada uno llamar suyo. Manda, 'finalmente, al cristiano restituir todo lo que usurpó ó quitó, bajo la pena de no perdonarle su pecado, sinó lo hace cumplidamente.

Ved ahí, hermanos míos, lo contenido en estos mandamientos de la ley divina que voy á explicaros. Escuchadme.

Prohíbe Dios el hurto en el séptimo mandamiento, y hurto llamamos con el Angélico Doctor, « tomar la cosa ajena contra la voluntad racional de su dueño (1). » Decimos *contra la voluntad racional*; porque, si alguno tuviese razon para tomar la cosa ajena, ó para compensarse lo que justamente se le debía, ó en caso de extrema necesidad, el que toma lo ajeno, no comete hurto.

El hurto se divide en simple hurto, y rapiña. Llamamos simple hurto, « quitar ó retener ocultamente la cosa ajena contra la voluntad de su dueño. » El hurto por su naturaleza es pecado mortal. « Oid la palabra del Señor, dice Dios por el profeta Oseas; el Señor va á juzgar á los moradores de la tierra, porque no hay verdad, ni hay misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. La maldicion y la mentira, el homicidio, el robo y el adulterio la llenaron (2). » De esta manera nos muestra el Señor, cuánto aborre-

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae} quaest. 66. art. 1.

(2) Oseas. Cap. 18.

ce la injusticia que comete el ladron, y con cuánta severidad quiere castigar el pecado de hurto.

• Cuando el hurto se refiere á una cantidad ó especie de poco valor, el pecado que se comete es solamente venial, pero no es posible señalar en este punto una cantidad fija como materia de hurto grave, ni de hurto leve; pues aquello que podria ser grave respecto de unos, no lo será con relacion á otros. Por ejemplo: dos reales robados á un pobre será pecado grave, mientras que tomados á un rico será pecado venial. Podemos, sin embargo, decir con seguridad, que robar un peso á cualquier persona rica, será pecado mortal, así como robar cuatro reales á un individuo acomodado, dos reales al pobre artesano, uno al infeliz jornalero, un centavo, ménos que eso todavía un pan á la miserable viuda, todo eso es pecado gravísimo de hurto. Debo advertir, hermanos mios, que cuando digo que debe llegar á tal suma la cantidad robada al hombre rico ó acomodado para que sea pecado mortal, no se entiende que robándole ménos que esa cantidad, y con ánimo de robarle siempre que se pueda pequeñas cantidades, se cometa solo pecado venial. Estaria en error quien pensase de este modo, porque aun cuando es solamente pecado leve tomar á otro una cosa leve, puede este pecado leve hacerse grave, llegando á grave la cantidad que se roba. Esto sucede cuando el que roba hoy, por ejemplo, un real, mañana le roba otro real y siempre con ánimo de seguir así robando: cuando todos esos reales juntos forman materia grave, se incurre en pecado mortal. Y desde luego debo decir que en este pecado caen aquellas personas domésticas, sirvientes ó hijos de familia que, destinados á hacer las compras cotidianas para la casa, se quedan cada dia con algo del dinero

recibido para esas mismas compras. Y no se diga que ellos lo ahorran ya regateando, ya consiguiendo mercado mas barato; porque de cualquiera manera que lo ahorren, no lo hacen suyo, sinó que pertenece á su dueño por quien fueron encargados de administrar ese dinero honradamente.

El simple hurto aunque es uno por naturaleza, y como hemos dicho, consiste en « tomar lo ajeno contra la voluntad racional de su dueño, » se presenta á veces con circunstancias que lo agravan sumamente. Cuando el simple hurto es, por ejemplo, de cosa sagrada, ó bien sea robada en el templo, ó destinada al culto del Señor, pero que se guardaba fuera del templo, se llama entónces sacrilegio, y éste es siempre pecado mortal, aun cuando la cosa robada sea leve. La razon de esta gravedad es la injuria directa á Dios, que hace el hombre que roba este objeto consagrado á su culto. Si la cosa que se roba pertenece á la república, ó el ladron aprovecha la ocasion que le da su empleo para cometer ese robo, se llama peculado, y en ambos casos el robo viene á ser grave por estas circunstancias graves que lo acompañan.

Vió el Profeta anegada la tierra por todo género de males, consecuencia de la injusticia con que obran los hombres (1), y yo me explico, hermanos míos, esa inundacion, cuando considero la extension inmensa de los pecados que se cometen contra este mandamiento. Porque hurto cometen los vendedores que quitan algo en el peso ó en la medida de los objetos que venden; como así mismo aquellos que, ofreciendo en venta un efecto como de buena calidad, lo dan malo ó de condicion muy inferior á la que ofrecen. Hurto

(1) David. Salmo 17.

cometen los que ganan excesivamente en los artículos que venden de primera necesidad. Llamamos artículos de primera necesidad aquellos, sin los cuales no podrá el hombre sostener regularmente su vida, tales son, por ejemplo, el pan, la carne y el fuego; el alimento y el vestido necesario para el abrigo. Hay hombres sin conciencia que, especulando con el hambre y las demás necesidades de sus prójimos, venden en tiempo de carestía á precios muy subidos esos efectos. Nadie podrá, es cierto, condenar como pecado que procure cada cual ganar con el trigo ó maiz de sus graneros, con el vino de su bodega ó con los géneros de su almacén, principalmente cuando la cosecha de aquel trigo no ha sido abundante, y la conservación de aquellos paños le cuestan mucha diligencia. Seria injusto que esos individuos no recogiesen el provecho, que todo hombre tiene derecho para esperar como recompensa legítima de su trabajo. Pero esa recompensa, decimos, debe ser legítima, y no lo será, sinó cuando la ganancia sea moderada, procurando conciliar en ella el provecho del que vende y la necesidad del que compra. ¡Ah Católicos! sabed que llegan al cielo los clamores de los pobres en los días de aflicción, y que Dios los oye y los compadece con entrañas misericordiosas. Vengará al pobre, dice el Profeta, oprimido por el rico, y castigará á éste, porque endureció su corazón para no socorrerle en su miseria (1).

Hurtan también los albaceas que descuidan dar á su tiempo el cumplimiento debido á la voluntad significada en su testamento por el testador. ¡Ah Católicos! asombro causa lo que sucede á este respecto. Mandas he-

(1) Salmo 139.

chas á los hospitales, Iglesias ó á otras obras piadosas, cuya verdadera causa es cierta obligacion de conciencia que se quiere llenar, son descuidadas por los albaceas hasta tal punto, que no es raro ver menoscabados los bienes de la testamentería, y quedar insolutas esas mandas con gravísimo perjuicio de los pobres beneficiados, y de la justicia que exigia imperiosamente su cumplimiento.

Cometen robo los tutores que defraudan los intereses de los menores, ya por negligencia en administrar los bienes, ya gravándolos con gastos indebidos, o ya, finalmente, lucrando con ellos en beneficio propio. Dios declara sagrados los derechos de los huérfanos, así como los de la viuda y el desvalido, y declara además, que los defenderá, y vengará la injusticia de sus opresores.

Cometen así mismo pecado de robo los que ocultan las especies robadas, ó dan á los ladrones arbitrio para ocultarlas; y lo cometen tambien los que participan del robo, ó á sabiendas sacan de la cosa robada algun provecho. Supongamos, por ejemplo, que entra un hombre á un potrero, y saca un animal, lo lleva á su casa, y en compañía de otros lo mata, y entre todos lo benefician y lo comen, todos éstos se hacen participantes del robo, y todos cometen pecado de hurto. Este mismo pecado cometen los que compran especies robadas, y llevados de su codicia, encontrando barata una alhaja, ó un mueble, ó una ropa, ó lo que fuese, la compran, á pesar que la persona que la vende es sospechosa, y el mismo hecho de venderla á bajo precio la haria sospechosa, aun cuando no lo fuera.

Los usureros que prestan dinero con fuertes intereses incurren tambien en el pecado de hurto. Aunque seria muy difícil poder señalar hasta qué canti-

dad podria cobrar el individuo que presta su dinero, para indemnizarse de la ganancia que pudiera hacer negociando con él, sin embargo, no podrá jamas ser tal ese interes, que arruine al individuo que se compromete á satisfacerlo. Es verdadera usura la que en esos casos se comete, y como tal ha sido solemnemente condenada por Dios. Oid lo que dice el Evangelio: « Si prestais á aquellos de quienes esperais recibir, qué mérito tendreis (1) ? »

Los jugadores de profesion, que usan de medios ilícitos para ganar, así como los que juegan con hijos de familia ó con otras personas que no pueden perder porque no tienen bienes suyos, cometen tambien pecado de hurto.

Tambien lo comete la mujer que malgasta el dinero de su marido, empleándolo en vivir lujosamente, entrando en gastos que la fortuna de aquel no puede soportar. Comete robo, repito, la mujer que toma ocultamente dinero de su marido, lo esconde ó negocia con él por cuenta suya, poniendo á veces con este proceder irregular, en grandes apuros á aquel.

Cometen robo los hijos de familia que á escondidas de sus padres les toman dinero ú otras especies para gastarlo en juegos, lujo ó diversiones; y así mismo hurtan cuando el dinero, que de sus padres recibieron para usos honestos, lo emplean en desórdenes.

Dijimos ántes, que á mas del pecado de simple hurto, se cometia contra este precepto el de rapiña. Este consiste « en el acto por el cual un individuo se apodera violentamente y por fuerza del bien ajeno (2). » Este pecado siempre es grave por razon de la injuria grave que con la violencia se infiere á otro. Ra-

(1) S. Luc. C. 6.

(2) S. Thomas. De praeceptis.

piña cometen los que asaltan á su prójimo en los caminos públicos, ó en la casa, ó en el campo, ó en cualquiera otro lugar para arrancarle con violencia ó sus ropas, ó su dinero, ó cualquiera otro objeto que posee y tiene consigo. Quien obra, hermanos míos, de esta manera, desprecia escandalosamente la ley natural, las leyes divinas y humanas, é infiere á su prójimo un agravio atroz. A la injusticia agregan los que cometen este pecado la cobardía con que proceden, pues que armados atacan al hombre pacífico que, ocupado de sus quehaceres, no aguardaba ser sorprendido por enemigos que no conoce, y ni aun contaba tener.

La ley divina condena solemnemente la rapiña. El Salvador del mundo excluye formalmente del reino de los cielos á los salteadores, y las leyes humanas los castigan también con severidad.

Lo que hemos dicho de los que participan de los hurtos, debemos también repetir de aquellos que se hacen cómplices de la rapiña, ó bien acompañando á saltar, ó alojando en su casa á los salteadores, ó ayudándoles á esconder las prendas robadas, ó escondiéndolos á ellos mismos cuando la justicia, cumpliendo su deber, se empeña por prenderlos para castigarlos como merecen. Y no solo comete pecado de rapiña, por consiguiente, el que materialmente arranca su prenda al prójimo, sinó todo aquel que á sabiendas ayuda al saltador en la vil y miserable empresa de apoderarse de lo que no es suyo, arrancándolo á su legítimo dueño.

Prohíbe también este mandamiento retener lo ajeno. Puede esto suceder de dos maneras: 1.º reteniendo aquello que se entró á poseer de mala fé y á sabiendas de que no era suyo; en este caso se cometió pecado en el acto mismo de tomar la cosa retenida; y 2.º cuando

se entra á poseer una cosa con buen título ; mas despues se tiene por cierto que esa cosa pertenece á otro. En este caso el pecado se comete solo cuando se adquiere esta noticia con seguridad, porque desde entón-ces solamente el que la posee no tiene derecho para retenerla. Por consiguiente, si el que ha poseido una finca, ó una alhaja, ó dinero, ó cualquier otro objeto, de buena fé, conoce despues que eso que él retenia no le pertenece, sinó que al contrario tiene su legítimo dueño á quien debe en conciencia devolvér-selo, y no lo hiciese, comete pecado reteniéndolo, desde el mismo momento que formó conciencia de que ese objeto era ajeno. Mas antes de formar esa conciencia, no ha cometido pecado, y ha podido retenerlo y disfrutarlo como suyo.

Pecan, por retener lo ajeno, los patrones que no pagan su salario á los sirvientes con exactitud, y les hacen carecer del fruto de su trabajo injustamente. Cometan igual pecado los que no pagan los jornales ó salarios de sus trabajadores en dinero, sinó que los obligan á recibir especies en sus tiendas ó despachos. Sucede, hermanos míos, frecuentemente, que los pobres jornaleros obligados de ese modo á recibir á precio subido especies que ni quieren, ni necesitan, tienen que venderlas por un precio muy inferior para proporcionarse aquello que realmente necesitan ; de esa manera todas las fatigas de su trabajo vienen á ser casi estériles para ellos y sus pobres familias ; y solo sirven para enriquecer al miserable avaro, que viola la justicia de esa manera abominable.

Tambien retiene lo ajeno el que, debiendo la prenda ó el dinero que recibió prestado, no lo vuelve al tiempo convenido, y si no se fijó éste, cuanto antes le fuese posible ; y aun cuando aquello que se recibe prestado,

parezca á veces de poco valor, hay obligacion de volverlo con fidelidad. Sin embargo, ciertas personas no escrupulizan retener los libros que se les prestan por ejemplo, dando lugar á que el que prestó sufra pérdidas considerables, como dejar truncas obras que son de valor, viniendo entónces aquello que parecia de poca consideracion á causar un mal grave. Así mismo retiene lo ajeno quien, hallándose algo casualmente, se lo apropia, y léjos de emplear medios prudentes para averiguar cuál sea su legítimo dueño, lo deja tranquilamente en su poder, y cuando ha parecido aquel no lo entrega, ya alegando pretextos frívolos, ya recusando simplemente esa devolucion que manda la ley divina en este mandamiento.

Retienen, finalmente, lo ajeno aquellos que, debiendo pagar censos, capellanías ó rentas de Iglesia ó de obras pías, demoran los pagos sin causa justa, como si las Iglesias ú obras pías no fudiesen, para percibir aquello que les pertenece, el mismo derecho con que cualquier particular cobra lo suyo. Y si es justo que á éste se le pague, tanto mas lo es pagar á las Iglesias, á los hospitales, hospicios y demas lugares pios, donde los pobres y desvalidos encuentran asilo en sus adversidades. Entre estas personas debemos nombrar muy particularmente á los que negocian con dinero de estas mismas obras pías, empleando en beneficio propio lo que debia directamente convertirse en beneficio de los pobres, ó en el culto del Señor.

El pecado de hurto lleva consigo la obligacion de restituir; de modo que tanto los que tomaron lo ajeno contra la voluntad de su dueño, como los que retienen injustamente lo que pertenece á otros, estan obligados á la restitution, y no se perdona el pecado si no se restituye la cosa hurtada; porque la restitution es un acto de justicia, por medio del cual se satisface al pró-

jimo del daño que se le hizo, ya tomándole ó ya reteniéndole. Las santas Escrituras nos manifiestan que esta restitucion es de derecho (1), y por consiguiente, que todo el que ha tomado ó retiene cosa ajena, y no la restituye pudiendo hacerlo, no puede alcanzar perdon. La palabra divina nos enseña, que el primer requisito, que debe encontrarse en el hombre arrepentido, es el aborrecimiento eficaz de los pecados; y es claro, que no los aborrece de ese modo el que retiene todavia lo que ha tomado injustamente.

Inútil es, Católicos, venir al tribunal de la penitencia, inútil confesarse y recibir del sacerdote la absolucion, é inútil mil veces, repito, decir que hay en el alma arrepentimiento de las culpas, sinó va acompañado ese arrepentimiento de la resolucion firme de restituir lo ajeno, aun cuando fuese esto á costa de grandes sacrificios. Por eso, hermanos mios, es muy dudosa la confesion de aquellos que no hacen diligencias para restituir los hurtos, contentándose con prometer al confesor que los pagarán cuando puedan, promesa que no cumplirán, porque ni cercenan algo de sus gastos, ni dejan de jugar, ni de divertirse á trueque de pagar. Quien debe restituir, ha de procurar hacerlo por sí mismo, y no atenerse á mandar á sus herederos que lo hagan despues de su muerte. Es éste un lazo de Satanás, tendido para enredar las almas, y en el que realmente caen y perecen muchas. El Angélico Doctor Santo Tomás aduce varias razones para probar hasta donde es injusto y temerario semejante proceder (2). 1.º El que hizo el daño tiene obligacion de repararlo por sí mismo. 2.º Dejar á otro el encargo de restituir, es manifestar que está aun la voluntad

(1) Mateo. Cap. 18; S. Pablo á los Romanos. Cap. 13.

(2) 2.º 2.ª quæst. 62. art. 2.

apegada al bien ajeno, pues no quiere desprenderse de él. 3.^a No debemos exponernos á que otros, siendo infieles, ú omisos para cumplir nuestros encargos, den lugar á que la restitucion que debemos quede sin ejecucion. Sucede, por desgracia, muy frecuentemente, que los encargos hechos por los testadores quedan sin ejecutarse durante muchos años y no pocas veces para siempre: unas por codicia de los ejecutores que se apropian los bienes destinados á la restitucion, otras por negligencia de los albaceas, y las mas, en fin, porque es tan fácil cobrar aficion á los bienes ajenos, y tan difícil desprenderse de éstos. Yo mismo he encontrado personas que estaban encargadas de hacer restituciones por cuenta de sus padres, y pidiendo los documentos antiguos que obraban en poder de la persona actualmente obligada, fuí encontrando que el encargo venia sucediéndose desde mas de un siglo atrás; de modo que cuatro albaceas no habian cumplido con lo que ordenó el primer mandante, limitándose cada uno á encargar en su testamento el cumplimiento de la restitucion. Por todas estas razones concluiré, con aquel santo Doctor, que el deudor por hurto ó retencion de cualquier bien ajeno debe por regla general hacer su restitucion al dueño de la cosa hurtada. « Cada cosa reclama su dueño, » dice el principio de derecho, y debe, por consiguiente, el que hurtó, procurar volver la cosa hurtada al poder de quien la tomó. Suponiendo que ha muerto el dueño de esa cosa, en tal caso debe hacerse la restitucion á sus herederos legítimos, ó á aquellos á cuyo favor dejó sus bienes. Mas si la persona robada no ha dejado ni hijos, ni herederos, ni quien lo represente legítimamente en el dominio de sus bienes, entónces deberá hacerse la restitucion en limosnas á los hospitales, hospicios de po-

bres, asilos de viudas ó huérfanos, y á los pobres vergonzantes, prefiriendo los hospitales y los pobres del lugar mas vecino al punto donde residia la persona robada.

Por lo dicho comprendereis, hermanos mios, que la justicia reclama que toda restitution sea hecha á la persona misma á quien se debe, y por su falta á quien legitimamente le represente. Algunas personas creen que es legitima y bien hecha la restitution, cuando se da la cosa ó su valor al hospital, se paga en Misas, ó se invierte en limosnas dadas á los pobres. Mas éste es un verdadero error, porque ni ese hospital, ni esos pobres, son dueños de la especie robada, y por consiguiente, no tienen legítimo derecho á eso de que no son dueños. Los que de esa manera restituyen, entiendan que no cumplen con el precepto de la restitution. Solo en los casos de que el dueño de la especie hurtada haya muerto sin dejar legítimos herederos, ó se ignore quien es el dueño de esa cosa, ó no se sepa dónde está ese dueño, solo en estos casos, repito, se puede lícitamente hacer la restitution dando la cosa hurtada ó su valor á los hospitales y á los pobres, ó mandando aplicar Misas por los dueños de esa misma cosa.

El que no puede restituir actualmente aquello que hurtó, debe al ménos desear adquirir medios para hacerlo cuanto antes. Debe ademas trabajar eficazmente para tenerlos, y de lo poco que vaya adquiriendo, debe tambien poco á'poco ir pagando su deuda. De otro modo no manifestará que hay en él deseo verdadero de restituir, y de libertarse del peso enorme de responsabilidad con que lo grava el bien ajeno que retiene. Nadie podrá persuadirse de que alguno desea restituir, cuando lo ve divertirse, gastar en cosas superfluas,

darse, en fin, buena vida, sin que le preocupe, al parecer, la consideracion de los perjuicios que reciben los prójimos á quienes tomó y perdió sus bienes, como viudas que lloran, niños sin educacion, viejos en la mendicidad, y tantos otros males que son consecuencia natural de la usurpacion de bienes ajenos. Es indispensable, que aquel que tenga deseo eficaz de reparar los males ocasionados por sus hurtos, haga cuanto pueda por satisfacerlos, al ménos en aquella parte y medida que pudiese, trabajando siempre hasta llenar cumplidamente su deuda.

Pero prohíbe este mandamiento no solo hurtar lo ajeno, sinó tambien hacer daño al prójimo en sus intereses. Por consiguiente, pecan contra él todos los que arriesgan intereses ajenos, principalmente cuando los toman á préstamo sin las seguridades necesarias, para especulaciones riesgosas, y que muchas veces no conocen suficientemente; resultando que pierden los capitales empeñados, y hacen perder ó á los fiadores si los tenian, ó á los dueños de los capitales; quedando unos ú otros insolutos, desde que no tiene el deudor con qué pagar. Estos cometen verdadero hurto, porque no debian en proyectos de esa naturaleza empeñar dinero ajeno. Los que, abusando de la confianza del prójimo, giran con capitales que no son propios, y sin estar autorizados por sus dueños de un modo formal, cometen tambien pecado contra este precepto; y en fin, lo cometen todos los que, directa ó indirectamente, á sabiendas hacen cualquier perjuicio á otros en sus intereses.

Finalmente, el séptimo y décimo mandamiento de la ley divina, ordenan no codiciar los bienes ajenos. Reprime Dios con estos preceptos esa inclinacion del hombre á enriquecerse con bienes de la tierra, aun

cuando sea sacrificando la justicia. Prohibe la avaricia y deseo de tener algo con perjuicio de otro, porque esa avaricia es la raíz fecunda de infinitos males y pecados. « De ella nacen, dice el ilustre Arzobispo de Florencia, San Antonino, la soberbia, la lujuria, la ira, la envidia, la pereza para el servicio de Dios, y la diligencia para buscar las cosas mundanas (1). » Mas debemos advertir, que no prohíbe Dios que deseemos adquirir bienes por medios justos, sinó tan solo que codiciemos los ajenos para enriquecernos con perjuicio de otro. No pecaría el hombre que deseara dinero, campos, casas, como los que tiene aquel otro, porque esto no ofendería ni perjudicaría á nadie; pero sí pecaría ese hombre, cuando deseara el dinero, ó el campo, ó la casa de otro, porque entónces ofendería á la caridad y perjudicaría á su prójimo. En suma, hermanos míos, estos mandamientos, como todos los de la ley divina, nos están enseñando la caridad perfecta para con nuestros semejantes, y que con ninguno obremos de manera que no queramos que se obre con nosotros mismos: por consiguiente, que á nadie ofendamos, ni en su persona, ni en sus intereses; y al contrario, nos encontremos siempre dispuestos á hacerles y procurarles todo bien. Quiera el Señor darnos esta caridad perfecta, de modo que, llenos de ella, podamos trabajar incesantemente por adquirir los bienes eternos.

(1) Summa. II. Pars. Tit. 1. Cap. 1. et 5.

INSTRUCCION DÉCIMANONA

DEL OCTAVO MANDAMIENTO.

*Non loqueris contra proximum tuum
falsum testimonium.*

No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

(Deuteron. Cap. 5.)

Dios es la verdad misma, se gloria de ser verdad y luz, y de no encontrarse en El algun género de tinieblas. Quiere por eso, que los hombres, formados á su imágen y semejanza, amen la verdad, busquen y respeten esa misma verdad, y la sostengan y la propaguen con todas sus fuerzas. Quiere que aborrezcan la mentira, la impugnen donde la encuentren, y la destierren de su propio entendimiento y del entendimiento de sus prójimos. « No levantarás, nos dice, falso testimonio, ni mentirás. » Ved ahí el octavo mandamiento de la ley divina, que nos ordena toda esa veneracion profunda que merece la verdad, y toda esa aversion que debe inspirarnos la mentira. De suerte que dos cosas son las que principalmente nos exige Dios en él, á saber: que ejercitemos la caridad para con nuestros prójimos, procediendo con prudencia y circunspeccion para juzgar su conducta, guardando silencio para que por nuestra culpa no se divulguen sus defectos; y en fin, que con una alma llena de candor y sencillez, procuremos disculpar la mala conducta del que peca. Pero ademas prohíbe expresamente levantar contra nuestro prójimo falso testimonio; murmurar sus acciones, sean cuales fuesen; arrebatarle su honradez,

fama ó buen nombre; lisonjear su soberbia adulándole; y en fin, decir mentira, ya sea con perjuicio de nuestro prójimo ó sin él. Caridad es lo que nos manda, Católicos, este mandamiento; y Dios que en el quinto precepto nos prohíbe atentar contra la vida ó salud del prójimo, y en el séptimo hacerle mal en sus intereses, en el octavo nos prohíbe atentar contra su honor, contra su crédito y contra su fama, que constituyen su vida moral. « No levantarás, nos dice, falso testimonio, ni mentirás. » Quiere que santifiquemos nuestra palabra, recordando que es el instrumento que hemos de emplear para cantar eternamente las alabanzas del Señor. Quiere que nuestra lengua nos sirva para dar testimonio de la verdad, á ejemplo del Salvador que toda su vida predicó en todas partes la verdad. Y ojalá que la gracia de Dios inspire en vosotros estas verdades, mientras de mi boca las escucháis.

Voy á explicaros, hermanos míos, este mandamiento, esperando en el Señor que mi palabra asistida de su gracia sea tan luminosa, que ilustre vuestros entendimientos, y los disponga á recibir la doctrina que va dirigida á vuestras almas.

Contiene el octavo mandamiento, como todos los demas de la ley divina, una prohibicion y una ley positiva. Nos prohíbe el falso testimonio, la mentira, la hipocresía, la detraccion, el mal juicio temerario y la adulacion.

Llamamos falso testimonio toda mentira que se dice contra el prójimo en juicio ó fuera de él, y se dice falso testimonio por la falsa seguridad que presta la palabra del que entónces miente. Cometén este pecado principalmente los que en juicio procuran con mentiras inclinar la justicia contra su prójimo, ya influyendo en el ánimo del juez con testigos falsos, docu-

mentos falsos, ó con cualquier género de comprobantes falsos. Tambien todos los que cooperan á que se cometa injusticia con agravio de su prójimo, levantan contra éste falso testimonio. Mas, no levantan falso testimonio solamente aquellos que con perjuicio de tercero aseguran en juicio algo que no es cierto, sinó que tambien cometen este pecado los que por amistad, favor, compasion ú otro motivo procurasen declaraciones favorables al delincuente que debe ser sentenciado, y ellos se proponen libertarlo. El falso testimonio dado en juicio es pecado grave; pero es todavía mas grave, cuando con él se infiere mayor injuria al prójimo. En una causa criminal, por ejemplo, un testimonio falso vindica á un individuo culpable; el que da tal testimonio, comete pecado mortal; mas otro da igual testimonio, pero con él da lugar á que las sospechas recaigan sobre un individuo inocente, comete entónces quien lo da mayor pecado, porque infiere á su prójimo un agravio atroz. Mucho mayor es todavía éste, cuando premeditadamente y con malicia se levantan contra el prójimo testimonios falsos, se le hace aparecer como criminal, y se da lugar á que sufra la consecuencia de delitos que no ha cometido. Este es un pecado horrible, y que Dios condena de la manera siguiente por boca de su Profeta: « Vengaré al inocente de su calumniador, y haré al falso testimonio volverse contra su autor. » El que levantó testimonio falso, queda obligado á resarcir los daños que con él causó á su prójimo.

Prohibe ademas Dios en este precepto la mentira, y esta es « ir contra la mente con ánimo de engañar. *Est contra mentem ire cum animo fallendi* (1). » Segun esta doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás,

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae} quaest. 110.

han de concurrir dos circunstancias para que haya verdadera mentira: la primera, ir el que habla, contra su propia mente, es decir contra lo que sabe; y la segunda, tener ánimo de engañar. Faltando alguna de estas dos circunstancias, no hay mentira. Puede un individuo estar engañado de buena fé, y pãrtiendo de su error asegurar algo que él tiene por cierto, aunque realmente no lo sea: en este caso, quien así habla, no va contra su mente, y por esta razon no miente. De la misma manera, dice un hombre por bufonada una cosa evidentemente falsa, como, por ejemplo, ahora es noche, cuando la luz del sol prueba que es dia; ese hombre tampoco miente, porque mal puede creer lo que la evidencia demuestra que es falso, y por consiguiente, nadie tampoco supondrá ánimo de engañar en quien tal cosa afirma. Se llama officiosa la mentira, cuando á nadie daña, y al contrario con ella se procura el provecho de otra persona. Se llama jocosa, cuando se dice por pasatiempo y diversion, y sin que por ella ningun perjuicio pueda sobrevenir á un tercero. Y en fin, perniciosa se llama la mentira, cuando es en daño del prójimo. Tanto la mentira officiosa, como la jocosa, son ordinariamente pecado venial, á no ser que alguna circunstancia particular venga á darles mayor gravedad. No sucede así con la mentira dicha con daño del prójimo, y que llamamos por eso perniciosa. Esta es siempre pecado, no solo contra la verdad, sinó tambien contra la justicia; y cuando el daño que se causa es grave, el pecado es tambien mortal; cuando es leve ese mal, tambien es leve el pecado que se comete, diciendo esa clase de mentira. La mentira jamas es permitida; es siempre ofensa á Dios, quien la detesta y castiga severamente. Así lo declara El mismo en la santa Escritura, diciéndonos: « que

la boca que miente, mata al alma (1), » y que « perderá á todos cuantos hablen mentira (2). » Castigó con la muerte á los exploradores de la tierra de promision, que con sus mentiras aterraron al pueblo Israelita, y lo hicieron murmurar contra el Señor (3). Castigó con la muerte á Ananías y Zafira, que mintieron en presencia de San Pedro, ocultando parte del precio de su campo (4). Y aborrece, finalmente, la mentira con odio particular, y sobre otros muchos pecados (5). Ama Dios la verdad, y quiere que los hombres tambien la amen y se asemejen á El, amándola y respetándola en todas las circunstancias de su vida.

Mas, aunque nunca es lícito mentir, no estamos siempre obligados á manifestar la verdad que sabemos, cuando la prudencia ó algun legítimo interes nos aconsejen disimular ú ocultar la verdad, pero sin ofenderla con mentira. Un ejemplo nos ofrece la Historia Eclesiástica que nos aclara esta doctrina, y voy á referirlo. Pocos hombres se nos referiron tan esclarecidos en el siglo IV de la Iglesia, como San Atanasio, Obispo de Alejandría. Sus virtudes, su ciencia y sobre todo sus trabajos por la causa de Jesucristo, le colocan entre los hombres mas venerables de cuantos honra nuestra Santa Madre Iglesia. Los herejes arrianos, sus enemigos y perseguidores, habian obtenido orden de prision contra Atanasio. Este, habiendo tenido aviso oportunamente, se dirigió al rio Nilo que baña un costado de Alejandría, y disfrazado allí con traje de pescador, entrando en una canoa, fingió ocuparse en el rio, de pescar

(1) Eccles. Cap. 1.

(2) Salmo 5.

(3) Números. Cap. 14.

(4) Hechos de los Apóstoles. Cap. 5.

(5) Proverb. Cap. 6.

con una red. Llegaron allí los enviados por los arrianos para prenderle, y como no le conocian personalmente, le preguntaron: ¿Conoces tú al Obispo Atanasio? — Sí, le conozco, respondió éste. — ¿Le has visto ahora por acá? — Sí, le he visto, y si os apresurais un poco, le tomareis. — Oyendo lo cual, los ministros arrianos se echaron á remar precipitadamente. Ya veis, hermanos mios, cómo el Santo en sus respuestas ocultó prudentemente la verdad, sin decir mentira alguna. Afirmó que conocia á Atanasio, lo que era efectivo, y lo conocia tan perfectamente, que era él mismo; afirmó que si se apuraban un poco, le tomarian, lo que tambien era cierto, pues con extender los brazos habria sido bastante para prenderle.

Mas debo advertiros, hermanos mios, que diciendo mentira con nuestra boca, aunque en nuestro entendimiento lo rectifiquemos, y demos á nuestra palabra otro significado, es verdadera mentira. Eso que se llama restriccion mental, ordinariamente es tambien mentira inventada por Satanás, padre del engaño, para ensanchar sus dominios sobre las almas. Nuestro Señor Jesucristo condena todo lo que se acerca á la mentira, enseñando que nuestras respuestas sean: sí sí, nó nó (1), segun supiésemos ó ignorásemos aquello que se nos pregunta, pues de esa manera honraremos al Padre celestial que está en los cielos.

El mundo honra la mentira condenada por Jesucristo, llamando política, discrecion, prudencia y con otros nombres, á la simulacion, á la intriga, á la perfidia, miserables hijas de la mentira; ó la mentira misma producida bajo diferentes formas: todo esto lo condena Jesucristo predicándonos la verdad desnuda como

(1) Mateo. Cap. 5.

cualidad necesaria en todos los que niegan su doctrina. Llamên los hombres como quieran á la mentira, disfrácenla hasta hacerla aparecer como hija del talento, y rodeada de alabanzas, el Evangelio la condena siempre, y el discípulo de Cristo sabe por las lecciones de su Maestro que jamas le es lícito mentir.

No solo se miente con la palabra, sinó tambien con las acciones. Mentir de este modo es lo que se llama hipocresía, y consiste este vicio en hacer obras exteriores con ánimo de engañar á aquellos, á cuya noticia han de llegar esas obras. Para conocer hasta dónde es contraria la mentira á la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, recordemos lo que nos enseña en el santo Evangelio: « Cuidad, dice, que vuestra virtud no aparezca delante de los hombres para ser vistos por ellos, porque si así lo hicieseis, tendreis premio de vuestro Padre que está en los cielos. No seais como los hipócritas, que hacen limosna en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. Cuando tú orares, hazlo en secreto delante de tu Padre celestial, porque es El quien ha de recompensar tu obra (1). » Ved ahí pues, hermanos míos, cuán distante nos pone la hipocresía de la conducta que nos enseña Jesucristo, y no extrañéis por eso el riguroso celo con que reprendió el divino Salvador á los hipócritas, llamándolos « sepulcros blanqueados, » como si les dijese: vuestro exterior es el de un santo, mientras vuestra alma es un demonio. Incurren en este vicio los que, afectando piedad ó devocion que no tienen, concurren al templo, ó hacen ejercicios de virtud por respetos humanos, con miras interesadas, y con deseo de que los tengan por hombres virtuosos aquellos que pueden valerles para ciertos

(1) S. Mateo. Ve todo el Cap. 6.

fines. Hoy no es raro divisar este proceder chocante ; al contrario miramos con frecuencia al hombre corrompido, que emplea parte de su tiempo en orgías repugnantes ; al que compromete y disipa la fortuna ajena ; al que con sus conversaciones despoja al prójimo de su crédito , y á tantos otros á quienes la voz pública acusa de vivir sumidos en vicios ; los vemos, digo, abogando por la moral al lado de personas poderosas, asistiendo á aquellos templos á donde concurren sujetos influyentes, y procurando en los salones de estos mismos sentar plaza de hombres arreglados y de buenos cristianos. Ved ahí lo que Jesucristo condena ; ved ahí las mentiras de obra que Dios reprueba en el octavo mandamiento.

Mas así como incurre en pecado de hipocresía el que estudiosamente afecta virtudes que no tiene, tambien comete pecado el que con cuidado se retrae de practicar en público las buenas obras que debe. El mismo Divino Maestro que nos prohíbe hacer alarde de nuestras buenas obras, publicándolas para que el mundo las conozca, y por este medio podamos reportar frutos terrenos, nos manda tambien edificar con ellas á nuestros prójimos, que viéndolas darán gloria al Padre celestial que está en los cielos (1). No hemos pues de procurar que los hombres conozcan nuestras virtudes, publicándolas ó procurando que se hable de ellas ; pero tampoco debemos retraernos de las obras buenas por temor de que el mundo las conozca y se ocupe de nosotros.

La detraccion es otro de los pecados que se cometen contra el octavo mandamiento, y uno de los mas graves y mas opuestos á la caridad. Consiste la detraccion en

(1) Mateo. Cap. 5.

hablar mal del prójimo en su ausencia con el fin de infamarle (1). Digo con el fin de infamarle, no porque sea necesario ese fin de parte del que habla para que cometa pecado, sinó porque la detraccion lleva en su propia naturaleza ese fin ; de tal modo que, aun cuando en el detractor no haya intencion de dañar ú ofender á su prójimo, él con sus palabras le ofende y le daña. Este pecado puede cometerse de dos maneras : la una murmurando, y la otra calumniando. Cuando aquello que se dice contra el prójimo es verdadero, se llama murmuracion, y ya sea que las faltas del prójimo que cuenta el murmurador sean públicas ó secretas, siempre comete pecado (2). Entre éstos tienen el primer lugar la murmuracion contra Dios ó contra sus divinos atributos ; este fué el pecado que cometia Israel frecuentemente, como nos refiere la santa Escritura. La murmuracion contra los superiores, criticando injustamente su conducta, sus determinaciones y modo de obrar. La murmuracion que se hace de faltas graves de nuestro prójimo es pecado grave, no solo por su naturaleza, sinó tambien por sus consecuencias. Estas son, ordinariamente, la difamacion del prójimo, las discordias que consumen y anulan la caridad, los rencores que perturban el orden social, el envilecimiento de ciudadanos honrados, y otros innumerables males que son frutos de la murmuracion. Por eso David, como sobrecogido de terror por la consideracion de éstos, « Líbrame, decia al Señor, de los labios inícuos y de la lengua engañosa. » Añade que sobre los murmuradores caerán el odio, la enemistad y la afrenta, que serán peor que los dolores del infierno (3).

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae} quaest. 72.

(2) S. Antoninus. Pars II. tit. 6. art. 62.

(3) Salmo 10.

Cometen pecado de calumnia, los que culpan á uno de delitos que no ha cometido; los que exageran ó aumentan lo malo que hizo su prójimo, ponderándolo y revistiéndolo maliciosamente de colores que presentan eso malo aun peor que lo que realmente es. Calumnian los que interpretan mal las palabras ó acciones del prójimo, atribuyendo á éste intenciones malas, sin haber para ello antecedentes que permitan juzgar de ese modo. Calumnian los que niegan las acciones buenas que ha hecho su prójimo, ó procuran maliciosamente que queden ocultas ó que se atribuyan á un tercero; y calumnian, en fin, los que, con perjuicio de la verdad, guardan silencio en las acusaciones que se hacen al prójimo; y mucho mayor pecado todavía cometen los que escuchan con gozo secreto las calumnias contra su prójimo. Creen algunos que pueden conservarse sin pecado en medio de las conversaciones en que se hiere el crédito del uno, se lastima la reputacion del otro, y se falta á la caridad debida á todos. Pero se equivocan los que así se imaginan: todo el que escucha semejantes conversaciones, sin dar muestras perceptibles de disgusto, si es que no puede retirarse de aquel lugar, peca contra la caridad, y se hace cómplice de la culpa de los que murmuran y calumnian en la conversacion habida en su presencia. Si no hubiesen tantos dispuestos á celebrar ese género de conversaciones, habrian ménos personas que las tuviesen con agravio de la ley divina.

Al lado de las murmuraciones y calumnias con que se ofende á Dios y se falta á la caridad para con el prójimo, debemos colocar los chismes con que se procura sembrar discordias y producir enemistades. Luzbel, revelándose contra su soberano Autor, dice S. Gregorio, principió su obra inícuca, sembrando la discordia entre

Dios y los ángeles en el cielo, y entre Dios y los hombres en la tierra (1). Los chismosos le imitan, y se hacen sus instrumentos para extender sobre la tierra todos los males del pecado. Se llaman chismosos, no solamente los que inventan las especies ó cuentos que han de producir aquellos efectos perniciosos, sinó tambien los que los propagan y los acogen, y aun dispensan favor á sus autores. Admira la facilidad con que á veces personas que parecen de buen juicio, acogen chismes miserables; pero mas admira aun cómo les sirven de fundamento para proceder en materias de suyo delicadas. Ligerezas son estas bien funestas, pues que suelen dar lugar á sucesos que causan verdadero escándalo al pueblo que de ellos se apercibe.

Si, como hemos dicho, cometen pecado los chismosos, tambien lo cometen todos esos que, debiendo reprimir fuertemente estos vicios, los fomentan, dando ascenso á miserables impostores. Miserables impostores, repetimos, hombres, cuya fé y cuya conciencia no es mas que el vil interes, que les arrastra cada dia á cometer las mas viles bajezas. « Cuando no haya en el mundo leña para quemar, decia un célebre predicador, bastará la lengua de los chismosos para formar hogueras abrazadoras. »

¿Cuál es la obligacion del cristiano que se encuentra en medio de murmuraciones, chismes y calumnias? Tiene obligacion de imponer silencio al que habla contra el crédito de su prójimo, si se encuentra revestido de autoridad para ello. Pero, si no tiene esa autoridad, debe entónces oponer lo bueno que sabe de esas personas, contra lo malo que se dice de ellas. Debe ademas apartar la conversacion á otro asunto, de modo

(1) In III. Part.

que el crédito del prójimo no continúe padeciendo, y los murmuradores puedan apercibirse de que su conversacion no es ni provechosa, ni agradable á todos los presentes; y cuando no se pueda ni aun hacer estas diligencias, debe retirarse del lugar en que se habla mal del prójimo; de otro modo autoriza con su presencia la muerte moral, que dan á éste lenguas de hombres donde Dios no reina.

No es pecado referir hechos del prójimo que son del dominio público, y hay alguna utilidad ó necesidad de conocer por circunstancias particulares (1). Tambien es lícito averiguar la conducta de nuestro prójimo, cuando se trata de evitar algun lazo en que podríamos caer no sabiendo con quien tratamos. Ademas cuando se procura remediar esos mismos males, es lícito conocerlos con toda su extension y deformidad. Por último, cuando los jueces ó los superiores nos preguntasen acerca de ellos, estamos obligados á responder y referir todo lo que sepamos.

Prohíbe Dios en este mandamiento aquella mentira vil y baja que se llama adulacion, y por la que trata uno de congraciarse con aquellos, de quienes alguna cosa espera conseguir. La enfermedad que padece el hombre y de ordinario le acompaña hasta el sepulcro, es el amor propio; y cuánto pueda aumentar los estímulos de esta pasion, tiene para nosotros muchos y muy graves peligros. Por eso el Espíritu Santo nos aconseja trabajar continuamente por conocernos, porque el conocimiento de nuestra miseria hace que nos humillemos. El que adula, lisonjea servilmente el amor propio de otro, contradiciendo aquel precepto de la santa Escritura: « *Post mortem lauda*. Alaba al bueno despues que haya muer-

(1) S. Ligor. De 8.^o praecept.

to (1). » Hay varias maneras de adular, y por consiguiente, son varios los pecados que en este punto se cometen contra el octavo mandamiento. Pecan los que lisonjeando á uno, le atribuyen cualidades que no posee, ó ponderan excesivamente aquellas que posee. Esta clase de lisonja se da de ordinario á los ricos y poderosos: todo en éstos es grande: talento, sabiduría, valor, prudencia, discrecion, generosidad, todo, todo en ellos es grande, segun la palabra de sus aduladores. Pero hay otra lisonja todavía peor, y que es siempre pecado mortal, tanto en quien adula, como en quien la recibe, y consiste en alabar acciones malas, reprobadas por la ley divina y contrarias á las buenas costumbres. En este sentido suele ser lisonjeada la embriaguez, la sensualidad, la venganza y otros pecados de hombres poderosos, tan graves como éstos. De la misma manera comete pecado mortal quien, para lisonjear al hombre, le atribuye propiedades que solo son propias de Dios, como aquellos judios que, para congraciarse con Herodes, le aclamaban « ser sobrehumano y lleno de propiedades divinas (2). » Yo convengo que hoy no habrian quienes se atreviesen á llamar Dios á los mandatarios de la tierra; mas, sin llamarlos Dios, vemos á muchos que se arrastran en su presencia, les colman de elogios indebidos, y les atribuyen perfecciones que no tienen, ni en los hombres pueden encontrarse.

El Espíritu Santo nos previene en el libro de los Proverbios, « que no debemos admitir las palabras lisonjeras de los pecadores (3). » Estamos, pues, obligados á no aceptar las lisonjas que se nos dirigen: antes

(1) Eccles. Cap. 11.

(2) Josefo. Lib. 19. De antiquit. Cap. 7.

(3) Proverb. Cap. 1.

bien á rechazarlas con franqueza, mostrando en nuestro semblante y en nuestras acciones, que estamos muy distantes de creer aquello que se nos dice.

Prohíbe Dios finalmente en este mandamiento los malos juicios y las sospechas que á veces se tienen del prójimo. Mal juicio se llama aquel asentimiento que damos con leve fundamento á alguna cosa contra la buena fama del prójimo (1). Si eso que se creía malo de la persona, ó de sus hechos, sin fundamento, es cosa grave, como, por ejemplo, hurto, homicidio, fornicación ú otro pecado semejante, será juicio temerario y pecado mortal. Mas si fuese lo que se juzga, cosa por su naturaleza leve, será solamente pecado venial. Si el mal juicio ha sido comunicado á otros, hay obligación de reparar el perjuicio que con él puede haberse inferido al prójimo; pero, si ese mal juicio ha sido tan solo interior, no hay tal obligación. Hay otro modo de hacer mal juicio del prójimo por sospecha, y sucede ésto cuando, no conociendo uno suficientemente á otro, duda si será bueno ó malo; pero se inclina mas á creer que sea malo. Si el que sospecha esto, lo tiene solamente para sí, no cometerá pecado mortal, pues nada asienta en su juicio como cosa cierta, sinó que todo lo deja en duda, y por consiguiente, nada ha creído como seguro contra el crédito del prójimo.

El padre con relacion á sus hijos, así como el marido en orden á su mujer, ó el dueño de casa respecto á sus domésticos, no cometen pecado observando á todos éstos cuidadosamente. Así, por ejemplo, si ve en alguno de la familia una joya de valor, un vestido ú otro objeto que él no ha dado, ni ha podido el que lo tiene adquirir con que comprarlo; no pecará juzgando que

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae} quaest. 60. art. 3.

puede haberlo adquirido de un modo ménos lícito, ni tampoco haciendo las averiguaciones para saber lo cierto. El objeto de tales averiguaciones no es satisfacer una curiosidad nécia, sinó conocer y corregir lo malo, ó quedar satisfecho de lo bueno.

Prohíbe este precepto revelar sin necesidad los secretos íntimos que hemos llegado á conocer, y que divulgados causarian perjuicio á nuestro prójimo. Y no puede servir de disculpa para revelar tales secretos, que se haga á una sola persona, que ésta sea de gran secreto, ni que el objeto que nos proponemos al revelarlos sea hacer conocer la gran necesidad espiritual en que se encuentra esa persona, é interesar á otros porque sea socorrida delante de Dios con oraciones. Nada de esto, repetimos, puede hacer lícita la revelacion de faltas graves de nuestro prójimo que estan ocultas; y sin embargo, hermanos míos, nada hay tan comun, como divulgar éstas. Los unos las cuentan sin motivo, y de éstos no me admiro, porque ordinariamente son gente sin temor de Dios, y que no conocen los derechos de la caridad; me admiro, sí, de otros que se llaman buenos cristianos, que en lo exterior viven arregladamente, que estiman se les tenga como gente de conciencia delicada, y á pesar de esto, cuando llegan á sospechar en su prójimo alguna falta ó la suponen maliciosamente, corren de casa en casa, de monasterio en monasterio, de convento en convento, comunicándola á pretexto de que se haga oracion por ella. ¡ Oh hipocresía detestable! Se ofende la caridad, y se invoca esa misma caridad! Sepan tales personas, que cometen pecado procediendo de esa manera. Oren ellas mismas fervorosamente; y todo ese tiempo que gastan en correr buscando oraciones ajenas, gástenlo en pedir á Dios por esos pobres pecadores ó en obras meritorias

que puedan mover la misericordia del Señor, y habrán entónces llenado su deber de un modo caritativo.

Podemos reasumir todo lo dicho en las dos palabras del apóstol S. Pablo: *In omnibus charitas*: tengamos siempre caridad con nuestros prójimos, evitemos toda conversacion que pueda perjudicarles, y habremos llenado las obligaciones que para con ellos nos impone Dios en este mandamiento. Tengamos caridad para con Dios, y respetemos por amor de El la verdad, honrémosla en todo lugar y en todo tiempo, y seremos tan perfectos en el cumplimiento de la ley divina, que gozaremos de Dios eternamente. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA.

DEL PRIMER PRECEPTO DE LA IGLESIA.

Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.

Si no oyese á la Iglesia, tenlo como un gentil
ó un publicano.

(S. Matth. C. 18.)

. Dios dió al hombre los preceptos de su ley para que, gobernándose por ellos, llegase con seguridad al Reino de los cielos, y en efecto, con el auxilio de esa ley va marchando derecho á su conquista. David la contempla como una antorcha brillante, que señala á los hijos de Adan por donde han de dirigir sus pasos en este valle de peregrinacion (1), decia que la habia colocado en medio de su corazon, y que la meditaba

(1) Salmo 118.

de día y de noche, á fin de no omitir ni lo mas pequeño de cuanto contienen sus mandatos. Esa luz es tan clara, que no permite á ningun hombre equivocarse cuando de ella se aprovecha; remueve de su alma toda especie de incertidumbre, y le hace conocer de lleno todas sus obligaciones. La Iglesia ha querido que sea para nosotros eficaz esa influencia de los preceptos divinos, y para conseguirlo, nos hace practicar las diligencias que contienen los mandamientos que se llaman de la Iglesia. Verdad es, que éstos no son preceptos de Dios; pero son obligaciones que la Iglesia nos impone para hacernos mas práctica la ley divina. De tal modo, que podemos decir que los mandamientos de la Iglesia son otros tantos medios eficaces, que recibimos para guardar con puntualidad los mandamientos de Dios.

Y á la verdad, hermanos míos, Dios quiere que le amemos con amor de preferencia sobre todas las cosas, la fé nos enseña que no ama á Dios quien vive en pecado mortal, y la Iglesia nos manda purificarnos de la culpa por la confesion, para hacernos capaces de ese divino amor. Nos manda de la misma manera la comunión, porque ésta robustece al cristiano en la práctica de ese amor celestial. Nos manda el ayuno como medio eficaz para vencer las pasiones, que nos precipitan al pecado. Y nos manda, finalmente, asistir á la Misa, y pagar á la Iglesia los diezmos y las primicias, porque ambos preceptos estan ordenados directamente para rendir el culto que debemos al Señor.

Voy ahora á explicaros el primer mandamiento de nuestra Santa Madre Iglesia, y ojalá que la gracia del Señor descienda sobre nuestros corazones, para que con la luz que traen al alma conozcamos la importancia de lo que se nos manda en ellos.

Está de manifiesto en el santo Evangelio el poder que Cristo Nuestro Señor dejó á su Iglesia, para imponer á sus hijos fieles los preceptos que juzgase necesarios, con el fin de llegar con mas seguridad á la vida eterna. Este poder lo comunicó á los primeros pastores de la Iglesia, diciéndoles: « De la misma manera que mi Padre me mandó á mí, yo os mando á vosotros (1). De modo que aquel que oye á vosotros, me oye á mí; y el que desprecia á vosotros, me desprecia á mí, y el desprecio mio recae sobre mi Padre que me envió (2). » Revestidos de este poder celestial los apóstoles y sus sucesores, oían la palabra de San Pablo que les amonestaba diciendo: « Atended la grey de Jesucristo, sobre la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para gobernar la Iglesia de Dios, que compró con su sangre preciosa (3): » y dice (4) particularmente á uno de esos mismos obispos, que estas cosas las hiciese con toda autoridad; y por cierto, hermanos míos, que el Apóstol no hablaria de esa manera sin el perfecto convencimiento que dejaba en su alma la doctrina de Jesucristo Señor Nuestro. Y este mismo divino Salvador, como si quisiese remover cualquier género de duda sobre el poder que daba á su Iglesia: « Si alguno, dice, no escuchase su voz, sea tenido como gentil ó como publicano. » Es decir: quien no respetase los mandamientos y amonestaciones de la Iglesia, ese no pertenecerá á mi Iglesia, sinó que deberá ser contado entre los gentiles y demas individuos que viven fuera de su seno. La Iglesia usando de este poder divino ha sancionado y

(1) Juan. Cap. 16.

(2) Mateo. Cap. 14.

(3) Hechos de los Apóstoles. Cap. 20.

(4) A Tito. Cap. 2.

sancionará preceptos, todos útiles y provechosos para sus fieles. Son cinco los principales de sus mandamientos, y el primero de éstos es el que ordena *oir Misa entera todos los domingos y fiestas de guarda*.

Misa llamamos aquel sacrificio solemne, en el que Cristo Nuestro Señor se ofrece al Eterno Padre, y es ademas una representacion viva de su vida, pasion y muerte. Los hombres explicaron el amor, la sumision y el reconocimiento, que debian al Señor, por medio de sacrificios que le ofrecieron en todos los siglos y bajo todas las situaciones del género humano. Bajo la ley natural, Abel ofrecia á Dios lo mas hermoso y pingue de sus rebaños, y Jacob derramaba aceite sobre el altar que erigió al Señor en medio del desierto. En la ley escrita, Dios por medio de Moises prescribió el rito y las ceremonias con que habian de ser ofrecidos esos sacrificios, de tal modo que vinieron á servir como de símbolo ó figura al sacrificio que Jesucristo ofreció por nuestros pecados á su Eterno Padre en su pasion, y ofrece de nuevo en la mesa del altar en la santa Misa. Cuando Jesucristo ofreció éste, quedaron aquellos inútiles y sin valor alguno, y Jesucristo que se inmola en el altar, fué el sacrificio por excelencia y el único capaz de satisfacer por nuestras culpas.

Es la Misa el sacrificio excelentísimo, y el mas digno del Señor que pueden tributarle los hombres en accion de gracias por los infinitos beneficios que de El recibimos todos los dias. Melquisedec, Sacerdote Sumo, ofrecia á Dios pan y vino en reconocimiento de la gracia que dispensó á Abraham de vencer completamente á sus enemigos; y el Señor, aceptando aquel sacrificio, llenaba de bendiciones al padre de los creyentes. En la santa Misa, hermanos mios, el cristiano agradecido ofrece á Dios el cuerpo y sangre de

su Divino Hijo, Dios lo acepta, y hace descender infinitas gracias sobre aquel que lo ofrece con su corazón puro y su alma fervorosa.

Es además la Misa sacrificio satisfactorio, porque nos lo da la bondad inefable del Señor, para que con él podamos satisfacer completamente lo que debemos á la justicia de Dios por nuestros pecados (1). Jesucristo Nuestro Salvador que ofreció por nosotros al Eterno Padre todos sus merecimientos adquiridos, desde que se hizo hombre, hasta que salió triunfante del sepulcro, para volver al cielo de donde por amor á los hombres habia descendido, ahora vuelve á ofrecerse cada día en la santa Misa, renovando aquel sacrificio, y ofreciéndolo por nuestras culpas. En virtud de esta ofrenda de valor infinito, se nos concede la gracia necesaria para arrepentirnos, y hacer penitencia de los pecados, y auxilios eficaces para no cometer otros que vengan á provocar la ira de Dios contra nosotros mismos. La sangre del inocente Abel clamaba acusando al fratricida Cain, y fué tan eficaz su virtud, que llegó hasta el cielo. ¿ Con cuánta mayor eficacia la sangre inocentísima de Jesucristo abogará en favor nuestro, y borrará de nuestras conciencias el pecado? Allá en el Monte Calvario el Hijo de Dios pagó á la justicia divina la deuda infinita de nuestras culpas; ahora en la Misa el mismo Verbo Divino se ofrece por nosotros bajo las especies de pan y vino, y hace descender sobre nuestra alma todos los merecimientos de aquella sangre preciosísima.

Es también la Misa sacrificio impetratorio (2), por cuanto todas las gracias y todos los dones que necesitamos, se pueden alcanzar por este santo sacrificio.

(1) S. Thomas. 3. p. quaest. 79. art. 5.

(2) Concil. Trid. Sess. 22. Can. 3.

Aunque sea crecido el número de las personas por quienes se ofrece, y aun mas crecido el número de beneficios que en él se pidé, infinitamente mayor es el valor de este sacrificio para hacernos alcanzar el objeto de nuestras peticiones. Y estos bienes no se conceden tan solo en beneficio de los que viven todavía en este mundo, sinó tambien de los difuntos que permanecen purificándose en las penas del purgatorio. Aunque las almas allí detenidas para ser purificadas, no estan en estado ni de merecer, ni de satisfacer, la Misa que se les aplica, es útil y meritoria, por cuanto la desearon y la pidieron mientras estaban en la tierra; ó porque nosotros les aplicamos esa Misa como socorro que les alivia las penas que padecen, y como auxilio que las fortalece mientras llegan á ser admitidas en la gloria, de que viven todavía desterradas.

Llamamos solemne el sacrificio de la Misa por la grandeza y valor infinito de la víctima que en él se ofrece, así como por los ritos y las ceremonias que en él intervienen. Cuando Dios determinó los ritos y las ceremonias con que Israel habia de ofrecerle los becerros y las otras víctimas, que El mismo eligió para que le fuesen inmoladas, dispuso las ceremonias y oraciones con que se le habian de ofrecer. Acá la Iglesia, inspirada por Dios, ha dispuesto las ceremonias y oraciones con que en la santa Misa ha de ser ofrecido el sacrificio de Jesucristo; y todas ellas son solemnes por lo que representan, á saber, la vida de Jesucristo y los dolores, las afrentas y las humillaciones con que nos ganó el reino de los cielos. Pero damos á conocer todavía con mas precision la grandeza de este sacrificio, expresando la infinita generosidad de Jesucristo Nuestro Señor, que en él se inmoló. David pone en boca de Jesus, Hijo de Dios vivo, aquella

amorosa plegaria que llamó despues San Pablo gemido innarrable, con el cual representa al Eterno Padre sus merecimientos. *Respice in faciem Christi tui*. Mirad, Padre, el rostro de tu Hijo (1). Así es como se representa el Hijo de Dios en la santa Misa. Desde el ara del altar, en que se inmola, ofreciendo á su Eterno Padre las agonías del Huerto, los azotes á la columna, las espinas del pretorio, las burlas y afrentas de los tribunales, los clavos, la lanza y el sepulcro en fin, « Mirad, Padre, le dice, mirad el rostro de vuestro Hijo. » Y ese rostro ensangrentado, ese cuerpo cubierto de heridas, ese Divino Verbo humillado y padeciendo obtiene para nosotros, todos los beneficios de que nuestra miseria vive necesitada.

Por último, decimos que es la Misa una viva representacion de la vida, pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; porque, en efecto, todas las ceremonias, de que se compone la santa Misa, representan la pasion de nuestro Divino Salvador. Los vestidos sacerdotales de que se reviste el sacerdote, y el sacerdote mismo que celebra, los movimientos que hace durante el sacrificio, todo representa la pasion y muerte de Jesucristo. Por esta razon hemos dicho, que es la Misa una viva representacion de su vida, pasion y muerte.

Manda este precepto á todo cristiano, que tiene uso de razon, « oir Misa entera todos los domingos y dias de fiesta. » Pero debemos saber, que no basta oir materialmente la Misa para cumplir con él, sinó que debemos oirla con devocion y recogimiento del alma, y con reverencia del cuerpo (2). Devocion del alma, he dicho primero, y ésta consiste en la contraccion de nuestras potencias al santo sacrificio á que asistimos.

(1) Salmo 83.

(2) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae} quaest. 83. art. 9.

Contribuye en gran manera á conseguir esta devocion, meditar los misterios de la vida, de la pasion y de la muerte de Jesucristo Nuestro Señor. Algunos teólogos nos han dado el siguiente método como á propósito tambien para conseguirla. Dividiendo, nos dicen, la Misa en cuatro partes, ha de ejercitarse en cada una de éstas, una de las virtudes mas importantes para el cristiano. En la primera parte, que seria desde el *Confiteor Deo* ó yo pecador, hasta el ofertorio, se practicará la humildad. Nada nos humilla tanto, como el conocimiento de nuestras miserias y de nuestros pecados. Entrando dentro de nosotros mismos, y conociendo que hemos pecado mucho con pensamientos, palabras y obras, como lo confesamos al principio de la Misa diciendo: *Peccavi nimis cogitatione, verbo et opere*, procuraremos mas y mas humillarnos delante de Dios. Junto con humillarnos, hemos de arrepentirnos, y conociendo lo numeroso y enorme de sus culpas procurará cada uno que brote del alma un arrepentimiento verdadero. Aquel publicano, de que nos habla el Evangelio (1), puede servirnos de modelo para estos sentimientos de humildad y compuncion. Se acerca al templo; mas, trayendo á la memoria sus graves pecados, no se atreve á pasar adelante del vestíbulo; antes bien alli se postra, y uniendo su rostro con la tierra, apenas dice al Señor en medio de la amargura de su corazon: « Apiadaos de mí, Dios mio, porque soy un gran pecador. » Excita su humildad interior y exteriormente, y excita tambien el arrepentimiento de su alma, pidiendo al Señor misericordia y perdon. Con estas disposiciones alcanzó este hombre su justificacion, y el cristiano, que de esta manera asiste al santo sacrificio de la Misa, alcanzará induda-

(1) Lúcas. Cap. 18.

blemente de Dios virtudes que le traerán la perfecta gracia y amistad del Señor.

Cuando el sacerdote ofrece la hostia y el vino diciendo al Eterno Padre: « *Suscipe, Sancte Pater, hanc immaculatam hostiam*: Recibe, Padre Santísimo, esta hostia inmaculada, » el cristiano que asiste á la Misa debe llenarse de santa confianza, y esta es la segunda virtud. Ve al Hijo de Dios que se ofrece á su Eterno Padre por nosotros y para nosotros; y el Padre ciertamente no mirará con indiferencia esa víctima inocente que se le presenta impetrando sus gracias. San Pablo se llenaba de esperanza, considerando á Cristo como su abogado que continuamente rogaba y se ofrecía por él. Nosotros miramos á este abogado, no ya pidiendo por nosotros, sino ofreciéndose El mismo para alcanzarnos misericordia y perdon. Uniremos nuestras súplicas á las suyas, y repetiremos al Padre con un corazón lleno de fervor y de esperanza: « Mirad, Padre, á vuestro Hijo, y perdonadme por sus merecimientos. »

El Hijo de Dios ha bajado sobre el altar, y á la palabra del sacerdote, cumpliendo su promesa, ha convertido la hostia en su carne pura, y el vino en su sangre preciosa. Aquí debemos ejercitar la fé para adorar al Verbo Divino humillado y abatido por nuestro amor, y con esto entramos á la tercera parte de la Misa. Como Zaqueo, desearemos conocerle avivando mas y mas esa fé: como Pedro le confesaremos verdadero Hijo de Dios vivo, y le pediremos que nos confirme todavía mas en su fé; y en fin, como el leproso del Evangelio que adoraba á Jesus con la mas profunda devoción, le adoraremos mil veces tambien nosotros. Nos uniremos con los ángeles que le cantan: « Santo, Santo, Santo eres Cordero inmaculado, que fuiste sacrificado por los hombres, » y

esto especialmente cuando el sacerdote eleva la hostia consagrada en cuerpo de Jesus, y el caliz que contiene esa sangre divina derramada para lavarnos de nuestras culpas. De esta manera perseveraremos, repitiendo nuestros actos de fé, hasta que tomando el sacerdote el cuerpo de Jesus en sus manos, « Recibiré, dice, el pan celestial, é invocaré el nombre santo del Señor: *Panem coelestem accipiam, et nomen Domini invocabo.* »

Esta es ya la última parte de la Misa. Jesucristo se acerca á nosotros, y se une con los pobrecitos pecadores en la persona del Sacerdote. Poseidos de aquella humildad que el centurion, á quien, cuando solicitaba de Jesus le sanara á su hijo, se dignó Este decirle: « Yo vendré á tu casa, y le sanaré, » mas « Señor, replicó aquel, no soy digno que vengas á mi casa, dí mas bien una palabra que sane á mi hijo de su enfermedad (1); » con ese mismo espíritu nuestra alma enferma de tantas miserias: Señor, ha de repetirle, no soy digna que vengas á mí, dí sí, te lo ruego, una palabra que me dé la sanidad de tu gracia.

Jesucristo ha cumplido su palabra, se ha unido á los hombres por la comunión recibida por el sacerdote; y esta misericordia exige todo nuestro agradecimiento, y toda la expresión sincera de nuestro amor y de nuestra gratitud. Debemos, pues, dar gracias á Dios humildemente, por habernos permitido asistir á la santa Misa; para ello recemos con fé y devoción el *Padre Nuestro*, cuando no sepamos otra oración apropiada, y habremos llenado de alguna manera aquella obligación. También puede útilmente durante la Misa rezarse el Rosario de Nuestra Señora, ó las oraciones de la Misa, ó algún otro ejercicio devoto que nos ayude á mantener la reve-

(1) Lucas. Cap. 7.

rencia del alma. Mas no se podrá lícitamente hacer , en ese tiempo , alguna lectura ni otra práctica que nos estorbe contraernos principalmente á atender las ceremonias de la Misa.

La devocion ó reverencia exterior consiste en la compostura del cuerpo , con que debemos asistir á la santa Misa. Desde el principio del cristianismo los fieles acostumbraron ponerse de rodillas para hablar con Dios , principalmente en los templos , y en todos los otros lugares consagrados para la oracion y culto del Señor. Esta costumbre dura hasta nuestros dias , y de tal manera está generalizada en todos los paises donde hay templos católicos , que si alguno oye la Misa de pié ó sentado , sin tener causa legítima para ello , sirve de escándalo á los demas concurrentes.

Fácilmente comprendemos de lo dicho , que pecan contra este precepto los que , mientras dura la Misa , piensan en cosas ajenas á ésta ; por ejemplo , los que se ocupan de las visitas , diversiones , juegos y otras cosas semejantes que han de hacer aquel dia ; debiendo advertirse que si retienen esos pensamientos con su voluntad alguna parte notable de la Misa , no cumplen con el precepto de oirla. Pecan así mismo contra este mandamiento los que rien , conversan , miran y se entretienen mientras la Misa. Estos , ademas de no cumplir con el precepto , dan mal ejemplo á los demas fieles : se portan con Dios como no se portarian con los hombres de respeto , con los magistrados , por ejemplo. Hay personas que tienen á ménos dar á Dios la adoracion que se le debe de justicia , honrar públicamente su fé confesándola en presencia de todos , y escandalizan por eso á cuantos notan su pública falta de piedad y devocion.

Mas advertiré de paso , que estos malos cristianos , cuando concurren á la santa Misa sin la piedad , ni

la reverencia que se debe, no solamente ofenden á Dios, sinó que ofenden tambien á los demas fieles testigos de su irreligiosidad, mortificándolos íntimamente con su mal ejemplo. Porque, á la verdad, nada indigna tanto al hombre religioso, como ver despreciado aquello que él venera. El hombre que se presenta en el templo y asiste sin compostura al sacrificio mas santo que adora su fé, es para el creyente fervoroso un amargo insulto, un reto que profundamente le mortifica.

La buena educacion nos manda ademas respetar, por lo ménos exteriormente, aquello que la mayoría de los asistentes venera; y de esta regla se separa quien concurre á la santa Misa sin respeto ni reverencia. Y sin embargo de esto, ¿cuántos son los que vemos entrar en las Iglesias los dias festivos para oír la Misa de pié, colocarse cerca de las puertas, para pasar revista á las personas de otro sexo que entran y salen, y conversar, reir y jaranear con tanta libertad como si estuviesen en su casa? ¡Ah! qué bien podremos aplicar á éstos lo que, por boca del profeta Oseas (1), decia Dios á los Israelitas profanadores de su templo y de sus sacrificios: « Oidme, hombres grandes y nobles de Israel, oidme; sabed que os tengo condenados para entregaros á vuestros enemigos, porque me habeis extendido redes en el Tabor. » Tabor era un monte que se tenia entre los israelitas como consagrado á Dios; en él Melquisedec, sacerdote y rey, salió al encuentro de Abraham, cuando volvia de la batalla en que triunfó de cuatro reyes enemigos; allí se acogió el pueblo de Israel para defenderse del cruel Sisara, y Dios le eligió para testigo de su gloria, dándole la primacia entre todos

(1) Cap. 5.

los montes, como nos lo dicen los profetas (1). Israel osó profanar el Tabor con sus maldades, y Dios ofendido: « Contra tí, dice, es mi juicio, porque profanais el lugar que yo santifiqué, porque manchais con la inmundicia de vuestra impiedad la víctima y el sacrificio que yo me elegí. » Ahora bien, hermanos míos, si Dios tan celoso se muestra por los lugares destinados, según la antigua ley, para ofrecerle los sacrificios de víctimas terrenas, de los cabritos ó corderos que El mismo habia indicado, según las circunstancias y según el objeto porque se ofrecían, ¿ comprendéis con cuánto mayor celo velará por los templos que El se consagró, y por el sacrificio inmaculado de su propio Hijo que en ellos se le ofrece? No dudeis, católicos, no dudeis ni un instante, que castigará el Señor terriblemente á los que llevan hasta su santo templo, y hasta el mas tremendo y augusto sacrificio sus muestras de impiedad y de indevoción; y los castigará de tal manera, que su pena pueda servir de prevención y de escarmiento para los otros.

La obligación que impone este mandamiento es de oír Misa entera, y se tiene como tal la Misa que se oye desde el *Introito*, es decir, desde que el sacerdote, después de haber dicho el *Yo pecador*, sube al altar, besa la sagrada ara, y signándose principia la santa Misa con la antífona y el salmo que se llaman *Introito*. Se llamará también Misa entera, para el efecto de cumplir con este precepto, la que se oye desde la *Epístola*, ó ántes, porque, aun cuando algo falta para que sea entera, propiamente hablando, es una parte pequeña.

Pecan también contra este mandamiento todos los que se exponen á quedarse sin oír Misa los días fes-

(1) Jeremías. Cap. 46.

tivos. Aquellos, por ejemplo, que sin causa racional se esperan habitualmente para la última Misa, que se celebra á medio dia ó mas tarde, pudiendo muy bien suceder que esa Misa no se diga; tambien los que atienden primero al negocio, á la conversacion con los amigos, ó á cualquiera otra entretencion, dejando la Misa para despues, sucediendo con frecuencia que se quedan sin oirla.

Obliga el precepto de la Misa á todos los fieles cristianos que tienen uso de razon; lo que ordinariamente sucede á la edad de siete años; y se cumple con él, oyéndola en cualquiera iglesia, capilla ú oratorio donde se celebre legítimamente. Aunque por los sagrados cánones está muy recomendada á los fieles la asistencia á oir Misa en la parroquia, éste no es, sin embargo, un precepto, sinó una recomendacion.

Hay causas justas, las cuales interviniendo, dejan al cristiano exonerado de la obligacion de oir Misa. Las principales son: la imposibilidad fisica en que se encuentra alguno para asistir, como el enfermo que no puede salir de casa, el encarcelado, el que carece del vestido necesario, el que vive distante una legua ó mas del lugar en que se celebra la Misa, ó viviendo cerca tiene rio, profundos pantanos ó mal tiempo que le hacen dificil la asistencia á la Misa. Todos éstos se encuentran imposibilitados fisicamente para oir Misa.

Tambien excusa del cumplimiento de este precepto la imposibilidad moral, y esta consiste en tener tales impedimentos, que no le permitan concurrir á oirla sin exponerse á sufrir graves daños en su honor, en sus intereses, ó en su salud. La mujer soltera, por ejemplo, que por flaqueza cayó en pecado grave contra la honestidad, y se encuentra en cinta, saliendo de casa para oir Misa, se expone á que conozcan su estado, y

por consiguiente , á la pérdida de su honor , no está obligada á oír Misa. La madre que debe cuidar de sus hijas, y no puede ir á Misa con todas éstas, debe preferir quedarse en casa y cuidarlas allí. El hombre , perseguido por la justicia, teme fundadamente que, saliendo de su casa para ir á Misa , será tomado y puesto en prision, no tiene tampoco obligacion de ir á Misa.

Del mismo modo estan excusados los que cuidan su tienda, sus graneros, sus cementeras, sus casas, temiendo prudentemente ser robados si llegan á abandonarlas para ir á Misa. Dijimos, por último, que tambien tiene imposibilidad moral para concurrir á Misa, el que teme racionalmente le sobrevenga alguna enfermedad por ir á ella. Sea porque su salud se encuentra débil, sea porque el frio ó el calor demasiados le han hecho grave mal otras ocasiones, ó sea por otros motivos que pueden ocurrir , conociendo el individuo que no puede ir á Misa sin exponerse á sufrir en su salud, debe tenerse como no obligado al cumplimiento de este precepto.

La caridad es otra causa poderosa que excusa de la obligacion de asistir á la Misa. Por consiguiente , el que presta sus servicios por caridad á un enfermo que no puede quedarse solo , no está obligado á cumplir con este precepto. Mas si hubiesen en aquel lugar varias Misas, y tambien hubiese otras personas que asistiesen á ese enfermo , estaria aquel obligado á oírla. Tambien ejercitan caridad los que cuidan á sus prójimos para evitarles graves daños que se temen , ya sea en sus intereses, ó ya en su honor: así es que las personas que estan ocupadas actualmente en tales obras , no tienen obligacion de abandonarlas para asistir á la Misa.

Ultimamente, estan excusados de oir Misa algunos que deben obediencia forzada á sus superiores. Por esta razon no tiene obligacion de oir Misa el soldado cuando su jefe le niega el permiso para salir á buscarla; el criado á quien su patron le encarga el desempeño de un negocio grave que debe practicar con presteza; ni las personas que cuidan los niños, á quienes no conviene llevar á la Iglesia, donde irán á ser motivo de perturbacion para muchos. Debo advertir, que los individuos á quienes toma el dia de fiesta en el camino, no tienen obligacion de interrumpir su viaje parando para oir Misa; mas el que inicia su viaje en dia de fiesta, deberá ántes oir Misa, siempre que salga de un lugar donde se celebra. Todas estas causas excusan del cumplimiento del precepto de oir Misa en los dias festivos, y los legitimamente impedidos, no estan obligados á oirla al dia siguiente.

Deben todos advertir, que tenemos obligacion de poner de nuestra parte la posible diligencia, á fin de cumplir con la obligacion de oir Misa entera los dias de fiestas, porque faltar á este precepto sin causa justa, es pecado mortal. El honor y gloria que debemos al Señor, y la necesidad de satisfacerle por nuestros pecados, nos han de estimular á llenar esta obligacion con toda la reverencia y el fervor de que seamos capaces. Este santo sacrificio es la señal de paz entre Dios ofendido por nuestras culpas, y nosotros mismos reos de tan graves iniquidades. Si conocieran los cristianos los innumerables tesoros que Dios pone á nuestra disposicion en el sacrificio de la Misa, ninguno habria que se mostrase negligente en oir cuantas pudiese.

Procuremos vencer ciertas dificultades que suelen nacer de nuestra delicadeza, de nuestro amor propio, y de ese demasiado apego que tienen algunos á sus

... de las cosas, es el pre-
 ... de las cosas. Segun el, la con-
 ... conservarse para y sin man-
 ... servir de templo á Dios
 ... con todos los tesoros
 ... nuestra conciencia
 ... servir de habitaci-
 ... toda san-
 ...

... PRYORA

... DE LA MUSA.

...
 ...
 ...
 ...

...

... las cosas, es el pre-
 ... Segun el, la con-
 ... conservarse para y sin man-
 ... servir de templo á Dios
 ... con todos los tesoros
 ... nuestra conciencia
 ... servir de habitaci-
 ... toda san-
 ...

santifique por medio de esta gracia. A eso se dirigen tantos llamamientos que hizo en otros tiempos por medio de sus profetas; á eso los infinitos recursos que pone en nuestras manos cada dia; y á eso, particularmente, los sacramentos que dejó como otras tantas fuentes perennes de gracia, de vida y de virtud, que nos han de alimentar hasta que lleguemos á la perfecta santidad.

¡ Mas quién creyera, Católicos, que el hombre llamado por Dios á ser santo, y teniendo á su disposicion tantos medios para alcanzar la santidad, no los aprovechase! Sin embargo, es lo que sucede; y la Iglesia, encargada por el Espiritu Santo de dirigir á los fieles por el camino que conduce á la vida eterna, necesita imponer á sus hijos preceptos formales para que aprovechen esos medios que debian ellos mismos buscar con celo y fervor, como otros tantos elementos de vida y de salud eterna. Los mandamientos segundo y tercero que vamos á explicar en la presente doctrina, nos estan manifestando, por una parte, la negligencia y tibieza de los hombres, que ven con indiferencia los recursos espirituales que mas les importan; y por otra, el celo y la caridad de nuestra Madre la Iglesia, que nos amonesta, y manda acercarnos á esos sacramentos.

En la santa confesion nos ha dado el Señor el remedio necesario para todos los males, que la culpa nos acarrea despues de haber perdido la gracia que recibimos en el sacramento del Bautismo. De tal modo que, aun cuando nuestra alma hubiese quedado « fea y sucia como el paño mas inmundo, restaura en la confesion su hermosura, y queda blanca como la nieve, »

la expresion del santo profeta Isaías.

En la comunión el alma adquiere nuevas fuerzas, y se fortalece en el espíritu, recibiendo y gustando la carne

y la sangre que hacen al hombre vivir eternamente. Nuestro Señor Jesucristo nos mandó, es verdad, acercarnos á estos dos sacramentos; pero sin señalar precisamente el tiempo en que debíamos hacerlo. La Iglesia ha determinado ese tiempo, mandando á los fieles confesarse, á lo ménos, una vez al año, así como cuando sobreviniese algun peligro de muerte, ó se necesitare recibir la sagrada comunión. Manda tambien á cada cristiano acercarse á la mesa de la Eucaristia con las debidas disposiciones en el tiempo de la Pascua de Resurreccion ó inmediato á ésta, que es el que llamamos de cumplimiento de Iglesia.

Yo voy á explicar lo que contienen las disposiciones de la Iglesia, contenidas en estos dos mandamientos. Nada diré de aquellas con que necesitamos recibir estos sacramentos, reservándome tratar esta materia cuando explique el sacramento de la penitencia. Atendedme.

Estos preceptos nos mandan confesar y comulgar, por lo menos, una vez en el año. La confesion fué instituida por Nuestro Señor Jesucristo (1), como dijimos antes; y en la Iglesia cristiana, desde el tiempo de los Apóstoles, se usó sin interrupcion alguna. Por mucho que hayan trabajado algunos herejes antiguos y los protestantes modernos, por persuadirnos lo contrario, la historia eclesiástica de todos los siglos, y las obras de los Padres de la Iglesia, nos prueban hasta la evidencia la institucion divina de la confesion y su práctica jamas interrumpida, desde aquel tiempo de los Apostoles hasta el nuestro. Segun leemos en el libro de los Hechos Apostólicos escrito por San Lucas, en aquellos siglos de fervor los fieles la frecuentaban (2), el apóstol San-

(1) Juan. Cap. 20.

(2) Cap. 19.

tiago la recomendaba (1), y los primeros Doctores de la fé enseñaban la necesidad de practicarla (2).

Llenas estan las obras de los Padres mas antiguos de la Iglesia de pasajes relativos al sacramento de la penitencia, que nos estan mostrando que la doctrina que profesamos los católicos sobre la confesion sacramental, es la misma que enseñaron los Apóstoles, y que de la boca de los discípulos de éstos aprendieron muchos de los Padres y Doctores de la Iglesia. Creyó ésta constantemente, que á la potestad que dejó Nuestro Señor Jesucristo á los sacerdotes para perdonar los pecados, debe concurrir el mismo pecador con actos propios y espontáneos, que le hagan acreedor á recibir esa gracia. Creyó que esos actos con que debe concurrir, fueron señalados por Nuestro Señor Jesucristo, y que á ella nada de todo esto era lícito ni alterar, ni innovar en lo mas mínimo. La confesion subsistió en la Iglesia desde su institucion, y subsiste en medio de los violentos huracanes y de las pasiones desordenadas que la combaten incesantemente.

En la Iglesia Oriental la confesion sacramental se administra llenando las mismas disposiciones y con el mismo ritual poco mas ó menos que en el seno de nuestra santa Iglesia Católica; solo los protestantes han venido á rechazarla por completo, porque á la verdad no puede conformarse el hombre orgulloso y vano con tener que revelar él mismo la miseria profunda de su corazon corrompido. De suerte que Lutero y los demas novadores, al establecer doctrinas nuevas sobre el sacramento de la penitencia, se apartaron de la fé de la Iglesia universal, que

(1) Cap. 5.

(2) S. Dionis. Epist. 8; S. Agust. lib. 41, 49 y 50.

es indudablemente la que enseñó Jesucristo Nuestro Señor.

Esta práctica uniforme de la Iglesia contemplaba yo en algunas de las antiguas Catacumbas. Este nombre tienen, hermanos míos, aquellas habitaciones subterráneas donde, huyendo de los crueles edictos de los tiranos, se refugiaron durante los tres primeros siglos los confesores de Cristo. Son estas Catacumbas, muchas series de largos callejones con aposentos á un lado y otro que servían de habitación á los que allí se recogían. Estos callejones van á reunirse en algunos lugares mas espaciosos, que tendrían diversos objetos. Se distinguen perfectamente los que servían de templo, pues en ellos se ve el altar, y en algunos he visto también la imagen del Salvador y de su Madre Santísima; el lugar en que se depositaba la sagrada Eucaristía para distribuirla á los fieles; el de los óleos para los enfermos; la silla donde predicaban los obispos y los sacerdotes; y finalmente, el confesonario donde los fieles confesaban sus pecados. Recuerdo, que en uno de esos confesonarios están grabadas con letras antiquísimas y medio borradas aquellas palabras del Salvador: « Venid á mí los que estais cansados y fatigados, y yo os aliviaré. » Estas Catacumbas se ven frecuentemente en Roma, en Esmirna, en Malta, en Antioquía y en otros lugares diversos.

Como lo veis pues, hermanos míos, hasta los monumentos de la mas remota antigüedad nos prueban la constante administracion del sacramento de la penitencia en el seno de la Iglesia, y que los protestantes y demas disidentes que atacan este dogma, tan lejos de tener razon, viven lamentablemente en el error.

Pero quiero todavía daros otra prueba del error de los protestantes á este respecto, y es la confusion y

diversidad de creencias que profesan estos mismos en orden á la confesion sacramental. Los Anglicanos Episcopales, que forman la secta mas numerosa de los protestantes ingleses, niegan la institucion divina de la confesion; mientras tanto los Puseistas, esto es la secta mas instruida del protestantismo ingles, sostienen la institucion divina de la confesion, y como tal la practican como necesaria para alcanzar el perdon de los pecados. Las sectas alemanas, que profesan los errores enseñados por Lutero, no admiten la confesion de los pecados como necesaria para alcanzar la gracia de Dios; mientras que los protestantes de Suecia no solo admiten y practican la confesion, sinó que por la ley civil, que ha estado en vigor hasta nuestros tiempos, son declarados inhábiles para ejercer magistratura judicial, ni pueden deponer en juicio, los que no hayan hecho la confesion y comunion pascual. Ya veis, hermanos mios, patente la contradiccion: unos aceptan lo que otros rechazan; unos creen lo que otros niegan, y todos son, sin embargo, protestantes; todos discípulos de Lutero; y es evidente, que todos no pueden tener razon contradiciéndose los unos á los otros.

En esta verdadera torre de Babel, en donde todo es confusion y anarquía de doctrina, nadie puede lícitamente ir á buscar la de Jesucristo Señor Nuestro que es luz y claridad destinada para alumbrar á todo hombre que vive en este mundo. Todas las reflexiones que acabamos de hacer deben inspirarnos un profundo reconocimiento á la bondad divina, que nos ha conservado en la verdadera y única doctrina que El mismo trajo del cielo; y mas fervor para aprovecharnos de este santo sacramento de la penitencia, en que nos dejó el medio eficaz para purificarnos de nuestras miserias, y alcanzar nuestra salvacion.

Entibiándose con el trascurso de los siglos el fervor de los fieles, hasta olvidar algunos completamente el uso de este sacramento, la Iglesia, reunida en el Concilio Lateranense, estableció que todos los cristianos que hubiesen llegado al uso de la razón, confesasen, al menos una vez cada año, todos sus pecados. El fin, que se propuso la Iglesia al establecer este precepto, fué hacer que los hombres, renacidos por la penitencia, viviesen la vida de la gracia que es la verdadera vida del cristiano; además que no demorasen la penitencia de sus culpas para la vejez, ni para la hora de la muerte, poniendo en peligro su eterna salvación.

Obliga el cumplimiento de este precepto á todos los cristianos que, habiendo llegado al uso perfecto de la razón, han caído en pecado mortal. Por doctrina general se estima como capaz de confesarse al niño que sabe distinguir lo bueno de lo malo. Para cumplir con él, es menester que la confesión sea hecha con todos los requisitos necesarios, pues de otro modo ni se recibirá el perdón de los pecados, ni tampoco se cumplirá con lo que ordena este precepto.

Aunque confesándose dentro del año se cumple rigurosamente con lo que ordena la Iglesia en este mandamiento, ordinariamente se hace la confesión en la cuaresma ó en el tiempo inmediato á la Pascua de Resurrección, como preparación necesaria para recibir la comunión, que se nos manda en el tercer mandamiento. Aquel que no tuviere pecados que confesar, no está obligado á confesarse; pero sí á manifestar su vida al sacerdote, y á recibir los consejos de su párroco.

Obliga también este mandamiento por institución divina á todos los fieles que se encuentran en peligro de muerte; y por consiguiente, á todos los enfermos

de gravedad, á las mujeres que esperan el parto y temen con fundada razon que en éste pueda su vida correr peligro, y obliga á otras personas en casos análogos. Pecan, por consiguiente, aquellos que sin embargo de estar postrados en cama, demoran la confesion, alegando frívolos motivos, sucediendo con frecuencia que mueren sin haber recibido la absolucion de sus pecados. Y debo advertir aquí, que peca tambien el médico que no avisa al enfermo la gravedad de su mal, exponiéndolo de ese modo á que pueda morir sin arreglar sus negocios espirituales y temporales. Y no solamente el médico que visita al enfermo es el que peca en tal caso contra este precepto, sinó todos los domésticos que estan viendo y palpando la mala situacion de ese enfermo. Estos en caridad y en justicia estan obligados á declarar con prudencia, pero muy francamente, al enfermo los riesgos de su enfermedad, aconsejándole que arregle su primer negocio, cual es el de su salvacion.

Para el hombre que tiene fé, no hay crueldad mayor que la que se comete dejando morir al padre, á la madre, al esposo, sin hablarle palabra del inminente peligro en que se encuentra de morir. « Vale mas el alma que el cuerpo, » dice Jesucristo; y sin embargo, vemos los prolijos cuidados que se prodigan entónces al cuerpo, mientras tanto se deja al alma sufriendo los efectos de otros males infinitamente mas dolorosos y terribles. Ese cristiano enfermo que se encuentra en los umbrales de la muerte, tiene alma que salvar, tiene cargos que pesan sobre su conciencia y necesita declarar, perjuicios hechos al prójimo que debe remediar, intereses ajenos que está obligado á restituir; y porque no conoce su situacion, nada de esto le preocupa, sinó muy remotamente, y como cosa que sucederá, pero que se mira todavía

muy lejana. ¡ Ah , hermanos míos ! ese hombre va á morir , y quizá dentro de pocas horas , horas que necesita absolutamente para ponerse en situación de encontrar misericordia en el tribunal del supremo Juez donde va á comparecer ; y sin embargo , á ese infeliz moribundo ni la mujer , ni los hijos , ni el padre , ni los amigos , ni nadie de cuantos le rodean , le hace saber su peligro . Ved ahí lo que llamo yo propiamente verdadera crueldad . Ese hombre morirá sin haber arreglado tantos negocios que pudo arreglar , y sin haberse libertado de tantas responsabilidades que sumirán su alma en eterna desesperación .

Estamos también obligados en virtud de este precepto á confesarnos cuando hemos de comulgar . Porque , como la sagrada Eucaristía exige en quien la recibe , la limpieza y virtud del alma mas esmerada , la Iglesia , para facilitarnos estas disposiciones , nos manda acercarnos á la santa confesión .

Fuera de los tres casos expresados en este mandamiento , no estamos obligados á la confesión . Pero debo advertir , que aquel que no cumplió este precepto á su debido tiempo , queda siempre obligado á cumplirlo , y en estado de pecado hasta que se confiese . Aunque nuestra Madre la Iglesia no nos obliga por este precepto á confesarnos sinó una vez cada año , sin embargo , nos exhorta amorosamente á frecuentar este sacramento , así por el fruto que de él se saca , como por los males gravísimos que nos hace evitar . Los frutos que sacamos de la confesión , son innumerables , y yo apenas me limitaré á indicar algunos . Se deponen los odios y venganzas contra el prójimo , llegando á reconciliarse aquellos que estaban divididos por rencores profundos . El que marchaba extraviado y dominado por errores , encuentra en este sacramento

la luz de la verdadera doctrina, y amonestaciones saludables y consejos eficaces que le separan de sus antiguos caminos: así mismo el amor á Dios y la caridad para con el prójimo, borrados del alma por los pecados, reciben en la confesion nueva vida, vigorosa y fuerte para resistir los combates de las tentaciones. Ademas cada vez que el cristiano se confiesa, alcanza la amistad de Dios, si la habia perdido por algun pecado mortal, y adquiere nueva gracia, si no ha perdido aquella que alcanzó cuando se volvió á Dios, abandonando los caminos de su antigua iniquidad. Se le perdona tambien algo de la pena con que debe satisfacer á la justicia divina por sus culpas; aprende á humillarse delante del Señor con la memoria de sus iniquidades, y á detestar mas y mas la soberbia del corazon que separa al hombre de Dios. En la confesion abre el Señor al pecador aquellos secretos de su misericordia, que revelaba al penitente David y que le hacen conocer cuán bueno es Dios para los que perseveran en su santo temor. Ese conocimiento de sí mismo, que adquiere el hombre examinando con frecuencia su conciencia para confesar sus culpas, nos hace tambien vigilar mas sobre nosotros mismos, y evitar de esa manera tantas causas de funestas caidas.

Para cumplir con este precepto, debe hacerse confesion bien hecha; de otro modo ni se obedecerá con lo que manda la Iglesia, ni el que se confiesa logrará la mas pequeña parte de aquellos frutos. El que se confiesa faltando á alguno de los requisitos necesarios para una buena confesion, comete un sacrilegio que le hace criminal delante del Señor. De modo que en la confesion donde Dios preparó para su alma la medicina saludable, viene él por sus negligencias y omisiones á encontrar el veneno que le empeorará y le lle-

vará á la muerte. El que se encuentra en este caso , debe tener presente que ha cometido cada año doble pecado: uno de sacrilegio con la mala confesion, y otro de falta de cumplimiento del precepto , porque, como hemos dicho, éste no se cumple haciendo confesion sacrilega.

Nuestro Señor Jesucristo, al recomendarnos la santa comunión con toda esa solicitud tan tierna y amorosa que leemos en el capítulo sexto del Evangelio de San Juan , no señaló precisamente el tiempo en que debia cada cristiano recibirla. Dejó esta indicacion á su Iglesia, á quien comunicó su potestad para que señalase el tiempo que juzgase mas conveniente para ello. En los siglos primitivos del cristianismo, en aquellos tiempos felices en que reinaba el fervor y la caridad en el corazon de todos los fieles, éstos comulgaban cada dia, y por esta razon el Pontífice San Anacleto decretó que todos los cristianos que asistiesen á Misa , comulgasen en ella (1). Pero fueron poco á poco resfriándose esas ardientes virtudes, de tal modo que se hizo necesario un precepto formal de la Iglesia, que obligase á los cristianos á recibir la Eucaristía , y el Papa San Fabian decretó que todos comulgasen, á lo ménos, en las fiestas de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, de su triunfante Resurreccion y en la fiesta de Pentecóstes. El Sumo Pontífice Inocencio III limitó esta obligacion en el Concilio Lateranense, estableciendo que todos los fieles comulgasen , por lo ménos , una vez al año en el tiempo de Pascua de Resurreccion. Por este precepto se nos manda, pues, bajo pecado mortal que comulguemos en tiempo de Pascua (2). Mas se cum-

(1) De consecrat. Dist. 1. et 2.

(2) S. Thomas. 3.^a p. quaest. 80. art. 11.

ple con él recibiendo la comunión en cualquier día del tiempo inmediato á Pascua, que cada obispo señala para cumplir con la Iglesia en su diócesis. Esta comunión debe ir acompañada con todos los requisitos necesarios para que sea buena, porque, faltando alguno, tan léjos de cumplirse con el precepto, se comete un pecado mortal de sacrilegio. Tambien debe recibirse en la propia parroquia, ó en las Iglesias que el párroco designase en los límites de su curato para repartir á sus parroquianos la santa Eucaristía. Si alguno tuviese inconveniente para acudir á recibir la comunión á su parroquia, debe hacerlo presente á su párroco, y obtener permiso para comulgar en otra parte. No cumple con el precepto aquel que no comulga en su propia parroquia, ó en alguna de las Iglesias designadas legítimamente con este objeto (1). El cristiano que dejó de comulgar en el tiempo señalado para cumplir con la Iglesia, está obligado á hacerlo cuanto ántes, porque no se puso esta obligacion limitada á ese tiempo, sinó que la Iglesia quiso que se practicase entónces; pero quien dejó de hacerlo, continua con la misma obligacion hasta que la haya llenado.

Ahora, preguntemos, ¿ quiénes son los que estan obligados á cumplir con el mandamiento de la comunión pascual? Estan obligados todos los que llegaron al uso de la razon, y no tienen impedimento grave que se los estorbe; pero hay casos en que por razones particulares deben tenerse algunas personas como no comprendidas en estos dos mandamientos que ordenan la confesion y comunión pascual. Vamos á recorrer algunos de esos casos. Los que estan enfermos é impedidos físicamente para

(1) Concil. Trid. de Euchar. Cap. 9. et sqq. sess. 13. can. 9.

procurarse la confesion y comunion, cumplirán con pedir á su cura que venga á su casa á confesarlos; y si esto no les fuese concedido, no serán responsables por falta de observancia de estos preceptos. La Iglesia tiene establecido como punto de disciplina distribuir á los enfermos habituales la sagrada comunion el domingo de Cuasimodo; y aquellos enfermos que no han cumplido ántes con estos preceptos, estan obligados á prevenir á su párroco para que se los administre ese dia. Tampoco obligan estos mandamientos á los que tienen perturbada su razon, de manera que su juicio no está en estado cabal; y antes de ser admitidos á los sacramentos, deben ser examinados cuidadosamente hasta que no haya duda alguna de que comprenden bien lo que hacen al recibir la penitencia y la Eucaristía.

Este mismo exámen debe hacerse á los niños de primera comunion, pues sucede á menudo, que se acercan á la sagrada mesa sin tener bastante conocimiento del sacramento que reciben. Al párroco, á los padres del niño que va á comulgar, y á sus maestros ó preceptores les incumbe particularmente esta obligacion; y cumpliéndola, deben examinar su instruccion y dirigirlos en el modo cómo han de obrar, á fin de conseguir las disposiciones necesarias para acercarse bien preparados al santo sacramento de la Eucaristía. Ordinariamente, así como se llega la primera vez á los santos sacramentos, así se reciben despues; y el que, cuando pequeño, dirigido por sus padres ó maestros llegaba á la sagrada mesa lleno de fervor y devocion, cuando grande, procura esas disposiciones cuidadosamente, obteniendo con abundancia los bienes y las gracias que estan vinculados á ella. Y al contrario, el que niño, disipado, tibio é ignorante se acerca á la

comunion, distraído y negligente continuará después comulgando del mismo modo, y defraudando á su alma aquellos bienes, que Dios prometió como premio al que la recibe con fervor. No podremos excusar de pecado á los padres y madres, que no se ocupan de preparar para la confesion y comunión á sus hijos pequeños y que no tienen todavía la cordura suficiente para hacerlo de por sí.

No están obligados al precepto de la comunión pasqual, precisamente en el tiempo indicado por la Iglesia, aquellos individuos que viven á gran distancia de la parroquia, como sucede en estos países de América, donde es comun encontrarse los feligreses á diez, doce ó mas leguas distantes de su párroco. Si éste no los visita, llevándoles los sacramentos para que cumplan con lo que ordena la Iglesia, ellos no podrán hacerlo: su pobreza que no les permite dejar su casa, y viajar trasladándose á gran distancia, su familia pequeña que en ese caso quedaria abandonada, y otras muchas causas, militan para creer que tales personas no están obligadas al cumplimiento de este precepto en tiempo determinado. Les bastará, para llenar su obligación, aprovechar la visita que haga el párroco á su lugar, ó la misión que hagan por aquellos lugares otros sacerdotes, ó en fin, cualquiera otro recurso que les ofrezca la divina Providencia en beneficio de sus almas. Cometerá pecado grave aquel que se mostrase negligente para aprovechar esos medios de cumplir con estos preceptos.

Tampoco tienen obligación de cumplir con la Iglesia en el tiempo determinado las mujeres que están en cinta ó criando, y no tienen proporcion de otra persona mientras concurren á hacer las diligencias necesarias para llenar el precepto: lo mismo sucede con la mujer que asiste á su esposo ó hijo gravemente en-

fermo y con los que estan escondidos por temor á la justicia que los busca para prenderlos; mas, luego que cesan tales inconvenientes, deben cumplir con lo que mandan esos preceptos.

Aunque este mandamiento ordena la comunión en el tiempo pascual, tienen tambien obligacion de comulgar los que se encuentran en peligro de muerte. Estos, cuando comulgan en ese caso, no solo cumplen con un precepto de la Iglesia, sinó con el de Jesucristo Nuestro Señor que instituyó este sacramento, para que en aquella hora tengamos en él un medio eficaz de salvacion. Por esa razon, aun cuando el cristiano hubiese comulgado cumpliendo el precepto de la comunión pascual, sobreviniéndole la muerte, deberia recibir el santo viático como prevencion necesaria para su viaje á la eternidad. Mucho tienen que temer delante del eterno Juez, aquellos que se han mostrado tibios y negligentes para recibir en su postrera enfermedad la santa Eucaristía, así como aquellos que la demoraron con cualquier pretexto. Debe temer, hermanos míos, todo cristiano aquella sentencia del Salvador, que castiga á los tibios y negligentes para recibir su sagrado cuerpo: « *Nemo virorum illorum gustabit coenam meam*: Ninguno de aquellos gustará mi comida (1). » Y si la fé nos descubre los efectos terribles que esta sentencia causa en nuestra alma en el tiempo en que vivimos todavía en este mundo, ¿ cuánto mas formidables no serán esos efectos cumplidos en el alma que abandona la vida presente, y entra á la eternidad para ser juzgada segun sus obras? Jesucristo nos asegura, que « el que come su carne y bebe su sangre, no morirá jamas. » ¿ Cuánto no debe temer morir para siempre quien por descuido deja de comer esa carne que

(1) Lucas. Cap. 14.

robustece, y ese vino que llena de fortaleza para el viaje de la eternidad? ; Ah! mucho hay que temer que de boca de Jesucristo salga entónces aquella palabra: « Ninguno de esos gustará mi banquete en el que me regocijaré con los fuertes y robustos que sostuvieron los combates, y han sido coronados con vida eterna. » Cuando los confesores de Cristo se preparaban para el martirio, uno de los primeros cuidados de los sacerdotes era proporcionarles la sagrada Eucaristía; porque necesitaban toda fortaleza y toda la gracia divina, para soportar las penas cruelísimas consiguientes al martirio. En aquella suma congoja adquirían nueva vida de paciencia y de caridad, con la que nada les parecían todas sus penas, y dulces encontraban los tormentos mas acerbos. Y si para esos sufrimientos momentáneos que iban á terminar con el sacrificio de su cuerpo, que ofrecían por amor á Jesucristo, buscaban los mártires con tanto empeño la fortaleza del santo viático, ¿ cómo se atreverá el pobre pecador á soportar el supremo combate con los enemigos jurados de su alma, sin contar con los auxilios que presta aquel pan de vida eterna?

La Iglesia ha sancionado penas severas para castigar la temeridad de aquellos cristianos, que se alejan de la santa comunión ordenada por este mandamiento. No tan solo cometen pecado mortal, sinó que quedan por derecho privados de asistir á la Iglesia é intervenir en ella en las sagradas fiestas. Además si llegasen á morir en ese estado voluntariamente, la misma Iglesia les priva del derecho que tiene todo cristiano fiel para que sea su cuerpo enterrado en sepultura eclesiástica. Con disposiciones tan severas nos hace conocer la importancia suma que tiene la comunión, que nos manda recibir por este precepto.

Supuesto que el mandamiento de la Iglesia se limita á mandarnos la comunión una vez cada año, ¿ deberá el hombre recibirla lícita y provechosamente mas á menudo? Respondo que debe recibirla por cuanto Dios nos ha dejado en ella no solo la medicina universal de los males de nuestra alma, sinó ademas el medio mas eficaz para robustecernos en la práctica de todas las virtudes cristianas. Por este motivo y á pesar de la gran pureza de conciencia que se necesita para acercarse á este augusto sacramento, debemos todos estimularnos á recibirle con frecuencia; pero de manera que siempre adelantemos en el fervor de las buenas obras. La palabra de su divino autor nos está señalando en él la prenda que nos dejó su inefable caridad, el origen de todos los bienes de Dios, la fuente de vida eterna, ó como lo anunciaba el profeta Zacarías (1): « El bien de Dios y la hermosura del Señor. » Cuando contemplamos la Jerusalem triunfante, y en su seno registramos con la vista de nuestra fé tantos coros de bienaventurados, tantos apóstoles, mártires, confesores y vírgenes; á este pan de vida, á este alimento celestial es al que debieron su triunfo, y al desnudo que inspira á las almas esa fortaleza, de que dejaron ejemplo en la tierra, y reinar ahora, y reinar eternamente en el cielo. En este alimento divino encontraron dulzuras inefables, que en medio de las tribulaciones de que está repleta nuestra vida, les obligó tantas veces á repetir con David (2): « *Quid mihi est in coelo, et a te quid volui super terram?* » ¿ Qué necesitaré, Dios mio, allá en el cielo; qué me resta que buscar acá, fuera de Vos, en la tierra? » Ved ahí la expresion de esas almas que vivieron cerca de la mesa del altar, y se alimentaron con el pan hecho

(1) Cap. 5.

(2) Salmo 72.

de la carne de Jesucristo Señor Nuestro. En este convite afianzaron sus resoluciones cuando vacilaban, fortalecieron su paciencia cuando sucumbia bajo los rudos golpes de la adversidad; y en fin, de aquí sacaron ese espíritu de humildad, de obediencia y de mansedumbre, que les dispuso su camino para el reino de los cielos. ¡ Ojalá que nosotros, como ellos, encontremos el mismo tesoro en este divino sacramento! Dispongámonos para recibirlo fervorosamente, frecuentemos este convite de Jesucristo, donde se nos sustenta, se nos fortalece, se nos repara, se nos deleita, y tantos otros bienes se nos conceden, y por su medio llegaremos á la felicidad eterna, de que es prenda segura, y la que á todos deseo. Amen.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

DEL CUARTO MANDAMIENTO DE LA IGLESIA.

*Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut
ethnicus et publicanus.*

Si no oyese á la Iglesia, tenlo como un gentil
ó un publicano.

(S. Matth. C. 18.)

Guerra es la vida del hombre sobre la tierra (1), y los enemigos que le combaten, son tanto mas formidables, cuanto le hacen sentir los efectos de su ira incesantemente. Ninguno se encuentra libre de ese combate, y por grande y elevado que parezca, bajo el esplendor de su magnificencia oculta la mise-

(1) Job. Cap. 7.

ria á que le reduce aquella penosa situacion. « Raza de demonios, » llama el Salvador á estos enemigos, cuando nos apercibe en el santo Evangelio para resistirlos, y nos señala los medios de que deberemos echar mano para vencerlos.

Estos formidables enemigos son los que tientan constantemente la fidelidad de nuestra alma. El mundo con su hermosa perspectiva de grandeza nos excita á la ambicion, el demonio poderosamente nos estimula á la soberbia, y la carne nos inclina y rinde á los placeres desordenados: y éstos son los enemigos que, repetimos, trabajan sin cesar por vencernos. Pero Nuestro Señor Jesucristo, he dicho, nos ha señalado las armas con que hemos de vencerlos; armas tan esenciales para el combate, que El mismo declara que solo en virtud de ellas se les puede ahuyentar: « Este género de demonios no se arroja sinó por el ayuno y la oracion (1). » Necesitamos mortificarnos con el ayuno, y acompañar á éste con las demas obras de penitencia que, segun el espíritu del Evangelio, deben asociársele. Por eso Dios inspiró al hombre desde las primeras edades del mundo este ayuno, y le hizo ver cuán eficaz era para alcanzar del cielo las gracias que necesitaba, y Jesucristo nuestro divino modelo ayunó tambien al dar principio á la predicacion de su santa palabra.

Era pues muy natural que la Iglesia, llena del espíritu de Dios, nos mandase ayunar ciertos dias para prepararnos á vencer á los enemigos de nuestra felicidad eterna; y esto es lo que cabalmente nos ordena en el cuarto mandamiento. El principio de la caida del hombre fué la gula, que arrastró á nuestros primeros padres á comer la fruta vedada con desprecio del pre-

(1) Mateo. Cap. 17.

cepto divino ; y por el ayuno el hombre alcanza la gracia que le repara de las consecuencias de esa caída. Voy á explicaros , hermanos míos , la doctrina que contiene este precepto. Trataré primero qué cosa es ayuno eclesiástico, y luego á quiénes obliga practicarlo. Escuchadme.

Encontramos á menudo en la santa Escritura, que los hombres tocados de arrepentimiento ayunaban para satisfacer á Dios de la ofensa que le infirieron por sus pecados. También querían mostrar de esa manera la suma amargura de su alma, que reconocia su ingratitude para con Dios. Así ayunó David arrepentido de su adulterio, y el rey de Asiria amenazado por los sermones de Jonás ayunó también vestido de cilicios y postrado sobre la tierra, y también ayunaron para alcanzar beneficios especiales, y para conocer la voluntad de Dios en casos determinados otros individuos; así en medio de ayunos rigurosos los profetas hablaban con Dios en visiones celestiales, y Moises se preparaba para recibir la ley; así Jesucristo ayunó cuarenta días con sus noches al principiar su carrera pública de Redentor y Maestro del género humano, y su ayuno reunió todas las circunstancias que hacen perfecto nuestro ayuno. Estas consideraciones movieron á los cristianos de los primeros siglos á ayunar muchos días del año, especialmente la cuaresma, que se compone de los cuarenta y seis días que anteceden á la Pascua de Resurrección; las témporas que tienen lugar al entrar las cuatro estaciones del año ; y las vigiliass que son la víspera de ciertas solemnidades del Señor, de su Santísima Madre, de los Santos Apóstoles y de San Lorenzo mártir. Estos ayunos en los tiempos apostólicos eran mucho mas frecuentes y mucho mas rigurosos ; pero, decayendo el fervor primitivo de los fieles, se fué

poco á poco atenuando este precepto , hasta limitarle á la extension que hoy tiene.

Se nos ordena en este mandamiento ayunar, y explicando con el Angélico Doctor qué cosa sea ayuno, responderemos con él mismo, que el ayuno eclesiástico consiste en « abstenerse de comer carne , y en hacer una sola comida. » De esta manera el ayuno , que debemos hacer los dias de cuaresma , témporas y vigiliass, consta de dos partes: la primera es una prohibicion para usar de ciertas comidas en el dia de ayuno, lo que llamamos abstinencia; y la segunda es restriccion en la cantidad de la comida que se permite tomar en esos mismos dias , lo que se llama propiamente ayuno. No es una invencion de los cristianos la abstinencia de la carne, y de todo cuanto proviene de ésta, en los dias de ayuno, puesto que la encontramos ya practicada entre los Israelitas, y recomendada con el ejemplo de los Nazarenos de la ley antigua, de San Juan Bautista, del apóstol Santiago el menor y de otros discípulos de Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia cristiana aceptó solamente y se apropió esta práctica, que ya era observada por muchos justos temerosos de Dios en la antigua ley. En el tiempo de los Apóstoles no era permitido en los dias de ayuno otra comida que pan, legumbres y semillas, y ésta se tomaba despues de ponerse el sol (1). No era permitido el uso del pescado, ni de la leche, ni de los huevos , ni de alimento alguno que contuviese estas sustancias, ni de el vino que estaba tambien prohibido.

Los Padres de la Iglesia San Cirilo de Jerusalem, San Basilio y Teófilo, Patriarca de Alejandria, nos dan alguna idea de la forma de los ayunos de los pri-

(1) Benedicto XIV. Tom. I. de Quadrag.

meros cristianos, cuando escriben: « Ayunamos absteniéndonos de carne y de vino; á ejemplo de David nos mantenemos con comida de legumbres, y nuestra bebida no es mas que agua (1). » En el siglo sexto principiaron á introducirse algunas mitigaciones en el ayuno. Se permitió el uso de un poco de vino mezclado con agua en atencion á los débiles de estómago; en el mismo siglo quedó permitido tambien el uso del pescado; pero en los demas puntos la disciplina y reglas de la Iglesia se conservaron intactas. Poco á poco fueron introduciéndose en los paises cristianos de Europa otras variaciones en la abstinencia, de modo que en el siglo trece decia el Angélico Doctor Santo Tomás: « El uso de la carne está prohibido en Francia en los dias de ayuno, y en la Cuaresma aun el de los huevos, lacticinios ó manjares blancos. En cuanto al uso de éstos, en los dias de ayuno no comprendidos en el tiempo de Cuaresma, varia la costumbre en distintos lugares, y cada cual deberá acomodarse á lo que se practica en la Iglesia adonde vive (2). » Se ve, pues, que en cuanto á la abstinencia de la carne y de otros alimentos que traen su origen de ésta, habia ya variacion en la disciplina. En los reinos de España, Nápoles y Portugal fué permitido por el Papa el uso de la carne y de los lacticinios en virtud de la Bula de Cruzada.

El origen de esta concesion data de la última guerra de los cruzados, y por esta razon la Bula que la otorga, fué llamada *de Cruzada*. Los principes cristianos pidieron al Sumo Pontífice, que concediese el uso de la carne en dias de ayuno, á los fieles que auxiliasen á los cristianos con alguna limosna para gastos de esa guerra.

(1) S. Cyrill. Hierosol. Catech. 4. p. 65; S. Basil. Homil. de ieiun. n. 5; Theoph. Lib. 3. Pasch.

(2) 2.^a 2.^{ae} quaest. 147. art. 8. ad 3.

La Santa Sede convino con esta peticion, y la Bula de Cruzada se comenzó á dar á todos los que acudian con su limosna en auxilio de aquellos. Segun el tenor de la misma concesion, cada cual debe tomar y tener en su poder un ejemplar de la Bula, y por ésta debe dar la limosna que corresponda á la cantidad de su renta. Son dos las Bulas que cada uno debe tomar para tener derecho á usar de la carne en dia de ayuno, á saber, la Bula de Cruzada y la de carne: en ambas paga cada uno la misma tasa. Mas las personas que son pobres de solemnidad, peones gañanes, oficiales de talleres, sirvientes domésticos, y otros como éstos, que no tienen para pagar sinó la tasa de una Bula, no estan obligados á tomar sinó una sola, á saber la de Cruzada; debiendo por razon de la de carne rezar un *Padre nuestro* cada vez que la tomasen en dias de ayuno ó en que estuviese prohibidô su uso. Las Bulas deben renovarse cada dos años, de modo que, concluido este período, cesa de hecho el uso de los privilegios que, en virtud de ella, se conceden. Las personas muy pobres que se mantienen de la limosna, pueden por esta misma circunstancia comer la carne sin tener Bula, quando esta carne se les da, y no tienen otra cosa de qué alimentarse bien.

Hemos dicho que por la Bula paga cada uno cierta cuota ó tasa, y algunos han creido, y otros maliciosamente figuran creer, que ese dinero se recoge en beneficio del Papa que concede tal dispensa, ó en beneficio de los Obispos que tienen á su cargo el expendio de las Bulas; pero nada de esto sucede. Ni un centavo de la tasa de las Bulas se reserva el Papa para sí, ni nada de lo que por ellas se paga se manda á Roma; todo queda en beneficio de los fieles é infieles de los estados, á quienes se concedió el uso del

privilegio de la Bula. Ordinariamente el Sumo Pontífice, al concederlo á los estados Americanos, ha mandado que de la tasa que paguen los fieles, se hagan tres partes: una para costear misiones de infieles en los territorios salvajes que todavía existen en todas las repúblicas; otra para misiones entre los fieles, y que tienen por objeto reformar las costumbres de éstos; y otra que se aplica ó á los seminarios, ó á los hospitales, ó á los hospicios de pobres. De propósito he tocado este punto para deshacer un equívoco del que mas de una vez han pretendido sacar ventaja los enemigos de la Iglesia Católica. En los países donde no ha habido ni hay el privilegio de la Bula, como en Francia, Inglaterra, Austria, etc., cada año los Obispos como delegados del Papa, disponen por medio de un mandamiento lo que ha de observarse en orden á la abstinencia del ayuno. Ordinariamente permiten el uso de la carne en Cuaresma cuatro dias por semana en Inglaterra, y cinco en Francia. Y hago notar esto, para ilustrar á aquellos que en América acusan de rigurosa y de temeraria á la Iglesia, que manda guardar abstinencia; cuando la que se observa en esos países, es apenas sombra de la que guardan los Católicos de otros estados. Y no se crea que las disposiciones de la Iglesia á este respecto quedarán escritas sobre el papel, sin que nadie ó muy pocos las cumplan: nó, nó es así, y en prueba de que los buenos católicos las guardan siempre, yo ví lo siguiente en una de las principales ciudades de los Países Bajos. Estábamos á la mesa redonda de un gran hotel al ménos cien personas: era dia de abstinencia para los Católicos, y noté que un crecido número de individuos al servir la sopa volvian sus platos para abajo. Sirviéndose despues las otras viandas, ví que admitian solamente aquellas que

eran propias de comida de abstinencia, mientras los demas tomaban unas y otras. Pero ninguno de los que estaban á la mesa, se preocupó de lo que hacian los otros, ni importaba á nadie, si unos comian de vienes y otros de carne, obrando cada uno con perfecta libertad y segun la creencia que profesaba. No habria pasado así en la América Española, y la abstinencia de aquellos les habria importado la befa é irrisión de esos pobres ignorantes, que á trueque de pasar por hombres liberales y despreocupados, rien y burlan la creencia de otros.

La segunda parte de este precepto es la que nos manda cercenar algo de la comida ordinaria, y hacer ésta una sola al dia. La hora de esta única comida era en los doce primeros siglos de la Iglesia al ponerse el sol; mas en el siglo trece principiaron á permitir los Obispos que se hiciese á las tres de la tarde: ahora es lícito hacerla á medio dia, y esta es costumbre ya recibida y autorizada en todas partes.

En esta comida deben tenerse presentes las reglas siguientes: la Iglesia reprueba en ellas, tanto la intemperancia, la glotonería, y la embriaguez, como todo género de excesos así en los alimentos, como en la bebida. Reprueba igualmente la promiscuacion de carne y pescado en la misma comida, y esto lo reprueba no solo en aquellos que estan obligados á guardar el ayuno, sino en todos los que han llegado al uso de la razon. Reprueba alterar sin causa muy justa el orden natural de la comida, es decir, hacer la colacion á la hora del almuerzo cotidiano, y la comida por la tarde, á no ser que para ello hubiesen causas muy justas. Causa muy justa será estar el dueño de casa empleado, y tener obligacion de permanecer hasta hora avanzada en su trabajo, ó no depender del que

ayuna señalar la hora de la comida, ni serle fácil comer en otra parte. Mas hacer la colacion por la mañana solo por comodidad, por ser mas agradable ó por otros motivos de esta naturaleza, es falta contra el precepto del ayuno, y los que obran de este modo, faltan tambien contra el precepto de ayunar. A mas de esta comida se introdujo desde muy atrás la colacion, que es una corta refaccion que se concedió para reparar las fuerzas del cuerpo apuradas por el trabajo, y en atencion á haberse anticipado la hora de la comida. Al principio no se tomaba por colacion sinó un poco de vino con agua, y esto duró hasta el siglo XV. Desde entónces para acá se ha añadido el pan, las frutas, las legumbres, ó bien en conservas, ó bien sazoadas segun la costumbre de cada pais. En cuanto á la cantidad que pueda tomarse por colacion, nada hay determinado, y cada uno debe atenerse á lo que está recibido y se practica en cada lugar por las gentes cristianas de conciencia arreglada. En América generalmente está en uso tomar hasta la cantidad de ocho onzas: de manera que pasar de allí notablemente, debe tenerse como pecado.

Indicamos ya, hermanos mios, que no es prohibido beber en dia de ayuno, y que, por consiguiente, cualquiera puede hacerlo con tal que guarde la templanza debida. Mas de ningun modo puede usarse con esa libertad de aquellas bebidas que alimentan, como seria el caldo, la orchata, la leche, ú otras semejantes; el uso de éstas quebranta el ayuno. Hemos visto qué cosa es el ayuno eclesiástico, veamos ahora cuáles son los dias que tenemos obligacion de ayunar. Son:

Primero, los cuarenta dias de la cuaresma, y que se cuentan desde el miércoles de ceniza hasta el sábado santo inclusive con excepcion de los domingos. Y repito inclusive, porque cierta gente ignorante tiene comó

cosa establecida, que la cuaresma concluye el sábado santo, cuando en los divinos oficios se canta *el gloria*; pero éste es un error, así es que si alguna persona deja de ayunar el sábado santo, cometerá pecado lo mismo que cualquier dia de la cuaresma. Y aun cuando en la cuaresma caigan otros dias festivos, como la Encarnacion del Señor, y en muchos puntos donde la fiesta de San José esposo de la Virgen santísima es festivo, esos dias hay obligacion de ayunar como todos los demas.

Segundo, fuera de la cuaresma hay obligacion de ayunar las témporas del año, instituidas por la Iglesia, casi todavía en los tiempos apostólicos, y las vigiliass de las solemnidades del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, de Pentecóstes, de la Natividad y Asuncion de la Santísima Virgen, las de los Apóstoles y de San Juan Bautista, San Lorenzo y todos los Santos. Tambien suelen introducirse en algunos lugares dias de ayuno por voto, y siendo éste hecho con los requisitos necesarios, obliga su cumplimiento.

Los cristianos que han cumplido veintiun años, estan obligados á ayunar, y solo si tuviesen causa legítima, podrán excusarse del cumplimiento del precepto. Obliga éste no solo á las personas de humilde condicion, sinó de la misma manera que á estas, á los grandes, á los ricos y á los poderosos. En vano hoy dia muchos dueños de casa se esfuerzan por excusarse del ayuno con frívolos motivos, y dejan reducida su observancia á las personas de servicio, como si éstas solamente estuviesen llamadas á santificarse, ó si para éstas solas hubiese instituido su precepto la Iglesia nuestra Madre. Lamento lo que sucede con relacion á esto en muchas familias; el padre, la madre, las hijas, los hijos todos almuerzan, todos comen en los dias de ayuno, como en cualquiera otro dia del año;

mientras tanto la dueño de casa va á hacer ostentacion de su celo exhortando á los domésticos á que ayunen. ¡Que ayunen, sin proporcionarles siquiera los medios para que puedan hacerlo!... que ayunen! dándoles la comida á las cinco ó seis de la tarde; lo que equivale á hacerles imposible el cumplimiento del precepto. Los dueños de casa que obran de esta manera, echan sobre su conciencia una responsabilidad enorme. Y no la tienen menor los escandalosos, que no solo no cumplen con tal precepto, sinó que hacen alarde de desobedecerlo dando mal ejemplo.

De la obligacion de ayunar estan libres las siguientes personas, á saber, aquellos que por exceso de edad tienen impotencia moral para ayunar: tales son los hombres de sesenta años, y las mujeres de cincuenta, porque ya en esta edad la salud es incierta y peligrosa. Así mismo los que sufren achaques habituales que les hacen inhábiles para ayunar. Pero debo advertir, hermanos míos, que aquellos que por su edad avanzada, así como los que por sus achaques no estan obligados al precepto del ayuno, tienen obligacion de guardar aquella parte del precepto que sea compatible con su situacion; deben, por ejemplo, abstenerse de promiscuar. Las mujeres en cinta y las que crían actualmente, no estan tampoco de ninguna manera obligadas al precepto del ayuno. Tampoco lo estan los que trabajan con su entendimiento en muchos negocios sérios, y ayunando no podrian tener la robustez necesaria para llenar su obligacion cumplidamente: como el ministro, el juez, el abogado, el relator, el secretario, ó el que desempeña otro destino de tanta contraccion y responsabilidad como éstos. Ni lo estan los que trabajan corporalmente en obras duras, y que necesitan fortaleza de parte de aquellos que las soportan: tales son los herreros, los carpinteros, todos los

peones gañanes, y otros cuyos trabajos sean pesados como son éstos. Hay trabajos que pueden desempeñarse sin que excusen del ayuno á la persona que los ejecuta, los sastres, por ejemplo, los barberos y otros oficios que no requieren en las personas que los sirven gran ejercicio corporal, y pueden, por consiguiente, armonizarse con el ayuno. Como regla en esta materia, debe atenderse á la naturaleza de la persona, de quien se trata de saber si, sirviendo tal ó cual empleo ú oficio, debe ayunar ó nó. Tambien es necesario tener presente los motivos porque se sirve ese empleo; pues, si fuese sin necesidad, y tan solo como medio para libertarse del ayuno, en ese caso habria obligacion de ayunar. Pero si ese trabajo se toma con causa racional, y como medio legítimo de ganar lo necesario para vivir, entónces deberá tomarse en consideracion para excusarse del cumplimiento de este precepto.

Tambien las obras de piedad pueden servir á veces de excusa para ayunar. Hay entre estas obras algunas que realmente son incompatibles con el ayuno. El viaje precipitado, por ejemplo, que hace un cura ú otro sacerdote á larga distancia, para administrar los sacramentos á un enfermo; las noches enteras que pasa otro en vela auxiliando á los moribundos; los capellanes del hospital que asisten todo el dia enfermos de males contagiosos y estan respirando el aire malsano de aquellos lugares; los misioneros que predicán una ó dos horas y confiesan muchas mas en tiempo de cuaresma, todos éstos no tienen obligacion de ayunar, ni aun de guardar la abstinencia (1).

Por la misma razon estan libres de la obligacion de ayunar los enfermeros de los hospitales, los que tras-

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae} quaest. 147.

nochan asistiendo algun enfermo, ó conduciendo á éstos para que sean cuidados en algun hospital. La caridad es el primero de los deberes que tiene el hombre obligacion de cumplir en todo caso; el primero de los preceptos, como la calificó Nuestro Señor Jesucristo: por consiguiente, ejercitándola de la manera que El mismo nos enseña, practicamos la virtud mas excelente, y llenamos la primera y mas perfecta de todas nuestras obligaciones.

Difícil es que uno mismo pueda ser juez imparcial de su propia causa; así es que, tratándose de saber si podrá un individuo considerarse como libre del ayuno, debe ocurrir á otro para que le resuelva su dificultad. Y ese otro debe ser persona de buena conciencia, y con capacidad para resolver. En cuanto á las indisposiciones del cuerpo, debe el paciente consultar al médico, y con su opinion oír el dictámen del confesor, ó de otro sacerdote; estando conformes ambas opiniones, puede con segura conciencia tenerse como libre de la obligacion de ayunar. De lo dicho se deduce claramente, que pecan contra este mandamiento las personas que proceden por sí solas á exonerarse del ayuno, así como los padres ó madres de familia que se oponen á que sus hijas ayunen, por temor que se enfermen. El temor remoto de enfermedad no puede ser causa suficiente para excusarse de cumplir con lo que manda este precepto. Como es sabido, ningun mandamiento de la Iglesia obliga con peligro de enfermarse; mas este peligro debe ser prudente, es decir, debe apoyarse en datos precisos que hagan temer prudentemente, que de hacer aquello, se ha de seguir tal ó cual enfermedad. Pero esto no existe cuando á una persona se le ocurre que ha de enfermarse porque ayuna. Hemos tambien de advertir, que el ayuno

suele traer ciertas indisposiciones ligeras, especialmente á las personas que no estan acostumbradas á practicarlo. Por ejemplo, algun dolor en la cabeza , cierto desfallecimiento, sueño y otros accidentes tan ligeros como éstos, son consecuencias del ayuno mismo, y que contribuyen eficazmente á la mortificacion á que él va dirigido. Nadie podrá pretender , legítimamente , excusarse de ayunar por ese dolor pequeño de cabeza, ó por esa otra indisposicion que no le impide comer, beber, reirse y divertirse cada y cuando se le antoja. Cuando se dice que la enfermedad ó malestar de la salud es legítima excusa para no ayunar, se ha de entender enfermedad real y verdadera. No existiendo ésta, somos nosotros los que queremos engañarnos negándonos á cumplir lo que se nos manda , y somos nosotros los que ponemos nuestra alma al borde de su perdicion , sustrayéndola á la obediencia que debe á la autoridad legítima de la Iglesia. Esta buena Madre , al mandarnos ayunar en este mandamiento, exige algo mas que la abstinencia material de la comida; exige , hermanos mios, la perfecta mortificacion del corazon; exige que acompañemos el ayuno de la carne con el espíritu de penitencia y compuncion; exige que la mortificacion de nuestra gula vaya junto con el ayuno de nuestros sentidos; exige, en fin, que nuestra alma y nuestro cuerpo se abstengan de las obras de pecado. Dios exigia esto mismo á su pueblo, cuando por boca de Isaías les decia: « El ayuno que yo exijo es éste: rompe los lazos de tu impiedad, descárgate de las deudas que retienes injustamente , arroja de tí el peso enorme de tus murmuraciones, parte tu pan con el hambriento, socorre al necesitado, alivia al oprimido, cubre al desnudo, y entónces invocarás al

Señor, y te oírás; le clamarás, y te responderá: Aquí estoy (1). » Ved ahí, hermanos míos, el ayuno perfecto del cristiano explicado por el mismo Dios, y que consiste en unir á la mortificacion del cuerpo el aborrecimiento práctico del pecado. «Ayunen los ojos, dice San Bernardo, de las miradas torpes y curiosas; refrénense humillados por la penitencia, ya que antes libres vagaron tantas veces por la senda de la iniquidad. Ayunen los oídos, absteniéndose de oír conversaciones lascivas, ayunen á la detraccion y á la vana curiosidad. Ayune tambien la lengua, dejándose gobernar por la caridad, y evitando cuidadosamente las murmuraciones de las faltas del prójimo, los juramentos, las imprecaciones y las blasfemias. Ayunen las manos para toda accion impura que pueda ofender la modestia del cristiano, para toda accion ociosa vedada por la ley santa del Señor. Ayunen tambien los piés, no concurriendo al lugar de juegos peligrosos y de visitas amoratorias: á ese lugar donde tantas veces ofendió á Dios con miradas, deseos, palabras, y con mil acciones indignas de un cristiano. Ayune el alma, finalmente, á todos los malos afectos, porque solo de esta manera será nuestro ayuno agradable al Señor (2). »

De todo cuanto hemos dicho en la presente doctrina se deduce claramente, cuáles son los pecados que se cometen con mas frecuencia contra este cuarto mandamiento de la Iglesia. Se deduce, digo, que pecan mortalmente los que, sin tener justa causa, dejan de ayunar los dias señalados por la misma Iglesia, y segun la opinion de teólogos respetables, cometen, cada dia que dejan de ayunar, no solo un pecado, sinó tantos pecados, cuan-

(1) Isaías. Cap. 58.

(2) Sermo III. in Quadrag. n. 4.

tas son las comidas que hagan fuera de lo permitido de acuerdo con este precepto.

Pecan tambien los que, aun cuando dicen que ayunan, no lo hacen como lo manda la Iglesia, sinó trastornando el órden de la colacion y de la comida, sin tener causa alguna legitima.

Pecan del mismo modo contra este mandamiento los que, siendo dueños de casa, no cuidan de su observancia en el seno de su familia, sinó al contrario con su libertinaje para vivir sin sujecion á la ley de la Iglesia, estimulan á sus domésticos á que tambien falten. Así mismo pecan los que no facilitan medios á sus sirvientes para guardar el precepto del ayuno.

Pecan del mismo modo los que, teniendo privilegio para comer carne en dia de ayuno, no se limitan á tomarla una vez cada dia; sinó que la comen cuantas veces la desean, siendo así que quien está dispensado legítimamente de la abstinencia, no lo está de la forma del ayuno que debe siempre guardar, como lo declaró el Papa Benedicto XIV (1).

Pecan los que ayunando no se limitan á comer con moderacion aquellas ocasiones que les está permitido, sinó que comen hasta quedar hartos; de suerte que, por una parte obran contra el precepto divino que manda la temperancia, y por otra contra el precepto eclesiástico que limita la cantidad y calidad de la comida que ha de usarse en dia de ayuno. Se me figura ver en lo que hacen estos hombres, aquello que sucede entre los mahometanos. La ley del Alcoran obliga á éstos á abstenerse durante el Ramatzan de toda comida, y de fumar su pipa desde que sale el sol hasta el momento

(1) Brebes 1741 á 30 de Mayo y 22 de Agosto.

de ponerse ; pero pueden lícitamente comer y fumar durante toda la noche, y hasta la salida del sol del día siguiente. Sucede, pues, que los mahometanos mas celosos por la observancia de su ley, se exhortan unos á otros durante la noche á comer y fumar para encontrarse, como ellos dicen, mas fuertes al día siguiente para cumplir con el ayuno. Así es que en Constantinopla, en Esmirna, en Damasco y en otras ciudades se ven procesiones de fanáticos, que andan por las casas despertando á los que duermen, para que se levanten á comer, á fin que ayunen mejor. El cristiano que el día de ayuno olvida la moderacion en la comida y en la bebida, pierde el mérito de su obra.

Pecan los que promiscuan, comiendo carne y pescado ó marisco en día de ayuno. Esto no puede hacerse lícitamente sinó con razones muy poderosas, como serian si una familia no tuviese suficiente alimento de carne, y para aumentarlo recurriese al arbitrio de tomar pescado no teniendo otra cosa. Debo prevenir, que las personas enfermas que estan dispensadas del ayuno, y por esta razon autorizadas para comer carne, no estan facultadas para promiscuar, y al contrario cometerán pecado grave si lo hacen.

Pecan así mismo los que en día de ayuno hacen convites, bailes, saraos y otras diversiones de esta naturaleza; y no pecan solo por repugnar semejantes funciones á la santidad del ayuno, sinó porque, principalmente, se pone en esos casos á los invitados en ocasion de faltar al ayuno, y se da á todos una muestra práctica del ningun respeto que profesan, los que convidan, al precepto de la Iglesia.

Repugnan á la prohibicion contenida en este mandamiento ciertas costumbres que de algun tiempo á esta parte pretenden introducir algunos con agravio

del precepto mismo. Me refiero á usar la leche en el té, aunque sea en muy corta porcion, los dias de ayuno. La leche, como todos los demas lacticinios, estan bajo la prohibicion de la ley, y por esta razon no puede lícitamente usarse ni en grande, ni en pequeña cantidad. Ni puede tampoco usarse el pan amasado con huevos ó mantequilla en el servicio del té, por la misma razon que hemos dicho no poder usarse la leche.

Repugna de la misma manera á este precepto la franqueza con que ciertas personas, que se creen sin obligacion para ayunar, comen en presencia de todos, sin cuidarse del escándalo que con su proceder dan á aquellos que las ven. Convengo que tales personas no esten obligadas á la observancia de este mandamiento; convengo mas todavía, que su indisposicion sea tal, que el médico les haya ordenado tomar alimentos con frecuencia: mas, no obstante todo esto, yo digo á esas personas, que para tomar alimentos á deshora en dia de ayuno, deben hacer cuánto sea posible para que ninguno las note que pueda escandalizarse, tomando como infraccion del precepto, lo que realmente está conforme con el precepto mismo.

Repugna, finalmente, á la santidad de este mandamiento, que mientras ayunamos con el cuerpo, vivamos disipados en nuestros sentidos. El Señor por boca de su Profeta (1) nos manda que santifiquemos nuestro ayuno, cuyas palabras explicando el Angélico Doctor Santo Tomás: « Consiste, dice, esta santificacion en estar limpios de culpa, firmes en la virtud, y dispuestos para ejecutar todo aquello que entendamos ser conveniente para la honra del Señor (2). » No hagamos ostentacion de nuestro ayuno, como lo hacian los fariseos,

(1) Joel. Cap. 1.

(2) 2.^a 2.^{aa} quaest. 81. art. 8.

sinó que, guardando el precepto con fidelidad, ocupémonos en esos dias de mortificacion, de nuestras tareas ordinarias como todos los demas dias. El Señor está viendo nuestro corazon, es testigo de nuestra penitencia y de nuestra humillacion, y derramará sobre nosotros sus gracias inefables. Moises, alentado por su ayuno de cuarenta dias, habla al Señor lleno de confianza; Judit ayunando encuentra su brazo fortalecido para salvar á la patria, y Daniel amansa por el ayuno la ferocidad de los leones. Experimentaremos nosotros iguales bienes, si ayunamos con el espíritu que lo hicieron estos siervos del Señor, triunfaremos de los enemigos de nuestra alma con la fortaleza; mientras que la confianza en Dios, que alcanza la eficacia de la penitencia, perfeccionará nuestra oracion, y la hará poderosa para obtenernos los auxilios de la gracia, que nos librarán de perecer en los furiosos asaltos del infierno. Sirva el ejemplo de Jesus ayunando por nosotros en el desierto del Jordan, para fortalecernos contra la pereza y flojedad de nuestra vida, para alentar nuestra resolucion de mortificarnos, y para darnos perseverancia en el propósito de servir á Dios con la perfeccion que nos ha de merecer un lugar en el reino de los cielos. Así sea.

INSTRUCCION VIGÉSIMA TERCIA.

DEL QUINTO PRECEPTO DE LA IGLESIA,
Y FINAL DE LOS MANDAMIENTOS.

*Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi
sicut ethnicus et publicanus.*

Si alguno no oyese á la Iglesia,
sea tenido como gentil y como publicano.

(S. Matth. Cap. 16.)

Dios es criador universal, dueño y Señor absoluto de todas las cosas: le debemos, por consiguiente, rendir todos los hombres el tributo de nuestra adoracion, de nuestro culto y de nuestros mas humildes obsequios. El se dignó exigir terminantemente todo esto en la ley escrita, mandando á Israel que de los frutos que recogiese, pagase la décima parte á los levitas ministros del Señor (1), para que fuese consagrada á Dios (2). Este precepto divino para los hijos de Jacob fué adoptado por la Iglesia cristiana en los tiempos mas remotos, predicado por los Apóstoles como legítimo y necesario, y mandado observar despues como una de las leyes sancionadas por la Iglesia cristiana. A primera vista parece que el poder de la Iglesia, obrando en esta materia enteramente temporal, estuviese mal colocado; mas no es así. Voy á daros á conocer, hermanos mios, la justicia de este precepto, lo que en él se nos manda, y el espíritu con que hemos de obedecerlo.

Separemos desde luego, á Dios del hombre; á

(1) Exodo. Cap. 22.

(2) Levítico. Cap. 27.

Dios que instituye el precepto, del hombre que lo recibe y en cuyo beneficio parece haber sido hecho; entónces la voz de Dios penetrará hasta lo profundo de nuestra conciencia, nos hará comprender las obligaciones que nos impone este mandamiento, y dará arbitrios á todos para conformarnos con sus disposiciones. Atendedme.

San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto (1), muestra la conformidad perfecta de este precepto con el derecho natural. « El soldado, dice, que lleva sus armas en la mano, y milita para defender los derechos de su patria, no lo hace á costa propia, sinó que recibe los estipendios debidos á su servicio; el que planta la viña, espera saciarse con su fruto, y el pastor que cuida su ganado marchando tras él de dia y de noche, se alimenta con la leche de sus ovejas, y se viste con los paños hechos de sus lanas. En la ley de Moises está escrito: *No atarás la boca al buey que está trillando*, y por nosotros fueron escritas estas palabras, nó por los brutos animales. Por nosotros, digo, los predicadores y ministros de Dios, porque el que ara, ara con la esperanza de recibir su premio; y el que trilla, trilla con la esperanza de conseguir su fruto. Y si nosotros sembramos para vuestra utilidad cosas espirituales, ¿ qué mucho será que recojamos algo de vuestros bienes temporales? Los ministros del templo se alimentan de las ofrendas del templo, y los que sirven al altar participan de lo que se ofrece sobre el altar. Así mismo quiere el Señor que se haga con los apóstoles de su Evangelio, esto es, que los que predicán el Evangelio, vivan del Evangelio; que reciban de aquellos, á quienes lo anuncian, lo necesario para sustentar su

(1) I. ad Corinth. Cap. 9.

vida. » Hasta aquí habla el Apóstol, cuya doctrina deja establecida hasta la evidencia la justicia del precepto eclesiástico, que dispone dar lo necesario para alimentar á los sacerdotes que trabajan en beneficio de los fieles.

No es ménos justo este precepto considerado como ofrenda que dedica el hombre á Dios, Señor de todas las cosas. La naturaleza nos inspira esa gratitud para con Dios que existe en el fondo de la conciencia de cada uno, mas ó menos poderosamente desarrollada segun su temperamento. Esa gratitud enseñó á los hijos del primer hombre á separar con esmero parte de sus frutos tanto de mieses como de ganados para ofrecerlos al Señor. Con esa gratitud Abraham, el padre de los creyentes, ofreció á Melquisedec el diezmo de todos los despojos recogidos en la victoria que obtuvo sobre los reyes, sus enemigos. Jacob, favorecido por Dios con la promesa de una proteccion divina que habria de asistirle durante su peregrinacion por tierras para él desconocidas, hace voto al Señor de ofrecerle el diezmo de todos los frutos que recogiese. Cuando Dios da á los hombres su ley escrita, y al pueblo hebreo señala las leyes judiciales y ceremoniales que le habian de gobernar, sancionando aquellas que pudimos llamar hasta entónces inspiraciones de la conciencia de los hombres, manda á Israel consagrarle el diezmo de sus frutos para subvenir á las necesidades del culto externo que por justicia debemos tributarle. Prometió ademas, como leemos en las santas Escrituras, bendiciones copiosas á los que con fidelidad cumpliesen aquellas obligaciones asi como castigos severos á los ingratos transgresores de esa misma ley. Israel delincuente esperimentó esos castigos. Dios se queja por boca de sus profetas que le defrauda los diezmos

que le son debidos, que por esa razon su templo se ve sin decoro, vacíos los altares, pobres y silenciosos los sacrificios, y en fin, sin honor, ni majestad el culto que El mismo ha mandado se le tribute. Jeremías, desde aquella gruta misteriosa y sombría donde lloraba la ruina de su pueblo en dolorosas lamentaciones, exhorta á ese mismo Israel á volver á la senda de la ley divina, de donde se ha separado temerariamente negando al Señor lo que de justicia le debía.

Dirigida la Iglesia de Jesucristo sobre tantas y tan expresas determinaciones que tuvieron su cumplimiento en el pueblo judío, figura y sombra del pueblo cristiano, aprobó formalmente las contribuciones ú oblaciones voluntarias, que, desde el tiempo de sus Apóstoles, ofrecieron los fieles para sosten del culto de Dios en los templos, así como para el alimento de sus ministros. La Iglesia conservaba íntegra esta costumbre, que era observada generalmente por todos los cristianos. « Si faltasen á ella, predicaba San Agustín, no habrían sacerdotes en las Iglesias, se acabaría el culto del Señor, el oficio divino, la jerarquía eclesiástica, y el esplendor de los templos (1). » Posteriormente esa costumbre fué convertida por la Iglesia misma en ley universal, obligatoria para todos los fieles (2).

Hemos visto, hermanos míos, la justicia de esta ley eclesiástica: veamos ahora lo que en ella se nos manda. Dice el precepto, que debemos pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios. Como diezmo debe cada uno pagar la décima parte de las mieses que recogió, ó de los animales que le nacieron. Este precepto, segun observa el Angélico Doctor Santo Tomás, es de derecho positivo, que procede del poder de la Iglesia, la

(1) Sermo 119.

(2) Concil. Trident. Sess. 25. de Reformat. Cap. 12.

ETZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. I.

que así como dispuso que se pagara esta determinada cuota de diez, puede tambien alterarla con justas causas, ya aumentándola ó ya disminuyéndola (1). El haber mandado Dios á los Israelitas en la ley antigua, que le pagasen la décima de lo que casechasen como fruto de sus campos y de sus ganados, dió origen á que la Iglesia cristiana señalase esa misma cuota á sus fieles, para que la ofreciesen al Señor por diezmo. Moises, segun nos refiere la santa Escritura, tratando de cumplir el precepto divino que le ordenaba la construccion del Tabernáculo y del Arca santa de la Alianza con todos sus adherentes, segun lo ordenado por Dios, convocó al pueblo y le exhortó para que contribuyese con lo necesario para aquella obra. De todas partes concurrieron los hijos de Jacob llevando las ofrendas mas valiosas, hasta que Moises mismo les mandó que suspendiesen esa muestra de su piadosa generosidad. « Observad, dice San Agustin al pueblo cristiano (2), observad el celo de Israel que no se cansa de ofrecer lo mas precioso que poseia para que fuese dedicado al culto del Señor. » Mas observad tambien que el pueblo cristiano se encuentra todavia mas obligado que Israel, por los beneficios incomparablemente mayores que ha recibido del Señor, por la naturaleza de los bienes con que ha sido enriquecido, por la mayor dignidad de que le revisiten, y por la ley misma de amor y de misericordia que lo rige, en vez de la dura y penosa sancionada para gobernar á Israel : ¿ no deberá, pues, este pueblo mostrar á Dios mayor amor y agradecimiento mas generoso que aquel? Ved ahí, hermanos mios, la razon para que la Iglesia conservase en el pago de los diezmos la misma cuota señalada por Dios al pueblo Israelita.

(1) 2.^a 2.^{ae} quaest. 87. art. 4.

(2) Lib. II. in Exod.

Pero debemos advertir, que sobre el pago de diezmos y su cantidad debe estar cada uno al uso ó costumbre establecida en el lugar donde habita. Antiguamente el diezmo era de tres clases, á saber: personal, predial y misto. Diezmo personal era el que provenia de la industria de la persona que lo pagaba; y este diezmo debian satisfacer los mercaderes, abogados, militares, curadores, pescadores y jornaleros. Predial se llama el diezmo que proviene de los frutos que se cosechan. Y mistos finalmente son aquellos que provienen ya de los animales que producen sus crias, ya del hombre que utiliza mediante su industria la lana, los quesos, los pastos, la miel, la cera, etc.; y se llama misto este diezmo, porque sin la industria del hombre que trabaja, no se aprovecharian esos productos naturales de los animales. En algunos lugares se pagaba antiguamente el diezmo personal, mas despues ha caido en desuso tal obligacion, y creo que hoy no se paga en parte alguna. Se paga hoy tan solo el diezmo predial y el misto, pero éste limitado á ciertas industrias.

No puede darse regla mas fija en órden á esta parte industrial, que seguir la costumbre legítimamente introducida y admitida en cada obispado ó en cada lugar. Así como hay abusos en no pagar el diezmo, los hay tambien de parte de los que los cobran para exigir mas que aquello que corresponde ó de artículos que no deben pagar. Por esta razon he dicho, que cada uno debe atenerse á la costumbre introducida y admitida por gente de buena conciencia (1). Algunos con actos violentos quieren por fuerza arrancar á los productores ó cosecheros frutos que rehusan dar, obrando como los hijos de Helí, que por fuerza quitaban en nombre del Señor

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ae}, ut supra.

á los Israelitas las víctimas y las ofrendas para aprovecharse de ellas, dando lugar á que el nombre de Dios fuese blasfemado por ese mismo Israel exasperado con tales exacciones. Así aquellos exigen los diezmos á su antojo, emplean para ello la fuerza, y dan lugar á que muchos cristianos por librarse de sus violencias oculten sus cosechas, mientan y aun perjuren citados á la presencia de los jueces. Seria de desear que para la recaudacion de los diezmos no se emplee jamas la coaccion ó violencia, sinó que se deje obrar á la conciencia de cada uno con entera libertad.

En las naciones ó territorios donde el diezmo ha sido sustituido por algun impuesto directo, debe notarse que esa sustitucion no puede hacerse sin anuencia del Sumo Pontífice, cuya autoridad es la única ordinaria en la Iglesia de Jesucristo que puede establecer y derogar las leyes eclesiásticas. De tal modo que, si algun obispo ú otro prelado inferior consintiese en variar algo sobre los diezmos, á mas de cometer pecado, cooperaria á una nulidad, causando perjuicio en las conciencias de los fieles. Cuando con anuencia del Papa se introducen variaciones en el diezmo, el pago de ese impuesto, que sustituye al diezmo, obliga en conciencia del mismo modo, que obliga el precepto; porque la autoridad legítima no ha derogado en aquel pais el precepto de pagar diezmo, sinó que ha convertido el pago de aquella contribucion en el pago de esta otra, pero dirigida al mismo objeto, y en virtud de las causas graves que para esa sustitucion han sido representadas por el gobierno que la solicitó.

Dijimos que á mas de la obligacion de pagar el diezmo, tambien la tenemos de pagar la primicia. Se llama primicia una porcion que cada fiel ofrece á su párroco de los frutos de su nueva cosecha. Las primi-

cias se ofrecen al párroco directamente, porque es él quien nos dirige por el camino que nos lleva á Dios, porque es él quien nos administra los sacramentos, y porque es él, finalmente, quien ofrece por sus feligreses de continuo la hostia santa, Jesucristo Nuestro Señor que satisface por todos nuestros pecados. Por estas razones le son debidas las primicias, segun el Angélico Doctor Santo Tomás (1). Mandó Dios en la ley escrita que se diesen al sacerdote las primicias de todos los frutos que recogiese cada uno, y esto mismo es lo que se practica en la Iglesia Católica, que ha querido conservar el vigor de este mandato.

Aunque la institucion de la primicia es en todo semejante al diezmo en orden á su objeto; no son, sin embargo, semejantes en la naturaleza de las cosas que se ofrecen. El pago de primicia no es obligatorio, sinó de aquellos frutos que produce la tierra, y que en el diezmo se califican como prediales. No se da primicias ni de las aves, ni de los huevos, ni de los ganados, como se paga diezmo de todo eso, y en cuanto á la cantidad que debe darse al párroco como primicia, no hay nada determinado, sinó que debe observarse la costumbre que siguen en cada lugar las gentes buenas. Los párrocos regularmente cuidan de recoger las primicias por medio de sus agentes; mas los que las deben, no deben esperar á que vayan aquellos á cobrarlas: es mas conforme con la institucion y objeto de este precepto, que la primicia sea llevada al cura por el mismo individuo que la ofrece. De este modo tendrá tambien la ofrenda mayor mérito, y se evitará el peligro de un olvido que pueda sufrir el recaudador, olvido que no salvará al deudor de su obligacion de pagar; pero

(1) 2.^a 2.^{ae} quæst. 86. art. 4.

sí lo expondrá á que , no pagando por omision ó negligencia voluntaria, viva en pecado mortal. El deudor de la primicia está, pues, obligado á llevar al párroco la porcion que le pertenece ; y no es lícito á éste ni á su agente tomar para sí lo que crean corresponderles; al contrario, al reclamar sus derechos, han de practicarlo con mucha moderacion y prudencia. No es lícito al que paga la primicia ó el diezmo sacar, antes de medir la cosecha, la simiente que sembró; ni tampoco es lícito deducir los gastos necesarios para sembrar, cosechar y limpiar el trigo ó cualquier otro grano, porque tanto la primicia, como el diezmo , se sacan del conjunto de la cosecha sin ponerse antes á hacer deducciones ni cuentas de ningun género.

Algunos destinan para la primicia del cura y para pago de los diezmos aquello ménos bueno de la cosecha, y esto es, hermanos míos, muy reprehensible é indigno de un cristiano. La grandeza infinita de Dios, la misericordiosa liberalidad con que nos ha colmado de beneficios, que no merecíamos, su hermosura y perfecciones inefables exigen, que los dones que le tribute mos , sean dignos de su divina majestad. Por eso lo mas precioso y perfecto es lo mas digno del Señor. Recordad, que aceptó Dios con infinito beneplácito las víctimas que le inmoló Abel, y al contrario miró con indignacion los sacrificios de Cain : ¿ y porqué ? ¿ por cuál causa , Católicos ? No hubo otra , hermanos míos, sinó porque Abel, segun nos dicen los libros sagrados, escogia para ofrecer á Dios en sacrificio lo mas pingüe y mejor de sus ganados, mientras que Cain no elegia para Dios sinó lo peor. Ved ahí, pues , cómo el Señor nos enseña el modo cómo hemos de proceder con su divina majestad, y que aceptará nuestras ofrendas, cuando sean éstas dignas de El por su calidad, y por nuestra

buena voluntad. Por su calidad, he dicho, cuando demos al Señor, sinó lo mejor y mas pingüe como Abel, al ménos nó lo peor como Cain, sinó bueno y malo, como hubiésemos recibido de su mano los frutos recogidos. Por nuestra buena voluntad, porque eso mismo que ofrecemos, lo hemos de dar con alegría de corazon. Si lo que se da al Señor, se hace solo por obligacion, porque el precepto lo manda, porque la autoridad puede á ello compelerenos, porque de no hacerlo se han de seguir disgustos y otros inconvenientes, ¿ cuál será entónces, hermanos mios, nuestro mérito? Donde está nuestra generosidad para con Dios? No quiere esto el Señor. « Recibí con alegría, nos dice por poca de David, vuestras ofrendas, porque ví la limpieza de vuestro corazon (1). » ; Ah católicos! que vea siempre el Señor el reconocimiento y el amor que reina en nuestra alma para su majestad divina.

Cumple, segun lo que dejamos dicho, con lo ordenado en este mandamiento el que paga sus diezmos y primicias con exactitud, observando así para la cantidad, como para los frutos y para las especies que debe pagar, lo establecido legítimamente por la costumbre. Cumple el que, para pagar sus diezmos y primicias, no elige ni lo mejor, ni lo peor, sinó indistintamente de todos los frutos y especies recogidas; cumplen pagando las especies mismas que adeudan, teniéndolas á disposicion de quien debe recaudarlas, sin estar obligados á pagarlas en dinero, ni á llevar á su costa los diezmos. Mas tienen esta obligacion, cuando el recaudador ha venido para llevarlos, y no le han sido entregados.

Ahora fácilmente conoceremos, quiénes son los que pecan contra este mandamiento; sin embargo, yo pun-

(1) Salmo 49.

tualizaré algunos de esos pecados, dando á conocer á la vez ciertos errores en que incurren algunas personas con perjuicio de la observancia de este precepto. Pecan mortalmente los que no pagan el diezmo ó la primicia, ó lo retienen sin justa causa; así como pecan tambien los que pagan con fraude, quedándose con parte de aquello que legítimamente deben pagar. Todos los que defraudan alguna cosa del diezmo ó de la primicia, independientemente de las penas eclesiásticas en que incurren, quedan obligados á restituir aquello tomado ilegalmente. Pecan los que con pretextos frívolos se excusan de aquellos pagos. Yo, por ejemplo, dice alguno, no pago ni el diezmo, ni la primicia, porque el párroco no se presta á auxiliar á los moribundos, ó no confiesa cuando se le busca con este objeto. El párroco, dicen otros, malgasta el dinero que llega á sus manos en cosas que no pertenecen á su estado. Al párroco, dice aquel, no le pagaré, porque es hombre de partido, y como tal, es mi enemigo político. Por graves que sean estos cargos para un cura de almas, no bastan para excusar al cristiano del cumplimiento del precepto, que le manda pagar á la Iglesia los diezmos y las primicias. Los párrocos darán cuenta á Dios de la inversion que dieron á las rentas de su Iglesia y á los dineros de los pobres; mas por tu parte, obedeciendo al precepto, contribuye con tu pago, no al desperdicio de las rentas eclesiásticas, no á la defraudacion del dinero de los pobres, sinó, en cuanto pende de tí, al sagrado objeto que la Iglesia tuvo en vista al ordenar su pago.

Pecan tambien los que encontrándose urgidos de dinero, dejan el pago del diezmo ó de la primicia de este año para el siguiente, viniendo á suceder que, fuera de la injusta retencion que hacen desde luego

de la renta eclesiástica, al siguiente año se encuentran en los mismos apuros, se les hace mas gravoso el pago, lo omiten, y consuman su pecado defraudando á Dios aquello que les pedia para su culto y sustentacion de sus ministros.

Como en toda retencion injusta de bien ajeno, está obligado el que no pagó legalmente los diezmos ó las primicias, á restituir. Mas en orden á esta restitucion debo advertiros, hermanos mios, que debe obrarse, si es posible, aun con mayor escrupulosidad que cuando se retienen los intereses de un individuo particular. La razon es, porque los bienes retenidos son en este caso todavía mas sagrados, y por consiguiente, mas dignos de respeto, que aquellos que pertenecen á los particulares. Oigamos sobre este punto al Angélico Doctor, que levanta con justicia la obligacion del pago que nos ordena este mandamiento, sobre todos los otros pagos que se nos suelen imponer por las autoridades de la tierra, y aun sobre el salario que por justicia debemos satisfacer religiosamente á los jornaleros. « El diezmo, dice, no cae bajo el impuesto, ni puede ser gravado con el pago de los obreros: por consiguiente, nadie puede sacar ni el impuesto ni el pago de los obreros antes de pagar el diezmo, sinó despues de pagado éste íntegramente (1). »

Siendo tan sagrada la obligacion de pagar el diezmo y la primicia, da lástima observar el descuido con que proceden tantos cristianos para llenarla; tantos pretextos que alegan para no pagarlos, y tanto descaro con que no pocos se niegan redondamente á satisfacer su pago. Pues bien entiendan todos esos que, así como vive en pecado mortal el que, pudiendo pagar su deuda

(1) 2.^a 2.^{ae} quaest. 87. art. 4.

ó ponerse por lo ménos en estado de pagar, no lo hace; del mismo modo está en pecado el que, pudiendo pagar el diezmo ó ponerse en situacion de pagar lo atrasado, no lo hace. El cristiano que tiene sobre sí semejante responsabilidad, procure libertarse cuanto antes: quien ha sido hasta hoy tardo y negligente, sea activo y solícito para llenar tales obligaciones.

Algunos han creído que en estas repúblicas de América y en otros estados de Europa, donde los gobiernos han tomado á su cargo proveer lo necesario para el culto divino y sustentacion de sus ministros, cesa por eso en los fieles la obligacion de pagar los diezmos y primicias. Pero este es un error, y hay la misma obligacion de pagarlos á los que los recaudan á nombre del fisco, como si se cobrasen por los ministros de la Iglesia directamente. Sucede en este caso lo que á un deudor: su fiador ha pagado por él á su acreedor, mas no por eso el deudor se cree sin obligacion alguna de pagar su deuda; al contrario sabe que la debe íntegramente al que pagó por él. Se debe el pago del diezmo, ó del impuesto legítimamente establecido en lugar de éste, al que lo cobra á nombre del fisco, que se hizo cargo de contribuir al clero y al culto del Señor con los estipendios necesarios para su manutencion.

Debe indudablemente estimular á los cristianos para la observancia de este mandamiento los premios señalados por la bondad divina tanto al pueblo de Israel, y se encuentran referidos en el Antiguo Testamento; como á su Iglesia Cristiana, y los registra la Historia Eclesiástica. « Porque está mi casa desierta, dice Dios por el profeta Ageo, he prohibido á los cielos que os den lluvia (1). » « Honra al Señor dándole

(1) Ageo. Cap. 4.

fielmente tus diezmos y primicias, y se llenarán tus graneros con harinas, y tus bodegas rebozarán de vino, » dijo el Sábio (1). « Traedme los diezmos de todo á mis graneros, dijo el Señor por su profeta Malaquías, para que haya pan en mi casa, y quejaos de mí, sinó abriese los tesoros de mis lluvias, y os enviase agua de bendicion con abundancia que fertilice vuestras tierras, y cargue de frutos vuestras viñas (2). » En fin, llenos estan los libros de los profetas de las amenazas hechas por Dios contra los que retenian los diezmos con agravio de sus leyes. A pesar de la soberbia que llenaba el corazon de aquel fariseo, de que habla San Lúcas, á pesar, repetimos, de los muchos defectos que llenaban su alma, haciéndola indigna de las gracias del Señor, ese fariseo, sin embargo, en medio de sus vicios y pecados tuvo un mérito delante de Dios, y por él alcanzaria quizá misericordia. ¿Y cuál era, católicos, ese mérito? « De todos mis bienes, decia, doy el diezmo (3). » Ved ahí el mérito que, segun San Crisóstomo, lo hace en esa práctica imitable para los cristianos.

La historia eclesiástica nos da testimonio de castigos ejemplares, obrados por la justicia de Dios contra los pueblos y contra los individuos que negaban á la Iglesia el cumplimiento de este mandamiento. Los anales eclesiásticos nos refieren las calamidades infinitas, venidas sobre el reino de Polonia, cuando con leyes impías se pretendió allí suprimir el diezmo (4). La historia de Dinamarca nos puntualiza en la vida de su santo rey Canuto la serie de males que sufrió por ese mismo motivo que Polonia. San Agustin, finalmente, nos cuenta otros innume-

(1) Proverb. Cap. 3.

(2) Malaq. Cap. 3.

(3) Lúcas. Cap. 6.

(4) Baronius. Tom. II. ad an. 1022., id. ad an. 1476. Tom. VI.

rables castigos con que la justicia divina ha vengado la avaricia humana puesta en movimiento para despojar á Dios de su honor y de su culto (1).

Concluamos, hermanos míos, la explicacion que dejamos hecha de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, con aquel elogio que hacia David de la ley divina: *Praeceptum Domini lucidum illuminans oculos* (2). Hermosa y clara es la ley santa del Señor, é ilumina los ojos de nuestra alma con luz inefable. Antorcha son para el cristiano los mandamientos de Dios que derraman claridad infinita en su camino hacia la vida eterna. Hemos recorrido estos santos preceptos, y ¿cuánta luz no han dado á nuestra alma las verdades que contiene cada uno? Con razon decia Dios á Israel : Pon mi ley delante de tus ojos, átalala á tus manos, grábala en tu corazon, para que la observes constantemente (3). Y no eran por cierto las ceremonias materiales que expresan estas palabras, las que el Señor queria ejecutase Israel. Nó, hermanos míos; eran otras diligencias que estan significadas en estas palabras. Pon mi ley, le decia, delante de tus ojos, porque Dios quiere que meditemos de continuo sus santos mandamientos, y lo que cada uno de éstos contiene, á fin de que podamos observarlos con fidelidad y diligencia. Porque, á la verdad, no es bastante, hermanos míos, recorrer los mandamientos con el sonido de las palabras, con que en ellos expresó el Señor su soberana voluntad. Es preciso penetrar el sentido de cada uno, y pensar sobre su contenido detenidamente. Esta era la meditacion que de continuo ocupaba al santo Profeta Rey, como tantas veces nos lo dice en el libro de sus Salmos: *Me-*

(1) S. August. Serm. 29.

(2) Salmo 18.

(3) Deuteron. Cap. 6.

ditabar in mandatis tuis; y no los meditaba simplemente recordándolos, sinó, como él mismo nos refiere, escudriñando lo que contiene cada uno: *Scrutabor legem tuam*, viniendo á ser el fruto de su meditacion un conocimiento práctico de la ley divina que iluminaba su entendimiento; un amor acendrado á su observancia que inflamaba su corazon; y una voluntad ardiente y generosa, decidida siempre á sacrificarse por el cumplimiento entero y perfecto de los preceptos de Dios. ¡Ah católicos! de nuestro olvido de los mandamientos nacen nuestras faltas, nuestros descuidos, nuestras ignorancias y nuestros pecados; recordemos pues esas leyes de Dios, y de nuestra madre la Iglesia, y nos encontraremos vigorosos para llenar con nuestras obras lo que en ellas se contiene.

Pero mas quiere de nosotros el Señor todavía; quiere que nuestras acciones en todas las circunstancias de la vida sean conformes con su ley. Esto es lo que indica á Israel diciéndole: «Ata mi ley á tus manos.» Los fariseos, tomando literalmente este pasaje de la santa Escritura, escribian en grandes pergaminos los preceptos del Decálogo que colgaban luego de sus manos. Mas no era esa diligencia material la que exigia el Señor, sinó que las acciones del cuerpo, figuradas en las manos, marchasen ajustadas siempre á los preceptos. Procuremos con el Apóstol llamarnos esclavos de la ley divina, y serlo realmente por nuestra exactitud para observarla. No hagamos lo que oimos decir á muchos mundanos cada dia: «observo los mandamientos en todo lo grave, en lo leve no me fijo.» Este es, hermanos mios, un error que pierde muchas almas. Lo grande y lo pequeño que contiene la ley de Dios debemos observar con igual exactitud: lo grande y lo pequeño expresa su voluntad soberana que debemos

poner en medio de nuestro corazon, como lo hacia David (1); porque la observancia de lo pequeño nos hace mas aptos y mas fervorosos para observar lo grave. Grabamos la ley divina en nuestro corazon, cuando estamos persuadidos de que debemos observarla, y nos hemos resuelto á guardarla inviolablemente; la grabamos tambien cuando sentimos amargamente las faltas cometidas contra ella con agravio de Dios durante toda nuestra vida, y la grabamos, en fin, cuando, para borrarlas mas y mas, renovamos nuestros propósitos de ser constantemente fieles al Señor. No decia Dios á Israel que trajese grabados sus preceptos en el bronce ó en el mármol, sinó sobre su corazon mismo. ¿Y porqué? Porque habian de durar así grabados, mientras durase la vida de aquel que debia santificarse observándolos. El tiempo destruye, y los mismos años maltratan lo que el artífice graba sobre la piedra ó el acero; mas lo que el hombre movido por la gracia de Dios imprime sobre su corazon, permanece allí mientras dura su vida. Ved ahí lo que Dios quiere, que la memoria de sus divinos preceptos se conserve indeleble en nuestra alma, sin que los violentos huracanes de nuestras pasiones, ni el largo trascurso de los años de nuestra vida puedan borrarla ni deteriorarla. Guardemos de esa manera la ley divina y de la Iglesia, dando á Dios en la observancia de sus preceptos la prueba de amor y de fidelidad que le es mas grata, y la única que acepta, como lo advierte en el Evangelio (2): « Si me amais, guardad mis mandamientos. » De este modo unidos al Señor aquí en la tierra estrechamente por su santa caridad, lograremos algun dia quedarle unidos eternamente en su gloria que os deseo. Amen.

(1) Salmo 39.

(2) Juan. Cap. 14.

INSTRUCCION VIGÉSIMA CUARTA.

SOBRE EL CULTO QUE DEBEMOS A DIOS.

*Si acaso en los países católicos puede ser permitida
la libertad de cultos.*

*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo,
et in tota anima tua, et in tota mente tua.
Hoc est maximum et primum mandatum.*

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón,
y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento.
Este es el mayor, y el primer mandamiento.

(Matth. Cap. 22.)

Meditando, hermanos míos, ese sacudimiento universal que nos describe el Apocalipsis de San Juan (1), la imaginación presencia un trastorno espantoso y general. Por una parte ve los efectos de la ira de Dios que pesan sobre generaciones cubiertas de orímenes: la divina justicia que vibra su espada contra pueblos impíos que sacudieron el yugo de la fé, dejando sentir hasta dónde aborrece el mal, y hasta dónde se extiende la soberana voluntad con que lo condena y lo reprime. Derrama, en efecto, por ministerio de sus ángeles sobre la tierra su indignación, y hiere de muerte á los que se emanciparon de Dios, é hicieron ostentación de su impiedad. *Effudit phialam suam*: derramó su copa, y las ciudades se desploman, las sociedades se arruinan y la destrucción borra de sobre la tierra los imperios mas florecientes y las repúblicas mas bien con-

(1) Cap. 16.

stituidas. Por otra parte veo al hombre creyente, cuya bandera es la cruz, y cuyas fuerzas se emplean en servicio de la fé que en ella está simbolizada, atravesar sin detrimento alguno todo ese torrente de males, sin que nada le amenace, ni nada le ofenda. Como uno de aquellos cedros robustos del Líbano ve á sus plantas morir el aquilon sin conmoverse, y aniquilarse el huracan antes que haya perdido algo de su follaje majestuoso. La voz de Dios que amenaza á los impíos, lo protege, y la sentencia de maldicion que en aquellos se cumple irremediabilmente, le sirve de escudo impenetrable. *Ecce qui vicerit non laedetur.*

En ese torrente de males con que Dios castiga el desprecio que hacen los hombres de la fé que se dignó revelarnos, creo, sin temor de equivocarme, divisar los que sufre el cristianismo por la division introducida por los malos creyentes en su mismo seno. Veo á éstos rebelados contra Dios, contra su fé y contra su Iglesia; organizado un culto que la divinidad no acepta, levantados altares sacrilegos con desprecio del que Dios mandó erigir para ofrecerle en sacrificio la víctima de infinito valor, que quita los pecados del mundo, provocada la ira del Señor, fomentada la incredulidad, y sumergidos en tinieblas tantos redimidos por Jesucristo. Esto es terrible, hermanos míos, pero es el mal que presenciemos en todas las sectas disidentes de la verdadera Iglesia cristiana. El católico está llamado á combatirlo con sus palabras, con sus obras, y con todos los esfuerzos que le inspire el celo por su fé. Convencido como está que tiene y profesa la única religion enseñada por Nuestro Señor Jesucristo en su santo Evangelio, y el único culto que este autoriza para rendir el que debemos á la Majestad divina, está obligado á contradecir los esfuerzos de los

disidentes empeñados en propagar cultos sacrílegos, á una con sus errores condenados por la Iglesia de Jesucristo, ¿y podrá decirse que los contradice aquel que permite ó por lo ménos mira con indiferencia la introduccion de cultos disidentes en el territorio de su patria? Y cuando en esta patria profesan todos sus hijos una misma fé, y estan bautizados con un mismo bautismo, esa obligacion ¿no es acaso todavía mucho mas estrecha, y por consiguiente, mayor el agravio que comete contra la fé cualquiera de sus hijos, que propenda al establecimiento de otros cultos, que rechaza y condena la religion católica?

Cuando en algunas de las repúblicas Hispano-Americanas, no pocos de esos que pretendieron llamarse «padres de la patria y legisladores de los nuevos estados,» no siendo en realidad mas que pobres imitadores de lo que en otros lugares y en muy distintas circunstancias se habia practicado, han gritado en los congresos, en las asambleas y en los consejos de gobierno, pidiendo libertad de cultos: permitidme, hermanos míos, que yo os demuestre que ni como cristianos, ni como ciudadanos podemos en conciencia aceptarla. Ved ahí la materia que va á ocupar vuestra atencion, si me lo permitis.

I.

Todo estado necesita constituirse sobre la religion, de modo que los deberes que ésta enseña á cada ciudadano, sirvan de base á sus instituciones. Esto lo exige la condicion del hombre, y así lo reconocieron todos los pueblos antiguos y modernos de la tierra. La religion católica inspira, á quienes la profesan, perfecta seguridad de la verdad de los dogmas que

enseña; quita todo motivo de duda, y condena como pecado consentir voluntariamente en alguna de éstas. Las pruebas, sobre que apoya esa seguridad, son tan claras y tan evidentes, que no permiten motivo para dudar, antes bien le presentan como venida de Dios toda su doctrina de un modo tan claro, que no puede ménos que repetir como David: «Tus testimonios se han hecho sobremanera creíbles (1).» Esta es una condicion que solo tiene el Catolicismo; en todas las otras sociedades, que llevan con impropiedad el nombre de cristianas, se permite á los creyentes dudar; y aun la naturaleza de la fé, que en ellas se profesa, fomenta las dudas en el hecho de dejar en libertad perfecta á cada individuo para explicarse su regla de fé, que son las santas Escrituras. Mas no sucede así en la Iglesia católica; ésta no deja lugar á dudas, desde que todos sus dogmas revelados por Dios, estan explicados por ella misma hasta donde pueden explicarse. Con esa misma seguridad que tiene del origen divino de las verdades que enseña, rechaza como invenciones humanas las profesiones de fé que hacen todas las sectas disidentes, y las condena con aquella misma seguridad, que ya las condenaba uno de sus primeros Obispos, cuando escribia: «Todo el que se aparta de la doctrina de la Iglesia, se aparta de Jesucristo (2).»

Ahora bien, hermanos mios, ¿podrá el cristiano que vive seguro de poseer la verdad, autorizar la propagacion de lo que cree mentira? ¿podrá en conciencia cooperar, aun cuando sea con su opinion, á que se predique como palabra de Dios lo que conoce ser evidentemente invencion humana? Nó, de ningun

(1) Salmo 92.

(2) Carta II. de S. Juan.

modo, y si lo hiciese, no solo traicionaria su fé, sinó tambien la honradez y rectitud de su conciencia. Recordad la conducta de los Apóstoles en presencia de los primeros disidentes de la fé de Cristo: no se contentaban con denunciarlos como herejes á la Iglesia, ni ménos con separarlos de toda comunicacion con los fieles, sinó que hacian quemar los libros de que se valian para propagar sus errores: enseñando con esta conducta, que estaban persuadidos que conservando éellos, y solo ellos, la verdadera fé que predicó Jesu-
cristo, no podian en conciencia autorizar, ni cooperar para que, en nombre de la verdad, se enseñase lo que es error. Esto mismo es lo que debe hacer todo buen católico, que tiene la fortuna de poseer la única fé predicada por Cristo y enseñada por sus Apóstoles. Porque realmente si hay fé en su alma, esa fé, digo, que profesa la santa Iglesia católica, esa fé que ilustra el entendimiento con luces del cielo, y que nos salva de los efectos de la ignorancia y de los errores; esa fé ha de rechazar necesariamente todo lo que no esté conforme con sus creencias. Mas si no la hay, ese hombre sin fé mirará cón indiferencia no solo al protestante, interpretando á su modo las santas Escrituras, y acusando de fanáticos á los católicos que conservan fielmente la doctrina del santo Evangelio, al Jumper saltando ridiculamente para atraer sobre su alma las inspiraciones del cielo, al Mormon cometiendo actos los mas ofensivos á la moral cristiana y al pudor natural, sinó al Mahometano condenando la verdad del Cristianismo con su Alcoran en la mano. Mas el hombre que así procede, no es verdadero cristiano, sinó indiferentista á quien poco importa sea esta religion ú otra la verdadera, ó mas bien es un áteo práctico que no honra á Dios porque no lo conoce, ni quiere .

conocerlo. Lo primero está probado con su conducta, y lo segundo se desprende de su modo de pensar en orden á Dios. Y os diré, Católicos, francamente que los hombres que proceden de tal modo, muy numerosos por desgracia en nuestros tiempos, soportan aquel castigo con que nuestro Señor Jesucristo amenazaba á los judíos incrédulos, indiferentes y de duro corazón: *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus eius* (1). « Os será quitado el reino de Dios, y dado á un pueblo que saque frutos de él. » Por la indiferencia de esos cristianos frios y negligentes para apreciar su religion en su justo valor, Dios le quita su fé, de modo que les vemos vivir solo para los intereses materiales, y moverse, pero para los negocios de la vida presente, sin que los intereses augustos de la fé les preocupen ni un instante. Ellos harán sacrificios por complacer á un magistrado de quien algo esperan, por captarse mas y mas la voluntad del rico y del poderoso, con cuya amistad se honran, por conservar la gracia del hombre influyente que favorece sus ascensos; pero mientras tanto, Dios, su alma, su fé, su religion pasan completamente desapercibidas. Estos son, sin embargo, en muchas ocasiones los que estan llamados á decidir en los congresos y en los consejos de gobierno, en cuestiones que afectan muy de cerca á los intereses de la religion y de la Iglesia; y á éstos á los que vemos en tales casos convertidos en instrumentos del que mas puede. Porque donde no hay conciencia religiosa, ménos puede buscarse ni la dignidad, ni la independencia, que son necesarias en los individuos que sancionan y aplican las leyes.

Las consecuencias de la division que introduce

(1) Mateo. Cap. 21.

en la fé y en la conciencia del pueblo la libertad de cultos no tardaria en dejar sentir sus efectos en la familia. Esta perderá su unidad, porque, divididos los individuos por creencias diferentes, no puede existir esa union íntima que los liga y que tiene por base una misma fé, unas mismas opiniones y unas mismas prácticas religiosas. Perderá su tranquilidad, porque nacerán cada dia interminables disputas, y con éstas mil motivos de desavenencia que comprometen la tranquilidad y bienestar de la familia; y perderá, en fin, toda esa felicidad doméstica fundada sobre la paz que trajo al mundo el Evangelio, y cuyo espíritu es la única fé que enseñó á los hombres Jesucristo. La propaganda protestante arrebatará á la madre su hija, á la familia su hermano, y al esposo su mujer. Doloroso es por cierto un cuadro semejante, pero nó nuevo, porque ya lo han visto muy de cerca y experimentado su realidad algunos pueblos americanos donde fué admitida la tolerancia religiosa. Tras los templos abiertos en el recinto de poblaciones, donde hay tantos individuos poco instruidos en los fundamentos de su fé, vino la predicacion de la herejía y de la revuelta contra los dogmas de esa misma fé y contra la jurisdiccion divina del Vicario de Jesucristo sobre la tierra; vinieron, á la vez, las escuelas donde se aprendió por principio la apostasía de la fé católica; y vinieron tambien los colegios donde se insinuó á los jóvenes aversion á la religion santa de sus mayores, á sus prácticas piadosas, á sus sacramentos, á sus instituciones y, en fin, á cuanto ella enseña como aprendido de boca de su divino Maestro.

Y si introducir la herejía y el cisma sublevando contra la fé las conciencias de sus creyentes, es una mancha de la cual jamas podrá lavarse el protestantismo, en América ésto es doblemente mas grave y mas

punible en los autores del desórden. El elemento católico dió existencia á los Estados americanos, y la fuerza vital de su doctrina contribuyó eficazmente á la civilizacion de los millones de indígenas, que por cierto no habria podido jamas conquistar ese puñado de hombres que tomaban posesion de un mundo nuevo en nombre de los soberanos de Europa. A la predicacion del Evangelio fueron desapareciendo las selvas donde los racionales vivian junto con las bestias feroces, formándose ciudades populosas, donde se adoraba en los templos al verdadero Dios y se le ofrecia el sacrificio que nos dejó el mismo en prueba de su infinito amor; y se estudiaba en las escuelas, en los colegios y en las universidades las ciencias y las artes que preparan á los individuos para que sean útiles á sus semejantes. Contemplad, hermanos mios, con la historia en la mano, estos hechos un instante, y no podreis ménos que sentir una inmensa gratitud así á la Iglesia católica que civilizó esas regiones de la América latina que encontramos hoy pobladas y abiertas al comercio de todas las naciones. Del Sur al Norte de la América los hechos son casi idénticos: allá en Méjico mientras la espada de Hernan Cortés y la lanza de Alvarado combaten y vencen naciones aguerridas en los campos de batalla, otra legion pacífica se interna hasta los lugares mas apartados para llevar el conocimiento de Dios á sus salvajes moradores.

Bernardo de Alburquerque, Bartolomé de Las Casas y Julian de Garcez hacian brillar la luz de la fé en las almas de millares de indígenas, y encontrar en la religion de Jesucristo una libertad muy superior á la que el conquistador europeo pretendia arrebatarles. ¿Y quién no se conmueve leyendo los sucesos prodigiosos de los grandes apóstoles de la Nueva Granada,

San Luis Beltran y Bienaventurado Pedro Claver? Las regiones de Cartajena, Santa Marta, Mompos, Honda, Mariquita y tantas otras fueron evangelizadas por ellos á costa de inmensos sacrificios. Ni los bosques impenetrables, ni la profundidad de rios navegables, ni los territorios febriles, nada, nada pudo detenerlos, y á ellos son debidos muchos de los primeros elementos de civilizacion que dieron vida á las que hoy son grandes ciudades. Anchieta en el Brasil, los santos Toribio y Martin de Porres en el Perú, San Francisco Solano en Bolivia y Tucuman, Luis Valdivia, Antonio de S. Miguel y Reginaldo de Lizarraga en Chile, todos éstos son los fundadores de la verdadera civilizacion en América, á éstos y á otros como éstos les debemos la fé, las escuelas, las ciencias y las artes que primero existieron en América, y por eso dije con razon que el elemento católico fué en el nuevo mundo quien dió vida á la sociedad, fundó los pueblos y reunió sus habitantes. Y á los que profesan esta fé obradora de tantas maravillas, ¿porqué van á perturbar en su conciencia los ministros disidentes hiriendo sus mas íntimas convicciones? A perturbar la conciencia, repito, de los que la profesan, porque observad, hermanos mios, que no van esos ministros del error á llevar el conocimiento de Jesucristo ni á los Fueguinos (1), ni á los Chunchos, ni á los Huagiros, ni á los Patagones, ni á alguna de tantas otras tribus que no conocen á Cristo, ni tienen noticia de su fé; sinó á los que conocen á Jesucristo, estan en posesion de la verdadera fé y en el seno de pueblos cristianos y civilizados.

Y no puede servir de disculpa, que pocos indivi-

(1) Los Fueguinos son los habitantes de la grande isla que se llama Tierra del Fuego en el territorio de Chile al Sur del Estrecho de Magallanes.

duos vivan malavenidos con los principios del catolicismo, porque éstos, que gritan denigrando y calumniando á éste, gritarán y calumniarán cualquiera religion que tenga mandamientos que observar: mandamientos que parecen duros é insoportables á la corrupcion de sus costumbres y á todo precio quieren ver borrados y abolidos en todas partes. Son como los vasallos ingratos de que habla el Evangelio (1), que despues de recibir de mano de su rey medios abundantes para trabajar y enriquecerse, se asustan con la perspectiva del trabajo que les impone, aborrecen la mano generosa que les colmó de beneficios, y protestan que no consentirán que su insigne bienechor reine sobre ellos: *Nolumus hunc regnare super nos*. Les irritaba el precepto de trabajar para enriquecerse con el capital que tenian recibido, como si el provecho que habian de obtener, no redundase en beneficio de ellos mismos, y les irritaba tambien tener que someterse á la voluntad de otro, cuando esta les forzaba á seguir vida contraida á ciertas obligaciones que era necesario cumplir, para que fuese provechosa la negociacion, y ved ahí porque decian: *Nolumus hunc regnare super nos*. Como éstos son aquellos malos creyentes: han recibido de Dios en sus preceptos un medio seguro para conseguir su salvacion; pero como esos preceptos les imponen la mortificacion de sus pasiones, resistir los movimientos desordenados de su voluntad y hacerse superiores á la rebelion de su concupiscencia, sacuden el yugo de los preceptos, y niegan á Dios el derecho de reinar sobre sus propias criaturas, diciendo como los otros: *Nolumus hunc regnare super nos*.

Mas bien facilmente concibe cualquiera, que no son las personas que viven desordenadamente, aquellas,

(1) Lúcas. Cap. 19.

digo, cuya vida pasa en la crápula, cuyos hábitos son la disolucion de costumbres, y cuyas lecturas versan sobre cuanto puede dar pábulo á esa misma disolucion, las que estan llamadas á influir en materias religiosas. No son pues estos malos católicos los que dejarán su fé, para tomar otra, de modo que aburridos por los preceptos de una religion, vayan á someterse á los de otra. Dejarán su fé, pero para vivir sin freno que les contenga en el camino de sus desórdenes; dejarán su fé para entregarse libremente al libertinaje, y dejarán su fé para apagar, si fuese posible, la voz de los remordimientos de su conciencia. Pero tales personas, hermanos mios, bajo ningun título tienen derecho para ser oidas en materia de religion, y los discursos, y los artículos que pronuncian en los clubs y publican por la prensa, no pueden tener otra acogida que aquella bien triste que merecen sus autores. La América toda protesta mil veces contra esos hombres sin conciencia que ofenden la santidad inmaculada de su fé. La América toda, repito, protesta contra aquellos, porque toda ella es católica, y eminentemente católica, aunque los incrédulos é indiferentistas se empeñen en pervertir sus creencias haciendo la propaganda protestante. La infinita mayoría de sus habitantes vive convencida que solo en el seno de la Iglesia católica está la verdadera fé de Jesucristo y los santos principios de su Evangelio.

Jesucristo reprobó, hermanos mios, las doctrinas de todos los que con ofensa y desprecio de la verdad pretenden entronizar el error, sacrificando de ese modo los derechos de su fé. « Todo el que oye mi voz, ese sigue la verdad, nos dice; y el que guarda la verdad, ese no perecerá (1). » Y la verdad, hermanos mios, subsiste indudablemente allí, donde no se

(1) Juan. Cap. 14.

hizo jamas alteracion alguna en la fé que enseñó el mismo Jesucristo : allí, donde las palabras que contienen la verdad, no fueron entregadas á la muchedumbre para que las interpretase y explicase cada uno como quisiese : allí , donde se conservó la autoridad suprema é infalible instituida por Dios , para servir de juez de las controversias acerca de la fé : allí, donde la Iglesia ora, ayuna y ofrece el sacrificio solemne del Hijo de Dios cada día, á fin de obtener las luces que necesita para marchar rectamente hacia el reino eterno, donde espera ver y gozar la felicidad inefable de la gloria del Señor : allí, en fin, donde se conserva perenne la fuente de gracias, que Dios hizo brotar para todos los hombres de las fuentes del Salvador (1), que son los santos Sacramentos, y de las que el protestantismo ha cegado una parte, declarándola inútil y superflua, y ha viciado otra despojándola de la grandeza y eficacia que le concedió el Salvador del mundo. No hay duda, Católicos, allí solamente puede encontrarse la verdad, y ése es el seno de la Iglesia católica.

La sociedad civil rechaza con horror á esos individuos que se empeñan en combatir la verdad, arrojando sombras sobre aquello que la generalidad de los hombres honrados considera como verdad clara y manifesta. Al que pretende obscurecer la fama ó la virtud ajena, se le llama calumniador, y se le castiga como miserable detractor; ¿ y se podrá consentir libremente injuriar la verdad divina, permitiendo se predique lo que nuestra santa fé condena como mentira hija de las pasiones humanas ? ¿ Será tolerable que se levanten templos donde, segun nuestra conciencia católica, se ofrecerá al Señor un culto sacrilego y que altamente le deshonra ?

(1) Isaías. Cap. 12.

Judá miraba como cismáticos á los Samaritanos, porque ofrecian á Dios sacrificios en la altura de los montes y en otros lugares, contra el precepto del Señor que lo prohibió. ¿ Y acaso los hijos del verdadero Israel, que somos los miembros de la Iglesia católica, hemos de mirar con indiferencia que se construyan templos, donde el Señor no habita, y cuyos ministros desconoce ? ¡ Ah, hermanos míos ! nuestra fé se excita y nuestra conciencia se conmueve á vista del desórden que introduce en la sociedad religiosa la propaganda disidente ; el católico amante de su fé ve en todo esto un avance que acarrea turbacion á las conciencias, division á la familia, é indiferencia religiosa á la muchedumbre. Ve un insulto que se hace á la religion de la infinita mayoría de los ciudadanos, y un ataque injusto á la verdad y santidad de la fé que profesamos, y por todas estas razones no puede en conciencia aceptar la libertad de cultos. Mas ni como buenos ciudadanos tampoco podemos tolerarlo.

II.

No podemos como buenos ciudadanos aceptar la libertad de cultos, porque la multitud de religiones en un estado conduce á la irreligion, con la ansiedad y dudas que produce en los creyentes poco instruidos, la presencia de otros cultos. Esa ansiedad y esas dudas son naturales en el hombre, cuando no tiene ese caudal de conocimientos ó de virtud, que le hagan comprender á primera vista los vicios que encierra la nueva doctrina, que se ofrece á su consideracion. La duda ya le hace vacilar en la verdad de su fé, ya teme que pueda estar ésta en la nueva doctrina que se le predica, de modo que, si no procura buscar la luz para salir de sus incerti-

dumbres, su alma, dudando de toda doctrina, no practicará ninguna y perderá todo principio religioso. La triste experiencia de lo que sucede en todas partes nos muestra hasta que punto es justa esta observacion. Hombres de vida arreglada y mujeres timoratas en otro tiempo, combatidos por las dudas, no solo perdieron su fé y sus virtudes cristianas, sino que se abandonaron á los excesos de los vicios, donde fueron á buscar satisfacciones y contentos, que les calmasen las ansiedades que atormentaban su espíritu terriblemente. Y el individuo, hermanos míos, que, después de haber creído y practicado con fidelidad los preceptos de la religion, cae en los vicios opuestos á ésta, ese, arrastrado por dudas contra la fé, principia ya á ser incrédulo. Su incredulidad robustecida por la sensualidad, por la disipacion, y por la continuacion misma de sus dudas, le hará pronto perder completamente la fé, y no creer absolutamente nada de cuanto ésta nos propone como necesario para nuestra salvacion.

Mas hay todavía otro motivo que influye poderosamente para convertir en incrédulos á los que abandonan los principios católicos, y es la falta de respetabilidad, ó diré mas bien, de virtud, con que se presenta la fé cristiana en las iglesias disidentes de la católica. Subiendo en busca del principio de todas las sectas, se va á tropesar con vicios inmundos, con el desprecio mas escandaloso de las leyes venerables de la Iglesia, y con la sublevacion apasionada contra las santas instituciones que nos dejó el Salvador del mundo. Porque todo el mundo conoce, en efecto, el origen del protestantismo luterano, así como el del protestantismo ingles; para nadie es un misterio que la soberbia del entendimiento y la impureza mas repugnante del corazon

fuieron los verdaderos móviles, que tuvieron Lutero y Enrique VIII para proclamar la reforma religiosa, de la cual han nacido las innumerables sectas que se llaman protestantes. De tal modo que, mientras Jesucristo predica en su Evangelio como base de su religion cristiana la humildad y la mortificacion, vemos que el protestantismo se aparta de la Iglesia cristiana impulsado por los vicios enemigos de aquellas dos virtudes. ¡ Ah, Católicos! Y una fé nacida de fuentes tan impuras como éstas, no puede por cierto infundir en los espíritus la devocion y el respeto que deben acompañar constantemente á las verdades santas de la fé. De aquí nace que los individuos en cuya conciencia muere la fé católica, ya sea por la ignorancia voluntaria, ya por las dudas, ó á consecuencia de ciertos vicios que la estirpan fácilmente de la conciencia de aquellos que los cometen, no pasan á tomar de ordinario otra religion, sinó que permanecen en el indiferentismo religioso ó en el ateismo práctico. La historia nos autoriza para decirlo; setenta millones de católicos tuvieron libertad completa para cambiar de religion, cuando Napoleon primero conquistó casi toda la Europa: y de un número tan crecido, ¿ cuántos fueron los que abandonaron el Catolicismo para abrazar el protestantismo? Ninguno. La Europa se llenó de ateos y de indiferentistas; mas el número de protestantes no fué mayor por aquella causa. ¿ Y no es eso mismo lo que nos enseña la experiencia de lo que ha pasado en la América latina? En las repúblicas del Plata, en Nueva Granada, en Chile y en otros puntos se grita de voz en cuello en favor de la libertad de cultos; hombres de fé y de conciencia equívoca hacen valer razones especiosas para obtener leyes que autorizan la tolerancia religiosa en estados exclusivamente

católicos. ¿Y cuántos de éstos han ido á abrazar esas nuevas religiones? El número de indiferentes en materia religiosa ha crecido, es cierto, tambien ha crecido el de los ateos y sin religion alguna; pero el protestantismo no ha contado adeptos fuera de algunos pobres artesanos atraidos por el brillo de las monedas, que se les ofrecen como auxilio aparente, pero en realidad para comprar su conciencia. Con sobrada razon decia una de las inteligencias mas avantajadas de nuestro siglo: « El católico, que abandona su fé, no toma otra por conviccion (1). »

Agreguemos todavia los gravísimos males, que provoca en la sociedad la diferencia de religiones. La historia de todas las naciones de la tierra nos ofrece mil ejemplos, que nos los dejan comprender hasta la evidencian. Preguntemos á la Francia, ¿qué males son esos? y nos responderá presentándonos la sangre y la devastacion que tantas veces han ensangrentado sus mas bellos territorios en las guerras de religion. Preguntémoslo á la España, y nos mostrará el origen de sus antiguas desgracias, especialmente de sus divisiones intestinas en la diversidad de cultos. Preguntémoslo á la Irlanda, á ese pais heróico sobre todo elogio, ¿y qué nos responderá? que sus enemigos irreconciliables son los que la oprimen por causa de su fé. Preguntadlo á la Suiza, y en fin, donde quiera que volvamos la vista, y encontremos establecidas religiones diferentes, cultos diferentes, templos diferentes, escuelas diferentes y, en fin, separada la conciencia de los ciudadanos por diferentes creencias, encontraremos, digo, tambien la discordia, la emulacion, las rivalidades y las contiendas que comprometen la paz de la

(1) Balmes, *Protestantismo*.

república, turban la tranquilidad doméstica, dividen los sentimientos de la familia, y debilitan todos los elementos de la pública felicidad.

Mas sucede lo contrario, cuando todos los ciudadanos estan ligados por los lazos de una misma fé religiosa. Allí donde no hay sinó una sola fé, y esta es ardiente, áctiva é inteligente, vereis unidos á todos para trabajar por la felicidad de la patria, obedientes á la autoridad, sumisos á la ley y dispuestos á sacrificarse por su defensa. Contemplad, católicos, ese espectáculo que nos ofrece Israel, rodeado de tantas naciones que tenian sus templos, sus dioses, sus sacrificios y sus cultos diferentes. Ese Israel, repito, rodeado de Filistin que adora á Dagon, de Moab que levanta templos á Chamos, de los Amonitas que ofrecen sacrificios á Molóch, y de los Sidonios que doblan su rodilla delante de Astarte, él marcha victorioso, cuando va unido por la fé del Dios verdadero, que le dió preceptos en Sinaí, y le reveló tantas veces su voluntad, iluminando el rostro de sus profetas. Es invencible, cuando no se separa de su religion y se mantiene fiel al Dios de Isaac y de Jacob; mas cuando se divide ese Israel, porque van algunos á doblar su rodilla delante de los ídolos de los gentiles que les rodean, Israel humillado, vencido y cargado de cadenas, es obligado á abandonar la tierra que dió el Señor á sus padres, y á marchar á regiones lejanas donde llorará hasta purgar sus infidelidades para con Dios.

La historia moderna nos ofrece testimonios de igual naturaleza. Contemplad la Polonia caida bajo la dominacion rusa; contemplad el heroismo con que esos hombres sostienen su fé haciéndose superiores á las amenazas, á los halagos y á los castigos de man-

datarios empeñados en hacer desaparecer de sobre la tierra su nombre y su heroica historia ; pero toda la fuerza de los soberanos mas poderosos de la Europa no es bastante para conseguirlo. ¿ Porqué, católicos ? Porque la conciencia religiosa es la mas formidable de las fuerzas, y contra la cual nada puede el poder humano, por grande é invencible que parezca. Pues ese poder formidable es el que pretende destruir quien, introduciendo diversas creencias en un estado, lo divide y debilita, privando á su patria del elemento mas vigoroso que poseia para defender sus instituciones. De manera que cuantos abogan por la libertad de cultos, por la libertad de propaganda religiosa en la América latina, donde todos los ciudadanos estuvieron siempre unidos por una sola fé, pretenden causar á la patria un grave mal, aun hablando social y políticamente. De suerte, hermanos míos, que, ni como cristianos, segun vimos antes, ni como ciudadanos, como acabamos de ver, podemos en conciencia aceptar la libertad de cultos.

La religion que nos promete y nos conduce á la felicidad eterna del reino de los cielos, y la patria donde vivimos y donde hacemos obras para merecer aquella, nos comprometen á trabajar con celo y fidelidad, para que nuestra fé católica se conserve sin detrimento alguno, y viva y reine en el entendimiento y en el corazon de todos. Rechacemos, hermanos míos, rechazemos con toda la energía de nuestra alma esas absurdas pretensiones, con que unos cuantos malos creyentes, adueñados de la prensa, insultan dia por dia la conciencia de la inmensa mayoría de sus conciudadanos. Nosotros los que veneramos nuestra religion y queremos permanecer en ella fieles al Señor, nosotros los que amamos nuestra patria y deseamos conservar unida la conciencia de sus hijos, opongamos en la energía incontras-

table de nuestra fé católica, un muro á sus pretensiones anticristianas é indignas del ciudadano amante de su pais. De este modo habremos cumplido con el precepto de amar á Dios, que nos manda rendirle el único culto autorizado por El mismo en el seno de su Iglesia, y nos haremos dignos de vivir tambien unidos con El eternamente en su gloria.

INSTRUCCION VIGÉSIMA QUINTA.

DEL AMOR A NUESTROS ENEMIGOS.

Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.

Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos.

(S. Matth. Cap. 6.)

Esta fué, hermanos mios, la primera leccion que recibió el género humano en oposicion directa con sus mas arraigadas convicciones. Se habia dicho á los primeros hombres: amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo; mas el Hijo de Dios con la autoridad de legislador del universo, « Amad, dice, á vuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros.* » Ponia los fundamentos de una ley nueva, y de una sociedad regenerada con doctrina celestial, y condenó aquella como contraria á la caridad, que es el primero de todos sus preceptos, y la virtud mas esencial de la religion que vino á enseñar á los hombres.

Atendiendo cada uno los movimientos de su propio corazon, escucha cierta voz que le retrae de la obediencia á este precepto: los agravios recibidos del que injustamente nos ofendió, las humillaciones que hicieron recaer sobre nuestro individuo, las injurias con

que estúdiamente se trató de manchar nuestra reputación; todo eso levanta en nuestra voluntad fuertes barreras, que le impiden aceptarlo y cumplirlo con la prontitud y generosidad que desea Jesucristo nuestro divino Maestro, cuando nos manda amar á los enemigos: *Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros.* Pero los ejemplos con que el Salvador del mundo confirmó su mandamiento, siendo El mismo el primero en observarlo y en dar las pruebas mas evidentes de amar con ardiente caridad á sus gratuitos y desapiadados enemigos, vence poderosamente todos esos obstáculos, y nos llena de esfuerzo para sobreponernos á nuestra flaqueza, y cumplir con prontitud y alegría aquel precepto: Amad á vuestros enemigos; *Diligite inimicos vestros.*

Grande es sin duda este mandamiento, y á primera vista parece que fuera muy superior á nuestras fuerzas, mas « nada que sea superior á nuestras fuerzas nos ha mandado Dios en sus preceptos, sinó tan solo que procuremos practicar virtudes perfectas (1). » Quiere que, obedeciendo este mandamiento, imitemos lo que hizo David con Saul y Absalon, lo que hizo San Estévan con los que lo apedreaban, y lo que hizo tambien San Pablo, cuando deseaba padecer todo género de males por amor á sus perseguidores.

Para practicarlo, no se nos pide sinó caridad y que, mirando á Jesucristo, procuremos llenarnos de su espíritu. Si, de ese espíritu, repito, del que rebotando su corazon en el madero de la cruz, levantaba su voz moribunda al Eterno Padre para pedirle perdonase á sus enemigos. Por consiguiente, como esta caridad no tiene límites, tampoco debe tenerlos la nuestra, cuando

(1) S. Hieron. Comment. in Matth. Cap. 5.

tratamos de imitar aquel ejemplo de nuestro soberano Maestro, y de cumplir con su precepto: Amad á vuestros enemigos; *Diligite inimicos vestros*.

Voy á hablaros, hermanos míos, del precepto divino que nos manda amar á nuestros enemigos. Consideraremos primeramente su grandeza y extension, y luego averiguaremos la manera cómo hemos de cumplirlo, conformándonos con el espíritu y los ejemplos que nos dejó nuestro Señor Jesucristo.

Vos, divino Salvador, que tantos ejemplos nos dís- teis de amor á vuestros encarnizados enemigos, inspiradme el espíritu de esta santa virtud, para que hable de tal modo á mis oyentes, que los resuelva á imitaros en la santa y ardiente caridad que Vos nos enseñásteis.

I.

Llamo, hermanos míos, grande el precepto por el cual nuestro divino Maestro Jesucristo nos manda amar á nuestros enemigos, porque su observancia engrandece al hombre elevándolo sobre sí mismo. Nada nos abate, humilla y envilece tanto, como el desórden de nuestras propias pasiones. La ira, una de las mas violentas é impetuosas que ciega el entendimiento y obscurece la razon; ¿adónde no nos conduce, cuando no procuramos dominar sus movimientos desordenados? Grande llamó la tierra á David, cuando con las piedras del torrente quitaba la vida al terrible filisteo, que insultaba y desafiaba á los hijos de Israel; grande llamó al rey Alejandro, cuando al frente de su ejército siempre victorioso conquistaba las naciones mas florecientes del Asia, y hacía enmudecer á las gentes en su presencia; y grande llamó tambien á Teodosio, cuando conquistaba para su imperio tantas provincias,

y engrandecía su poder agregándole millares de vasallos. Parece que la providencia elevaba á esos hombres sobre todos los demas en fortuna y grandeza, para hacernos conocer en ellos, hasta dónde llega nuestro abatimiento, cuando la ira nos acomete, nos ciega y nos hace perder el dominio de nosotros mismos. Ese David que derribaba al gigante, y le arrancaba su espada para cortarle la cabeza, y pasearla en triunfo por el campamento de Israel; ese David, á quien cantaban tantos hosannas las hijas de Judá, celebrando el valor de su pecho y la fortaleza de su brazo; y ese mismo David, que con un arrojo casi sobrehumano combate solo contra tantos enemigos del pueblo del Señor, ciego por la ira manda derramar la sangre de su prójimo Nabal, incendiar sus mieses y sus tiendas, y cargar de prisiones á sus hijos y mujeres (1). Aquel Alejandro, que mil veces triunfó en los campos de batalla postrando á sus piés todo el poder de los reyes mas famosos de la tierra; aquel Alejandro que, favorecido por la fortuna constantemente, parecia haberla sometido por la fuerza de su voluntad, de modo que le acompañase en todas sus empresas; ese mismo, dominado por la ira, asesina á uno de sus mas íntimos amigos, y mancha su vida con tan enorme delito. Y Teodosio, en fin, cuya magnanimidad le concilió el respeto y la admiración de sus contemporáneos, vencido por la ira, ordena la matanza de Tesalónica, que obscureció todas sus antiguas glorias. Ved ahí, Católicos, como nada nos abate y envilece tanto, como los desórdenes de nuestras impetuosas pasiones, que nos hacen esclavos de nosotros mismos. Por eso nuestro Señor Jesucristo dirigió sus instrucciones particu-

(1) Lib. I. de los Reyes, Cap. 25.

larmente á enseñarnos á triunfar de esas pasiones, haciéndonos señores de nosotros mismos. Con ese objeto nos manda practicar la caridad con el prójimo, porque ésta refrena nuestros movimientos desordenados, inspirándonos humildad y mortificación.

Jamas se nos ordena practicar esta caridad con tanta perfección, como cuando nos dice el Hijo de Dios: *Diligite inimicos vestros*: amad á vuestros enemigos. A la verdad, amar aquello, que por algun motivo es simpático á nuestra naturaleza y conforme con los deseos de nuestra voluntad, no es de algun mérito; mas amar al que mancha nuestra honra, al que gratuitamente nos ofende y nos trata de deprimir á todo costo, esa es caridad ardiente, perfecta y muy propia de los discípulos de Jesucristo. Amar al que desea nuestra ruina para elevarse sobre ella, esa es, católicos, virtud superior, y muy aventajada entre todas las virtudes perfectas, y ésta es la que se nos manda practicar en el precepto divino: « Amad á vuestros enemigos; *Diligite inimicos vestros*. »

Es tambien grande este precepto por la naturaleza de la recomendacion que de él hizo el Hijo de Dios y Salvador del mundo, cuando en presencia de las turbas que le escuchan, recorriendo la manera cómo habían observado los mandatos concernientes á la caridad otras generaciones ménos perfectas, y la extension con que debia observarlos el pueblo cristiano, llamado por su institucion á ser perfectísimo; se reviste de todo su poder para hacernos entender, que al sancionar mandamiento tan santo, lo hacia obrando con toda su omnipotencia, poniendo á nuestra disposicion toda su gracia para cumplirlo, y ofreciéndonos en premio las bendiciones abundantes de su infinita misericordia. Recordad que, cuando llamaba á Moises desde la zarza encendida, para

darle idea de la grandeza de su majestad y de la excelencia de su poder, « Yo soy el que soy, » le dice (1): palabras que dejan entender la infinita gloria de sus atributos y la soberana majestad de sus perfecciones ; ahora cuando va á declararnos un precepto, que parece estar en pugna con la naturaleza humana, « Yo soy, dice, el que os lo digo: *Et ego dico vobis*, » como si nos dijese : cuando yo, Dios de infinito poder, sabiduría y amor, os mando amar á vuestros enemigos, sabed que puedo hacerlo, y que os comunicaré mi gracia, con la que triunfareis seguramente de los impedimentos que vuestra naturaleza os oponga para observar mi mandato. Esta voz todopoderosa llenaba á Moises de valor en el desierto del Horeb para acometer la empresa de libertar á Israel de la esclavitud de los Faraones, y perseverar hasta llevarla á cabo, haciéndole superior á las amenazas de los reyes, y á los peligros de todo género, que ofrecia. Del mismo modo obra Dios con nosotros, robusteciéndonos, para sobreponernos á nuestra flaqueza, de modo que podamos cumplir su mandamiento con la perfeccion que su divina Majestad desea.

La extension que tiene este precepto nos hace conocer todavía mejor su grandeza é importancia. Nos manda el Señor amar á nuestros enemigos, y sea cual fuere ese enemigo y la causa de la enemistad, nos manda hacernos superiores á ella y removerla, de modo que no pueda servirnos de obstáculo para amar al prójimo, que nos ofendió, con la caridad que El nos inspira. Así es que, segun el precepto del Evangelio, ningun hombre, por indigno que nos parezca, por las injurias que nos ha inferido, por los malos oficios que ha hecho contra

(1) Exodo. Cap. 3.

nuestra persona, contra nuestra fama ó contra nuestros intereses, el precepto de amar al prójimo se extiende hasta ese hombre que Jesucristo recomienda especialmente á nuestra caridad, diciéndonos: « Amarás á vuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros.* » Aun mas todavía, hermanos míos, ese hombre no ha dado muestra alguna de sentimiento por el mal grave que nos infirió, y tan léjos de eso, sabemos que aun trata de hacernos algun mal, que ataca nuestro crédito, se empeña por humillarnos, calumnia nuestra conducta, nos deprime, é interpreta mal nuestras acciones; pues á ese mismo hombre nos manda amar Jesucristo, y su precepto, á él comprende muy particularmente, cuando nos dice: « Amad á vuestros enemigos; *Diligite inimicos vestros.* » ¡ Oh, qué bien entendió este mandamiento el protomártir San Estévan, cuando, recibiendo la muerte de mano de sus enemigos, en medio del martirio levantaba su voz para rogar por ellos fervorosamente (1)! Y ¡ cuán copioso fué el fruto de esa oracion para el que la hizo, y para aquellos en cuyo beneficio fué hecha! San Estévan mereció ver abiertos los cielos, y consolarse en sus agonías con la dichosa vista de Jesus glorificado á la diestra de Dios; y á Saulo que le apedreaba, alcanzó la gracia de su conversion y la dignidad del apostolado. Para sí alcanzó el reino de los escogidos y un trono en esa mansion felicísima, que el Salvador habia dicho iba á preparar en la casa de su Padre; para Saulo, en quien estaban representados todos sus perseguidores, segun San Agustin (2), entrar en el número de los discípulos de Cristo, y confesarle tambien gloriosamente hasta dar la vida por su amor. ¡ Oh virtud prodi-

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 7.

(2) S. Agustin. Serm. 14. de Sanctis.

giosa de la perfecta caridad, cuán grande es tu eficacia para alcanzar bienes eternos!

Pero, si alguno esperase la reparacion de la ofensa recibida, para amar á su ofensor, ¿cuál seria entónces el mérito que tendria delante del Señor? La naturaleza en arranques de generosidad inspira muchas veces no solo perdonar, sinó llegar aun á amar á aquel enemigo que se humilla, y muestra arrepentimiento de las malas obras con que nos ofendió; mas no es entónces simplemente la caridad, la que nos impulsa á perdonar y á amar á nuestro prójimo, sinó tambien la humildad con que se ha insinuado en nuestra alma, con la que nos ha conmovido y aun nos ha interesado en su favor. Porque, así como la humildad en el órden espiritual negocia con Dios todos los bienes para los que la ejercitan, así tambien sabe insinuarse en las almas nobles, é interesarlas en beneficio del que se manifiesta arrepentido. Mas Jesucristo, cuando nos manda amar á nuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros*, nos manda obrar por caridad, y por eso no podemos aguardar que el prójimo se nos humille primero y nos satisfaga de sus ofensas, para amarlo despues y mostrarle nuestra benignidad y nuestra misericordia. Si aquello esperásemos, nuestro amor no vendria á ser sinó la correspondencia que daríamos al enemigo rendido, que se nos humilló y nos rogó buscando nuestra reconciliacion. Ni tendrá gran mérito delante del Señor, porque en ello no obró solamente la caridad, sinó tambien alguno de esos movimientos naturales, que no vienen de Dios, ni los ejecutamos tampoco por El: y no es de esta manera como nos manda obrar. Quiere el Señor que, amando á nuestro enemigo con el amor que se funda en la caridad, y cuyos movimientos van dirigidos por la misma caridad, no guardemos ni un instante

en nuestro corazon ni odio, ni venganza, ni algun género de prevencion. Quiere que nuestro hermano, como llamó El mismo en el santo Evangelio á todos los hombres, sin exceptuar uno solo, tenga siempre el lugar que tiene el hermano, el amor que tiene el hermano, la compasion que merece el hermano, el interes que dispierta el hermano, y en fin, que acreditemos con la obra, como El mismo quiere, que somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos. Porque, si amamos á los que nos aman, no tendremos derecho á las recompensas eternas, ni marcharemos por el camino que nos lleva á ser perfectos, así como es perfecto nuestro Padre celestial (1). No queramos, hermanos mios, limitar la caridad de Dios, esa caridad que no tiene fin, ni nadie podrá sondear jamas, ni queramos tampoco determinar tiempos y lugares, en que debemos practicarla, cuando Dios no la ha limitado, ni tampoco ha querido señalar tiempos ú ocasiones determinadas para practicarla. Limitan la caridad de Dios, los que aguardan que su enemigo los busque y se les acerque para mirarlo con benignidad; limitan la caridad de Dios, los que no dirigen la palabra á quien les ha ofendido, bajo pretexto que no les ha dado aun satisfaccion de la ofensa; y limitan la caridad de Dios, los que evitan encontrarse con los que han tenido desavenencias que no tienen ánimo de terminar todavía. Todos éstos esperan satisfaccion, porque no tienen la caridad que Jesucristo nos manda como base de nuestro proceder. *Diligite inimicos vestros*. Procuremos tener caridad, y llenos del espíritu de esta santa virtud, amemos á nuestro prójimo por Dios, y esta virtud celestial nos hará superar todos aquellos

(1) Mateo. Cap. 5.

impedimentos, que encuentra nuestro amor propio para llenar el precepto de nuestro Señor Jesucristo con la extension que le es debida. Porque si amásemos á Dios con el corazon puro, la conciencia buena y la fé sincera, que recomienda el Apóstol, amaríamos tambien á todos nuestros prójimos por amor á Dios, llenos del deseo de agradarle y de servirle; y es así como observaremos en toda su extension este gran precepto de la caridad de Dios. Los tibios y negligentes, aquellos que no conocen la extension del precepto, que nos obliga amar á Dios sobre todas las cosas, esos no estarán dispuestos para hacer algun sacrificio por Dios, y encontrarán siempre excusas para cumplirlo; más entienden todos éstos que no hacen esfuerzos para conseguirlo, que su caridad es imperfecta, su amor á Dios es muerto, y muy incierta y peligrosa, por consiguiante, su salvacion eterna. Hasta aquí hemos considerado solamente la grandeza y extension del precepto divino que manda amar á los enemigos; ahora vamos á ver cómo debe hacerse ésto prácticamente.

II.

Dos cosas ve el hombre en su enemigo, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (1), á saber, su mala accion y su persona. La mala accion podemos con justicia detestarla sin ofensa ó detrimento alguno de la caridad, aun mas, podemos perseguirla cuando fuese necesario para reprimirla y castigarla en conformidad con lo que disponen las leyes. Esto nos enseña el Profeta Rey, diciendo (2), que aborrecia á los malos y odiaba los caminos de la injusticia y de la iniqui-

(1) De Praeceptis. Op. 5.

(2) Salmo 118.

dad. El mismo Dios, suma bondad y amor infinito, detesta los pecados de sus criaturas con dolor sumo, como se expresa la santa Escritura (1), para hacernos entender hasta dónde llega ese aborrecimiento que tiene á la maldad. Podemos, pues, y debemos detestar nosotros las obras malas, que Dios tanto aborrece, y alejarnos mas y mas de cometerlas inspirados por ese mismo aborrecimiento.

Pero mientras tanto no sucede lo mismo con la persona que comete la obra mala: á ésta no podemos aborrecer, al contrario es objeto que debemos amar llenando el precepto divino: *Diligite inimicos vestros*. Debemos sentir el mal que hace, y desear sincéramente que lo conozca, y éste es el primer oficio de nuestra caridad en orden al enemigo. Debemos, he dicho, sentir el mal, porque con él nuestro prójimo no solo ha hecho perjuicio á nuestra persona, en nuestro crédito, en nuestros intereses, ó en nuestra fama, sinó tambien por los gravísimos males que la ofensa de Dios ha acarreado sobre su propia conciencia: por esa razon deseamos tambien que lo conozca, porque el conocimiento dará lugar á la reflexion, y ésta al arrepentimiento y á la reparacion. Porque, ¿no es verdad, hermanos mios, que muchas veces los hombres cometen males con ofensa del prójimo, sin reflexion, sin advertencia, y dominados quizá por un movimiento momentáneo de ira ó de alguna otra pasion? ¿Y no es verdad tambien que, sobreviniendo luego la reflexion y la calma de su espíritu, piensan lo que han hecho, se avergüenzan de ello, y desean vivamente satisfacerlo y repararlo? Esto sucede cada dia, y apenas habrá alguno que no lo sepa por experiencia propia. La primera diligencia,

(1) Genes. Cap. 7.

pues, que ha de inspirar al cristiano la caridad para con su enemigo, ha de ser llamarlo á reflexion. Con ese objeto, si la prudencia no se opone, podemos hablarle directamente, aprovechando la ocasion favorable que hemos de procurar; sinó por medio de otras personas y acompañando nuestra diligencia con la oracion fervorosa al Señor, para que derrame su caridad sobre aquel hermano nuestro, cuya alma se ha extraviado.

Mas esto no es bastante: la misma caridad nos inspira perdonar la ofensa que recibimos, y perdonarla tan de corazon, que si pudiésemos tomar venganza de nuestro ofensor, no lo haríamos. Con ese objeto, auxiliados por la gracia, que hemos de pedir incesantemente á Dios, procuraremos hacernos superiores á la ofensa, desentendernos de su gravedad, olvidarla si fuese posible, y evitar con cuidado discurrir sobre ella con otros; porque hay por desgracia tantos individuos, que se ocupan en agravar nuestras molestias y nuestros disgustos, trayéndolos á la memoria, comentando los hechos que los han causado, y abriendo con sus palabras de nuevo las heridas hechas por el ofensor en nuestro corazon, haciéndolas mas graves, y despertando tambien de nuevo en nuestra alma los movimientos de ira y de venganza que ya estaban sinó completamente estinguidos, al ménos adormecidos y en camino para apagarse del todo. Los que obran de esa manera, ofenden la caridad, porque, en cuanto está de su parte, hacen de manera que viva y se agrave en el corazon de su prójimo la ofensa que recibió: y el ofendido, al escuchar esas personas, no debe dar á sus palabras mas importancia que la que daria á las del hombre, que se empeñase por hacerle tomar un tósigo, del que otra ocasion no salvó su vida sinó

con suma dificultad. El que perdona de corazón la ofensa, hace cuenta que jamás la recibió, y procede con su adversario como si en realidad no la hubiese recibido. La olvida, por consiguiente, y la borra de su corazón de modo que ningún vestigio quede de ella ni en la memoria, ni en la voluntad. Y ese prójimo ya perdonado, si repitiese sus ofensas, él debe también perdonarle de nuevo tantas veces cuantas le ofendiese. Esta fué la doctrina que enseñó Jesucristo, cuando respondió á San Pedro que le preguntaba: « ¿Señor, cuántas veces debo perdonar á mi enemigo? ¿Será acaso bastante siete veces? No debes perdonar solamente siete veces, sino setenta veces siete (1). » Es decir: debemos perdonar siempre que seamos ofendidos, sin exceptuar una sola: *Non dico tibi usque septies: sed usque septuagies septies*. ¿Cuántas veces se hace el hombre, hermanos míos, enemigo de Dios? ¡Ah! y ¿cuántas veces nos perdona? No determina número, ni limita la misericordia con que remite y borra las ingratitudes con que le ofendemos, sino que las perdona siempre que, aprovechando la gracia con que nos llama, volvemos á El con nuestro corazón compungido y penitente. Recordemos, pues, que Jesucristo nos dice sin cesar con esta conducta: *Non dico tibi usque septies: sed usque septuagies septies*; y su palabra no podrá ménos que esforzarnos al cumplimiento de su precepto.

Pero mas adelante ha de pasar todavía la caridad del cristiano con sus enemigos: debe mostrarles prácticamente que los ama, y nó con amor estéril, sino con el amor cristiano que es siempre fructuoso, como escribía el Apóstol. Debe por eso servirles en lo que

(1) Mateo. Cap. 18.

buenamente pueda, é interesarse por ellos, como lo haria por el que fué siempre su amigo, y de quien jamas ningun mal ha recibido. Jesucristo nos señala en su ejemplo un verdadero modelo de esa caridad generosa, con que hemos de tratar á los que nos han hecho algun mal. Cuando lo contemplamos, hermanos mios, resuscitando los muertos, dando vista á los ciegos y sanando los enfermos, no os imagineis que esos prodigios iban dirigidos en beneficio de sus amigos, de los que creian en su palabra, ó de los que profesaban su fé: nó, el Salvador colmaba de sus favores á esa generacion perversa y obstinada, á esos mismos hombres que le perseguian y que le verian morir afrentado en una cruz sin hacer, ni decir algo á su favor. Y en esto obró conforme á su doctrina: « Haced bien á los que os aborrecen. » *Benefacite his, qui oderunt vos.*

Mas no paran todavía aquí las obligaciones que nos impone el amor perfecto á los enemigos. Debemos orar por ellos, y cuanto mas atroces sean las calumnias y las persecuciones con que los hombres nos ofendan, procuremos que nuestras oraciones en su favor sean mas fervorosas y mas constantes. Jesucristo nos recomienda. ésto muy particularmente: « *Orate pro persequentibus, et calumniantibus vos*; Rogad por los que os persiguen y calumnian, » nos ha dicho (1). El cristiano que con empeño procura hacer todas estas diligencias, éste puede asegurar que ama á su enemigo, y que cumple con el precepto del Divino Maestro. ¡Oh! y cuántos motivos nos asisten para proceder de ese modo! La fé, la palabra de Jesus, su recomendacion, y mas que todo, el ejemplo que nos dió de amor y caridad hácia sus mortales y crueles ene-

(1) Mateo. Cap. 5.

migos, rogando por ellos fervorosamente á su Eterno Padre desde el madero de la cruz, es señal evidente del amor tierno y generoso con que los amaba. No se contenta con dar por ellos la vida en ese suplicio ignominioso, despues de haber sufrido todos los escarnios y espantosos tormentos de su pasion ; no se contenta con pedir al Eterno Padre que perdone á sus enemigos, que han cometido en su sagrada persona la enorme iniquidad de hacerlo morir en medio de ladrones, sinó que pasa á disculparlos, haciéndole presente que no han sabido lo que hicieron cuando le condenaron á morir. ¡ Oh caridad verdaderamente encendida !

Venid, Católicos, venid á aprender en la conducta celestial de Jesucristo el ejercicio de la vuestra: aprended de sus ejemplos á disculpar á los que os han ofendido, á perdonarles de corazon, á rogar por ellos y colmarles de beneficios : venid los que tantas veces habeis despreciado la divina gracia, que despertaba en vuestra alma sentimientos de piedad y de generosidad hácia vuestros enemigos : venid los que negais al que os ofendió un saludo cristiano, escandalizando con esta falta de caridad á cuantos observan de cerca vuestra conducta : venid y fijaos en nuestro Divino Salvador, si quereis como El amar caritativamente á vuestro prójimo que os ofendió. Y tened entendido que es vuestro modelo, y que si no conformais vuestras obras con las suyas, no podreis llamaros cristianos, ni ser contados en el número de sus discípulos. Entended mas que, gravados como os encontrais con el peso enorme de tantos pecados, no conseguireis perdon de su misericordia infinita, sinó amais á vuestro prójimo despues de haberlo perdonado con todo vuestro corazon. Entended tambien que el amor de prójimo con que debeis amarle excluye toda prevencion, todo resen-

timiento y todo cuanto pueda debilitar la perfecta caridad hácia el que ha de reinar en vuestro corazon. ¡Ah Católicos! fijaos en Jesus, y allí encontrareis toda esa caridad perfecta que, comunicada á nosotros, hará perfecta la nuestra, porque nos enseñará á amar á nuestros prójimos como El nos ama á nosotros. Léjos de Jesucristo, nuestra caridad se enfria, nuestro amor se debilita y nuestras acciones y deseos son negligentes y perezosos; mas cerca de Jesucristo, su amor infinito, de que nos participa, nos alienta, nos enciende, nos inflama y nos hace capaces de emprender todas las obras buenas, todas las resoluciones fervorosas que necesitamos cumplir para merecer con propiedad el nombre de cristianos. Léjos de Jesucristo, y sin el auxilio de su ardiente caridad, somos como los discípulos que piden los castigos severos de la indignacion divina sobre los hombres, que no han querido oir sus palabras ni recibir la doctrina que les anunciaban (1). Pero, animados por la caridad de Jesucristo, seremos como San Pablo, que desea ardientemente ser perseguido y reprobado por amor á sus enemigos (2). Pidamos sin cesar esta caridad, hermanos mios, que abrace y consuma en nosotros todo lo que no está en armonía con el amor de Dios y del prójimo, y nos transforme en Jesucristo mismo, como deseaba el Apóstol de las gentes. Así lograremos amar á Dios y á todos nuestros prójimos por Dios aquí en la tierra, y en el cielo ceñir eternamente corona inmortal de gloria por toda la eternidad.

(1) Lucas. Cap. 9.

(2) II. á los Corint. Cap. 13.

TABLA DE MATERIAS.

A los jóvenes alumnos del Colegio Latino-Americano <i>pag.</i>	v
INSTRUCCION PRELIMINAR. Sobre la importancia de la Doctrina cristiana. Naturaleza y objeto de las instrucciones que sobre ella contiene esta obra.	ix
INSTRUCCION I. Explicacion del artículo primero del Credo	1
” II. Explicacion del artículo segundo del Credo	22
” III. Explicacion del artículo tercero del Credo	43
” IV. Explicacion del artículo cuarto del Credo	57
” V. Explicacion del artículo quinto del Credo	71
” VI. Explicacion del artículo sexto del Credo	81
” VII. Explicacion del artículo séptimo del Credo	94
” VIII. Explicacion del artículo octavo del Credo	107
” IX. Explicacion del artículo nono del Credo	121
” X. Explicacion del artículo décimo del Credo	134
” XI. Explicacion de los dos postreros artículos del Credo.. . . .	149

INSTRUCCION	XII.	Del primer mandamiento de la ley de Dios.	pag. 165
"	XIII.	Del segundo mandamiento de la ley de Dios.	" 186
"	XIV.	Del tercer mandamiento de la ley de Dios	" 201
"	XV.	Del cuarto mandamiento de la ley de Dios	" 217
"	XVI.	Del quinto mandamiento de la ley de Dios	" 235
"	XVII.	Del sexto y nono mandamiento de la ley de Dios	" 252
"	XVIII.	Del séptimo y décimo mandamiento de la ley de Dios	" 268
"	XIX.	Del octavo mandamiento de la ley de Dios.	" 283
"	XX.	Del primer mandamiento de la Iglesia	" 298
"	XXI.	Del segundo y tercer mandamiento de la Iglesia.	" 314
"	XXII.	Del cuarto mandamiento de la Iglesia.	" 331
"	XXIII.	Del quinto mandamiento de la Iglesia, y final de los mandamientos ..	" 350
"	XXIV.	Sobre el culto que debemos á Dios	" 367
"	XXV.	Del amor á nuestros enemigos ..	" 385

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NIHIL OBSTAT

Fr. Paulus Carolus O. Praed. Censor Deputatus.

IMPRIMATUR

P. Fr. Vincentius M. Gatti O. Praed. S. Pal. Ap. Magister.

IMPRIMATUR

Iosephus Angelini Archiep. Corinth. Vicesgerens.

